Colección Estudios Andinos

El palacio, la plaza y la fiesta en el Imperio inca

Craig Morris



INSTITUTE OF
ANDEAN RESEARCH,
NEW YORK



El palacio, la plaza y la fiesta
en el Imperio inca

Colección Estudios Andinos 13
Dirigida por Marco Curatola Petrocchi

El palacio, la plaza y la fiesta en el Imperio inca

Craig Morris

John R. Topic, Joanne Pillsbury, Heather Lechtman
y Marco Curatola Petrocchi, editores

INSTITUTE OF
ANDEAN RESEARCH,
NEW YORK



El palacio, la plaza y la fiesta en el Imperio inca
Craig Morris

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
Teléfono: (51 1) 626-2650
Fax: (51 1) 626-2913
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Imagen de cubierta: Martín de Murúa, *Historia y Genealogía de los Reyes Incas del Perú,*
Manuscrito Galvin (1590)
Traducciones de Sergio Barraza Lescano y Luisa Patricia Habetler Flores
Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:
Fondo Editorial PUCP

La edición contó con una contribución de la Peruvian-American Research Foundation Inc., Washington, DC, para las imágenes a color.

Primera edición: setiembre de 2013
Primera reimpresión: agosto de 2016
Tiraje: 500 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2016-10147
ISBN: 978-612-4146-51-0
Registro del Proyecto Editorial: 31501361600842

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

Índice

Prólogo 9
Richard L. Burger

Prefacio: Innovación y hermenéutica en los estudios arqueológicos incas 17
Julián I. Santillana

La identificación de la función de la arquitectura y la cerámica inca (1971) 33

Asentamientos estatales en el Tahuantinsuyu: una estrategia de urbanismo obligado (1973) 45

Reconstruyendo patrones de producción no agrícola en la economía inca: la arqueología y los documentos en el análisis institucional (1974) 61

La cerveza de maíz en la economía, política y religión del Imperio inca (1979) 101

Tecnología y organización inca del almacenamiento de víveres en la sierra (1981) 115

La infraestructura del control inca en la sierra central peruana (1982) 163

Arquitectura y estructura del espacio en Huánuco Pampa (1987) 181

La riqueza de un Estado americano autóctono: el valor, la inversión y la movilización en la economía inca (1993) 207

Recintos del poder: los múltiples espacios de los palacios administrativos incas (2004) 223

Tambo Colorado: un centro administrativo inca codificado
en colores brillantes 251
Jean-Pierre Protzen y Craig Morris

Bibliografía 289

Prólogo

Este volumen surgió de una iniciativa del Institute of Andean Research, New York, ante la prematura desaparición de Craig Morris en 2006. En ese entonces, Craig era Vicepresidente del IAR, del cual fue miembro activo y figura central desde 1975. El comité ejecutivo del IAR consideró que un tributo adecuado para conmemorar la notable vida y carrera de Craig era auspiciar y organizar la publicación —en español y en el Perú— de una colección de sus artículos más influyentes. Este libro es el resultado. Joanne Pillsbury, John Topic y Heather Lechtman estuvieron especialmente involucrados en el proyecto, trabajando en cercana colaboración con Marco Curatola Petrocchi, para hacer realidad este volumen. Sergio Barraza, del Programa de Estudios Andinos de la PUCP, se hizo cargo de parte de las traducciones así como de la estandarización de las referencias bibliográficas.

Los diez ensayos del libro fueron seleccionados entre los numerosos trabajos de Craig sobre los incas publicados a lo largo de cuatro décadas, y se han reunido a fin de que una nueva generación de estudiosos del mundo andino se beneficien de sus aportes y reflexiones acerca de la cultura y sociedad de los incas. Los artículos seleccionados, con una sola excepción, han aparecido anteriormente en revistas y volúmenes editados en los Estados Unidos y en el Perú, pero muchos de ellos son hoy en día difíciles de encontrar, especialmente para aquellos que no tienen acceso a bibliotecas especializadas. El ensayo publicado aquí por primera vez es resultado del último proyecto de investigación de Craig en Tambo Colorado, en el valle de Pisco, que realizó en colaboración con el experto en arquitectura inca Jean-Pierre Protzen.

En el prefacio a este volumen, Julián I. Santillana, amigo y colaborador de Craig Morris por muchos años, nos entrega una revisión de los trabajos y contribuciones académicas de Craig a los estudios andinos. Este prólogo busca complementar el prefacio del Profesor Santillana, ofreciendo un breve esbozo de la vida y la formación intelectual del dedicado académico y autor de los ensayos de este volumen.

Edward Craig Morris, a quien llamábamos Craig quienes lo conocimos personalmente, obtuvo extraordinario éxito en el mundo de la academia y el de los museos. En los Estados Unidos, recibió la más alta distinción académica: ser miembro de la Academia Americana de Ciencias y Artes y de la Academia Nacional de Ciencias. Comenzó su carrera como profesor de la Universidad de Northern Illinois y luego prosiguió en la Universidad de Brandeis, aunque la mayor parte de su carrera la realizó como funcionario del American Museum of Natural History (New York), uno de los principales y más grandes museos de historia natural del hemisferio occidental. Se incorporó al AMNH luego del retiro de Junius Bird y fue Curador asistente (1975-1979) y luego Curador de Arqueología de Sudamérica (1980-2006). Si bien fue responsable de muchas exposiciones en el museo, posiblemente fue más notoria su colaboración con el antropólogo Robert Carneiro en la producción de una nueva Sala de Poblaciones Sudamericanas, que reemplazó una exposición instalada por Bird más de medio siglo antes. Muy a su estilo, Craig buscó a sus amigos y colegas —como Tom Lynch, Heather Lechtman y William Conklin, entre otros— y los involucró en la creación de la sala.

Craig fue tan respetado por su visión y buen juicio que fue nombrado Decano de Ciencias (1994-2005) y Vicepresidente (1998-2005) del museo. Estos cargos administrativos representaron difíciles responsabilidades —cada año visitan el museo cinco millones de personas— que requirieron considerable paciencia por parte de Craig para soportar las limitaciones que imponían a sus investigaciones. Cuando por fin, poco antes de su muerte, trasladó estas responsabilidades administrativas, anunció a sus amigos y colegas el comienzo de un nuevo periodo de irreprimible trabajo de campo y publicaciones.

Quienes conocían a Craig por la primera vez quedaban impresionados por este neoyorkino urbano, impecablemente vestido y cultivado. Aquellos que tuvieron el privilegio de conocerlo de cerca encontraban a una persona gentil y generosa que

a pesar de todos sus logros y honores nunca dejó de ser seductoramente modesto y ajeno a cualquier pretensión. Aunque era sencillo en su presentación, Craig tenía un sentido del humor autocrítico y seco, y su conocimiento de la ciudad de Nueva York incluía disfrutar un *steak*, un vaso de bourbon añejo de Kentucky, buena literatura y *cool jazz*.

Aunque Craig parecía personificar la sofisticación neoyorkina, creció en una granja, en la zona rural de Kentucky, donde su familia criaba vacas y cerdos y sembraba sus propias frutas y vegetales. De niño, Craig recibió premios por las reses que criaba, y dos de sus animales ganaron el campeonato estatal. Sin embargo, desde su juventud su verdadera pasión fueron los estudios, y tras una breve estadía en una pequeña universidad de Kentucky, se trasladó a la Universidad de Vanderbilt, en Nashville, Tennessee. Allí destacó, y obtuvo su grado de bachiller en psicología y filosofía con los más altos honores (*magna cum laude*). Continuó sus estudios de posgrado en antropología, con énfasis en arqueología, en la Universidad de Chicago, donde tuvo la oportunidad de estudiar con renombrados arqueólogos como Robert Braidwood, Robert McC. Adams y Donald Collier. Este último, quien también fue Curador en el Field Museum of Natural History de Chicago, era especialista en el área andina y había colaborado con Julio C. Tello en el valle de Casma (1937) y luego con John Murra en una investigación arqueológica en el Ecuador (1941-1942). Gracias a Collier, Craig se contactó con el especialista en cultura inca John V. Murra y fue invitado a formar parte del proyecto multidisciplinario de Murra en Huánuco. Este proyecto, inspirado en la *Visita de la Provincia de León de Huánuco* hecha por Iñigo Ortiz de Zúñiga en 1562, fue diseñado para incluir la participación de etnólogos, historiadores y arqueólogos. Donald Thompson había aceptado ser el arqueólogo principal del proyecto y Craig fue agregado al equipo cuando este ya estaba conformado. El trabajo de campo arqueológico sirvió como base para la tesis doctoral de 1967 de Craig, titulada «Storage in Tawantinsuyu». El foco principal de esta tesis y de mucho de sus trabajos posteriores fueron las 200 hectáreas del sitio de Huánuco Pampa, uno de los centros administrativos incas mejor preservados de los Andes. Craig aprovechó la oportunidad y demostró cómo la comprensión arqueológica de Huánuco Pampa podía transformar la manera en la que el Imperio inca era conceptualizado.

Localizado a 3800 m.s.n.m., en la *puna* del Perú nor central, Huánuco Pampa y las zonas aledañas ofrecían retos arqueológicos y logísticos difíciles hasta para

la persona más resistente. Desgraciadamente, Craig había nacido con un defecto congénito del corazón que para sus médicos podía ser letal, pero esto no le impidió realizar las investigaciones que tanto le importaban. Luego de obtener su PhD, siguió regresando a Huánuco Pampa, con el auspicio de la National Science Foundation, y dedicó 36 meses a mapear y excavar este sitio, ahora famoso. Craig no descansó en su dedicación para conocer profundamente Huánuco Pampa y, como ilustran los artículos en este volumen, se enfocó a ello repetidamente durante las siguientes cuatro décadas. Tan es así que concluyó una monografía técnica sobre sus excavaciones en Huánuco Pampa poco antes de ingresar al hospital para llevar a cabo la cirugía electiva de corazón que resultó fatal. Este volumen, publicado póstumamente en inglés por la AMNH en 2011, quiso ser el primero de una serie de varios volúmenes escrito sobre las investigaciones en ese sitio.

Craig fue un pensador de independencia tenaz e insistió en realizar el tipo de arqueología que para él era más significativa. Su enfoque hacia los incas fue antropológico, y su deuda intelectual a John Murra fue profunda. Aunque apreciaba la literatura histórica de la Colonia sobre los incas, su trabajo demostró que el trabajo de campo y el análisis arqueológico podían proveer información sobre el Tahuantinsuyu que no se podría conseguir solo a través de documentos. Más aún, los trabajos de Craig no solo reflejan su aprecio por el trabajo de Murra, sino también por el de otros importantes académicos, especialmente John Rowe, Tom Zuidema y Maria Rostworowski. Aunque el trabajo de estos intelectuales es a veces visto como una fuente alternativa de perspectivas que a veces se encuentran en conflicto, Craig encontró en cada uno de ellos elementos que le sirvieron como inspiración de sus propias investigaciones. El enfoque en la tecnología andina —como el caso de los almacenes y la producción de chicha— refleja la preocupación de Murra por las bases materiales de la civilización andina, al igual que su énfasis en la importancia de la reciprocidad y redistribución para poder entender de manera cabal la cultura y la sociedad Inca. Del mismo modo, Craig adoptó el reto de Murra para producir una visión del Tahuantinsuyu cuyo enfoque no fuera el Cuzco, por lo que sus trabajos, para poder reconstruir la organización y cultura de los incas, hicieron énfasis en el estudio de áreas ubicadas fuera de la capital imperial. Craig se basó también en las investigaciones de Rowe y su colaboradora Dorothy Menzel, quienes se centraron en la variedad de estrategias incas en los valles de la costa sur peruana y en las diferencias que revelaban las particularidades de las historias y recursos de cada cuenca. Evitando ser encasillado, Craig aplicó también aspectos del análisis estructuralista de Zuidema en su estudio de la organización

de Huánuco Pampa. En sus investigaciones en La Centinela y sus alrededores, encontró inspiración en el modelo de Rostworowski sobre la sociedad chinchana bajo el dominio incaico. Sus estudios en todos estos temas fueron más allá de los trabajos que lo influenciaron y adquirieron una calidad y voz propia que solo Craig podía darles.

De manera significativa, Craig nunca adhirió a la llamada Nueva Arqueología (o Procesualismo), en boga durante los inicios de su carrera. No trató de justificar sus investigaciónes en los términos de las leyes generales y etapas neoevolutivas que estaban tan de moda en esos tiempos. Para Craig el Perú nunca fue un simple «laboratorio» donde estudiar el desarrollo de sociedades complejas. Alguna vez me señaló que uno de los motivos por los que decidió no publicar durante aquellos años en las revistas académicas principales fue para mantener su independencia y libertad intelectual.

Siguiendo la tradición de Robert McC. Adams, Craig reconoció la importancia del análisis comparativo de civilizaciones; sin embargo siempre tuvo cuidado de evitar el reduccionismo. Poco antes de su muerte escribió que es necesario comprender el Imperio inca en sus propios términos, aunque desde una perspectiva comparativa en la que a la vez que se señalan las diferencias también se consideren las semejanzas entre los incas y otras sociedades urbanas antiguas.

Aunque Craig no adhirió al cientifismo, rápidamente adoptó las técnicas científicas que le permitirían obtener mejores resultados en el campo y el laboratorio. Así, fue un pionero en la aplicación de muestras estadísticas explícitas en sus excavaciones en Huánuco Pampa, y un innovador en la aplicación de la informática para estudiar de la enorme colección cerámica que recuperó del lugar. Cuando empezó este proceso se requería ingresar manualmente la información en enormes hojas desplegables para luego transferir los datos a fichas perforadas que alimentaban una inmensa computadora ubicada en una instalación central.

Por último, Craig amaba al Perú y a su gente. Hablaba entusiastamente sobre su comida, su música y sus paisajes, e intentó ir allí con la mayor frecuencia posible, a pesar de sus responsabilidades administrativas. Su compromiso con el país se extendió más allá de la investigación arqueológica. Enseñó en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, trabajó en el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) en proyectos para mejorar los museos peruanos y colaboró con la UNESCO en la preservación y conservación del Parque Arqueológico Coricancha. Craig sentía a Lima —donde tenía muchos amigos cercanos y un departamento en

Barranco— como su propio hogar. De hecho, Craig fue querido y apreciado por tantos amigos y colegas en el Perú como en los Estados Unidos, por el verdadero caballero y el gran académico que fue.

Richard L. Burger
Institute of Andean Research, New York



Craig Morris en su oficina en el American Museum of Natural History (AMNH), New York, 23 de noviembre de 2000 (foto de Denis Finnin, cortesía del AMNH).

En ese entonces, Craig Morris era Senior Vice-President (1998-2005) y Dean of Science (1994-2005) del AMNH, donde se desempeñó como Jefe del Departamento de Antropología de 1983 a 1990 y como Curador de Arqueología de Sudamérica de 1980 hasta su fallecimiento, en 2006.



Craig Morris examinando la «Mama Qollqa» en Huánuco Pampa, en septiembre de 1965 (foto de Luis Barreda Murillo, del archivo Huánuco Pampa de John V. Murra, Junius B. Bird Laboratory of South American Archaeology, Division of Anthropology, American Museum of Natural History).



Craig Morris en el sitio de La Centinela, en el Valle de Chincha, 1996 (foto cortesía de Alexei Baklanov).

Prefacio

Innovación y hermenéutica en los estudios arqueológicos incas

Después de la pionera empresa emprendida por John H. Rowe en la década de 1940 orientada a la creación de conocimientos sobre los incas, desde la perspectiva arqueológica, las décadas de 1960 y 1970 marcan un segundo periodo en el que resurge una corriente innovadora, a manera de un ininterrumpido eslabón de proyectos de investigación arqueológica, que por fortuna continúa en la actualidad. Los lugares del Tahuantinsuyu más favorecidos por estas investigaciones han sido Huánuco Pampa, el valle del Mantaro, el altiplano del Titicaca, el valle del Chillón, el Cuzco, Tumibamba, entre otros. Sin embargo, fue en el proyecto de investigaciones en Huánuco denominado «Estudio de la vida provincial Inca» (1963-1966) que por primera vez se llevó a cabo un estudio multidisciplinar, bajo la dirección de John Murra, al que Craig Morris se integró cuando era estudiante del posgrado. Años más tarde, ya graduado de doctor por la Universidad de Chicago, dirigió las investigaciones arqueológicas en el marco del Proyecto Arqueológico Huánuco Pampa (1971-1979). Este fue un proyecto de investigación sistemático, como lo fueron también los que condujo en La Centinela y Tambo Colorado (1984-2004) y aquellos de pasantía temporal que, durante su trayectoria como arqueólogo, llevó a cabo en otros sitios.

En lo que sigue, voy a intentar dar una visión de la obra de Craig Morris desde una perspectiva aproximadamente integral, para la cual acudo a conceptos como el vanguardismo y la inter y transdisciplinariedad; asimismo, para adentrarme en su producción arqueológica, hago una lectura desde el recurso hermenéutico y concluyo con reflexiones sobre los temas dominantes tratados en el libro. En el transcurso del texto, destaco también ciertas expresiones especiales de su personalidad académica y profesional que complementaron su quehacer arqueológico.

Debo señalar, igualmente, que los textos seleccionados en el presente volumen son representativos del total de su producción, que nos da una novedosa visión sobre los centros administrativos incas, y que se complementan con otros temas investigados y publicados.

El Estado inca, se sabe, estructuró una eficiente administración acorde con la múltiple y compleja configuración política y social del Tahuantinsuyu. Su propósito fue manejar información, acceder a recursos humanos y bienes y tener control de las deidades regionales. Este diseño político se materializó en el sistema administrativo que articuló los diversos territorios y provincias del Tahuantinsuyu, configurando la red de centros administrativos encabezado por el Cuzco capital. Uno de los asentamientos principales de este sistema fue Huánuco Pampa, en el Chinchaysuyu, que «permitía la centralización de una serie de operaciones administrativas, ceremoniales y económicas que eran esenciales para asegurar la base política, militar y económica sobre la que se sustentaba el Estado» (Morris, 1973, p. 134). Aquellas funciones fueron propias también de otros sitios provinciales de distinta jerarquía y dimensión que Morris igualmente investigó.

No obstante, sus investigaciones en Huánuco Pampa representan un momento de innovación en el estudio de temas arqueológicos incas. De vida relativamente breve (1939-2006) y de obra enjundiosa, se encontraba —a su muerte— en el momento de mejor producción que da la madurez. Su quehacer arqueológico perfiló un estilo vanguardista en el proceso de entendimiento de las funciones ejercidas por el Estado inca al innovar la metodología de la investigación arqueológica y aportar una novedosa perspectiva en el conocimiento de los centros administrativos incas. En la recopilación y el análisis del dato, Morris tuvo la perspicacia de usar métodos y técnicas producto de los progresos científicos y tecnológicos de otros campos de estudio y acudió a otras disciplinas humanistas para explicar los hechos. Su trabajo amplió la manera habitual de ver los objetos arqueológicos, que privilegiaba al estilo o la cronología inca, o a la fuente escrita de tiempos virreinales como únicas versiones certeras de actividades y de hechos sucedidos en tiempos incas. A ello sumó las secuencias operativas en sus investigaciones: la observación, el registro, análisis del espacio y del objeto. Nuevos temas, variadas proposiciones, mejores procedimientos de registro y análisis de la evidencia y perspectivas múltiples que estimularon nuevas líneas de exploración. En esto consistió su vanguardismo, no en la adscripción a un movimiento declarado hacia la novedad, sino en una obra emprendida con rigor científico desde la innovación de la inter y la transdisciplinariedad que definieron una etapa de innovación en los estudios sobre los incas.

Al ver el trabajo de Morris desde tal mirada, se pueden explicar las aproximaciones metodológicas y teóricas de sus muchas investigaciones. Utilizó información de otras ciencias, empleó recursos informáticos y modelos estadísticos y recurrió a categorías de explicación teóricas de variados saberes. Y, como resultado de ello, su producción académica mostró un fondo de información e interpretación vasta, que iba más allá del campo estrictamente arqueológico. Sin embargo, los problemas específicos que investigó hicieron que su objetivo continuase siendo netamente arqueológico, con la ventaja de reforzar la certeza de la información o de la explicación desde distintas matrices disciplinares (Hunt, artículo 3 en este volumen, *inter alia*). Como parte de la interdisciplinariedad, acudió con mayor frecuencia a la etnohistoria, por lo que las crónicas más fidedignas y la *Visita de León de Huánuco* (1562) fueron esenciales para orientar sus investigaciones, para utilizar ciertas categorías laborales, o para reforzar una interpretación. Del mismo modo, en el estudio sobre temas incas se reconoce la utilidad de la fuente etnográfica, aunque restringida y luego de una crítica de datos.

Por otro lado, la transdisciplinariedad, entendida en su acepción integradora de las partes, ha permitido abordar «conjuntos problemáticos», por lo que cada disciplina trasciende su propio ámbito y genera interacciones, con resultados muy auspiciosos porque se han traducido en los avances de cada uno de los estudios disciplinares. De esta manera, la arqueología como disciplina —desarrollada por Morris— se entrecruza con otras «ciencias exactas y las llamadas tecnologías duras»; o también articula referencias entre las mismas disciplinas humanistas. A mi entender, el rasgo integrador de la transdisciplinariedad, en este y otros casos, absorbió a la interdisciplinariedad, por la mayor capacidad de integración que exige la complejidad del estudio. Del mismo modo, para fines más específicos, en cuanto a interpretaciones y uso de conceptos políticos o económicos, Morris acudió al acervo estudiado, planteado o utilizado por investigadores como John Murra, John Rowe, Tom Zuidema y María Rostworowski, cuya omisión, sabemos, resulta imposible cuando se investiga temas incaicos. Relevante, por los resultados obtenidos, es también el trabajo conjunto efectuado con exponentes de otras áreas profesionales y, ocasionalmente en temas más puntuales, con ingenieros y técnicos de informática o arqueólogos estatígrafos, o con andinistas como John Hyslop, Heather Lechtman y Luis Lumbreras en sus proyectos de La Centinela y Tambo Colorado, y en este último sitio también con Jean-Pierre Protzen. Debe destacarse, asimismo, los buenos resultados de la sociedad académica con Donald Collier, Robert McC. Adams y Donald Thompson, en su etapa de formación universitaria y sus estudios iniciales en Huánuco Pampa,

y de manera permanente con Murra. Por último, Morris acudió a otros estudios hechos sobre realidades sociales no andinas para utilizar analógicamente categorías de análisis y de explicación de determinados fenómenos económicos y sociales incaicos. Antropología, historia, etnohistoria, arqueoinformática y estadística aplicada a la arqueología integraron la amplia gama de estudios a los que acudió para explicar las formas particulares de la economía, de la política, de la administración y del ritual en el marco de la variabilidad del ejercicio del poder inca.

Así como incorporó el muestreo estadístico en las investigaciones de Huánuco Pampa, acudió a la aplicación de la tecnología de punta de 3D láser en el 2001, como parte significativa del Proyecto Arquitectónico y Arqueológico Tambo Colorado, para levantar un mapa de alta precisión y producir un modelo virtual tridimensional del Sector B. El proceso de relevamiento implicó el uso de escáner Cyrax 2400, cuyas variadas operaciones de medición eran automatizadas, permitiendo acceder de inmediato a la representación del objeto escaneado en sus tres dimensiones, imagen que luego se trasladaba a programas como AutoCad, Photoshop, GIS, etc. Así se produjeron modelos 3D, planos, secciones, axonometrías, animaciones, etc. Esta tarea —la primera realizada en el Perú y una de las primeras en el mundo— fue posible gracias al préstamo del equipo y de personal por parte de Cyra Technologies de Oakland, California; así como de la Universidad de California en Berkeley y de la Universidad de Virginia (Proyecto Arqueológico Tambo Colorado 2004).

De otro lado, la selección de recintos o de espacios abiertos de donde obtener objetos arqueológicos no es producto de la elección intuitiva, muy tradicional en las investigaciones arqueológicas. En esta dirección, Morris fue pionero de la aplicación del muestreo estadístico, un modo más de su perspectiva inter y transdisciplinaria. De este modo, la cerámica que se obtiene en las excavaciones es un indicador irremplazable porque se la ubica, registra y analiza por su asociación y se la interpreta de modo contextualizado. Desde luego, el uso del muestreo aleatorio es común hoy en las investigaciones arqueológicas modernas; pero fue Craig Morris quien lo introdujo creativamente por primera vez en el Perú, en el estudio arqueológico del sitio inca de Huánuco Pampa, en 1972. Su vínculo con George Cowgill, colega suyo en la Universidad de Brandeis, Massachusetts, fue un hito definitivo en esta empresa. El muestreo en las excavaciones permitió una visión de conjunto del sitio y de sus partes, de modo que su incorporación en las investigaciones de sitios urbanos en los Andes, y su implicación en el análisis del material recuperado, fue un aporte muy significativo en el campo

metodológico y supuso una ruptura con las formas tradicionales de abordar las excavaciones arqueológicas. La arquitectura visible del sitio facilitó el diseño del muestreo y la estructura o recinto fue la unidad básica de la muestra en la que se incluyó tanto el área interna como externa. La estructura a ser excavada, señaló, debe ser elegida de un universo estratificado de estructuras, es decir, «grupos relativamente homogéneos», para asegurarse así, entre otros logros, «una muestra representativa de toda la ciudad, con el fin de minimizar la posibilidad de omitir cualquier patrón importante de actividad» (Morris, 1974a, pp. 115116 y 122). Pero dada, la naturaleza compleja de Huánuco Pampa, fue, a veces, inevitable el muestreo no probabilístico, aunque muy limitadamente y, más bien, se privilegió el probabilístico (Santillana, 2008, p. 6).

Dada las variadas perspectivas, fue amplio el conjunto de preguntas que orientaron sus investigaciones y, en consecuencia, las descripciones e interpretaciones que se encuentran en el compendio de artículos del presente libro intentan contestarlas y proseguirlas a su modo, pues invitan a ahondar en ellas formulándose interrogantes: ¿Cómo se diseñó y construyó un centro administrativo? ¿El Cuzco es el indicador presente en el diseño, construcción y funcionamiento de los centros administrativos? ¿Qué se edificó y qué actividades se desarrollaron en Huánuco Pampa? ¿Era un centro de producción? ¿Quiénes lo habitaron de manera permanente o temporal? ¿De qué vivían sus pobladores? ¿Qué instituciones funcionaban? ¿Existían palacios en los centros administrativos? ¿Se realizaban ceremonias y festines? ¿Se trasladó a los sitios provinciales grupos especializados? ¿Por qué se edificaron centenas o miles de *colcas* y qué contenían?

Desde luego, durante la ejecución de los distintos proyectos dieron respuestas a preguntas esenciales como las señaladas anteriormente para entender la naturaleza de un sitio administrativo inca, pero la formulación de preguntas no se agotó. Hasta hoy, estimulados por los escritos de Morris, se formulan otras.

Se investiga a través de los materiales arqueológicos un conjunto de eventos sucedidos en un tiempo específico. Como se trata de sociedades ágrafas, el objeto arqueológico es el testimonio material que, a modo de documento, se emplea en la interpretación. Para esclarecer el objeto arqueológico, la argumentación interpretativa es de rigor analítico, por lo que aplica de modo entrecruzado conocimientos e informaciones proporcionadas por otros saberes; de manera tal que, si observamos desde la perspectiva hermenéutica, se puede discernir que la interpretación arqueológica se emplea en orden del entendimiento histórico del evento cultural en palabras de los hermeneutas. No existe la interpretación concluyente, porque la reflexión e interpretación sobre el hecho averiguado son producto de un «amplio margen

de preguntas y de respuestas», como exige el rigor hermenéutico, desde la formulación e inicio de un proyecto, o durante el proceso de investigación y aún en la etapa de interpretación, a modo de principio rector que siempre mejora su comprensión (Gadamer, 1991, *inter alia*). Es de reflexión informada y sustentada en datos. Los documentos etnohistóricos, al ser narrativos (Collingwood, 2004, p. 289), son contrastables con el dato arqueológico. No solo importa la identificación del objeto, ni la cuantificación o el análisis estilístico; es el evento, la función realizada lo que interesa, por sobre todo, debido a que estuvieron dirigidos por creencias, por códigos establecidos. Por ello, la investigación busca y encuentra tal cantidad y tales formas específicas de vasijas, tal distribución del espacio y su representación arquitectónica. A través de los objetos y bienes de prestigio ve —por ejemplo— la reciprocidad y la redistribución como cánones de vida político-social que se explican de modo complejo en el festín. No es el acto en sí mismo lo que interesa, sino lo que expresa (Collingwood, 2004, pp. 293-294); importa la causa, porque el arqueólogo más perspicaz investiga la idea que motiva al hombre emprender cualquier actividad. El investigador observador y audaz entiende que la fuente escrita etnohistórica tiene distintas lecturas y que, en el marco que esta ofrece, el dato arqueológico puede ofrecer aproximaciones más certeras del evento; a mi modo de ver, se trata de una operación de hermenéutica en arqueología, método cuyo empleo no es exclusivo de algún saber en particular y en el que el conocimiento de las humanidades permite mayor certeza en el trabajo del investigador.

Además de su aporte al conocimiento de los incas, Morris también destacó en otros horizontes más mundanos que correspondieron con su personalidad académica y que complementaron sus novedosos enfoques. Aunque emitió «juicios de valor», no se complació en afirmaciones terminantes. Reflexión, analogía, discusión, palabras pertinentes y ausencia de retórica modelaron su trabajo. Todo lo redujo al razonamiento crítico (Collingwood, 2004, p. 296). La moderación, la prudencia contribuyeron también a que la disciplina arqueológica no excluyese el aporte de otras disciplinas. Efectuó «conclusiones provisionales», de contenidos inspiracionales.

En el marco estricto de la investigación arqueológica, el asentamiento inca fue su referente inicial. Identificado el sitio, acude a la arquitectura representada, al espacio construido y a la cerámica obtenida en excavaciones sistemáticas para abordar —en el marco del urbanismo inca— la función del edificio, de la plaza y de la *cancha* de los distintos sectores en los que se divide una instalación inca. La asociación y el contexto de aquellos rasgos constituyen también los mejores modos de interpretar «su uso y a sus usuarios».

La investigación arqueológica apela a un indicador tradicional para explicar la función que cumplía determinado sector de un sitio inca: el trazo arquitectónico de este. Sin embargo, como la arquitectura, según se sabe, por sí sola dice poco o nada del uso dado a una edificación, se recurre también a la cerámica asociada y, en ocasiones, a la fuente escrita. En Morris, a su interés permanente por la arquitectura inca, también debe añadirse su preocupación por el estudio del diseño del sitio, que constituyen estructuras ideacionales en la trama urbana inca, las que no se restringieron solo al Cuzco capital. Así, encontró algunos principios de organización de la traza de ciertos asentamientos estatales y explicó su composición social a partir del cuidadoso examen de la cerámica. En Huánuco Pampa, observó que el diseño urbanístico se estructuraba sobre los principios organizacionales jerárquicos incaicos de la bipartición, tripartición y tetrapartición, tema tratado sobremanera por otras disciplinas, como la etnohistoria y la antropología andinas (Zuidema, 1964, *inter alia*). De esta manera, dice sobre Huánuco Pampa que el plano fue subdividido «considerando muchos dominios de la organización social y la cosmología». Sorprende en su estudio, además, la decodificación de los símbolos representacionales expuestos minuciosamente en el edificio, en el conjunto de edificios, en los sectores, las calles, las plazas y en el sitio ubicados bajo la lógica de elementos de un todo urbano. A partir de ello, afirmó que el diseño del sito se basa en «principios de organización inca correspondientes con el sistema de *ceque*», y que desde la plaza central se irradiaban líneas en cuatro partes en la que estaba dividido. Sin embargo, si esto fue así, conviene señalar que se trataría de un modo alterno de representación puesto que en el Cuzco capital el punto inicial de las líneas radiales o sistema de *ceques* era la Casa del Sol o Coricancha. ¿Existían varias formas de expresión de los principios de organización del espacio urbano?

También es aporte de Morris el haber aplicado, imaginativamente, categorías de análisis como el «urbanismo compulsivo» u «obligado» en el área andina —un derrotero teórico actual en las investigaciones sobre sociedades complejas andinas—, así como el festín, que hoy, sin lugar a dudas, es un tema paradigmático en la investigación arqueológica prehispánica. El «urbanismo obligado» es una categoría que señala que los centros urbanos internamente diferenciados surgen como consecuencia de la «planificación estatal centralizada», de manera que la «fundación y rápido crecimiento» de los grandes centros administrativos, como Huánuco Pampa, obedecen a un patrón impuesto en oposición al tipo de centros urbanos «orgánicos», y fueron de «importancia capital» porque «permitían la centralización de una serie de operaciones administrativas, ceremoniales y económicas que eran esenciales para asegurar la base política, militar y económica

sobre la que se sustentaba el Estado». Un rasgo básico fue que este tipo de establecimientos albergaron temporalmente «poblaciones grandes y densas», diferenciadas entre sí por su estatus y especialización ocupacional (Morris, 1973, pp. 127, 129 y 134). Además, se caracterizaron por su carácter intrusivo, de vida artificial, para lo que se construyeron centenares o miles de *colcas* en las que se almacenaban recursos para abastecer a los ocupantes que, según el autor, vivían en alojamientos construidos con este fin (Santillana, 2008, p. 6).

Asimismo, desde el estudio multidisciplinar, Morris explicó —por primera vez— la configuración física del complejo palaciego del poder. Si bien partió de una información etnohistórica del palacio del Cuzco capital que, a mi ver, es única y puntual, encontró los referentes arquitectónicos y de diseño de espacio en Huánuco Pampa que mostraron la configuración de un palacio residencial inca como «un foco de poder». Aunque un palacio construido a centenares de kilómetros de distancia del Cuzco no era para residencia del Inca, a no ser que fuera en visitas eventuales, se construyó, al parecer, replicando los del Cuzco, como un referente concreto del carácter simbólico político-religioso del Cuzco y del Inca. Como observador nato, Morris encontró códigos o claves de la complejidad espacial construida con referentes de gradación, composición poblacional y alfarería inca polícroma asociada a incas de privilegio asentados jerárquicamente, y que el registro de más de setenta mil fragmentos de cerámica Inca imperial evidenciaban incuestionablemente la presencia segmentada de la élite gubernamental en este complejo palaciego. Si bien este espacio se utilizó con cierta frecuencia, debió ser de más boato y fasto cuando lo visitaba el Inca. Concordante con su naturaleza particular, es el único escenario donde parecen encontrarse rasgos privativos de las «propiedades reales» del Cuzco.

Del mismo modo, observó la presencia de palacios residenciales en La Centinela, Chincha, y en Tambo Colorado, Pisco, sitios donde el planeamiento se adaptó a la particular relación política establecida entre incas y el grupo étnico local costeño, expresado en un espacio artificial como símbolo de alianza, pero de principalía inca, que, a mi ver, también se expresa en la fusión Inca-Chincha de la arquitectura y la cerámica (Morris & Santillana, 2007). Y, a partir de una minuciosa observación, identificación, registro y análisis de «variantes de patrones de colores posibles», Protzen y Morris examinan la variedad de colores que decoran las edificaciones de los distintos complejos de Tambo Colorado, con la finalidad de descubrir y explicar el simbolismo que —con seguridad— encierran los colores. Este estudio es el más serio intento de explicar «el código de color» y el «valor simbólico» contenido en la gama de colores que ornamentan las edificaciones del sector identificado como palacio real y plaza central, entre otros.

De esta manera, el estudio arqueológico del palacio es un recurso especial para explicar el vínculo entre autoridad y población común. Al parecer, existió un complejo palaciego para los festines y el hospedaje real en cada uno de los sitios administrativos de importancia. Tan bien están interpretados el palacio real y el festín palaciego que, se diría, solo faltan los personajes.

Por otra parte, interpretar la cerámica inca es estudiarla como indicador de la presencia de diversas modalidades de ocupación. Morris estudió el estilo, la forma y el uso que se le dio. La cerámica fue un indicador prevaleciente para explicar la función de un espacio. Sorprenden dos rasgos: primero, que el carácter intrusivo de los asentamientos incas en territorios fuera del Cuzco restringiese la presencia de cerámica inca solo a estos sitios. La cerámica no inca de entidades complejas costeñas, como registra Morris en determinados sitios incas, o cerámica de grupos étnicos como la de los chupaychu en Tunsucancha, se explican en el marco del poder y de las relaciones incas con grupos étnicos. Segundo, sorprende que la cerámica inca encontrada en sitios incas como Huánuco Pampa y Tunsucancha tenga motivos decorativos del Cuzco imperial, seguramente copiados o imitados. Así, Morris no encontró influencia de la decoración inca en la producción alfarera de grupos locales. Tal cerámica en sitios de ocupación local aparece solo en las casas de los curacas, como indica el autor. Esta identificación y explicación señalan —a mi entender— que no toda presencia de cerámica inca en un sitio indica una ocupación incaica, que es como usualmente se interpreta el hallazgo de cerámica imperial en un sitio determinado.

Desde una perspectiva más integral, diré que la combinación del material cerámico, la arquitectura y la fuente escrita permiten explicar las funciones o los eventos realizados en sitios administrativos incas. En las investigaciones de Morris, fueron temas dominantes el almacenamiento, la producción especializada, la hospitalidad y el uso político-ritual de bienes de prestigio; y a partir de conceptos y «principios económico-políticos» como la reciprocidad y la redistribución, que rigen el régimen de relaciones sociales de la organización estatal inca propuesta por Murra, los interpreta en el marco del poder político inca, porque resultan los referentes económicos de los sitios incas, cualquiera sea su naturaleza y complejidad.

De este modo, el sistema de almacenaje del nivel estatal era el fondo económico que sustentaba el éxito de las operaciones institucionales incas. Los depósitos permitían disponer de diversos recursos de subsistencia, de bienes de prestigio, de objetos ornamentales, de recursos del ejército y también de bienes de consumo de las deidades. Toda la jerarquía de sitios administrativos o religiosos poseía depósitos.

En cuanto al ámbito del almacenaje, este trasciende, según resulta verificable, la existencia de los estados e imperios y funciona en todos los tiempos prehispánicos y en segmentos sociales simples y complejos. En las sociedades estatales, se tornó en un sistema planificado y especializado, cuya eficiencia aseguró el uso oportuno de recursos. En tiempos incas, fue un asunto de Estado porque, después de la hazaña de producir bienes variados a gran escala, se les debía almacenar en los miles de depósitos existentes en las centenas de sitios del Tahuantinsuyu para que, de este modo, el Estado pudiese proceder a la redistribución y, en el marco de la retroalimentación político-social, se asegurase la mano de obra. Así, el almacenamiento fue visto como una forma de inversión estatal. Con la investigación sistemática que se lleva a cabo, el almacenaje se deja de entender únicamente a partir de la información procedente de la fuente escrita y de la identificación arqueológica; con el trabajo de Morris, se avanzó en la descripción tecnológica de este, un real aporte al conocimiento. En este marco, describió el depósito estatal inca como «la síntesis de un conjunto de elementos del territorio, el medioambiente, de la forma y volumen de cada uno de los depósitos, de la altitud y de la implementación del ambiente interior de cada depósito». Entre los bienes que identificó en Huánuco Pampa, reconoció la papa y el maíz. Se dedicó a la meticulosa observación de los multiplicadores indicadores de la tecnología de almacenaje. Reconoció, por eso mismo, los vacíos en la información recolectada, en lo que concernía a la temperatura, la humedad y la ventilación de cada uno de los depósitos, y los señaló como un desafío para futuras investigaciones. A mi entender, ese desafío incluye la interpretación de la información etnográfica referida a la deshidratación de la papa y su transformación en *chuñu*, la mejor manera de conservar el tubérculo por más tiempo. Sin duda, esta tecnología para el tratamiento de los productos era de tiempos incas (Guaman Poma de Ayala, 1936, p. 336; véase también Salomon, 2004) y permitía el acceso a recursos de prestigio y subsistencia. Sin embargo, debo agregar que su deshidratación —la conversión de la papa en *chuñu*, por ejemplo—, modificaba también el nivel nutricial, proceso que incrementa el carbohidrato y la caloría del producto, según reportes contemporáneos (Horkheimer, 2004, p. 170). ¿Cuáles fueron las consecuencias de este complemento alimenticio en la nutrición en tiempos incas?

Por otra parte, el festín «fue una categoría introducida tempranamente en las investigaciones arqueológicas sobre los incas por Craig Morris —y es un tema recurrente en sus publicaciones—, con seguridad debido a su sólida formación antropológica, por lo que estaba informado de la importancia de otros tipos de celebraciones de redistribución ofrecidos por jefes magnánimos como los kwakiutl

del noroeste norteamericano o los *big men* de las islas del Pacífico sur, así como por lecturas más perspicaces de documentos virreinales y su sociedad académica con John Murra, un predicador de la importancia de las analogías culturales. El festín fue un modelo ritual que sirvió para explicar la dinámica oficial de las relaciones políticosociales del Estado inca con las entidades étnicas e instancias administrativas. Morris identificó el banquete prodigado como una obligación del Estado inca y, en Huánuco Pampa, en sociedad con Pat Stein, ubicó uno de los escenarios construidos para este fin (para ampliar la descripción correspondiente a este escenario, véase el meticuloso texto de Morris, Covey & Stein, 2011). Señaló, además, que era un medio de control sutil para asegurar la colaboración de las poblaciones locales en diversas tareas del Estado y, a su vez, sellar amistades (Morris & Thompson, 1985). Posteriormente, puso énfasis sobre el valor que tuvo la bebida de maíz o *aqha*, al señalar que era la esencia de la hospitalidad general, de manera tal que el Estado impulsó la producción de maíz en zonas ecológicas adecuadas y su posterior cosecha era trasladada tanto al Cuzco como a sitios provinciales. En tiempos actuales, es una categoría de análisis utilizada por muchos investigadores dedicados a diferentes periodos prehispánicos y es tratado desde perspectivas diacrónicas y multidisciplinarias» (Santillana, 2008, p. 7).

Entre otras aproximaciones, Morris también arriesgó ideas sobre las posibilidades de producción no agrícola como la elaboración de chicha y la producción textil en centros administrativos del tipo de Huánuco Pampa. Estos bienes de prestigio fueron preferidos en tiempos incas por sus significativas e irremplazables implicaciones en todas las esferas de vida de la población y de las instituciones estatales; de modo que siempre se hizo todo lo posible para acceder a ellos en el marco del «suministro y la hospitalidad inca».

En la economía inca, quizá singular por la ausencia de moneda y la práctica de un comercio incipiente, la prosperidad económica y la riqueza fue percibida y vivida desde y por el acceso a la mano de obra y a la producción de bienes de prestigio, lo que contrasta con los indicadores de riqueza de las economías industriales. El Estado inca produjo tejido y chicha por el significado, por el rol y el simbolismo que tienen en la esfera política, social y religiosa, que seguro viene de antiguo, y lo amplía convirtiéndola también en un rasgo estructural. El Estado inca requería cada vez más de gente para la producción de la tierra y el manejo del ganado, para la guerra, para las construcciones, para el servicio y para la producción de bienes de prestigio.

A mi entender, el festín donde se redistribuyen bienes preferidos vendría a ser un pacto político tácito para la convivencia del Estado, la población receptora

y las deidades. Una visión del valor simbólico de los bienes de prestigio dinamiza, así, el crecimiento de la riqueza y del poder. En palabras de Morris, un producto como el tejido era portador de signos y símbolos que dirigían las relaciones sociales, en lo que seguía a Murra, y quizá monopolizaba el valor simbólico de los bienes producidos; y la chicha era la esencia de la hospitalidad, presente en todas las ceremonias. Beber chicha revelaba un marco más complejo que la escena natural y cotidiana de saciar la sed o proveer a la comida de un mero fermento alcohólico. Siempre era evento socio-político. Ofrecían chicha, y también comida, los jefes locales y el Estado inca, y ambas instancias usufructuaban sus beneficios. Aparentemente, cualquier ocasión en la que aparecía el jefe local, el Inca o su representante era buena oportunidad para su ingesta. Por ello mismo, es casi una fantasía, pero cierta, la información que ofrece Rostworowski (1977, p. 241) sobre la costa norte y que Morris reproduce, que nos cuenta de líderes dedicados a manejar la producción de chicha en tabernas en las que había grandes borracheras; también el relato sobre liberalidades en la distribución de la chicha, como cuando un líder viajero descendía de su litera para descansar, durante algún viaje, y ofrecía chicha a sus expensas entre los comarcanos que acudían a recibirlo. Ciertamente, cualquier desplazamiento de una autoridad suponía el de un séquito en el que se incluían chicheros y «porteadores» de chicha para dispensarla a voluntad del señor; pero no se trataba de una generosidad inocua, sino ejercida para obtener lealtad política y acceder a mano de obra. Era un intercambio de favores. El sistema administrativo inca estaba asegurado en la amistad subordinada.

Si bien el consumo de bebida fermentada era una práctica general en los Andes y en otras latitudes, en el caso andino era decisivo en las interrelaciones político-sociales que los incas extendieron para ampliar su poder. Como pocos, Morris indagó sobre los procedimientos para obtener la chicha de maíz, o *aqha*, y los distintos métodos que se practicaron para incrementar su contenido alcohólico y mejorar su sabor, con énfasis en la jora y en su elaboración en tiempos incas. Su nuevo enfoque sobre la función de los centros urbanos incas, como bisagras entre la élite cuzqueña y las poblaciones locales, incluyó el papel que jugó la chicha en la consolidación del control del Estado inca. No obstante, señaló que es exagerado decir que los incas prosperaron a base de chicha. A mi entender, no es exagerado, porque no existe evidencia de que alguna acción del Estado en asuntos de política, religión, economía o sociedad haya excluido a la chicha, medio eficaz, como se muestra, para la concreción de sus metas y objetivos político-sociales. Pero, además, era una presencia central en la vida cotidiana de las gentes en todas las esferas de la vida y desde siempre, quizá incluso mucho antes del origen de la agricultura.

Junto con la chicha, el tejido fue uno de los recursos más usados por el Estado inca en sus variadas relaciones de hospitalidad con distintos segmentos sociales o con «individuos meritorios». Sin embargo, anoto aquí, el volumen, la frecuencia y el destinatario difirieron. El flujo de la chicha de manos de la autoridad fue más frecuente y en mayor volumen con las gentes; el tejido, en cambio, circuló, aparentemente, más en las esferas institucionales de la religión y de la administración, de la élite y del ejército. Todos accedieron a ambos recursos, pero mucho más las deidades, en la variada y diaria ceremonia en el Cuzco y en provincias, como se puede observar en Tunsucancha y, en Huánuco Pampa, en una piedra circundada por un muro, ubicada fuera del casco urbano.

En la actualidad, se sabe que los sitios administrativos incas, caracterizados por la producción especializada, el almacenaje y el uso de bienes preferidos, estuvieron bajo un régimen administrativo que recopilaba y procesaba información contable de bienes y de gentes; estas tareas se habrían realizado en dos complejos integrantes de Huánuco Pampa. Basándose en la asociación y contextualización de la estructura y sus componentes, la documentación escrita —*Visita de León de Huánuco* (1562)— y la cerámica estatal y étnica, Morris sugiere el control administrativo del sistema de almacenaje del sitio. ¿Dicho registro, pienso, no es la imagen que Guaman Poma (1936, p. 337) da de un grupo de depósitos y un *quipucamayo* entregando cuentas al Inca? El otro corresponde al VB5, un complejo de producción especializada y vivienda a su vez, que tiene un recinto con características peculiares que sugiere un control del ingreso/salida, a manera de control y de registro de recursos preferidos producidos por posibles *acllas*.

Aún hoy la información y explicación arqueológica de los aspectos de la religión y el culto en centros administrativos incas es escasa. ¿Esto es por la orientación que predomina en el enfoque de los arqueólogos, que no vemos otros aspectos que no sean la economía y la política? ¿No se replicaron los templos mayores del Cuzco capital en centros administrativos, o solo falta identificarla arqueológicamente? También existen otras expresiones arquitectónicas no monumentales que están presentes en los sitios de naturaleza administrativa, quizá más sencillas, pero que revelan la compleja religiosidad de los individuos y de las instituciones. Así, se detallan espacios religiosos rituales en un *tampu* y en un centro administrativo. En Tunsucancha, se describe un recinto aislado con plataforma o altar con más de diez mil fragmentos de cerámica, plantas carbonizadas (maíz, papa y *mashua*); la cerámica es cuzqueña y otras de la costa. Se explora la idea de que fueron viajeros que las dejaron como ofrendas. El otro recinto es una estructura fuera de Huánuco Pampa, en un cerro cerca del complejo de depósitos.

Se describe una pared que circunda una piedra de un metro y ochenta centímetros de altura, un espacio en el que se encontró ceniza, cerámica y figurinas de llama, platos hondos y «aribaloides» más pequeños en la base de la piedra (para nuevas evidencias de naturaleza ritual, véase Pino, 2010).

La herencia del trabajo de Morris, como se puede apreciar, es fructífera y duradera. El resultado de sus investigaciones en Huánuco Pampa, Tunsucancha, La Centinela y Tambo Colorado nos revela, primero, la existencia de cánones político-administrativos cuzqueños reproducidos en sitios de menor jerarquía, donde la planificación urbana y la reproducción de estructuras sociales son los indicadores estatales. Segundo, nos muestra la existencia de rasgos estructurales del ejercicio de poder inca que, a manera de un patrón, se materializan en los complejos palaciegos, en la realización de festines, en la construcción de estructuras religiosas y en la ejecución de ceremonias y ritos. De modo que se podría decir que en provincias todo giraba en torno al Cuzco; o dicho de otro modo, los sitios incas provinciales eran «otros Cuzcos», a distinta escala.

Sus investigaciones crearon conocimientos nuevos. Sus publicaciones muestran originalidad de ideas, imaginación creadora, objetividad en el análisis y reflexión informada. Asimismo, se puede decir que su producción de vanguardia ha devenido, como todo auténtico hallazgo intelectual, en canónica, porque construye un escenario hasta entonces poco atendido y nos da una novedosa mirada sobre la variabilidad del poder inca ejercido en provincias. Sus proyectos también fueron una apertura a la aplicación de nuevos saberes metodológicos para la obtención y registro del dato. Con ello, consiguió construir un nuevo imaginario de los ritos político-sociales incas en provincias.

Julián I. Santillana

Programa de Estudios Andinos, PUCP

El palacio, la plaza y la fiesta en el Imperio inca


(Foto A. von Hagen)

La identificación de la función de la arquitectura y la cerámica inca[1]

Por muchos años, los arqueólogos han prestado una atención sistemática a los aspectos cronológicos de la cerámica y la arquitectura de las culturas prehispánicas. Sus características funcionales, por el contrario, han quedado usualmente relegadas a un segundo plano. Esto es comprensible dada la necesidad de obtener una secuencia temporal segura antes de emprender otra clase de estudios. No obstante, teniendo en cuenta que el periodo inca se caracteriza por un lapso de tiempo relativamente corto, una preservación casi siempre buena de la arquitectura y la existencia de evidencia escrita para complementar los restos materiales, parece apropiado realizar estudios de la cerámica y arquitectura de este periodo para obtener información acerca de sus usos y usuarios. Esta información funcional es esencial si la arqueología pretende contribuir con apreciaciones más amplias sobre la sociedad y la vida incaica.

Existen varios ejemplos en la aún escasa literatura sobre el Horizonte Tardío que ilustran tanto la factibilidad como la importancia de los estudios explícitamente enfocados en la identificación funcional. Quizás el ejemplo clásico sea el análisis de Rowe sobre la arquitectura inca en *An Introduction to the Archaeology of Cuzco* (1944), particularmente su integración de la evidencia arqueológica e histórica correspondiente al Coricancha. También resulta especialmente notable la perspectiva etnográfica adoptada por Núñez del Prado en su artículo «La vivienda inca actual» (1958), ya que demuestra que mucha información crucial se encuentra todavía disponible en las comunidades y unidades domésticas contemporáneas.

[1] Publicado originalmente con el título «The Identification of Function in Inca Architecture and Ceramics». La presente es una reedición de su traducción al español publicada en *Revista del Museo Nacional* (Morris, 1971).

Entre otros ejemplos, el trabajo de Harth-Terré en Huánuco Pampa ha sido particularmente útil en la tarea de interpretar, desde la perspectiva de un arquitecto, el diseño incaico con un sentido de su función.

El arqueólogo no puede percibir el uso de los edificios y artefactos con la certeza o detalle disponibles para el etnógrafo. Sus métodos son más indirectos y sus resultados más cuestionables. Probablemente esto explique algunas de las reticencias para llevar a cabo estudios funcionales. Básicamente, la investigación de la función incluye algún tipo de analogía con las culturas etnográfica o históricamente conocidas. Al carecer de un conocimiento ampliamente aplicable sobre las funciones de las formas materiales culturalmente producidas, frecuentemente nos basamos en el sentido común y en interpretaciones *post-hoc* atribuidas a un material que está tan desligado del presente que no existe fuente de evidencia directa referente a su uso.

En el caso inca, se pueden emplear tanto la evidencia etnográfica como la histórica. Pero estas se encuentran aún lejos de ser suficientes para abarcar la mayoría de las formas que el registro arqueológico ha preservado. Cuando dependemos solamente de la arqueología, es esencial combinar toda la evidencia asociada y no prestar únicamente atención a los objetos aislados. Estudiando unidades más grandes de asociación, tal como un edificio y su contenido, o incluso un grupo de edificios adyacentes, se maximiza los indicios de su función, así como la probabilidad de que una interpretación incorrecta sea efectivamente desechada. El resultado es la identificación de lo que comúnmente se denomina «área de actividad». Los detalles de cómo se usaron la cerámica y los elementos arquitectónicos que componen dicha área son a menudo menos interesantes que la función del área en su conjunto. La manera cómo una misma forma básica de edificio o vasija pudo haber sido utilizada también varía de acuerdo a las circunstancias. Así, un mismo tipo de edificio pudo haber sido empleado como un simple lugar de residencia en determinada instancia, o formar parte de un complejo de templos en otra. En vez de diferencias nítidas entre cántaros de almacenamiento, ollas de cocina y platos para servir y/o consumir alimentos, lo que tenemos son las frecuencias de diversas formas de vasijas asociadas a varias actividades distinguibles.

Eventualmente, un estudio completo de la función tendría que proporcionar descripciones básicas de todas las variedades importantes de arquitectura y cerámica, junto con información relativa a los diferentes contextos en los que aparecen. Nuestra información es, sin embargo, aún demasiado incompleta para ello, así que lo que yo intentaré hacer en los siguiente párrafos es sugerir cuáles habrían sido las características arquitectónicas y cerámicas de algunas de las actividades más importantes efectuadas en Huánuco Pampa,

Tunsucancha y algunos otros centros imperiales, o de construcción estatal, de la sierra central[2]. Se espera que estos datos formen parte de un extenso catálogo comparativo de las identificaciones funcionales, particularmente útil para la sierra central peruana, pero también con algunas aplicaciones más amplias.

Almacenamiento

Actualmente nos encontramos sobre un terreno más seguro para identificar la arquitectura y cerámica asociadas con actividades de almacenamiento. Además de un estudio relativamente exhaustivo enfocado en esta función (Morris, 1967), existe la ventaja añadida de que, por lo general, las zonas de almacenamiento se encuentran espacialmente segregadas en la periferia de los asentamientos. La identificación de la función de almacenamiento también se encuentra parcialmente basada en las referencias históricas (Román y Zamora, 1897).

Se debe establecer una distinción entre el almacenamiento de la unidad doméstica y el almacenamiento de otras unidades organizacionales. El almacenamiento relacionado a las unidades domésticas en el área que yo estudié, cerca de Huánuco, no implicó la construcción de estructuras o tipos de arquitectura especiales, sino que más bien fue acondicionado de acuerdo a ciertas características de los edificios residenciales. Hay poca evidencia arqueológica de almacenamiento dentro de las residencias, pero las observaciones de Núñez del Prado de las prácticas modernas en Ollanta, algunas de ellas realizadas en casas prehispánicas que todavía se usan, sugieren que fue el altillo el centro de las actividades de almacenamiento de las unidades domésticas, colocándose los artículos de uso más frecuente en los nichos típicos de las paredes incaicas (Núñez del Prado, 1958, p. 4). Otro método de almacenamiento de la unidad doméstica implica el uso de hoyos subterráneos. Los pocos ejemplos de esta variante fueron hallados en las aldeas chupaychu, asentamientos que no fueron fundados por los incas; pero el uso de hoyos dentro de los cuales se depositaban cántaros con alimentos estuvo muy extendido y, probablemente, fue tan común entre los incas como lo era entre los grupos que ellos gobernaron.

Las manifestaciones del almacenamiento son más claras cuando este fue emprendido como una actividad especializada del Estado con infraestructura rigurosamente planificada. En las grandes instalaciones incas, como Huánuco Pampa, no solamente es posible reconocer y determinar el tamaño de la infraestructura

[2] Estos sitios fueron investigados en 1964, 1965 y 1966 como parte del «Estudio de la vida provincial Inca», dirigido por John V. Murra. Para mayor información sobre el trabajo en Huánuco Pampa, cf. Morris & Thompson (1970) y, para Tunsucancha, Morris (1966).

de almacenamiento, sino también notar divisiones funcionales dentro ella. A veces se pueden identificar las funciones específicas de diferentes áreas de almacenamiento, de modo que se cuenta con bases para estimar hasta qué punto ciertos bienes fueron almacenados (Morris, 1967).

El almacenamiento en las instalaciones estatales de Huánuco Pampa, Tunsucancha, Jauja y Pumpu presenta tres rasgos que claramente lo distinguen de otras actividades realizadas en estos sitios. El primero de estos es la localización de las áreas de almacenamiento en relación al plano general del asentamiento. Las zonas de depósitos fueron localizadas en los bordes de los asentamientos a mayor elevación que las áreas residenciales y otros sectores. En el caso de Tunsucancha la diferencia en elevación fue pequeña, pero en Huánuco Pampa, el más elevado de los 497 depósitos de almacenamiento estuvo a 192 metros arriba de la plaza central. La ubicación en las laderas de los cerros también es típica de gran parte de los depósitos de Pumpu, Tarma y el gran complejo de almacenamiento de Jauja.

Román y Zamora (1897, p. 201) señaló la localización de los depósitos de almacenamiento incas en las laderas de los cerros en 1575, menos de 50 años después de la conquista española, así que nuestra base de identificación es más o menos directa. Pero esto no significa que todas las estructuras con dicha ubicación sean depósitos, o que los depósitos hayan sido construidos únicamente en las laderas de los cerros. Un examen breve de algunos sitios incas costeños, como Tambo Colorado o Incahuasi, sugiere que solamente unos pocos depósitos de almacenamiento fueron localizados en las faldas de los cerros, como típicamente sucede en la sierra central. En estos sitios costeños hubo la tendencia a dispersar las estructuras de almacenamiento dentro del área construida del asentamiento. Esta diferencia podría explicarse, en parte, por el hecho que el Inca seguía las tradiciones más antiguas de las áreas costeñas, pero también es posible que la inseguridad en las zonas aisladas donde se construirían los depósitos haya sido mayor que en la sierra central.

Un segundo rasgo que distingue al almacenamiento es la forma arquitectónica de las edificaciones conocidas como *colcas*. La arquitectura de las *colcas* se caracteriza por una considerable variación en sus detalles de sitio a sitio, lo cual es interesante en sí mismo (cf. Morris, 1967, apéndice II). Sin embargo, los rasgos que son claves para determinar su función son el tamaño y forma general de las construcciones, especialmente la naturaleza de sus vanos de acceso. Hay dos formas básicas de *colcas* en la sierra central: circular y rectangular, ambas están presentes en Huánuco Pampa, Pumpu, Jauja y Tarma. En Tunsucancha solamente ha sido hallada la forma circular. En Huánuco Pampa y Tarma la forma rectangular

aparece en dos variantes, con uno o dos compartimentos, aunque en el primero de estos sitios también existen ejemplos con más de dos compartimentos. Los depósitos de almacenamiento de Jauja y Pumpu tienen solo un compartimento. Los diámetros interiores de los depósitos circulares varían de dos a más de seis metros, siendo los cinco metros el diámetro más frecuente en Huánuco Pampa. En este sitio, las *colcas* rectangulares de un solo compartimento tienen casi nueve por tres metros, y las estructuras con múltiples compartimentos alrededor de cinco por cuatro metros y medio. Hay un rango moderado de variación en cada caso. La altura de las paredes desde el piso es de casi 3,3 metros.

Los vanos de acceso de los depósitos de almacenamiento son poco más que ventanas bajas. Un umbral elevado antecede a una puerta que a menudo se encuentra cerca de un metro por encima del piso. La altura exacta varía considerablemente, viéndose influenciada por la pendiente de los cerros cuando las puertas se encuentran orientadas cuesta arriba, aunque los umbrales nunca se presentan nivelados con la superficie del suelo exterior o interior. Las puertas son realmente pequeñas. En Huánuco Pampa, donde muchas están preservadas, tienen una forma más o menos trapezoidal, con casi 50 centímetros de ancho y de 60 a 70 centímetros de altura. Las puertas de los depósitos rectangulares son casi 10 centímetros más altas que las de los depósitos circulares. El tamaño pequeño de las puertas y el umbral elevado, que dificultan extremadamente el ingreso y la salida, indican que estos edificios fueron diseñados para albergar cosas, no para gente. El argumento arquitectónico se encuentra respaldado por la preparación elaborada de los pisos, que en algunos casos incluyen un pavimento irregular y en otros un sistema sofisticado de ventilación o drenaje.

La arquitectura de almacenamiento presenta otro contraste entre la sierra y la costa. Si bien en las alturas de Tambo Colorado se pueden observar las bases derruidas de unas cuantas *colcas* similares a la variedad circular que hemos descrito, parece que el almacenamiento en la mayoría de los sitios costeños con ocupación inca estuvo basado principalmente en hoyos o contenedores subterráneos y semisubterráneos a los que se accedía desde arriba. Esta notoria diferencia entre las prácticas de almacenamiento de la costa y la sierra antecede a los incas, e indudablemente refleja, al menos parcialmente, la necesidad de acondicionarse a diferentes climas para lograr una preservación óptima.

Un tercer rasgo que permite reconocer la función de almacenamiento es su cerámica asociada. La cerámica no siempre se constituye en un contenedor apropiado para almacenar bienes, pero cuando fue utilizada, como lo hemos observado en una muestra grande de Huánuco Pampa, predomina una sola forma

de vasija que llega a excluir casi completamente cualquier otra forma posible. Se trata de los cántaros grandes frecuentemente referidos como «aribaloides» y de variantes locales de lo que Rowe (1944, p. 48) denominó la «forma a» en sus descripciones e ilustraciones de la cerámica Inca Tardío del Cuzco. En Huánuco Pampa, el 90% de la cerámica encontrada en los pisos de las *colcas* que hemos descrito correspondió a esta forma de vasija.

Los patrones de asociación entre las diferentes formas arquitectónicas, la presencia o ausencia de cerámica y la preservación de cantidades limitadas de restos botánicos carbonizados, permite a su vez una subdivisión de los depósitos de almacenamiento en grupos funcionalmente especializados. Con una sola excepción, en los 95 depósitos excavados los contenedores de cerámica fueron encontrados solamente en las *colcas* circulares. El maíz siempre estuvo asociado a esta cerámica y los depósitos circulares con piso pavimentado. De otro lado, los tubérculos fueron hallados en las estructuras rectangulares, por lo que se deduce que su almacenamiento no habría incluido el uso de cerámica. Estos dos casos, en los que pueden hacerse afirmaciones específicas sobre el uso, no son aplicables a todas las instalaciones de almacenamiento inca, pero sugieren que hubo un intento sofisticado por proporcionar métodos e infraestructuras especializadas para los distintos bienes. Con suerte, otras variedades serán identificadas en el futuro.

Residencia

Otra clase de actividad que podemos reconocer con relativa certeza es la residencia o alojamiento doméstico. Hace mucho tiempo se identificó a los edificios rectangulares pequeños como las residencias incas más comunes y como una unidad arquitectónica básica adaptada a muchas otras funciones (Rowe, 1944, p. 24). Uno de los principales problemas es determinar cuáles de estas estructuras pequeñas fueron en efecto lugares de residencia y cuáles estuvieron destinadas a otras actividades. Otro problema es cómo reconocer otras clases de edificios que fueron esencialmente «casas», y un tercero es cómo distinguir diferentes tipos o clases de alojamientos que puedan decirnos algo acerca de la composición de la población de un asentamiento más allá de su mero tamaño.

El estudio de la arquitectura por sí mismo probablemente no resuelve ninguno de estos problemas, pero muchos aspectos quedarían esclarecidos si observáramos los edificios en conjunción con los materiales excavados en sus pisos o asociados de otra manera. El registro de estos «desechos de habitación» es una práctica común, aunque sus características exactas rara vez han sido enunciadas explícitamente.

Nuestro trabajo en las áreas residenciales de los centros incas de la región de Huánuco fue muy limitado, pero pudimos reconocer dos formas distintas de alojamiento y obtener una idea bastante buena de la naturaleza del complejo cerámico típicamente asociado con las residencias.

La unidad de residencia más notable consta de entre tres y ocho estructuras rectangulares pequeñas emplazadas de manera más o menos simétrica alrededor de un pequeño patio, usualmente rodeadas por un muro perimetral. Estos son los conjuntos cercados generalmente denominados *canchas* (Rowe, 1944, p. 24). En uno de ellos localizamos un área de cocina parcialmente cercada adosada al extremo de una de las casas. Los edificios suelen tener dos puertas en una de sus paredes largas que se abre hacia el patio, aunque no es extraño que haya solo una y en casos raros tres. Ocasionalmente las puertas también aparecen en los extremos de las casas o en la fachada opuesta al patio. Las estructuras de dos pisos son muy raras, pero probablemente todas las casas tuvieron altillos acondicionados para su uso. La pequeña muestra de estas estructuras que tuvimos oportunidad de medir proporcionó rangos de longitud de 9,2 a 14,4 metros y rangos de ancho de 4,1 a 5,9 metros. La longitud promedio fue de 12,2 metros y el ancho promedio de 4,9 metros. Es probable que estos complejos hubieran sido habitados por personas relacionadas por parentesco, familias extensas pequeñas o, en algunos casos, familias nucleares.

Mientras que los complejos residenciales tipo *cancha* fueron parte de lo que por lo menos era una forma ligeramente planificada de asentamiento, el segundo tipo de residencia presenta una distribución irregular y casi fortuita, usualmente en los bordes de los sitios. Se trata de edificaciones de forma circular con superficies similares a las de las *colcas*, aunque su ubicación es muy diferente al de los depósitos de almacenamiento descritos arriba. Un estudio más detallado reveló además tres diferencias importantes. La medición de una muestra de 40 de estas estructuras mostró que tienen un diámetro interior promedio de 6,3 metros. Si bien algunas de las estructuras circulares más pequeñas no son tan grandes como los depósitos de almacenamiento de mayores dimensiones, su diámetro promedio excede significativamente al de estos últimos en más de un metro. La excavación de cuatro estructuras reveló otra característica que las hace particulares. La pequeña cantidad de piedras en los alrededores de los edificios excavados sugiere que sus paredes de *pirca* pudieron haber sido bastante bajas, de manera que las casas habrían sido construidas parcialmente, o en gran parte, de un material perecible como la *champa*. Finalmente, las bases de estas estructuras presentan una puerta con umbral a nivel del suelo. Desde luego, como veremos más adelante, la clave para determinar las funciones residenciales de estas estructuras es la cerámica asociada.

Las diferencias entre las dos formas de residencia que hemos presentado, en términos de quién las estuvo ocupando, no pueden ser establecidas sin más evidencia. La rusticidad de la arquitectura del segundo tipo y su frecuente localización en el borde de los sitios constituye una reminiscencia de los asentamientos informales que a menudo se anexan a los pueblos y ciudades modernas. Pero quizás la interpretación más probable es que fueran estructuras temporales construidas para hospedar a los trabajadores, mientras los edificios más importantes estaban bajo construcción, o que posteriormente alojaran a los encargados de la *mita* que prestaban servicios durante cortas estadías como parte de sus deberes con los centros estatales. También sugeriría la hipótesis de que las casas pequeñas fueron ocupadas a lo mucho por una familia nuclear.

El hospedaje de los contribuyentes a la *mita* y de otros tipos de residentes provisionales o semiprovisionales es un tema que necesita ser investigado urgentemente. Harth-Terré (1964) ha sugerido que un grupo de edificios alargados relativamente contiguos y ordenados en filas cerca de la plaza mayor de Huánuco Pampa fueron cuarteles. Yo he postulado que algunas de las grandes salas rectangulares, algunas veces llamadas *callancas*, que comúnmente rodean las plazas centrales de los centros incas de la sierra central, fueron usadas como posadas para hospedajes breves (Morris, 1966). Ninguna de estas sugerencias ha sido adecuadamente examinada mediante excavaciones. Indudablemente, hubo importantes diferencias en estatus así como en el tiempo de estadía, lo cual será revelado por estudios posteriores. El esclarecimiento de los diferentes patrones de residencia en las instalaciones imperiales es un punto particularmente crucial, no solo en términos de la naturaleza de los centros mismos, sino también para estimar cómo el Estado impactó en las poblaciones de las provincias rurales que buscó controlar.

La cerámica asociada con las nueve estructuras residenciales excavadas en Huánuco Pampa presentó la variedad de formas de vasijas que uno esperaría encontrar en una colección de cerámica doméstica. No hay diferencias significativas entre la cerámica proveniente de los dos tipos de casas, pero debe tenerse en cuenta el tamaño pequeño de la muestra. A diferencia de la cerámica de los depósitos de almacenamiento, la cerámica de las unidades residenciales se caracteriza por su amplia variedad de formas —formas que tuvieron diversas funciones y que reflejan el rango de actividades propio de las unidades domésticas.

Existen tres formas o categorías formales que resultan básicas en la colección de cerámica asociada a las casas. Una de estas es esencialmente la misma forma prevaleciente en los depósitos de almacenamiento, el llamado cántaro «aribaloide».

Estos cántaros constituyen del 25 al 40% de las vasijas de las casas que he descrito. Un segundo grupo de formas es la vasija globular con el cuello ligeramente constreñido —principalmente ollas usadas a menudo en la cocina, a juzgar por la deposición de hollín en sus paredes exteriores—. Estas formas, que varían en tamaño y en detalles de forma y estilo, constituyen del 35 al 50% de las vasijas de cualquiera de las casas discutidas. La última forma es un tazón o plato hondo, similar a la «forma g» de Rowe (1944, p. 48), quizás usada para servir y consumir alimentos, estos representan del 10 al 25% de los artefactos de cerámica.

Administración

Ahora dejaremos aquellas actividades que, al menos dentro de un esbozo general, fueron relativamente claras, para enfocarnos en aquellas que son más difíciles de identificar. Las grandes instalaciones incas, como Huánuco Pampa, reciben a menudo el nombre de «centros administrativos», pero hasta el momento no hemos podido precisar qué clase de edificios y objetos estuvieron asociados con la administración. Nuevamente, esto se debe en parte a una simple falta de investigación, pero también existe un problema más, casi con seguridad las actividades administrativas no estuvieron completamente diferenciadas de aspectos como la religión y el alojamiento de la élite, lo que complica su estudio de manera separada.

En lugar de plantear una definición general de la arquitectura administrativa y los artefactos relacionados, me limitaré a comentar brevemente tres edificios que, desde mi punto de vista, sirvieron para la administración de las actividades de almacenamiento en Huánuco Pampa. La destrucción de las paredes de los edificios fue tan grande que es imposible una descripción completa. Las tres estructuras corresponden a rectángulos alargados de casi 35 por 8 metros, con poca variación. Al menos una tuvo puertas anchas orientadas hacia los depósitos de almacenamiento, pero fue tal el grado de destrucción de las paredes que la identificación de cualquier otra puerta resultó imposible. Dos estructuras tuvieron banquetas bajas de piedra anexadas a sus paredes cortas, y una de ellas también presentó una banqueta similar apoyada sobre una de sus paredes largas.

Casi del 60 al 80% de la cerámica de estas estructuras estuvo constituido por los conocidos cántaros grandes para almacenamiento. Pero la amplia variedad de otras formas presentes es suficiente para sugerir que estas edificaciones no fueron propiamente depósitos, aunque sí estuvieron relacionadas a las actividades de almacenamiento. No hay espacio para entrar en detalles sobre la cerámica,

pero es llamativo que cuatro fragmentos procedentes del piso de una de las estructuras correspondieran a la típica cerámica de los chupaychu, uno de los grupos étnicos que, según los documentos (Ortiz de Zúñiga, 1967-1972), traían bienes a Huánuco Pampa. La interpretación más probable de estas estructuras y de sus 817 m^2 de área de piso, es que en ellas se efectuaron las operaciones de procesamiento y supervisión de los bienes recibidos como tributo y redistribuidos. Probablemente aquí los bienes fueron contabilizados, colocados dentro de los cántaros del Estado si era lo apropiado, y despachados a las *colcas* de las partes altas de los cerros.

Religión

La religión es otro de los campos donde no se puede llegar a muchas conclusiones generales debido a la pequeña cantidad de información disponible, aunque en la práctica la función religiosa puede ser identificada más fácilmente que la función administrativa. Yo excavé solo dos estructuras que fueron claramente religiosas. Una fue el *tampu* de Tunsucancha, un pequeño edificio rectangular muy destruido. Al principio, los restos en superficie de sus cimientos sugirieron que podría haber sido una residencia; sin embargo se hallaba relativamente aislada —no incluida en ninguno de los complejos que mayoritariamente conforman el área general del sitio—. Su excavación reveló una plataforma rústica o altar en el extremo este y permitió remover más de 10 000 tiestos de cerámica, la mayoría de ellos concentrados en el extremo donde se ubicaba el altar. Varias de las vasijas rotas contenían plantas carbonizadas: se han identificado restos de maíz, papas y *mashwa*. La mayor parte de la cerámica no correspondía a los alfares típicos de Huánuco Pampa y Tunsucancha. Es casi seguro que algunas de estas piezas provinieron del Cuzco mientras que otras tuvieron probablemente un origen costeño. La idea de un pequeño santuario donde los que viajaban a lo largo del camino dejaban sus ofrendas resulta bastante atractiva para este edificio y concuerda bastante bien con nuestra interpretación general de la naturaleza de un *tampu*.

La otra estructura religiosa fue localizada en un cerro, próxima a los depósitos de almacenamiento, dominando Huánuco Pampa. No fue realmente un edificio, sino poco más que una pared baja que circundaba una piedra simple sin decoración de casi un metro de largo y 80 centímetros de altura. Presentó una cantidad considerable de ceniza, fragmentos de varias vasijas de cerámica y la figurina de una llama en la base de la piedra. Es bien conocida la importancia de las piedras en la religión inca, siendo el ejemplo más famoso el de Huanacauri, cerca del Cuzco.

La cerámica asociada a estas estructuras se distingue por una serie de rasgos que, nuevamente, casi no causan sorpresa. Primero, presenta una mayor incidencia de pintura y decoración que la cerámica vinculada a cualquiera de las actividades mencionadas anteriormente. Las figurinas constituyen un porcentaje pequeño, pero son un componente muy notable. En términos de forma, los platos hondos o tazones son los tipos más comunes, mientras que las ollas y los cántaros son menos frecuentes. Además de ser muy escasos, los cántaros de estas estructuras, como por ejemplo los «aribaloides», son mucho más pequeños que sus contrapartes de los depósitos de almacenamiento o residencias. En resumen, parece haber sido principalmente cerámica para contener ofrendas.

Conclusiones

Si bien los principios discutidos son relativamente simples, es evidente que la reconstrucción de las actividades relacionadas con la arquitectura y la cerámica no es una tarea fácil. Para superar lo que a menudo no es más que simple especulación, necesitamos un estudio intensivo de los detalles y la excavación de grandes muestras de edificios. También necesitamos condiciones en las que la alteración de los patrones de asociación incaicos originales sea mínima. Y uno de los problemas más complicados es la distorsión que resulta de la ocupación española, incluso cuando esta fue breve e involucró un número reducido de personas. Estas dos dificultades se ven reflejadas en los resultados notoriamente incompletos y aun insuficientemente precisos que han sido reportados arriba.

Al igual que la identificación de las secuencias estilísticas en la cerámica, los estudios funcionales no son fines en sí mismos. Si bien puede ser interesante saber que ciertos tipos de edificios fueron depósitos de almacenamiento y otros residencias, es mucho más interesante poder establecer que un determinado centro tuvo una infraestructura de almacenamiento central de casi 38 000 m^3 de capacidad y sugerir que entre 5 y 7 % de esa capacidad estuvo destinada al almacenamiento de maíz, mientras que entre 50 y 80% estuvo dedicada al almacenamiento de tubérculos. Los estudios funcionales son esencialmente una de las principales fuentes de la economía vital y estadística social a través de la cual los arqueólogos pueden hacer una verdadera contribución a la comprensión de la civilización de los pueblos andinos.

Agradecimientos

Los datos sobre los centros incas de la sierra central del Perú utilizados en este artículo fueron recopilados como parte del «Estudio de la vida provincial Inca», dirigido por John V. Murra y financiado por la National Science Foundation (Subvención GS 42) de los Estados Unidos de América. Los datos comparativos sobre el almacenamiento costeño fueron obtenidos en el marco de la prospección llevada a cabo por el autor con la financiación de un *Grant-in-Aid* de la Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research. La misma subvención me permitió participar en el congreso en el cual presenté este artículo. Me gustaría agradecer a todas las personas relacionadas con ambos proyectos.

Asentamientos estatales en el Tahuantinsuyu: una estrategia de urbanismo obligado[1]

Gran parte de la investigación arqueológica sobre las ciudades antiguas se ha centrado en casos que suponemos tuvieron un desarrollo gradual y espontáneo. El interés ha estado focalizado principalmente en el crecimiento *in situ*, la diferenciación en los patrones de asentamiento y la explicación de cómo se produjeron estos cambios en términos de variables sociales, ecológicas e ideológicas, mayormente indígenas, de la vecindad o región donde se produjo el desarrollo. La disponibilidad de importantes recursos naturales y de una posición propicia para el comercio o intercambio son factores que frecuentemente se buscan cuando se estudia el crecimiento de un centro urbano.

Sin embargo, hay circunstancias en las que grandes asentamientos internamente diferenciados pueden surgir como respuesta a otros estímulos, tales como una planificación estatal centralizada o una migración dirigida. Estamos familiarizados con casos modernos, como los de Canberra o Brasilia, y Oppenheim (1957, p. 36) habla de un «urbanismo obligado» en el Imperio Asirio. En estos casos la naturaleza y el crecimiento de asentamientos importantes resulta comprensible solo con referencia a un sistema más amplio y a una dirección política de proveniencia lejana.

Cada vez resulta más evidente que una característica común muy importante de la organización política y económica andina durante el período inca

[1] Publicado originalmente con el título «State Settlements in Tawantinsuyu: A Strategy of Compulsory Urbanism» (Morris, 1972a). La presente es una reedición de su traducción al español publicada en *Revista del Museo Nacional* (Morris, 1973).

fue la de un patrón de asentamiento obligado[2]. Aunque casi siempre esas instalaciones estatales eran relativamente pequeñas, algunas contenían más de 1000 construcciones y muchas de ellas fueron erigidas muy rápidamente durante la segunda mitad del siglo XV y en las tres primeras décadas del XVI. El poder del Estado resulta evidente tanto en el carácter de los centros, como en su fundación y rápido crecimiento.

La naturaleza de estos asentamientos puede conocerse, en parte, a partir de las fuentes etnohistóricas europeas, pues la comprensión de los contextos sociopolíticos y económicos en que encajaban depende en gran parte de tales fuentes. Pero, a mi parecer, solo los datos arqueológicos pueden ofrecer las pruebas concluyentes de las ideas que se encuentran en las crónicas y en el trabajo de los modernos comentaristas y analistas.

Hasta ahora, el estudio arqueológico de los asentamientos estatales del Tahuantinsuyu no ha sido abordado de una manera muy sistemática ni exhaustiva. El estudio pionero de Rowe en el Cuzco (Rowe, 1944 y 1967) y las importantes investigaciones de Menzel en la costa sur han marcado hitos esenciales, pero la mayor parte del trabajo arqueológico está aún por hacerse. Incluso en los pocos ejemplos de las instalaciones estatales que aquí se discuten, la evidencia es aún muy fragmentaria. Sin embargo, parece que vale la pena reunir algunos de sus resultados, no solo para presentar ciertas conclusiones preliminares, sino también para ofrecer una base sobre la que pueda realizarse un trabajo más sistemático.

Carácter de los asentamientos

Los asentamientos incas que analizaremos están ubicados en la sierra central peruana, cerca de las actuales ciudades de Huánuco y Cerro de Pasco. Forman parte de un vasto sistema de asentamientos que incluía, por lo menos, 170 centros (Guaman Poma de Ayala, 1936, pp. 1084-1093) construidos por los incas a lo largo de la red de caminos en el territorio que controlaban. Una red de estos caminos corría a lo largo de la costa y la otra por la sierra, desde Quito hasta el Cuzco y de allí a Argentina para pasar a Chile. En 1964 y 1965 visitamos Taparacu, Huánuco Pampa (Huánuco Viejo), Tunsucancha y Pumpu, ruinas

[2] Este artículo fue redactado a partir del material recogido para el «Estudio de la vida provincial Inca» (1963-1966), auspiciado por el Institute of Andean Research, financiado por la National Science Foundation (GS 42) y autorizado por las R.S 58 (1964) y 637 (1965). Quiero expresar mi particular reconocimiento, que va mucho más allá de lo que pueden cubrir las citas bibliográficas, a todos los que colaboraron en este proyecto. Muy en especial al Dr. John V. Murra, su director, incluso por sus comentarios y críticas a este artículo.

de cuatro asentamientos en el camino Cuzco-Quito[3]. Dos de los sitios, Taparacu y Tunsucancha, son pequeños y tienen entre 100 y 300 estructuras, respectivamente. Pumpu y Huánuco Pampa son, por lo menos, cuatro veces mayores. El contraste en la extensión fue reconocido hace mucho tiempo (Cieza de León, 1959, pp. 68-69) y refleja una diferencia funcional. Las pequeñas instalaciones generalmente son mencionadas como *tampu*, las famosas posadas incas, mientras que los centros mayores han sido llamados «centros administrativos», para indicar una gama de actividades mucho más amplia. Los *tampu* se encontraban separados por una distancia aproximada de un día de viaje, ocasionalmente un centro administrativo podía presentarse ocupando su lugar (generalmente cada cuatro a seis días). Las cuatro ruinas visitadas están ubicadas en mesetas elevadas, o punas, pues el camino seguía por las alturas; de las cuatro, la ciudad de Huánuco Pampa, a 3736 metros, es la de menor altura.

Huánuco Pampa y Pumpu encajan claramente en las definiciones propiamente arqueológicas de centros urbanos. Son grandes, presentan zonas con edificios impresionantes y amplios espacios para actividades que, en algún sentido, eran ceremoniales; la arquitectura residencial sugiere una marcada estratificación social y económica. Incluso los pequeños *tampu* cuentan con conjuntos residenciales de aparente estatus elevado, aunque pudieron haber sido utilizados solo en forma ocasional (Morris, 1966). Pero en Huánuco Pampa, y en menor proporción en Pumpu, esta zona residencial de élite es grande. El sector del palacio asociado con los edificios administrativos y ceremoniales cubre más de medio kilómetro cuadrado. De modo que si bien todos los centros muestran rasgos de una sociedad compleja y estratificada, son los centros administrativos los que sugieren una forma de asentamiento urbano. Tienen poblaciones grandes y densas que se encuentran diferenciadas en términos de estatus socioeconómico y especialización ocupacional, lo que constituye el rasgo más típico de las ciudades, tanto antiguas como modernas.

Además de estos centros con características urbanas muy típicas, hay otros asentamientos a lo largo del camino inca que son raros y representan una clase especial de centro urbano, tanto en términos de su estructura interna como de sus relaciones con la región en que se localizan. Son estos rasgos poco comunes los que nos han llevado a emplear términos como urbanismo «obligado» o «impuesto» para contrastarlos con los tipos más «orgánicos» de ciudades.

[3] Al lector interesado en una información más detallada del trabajo efectuado en tales sitios, se le sugiere revisar Thompson (1967, 1968b y 1969), Morris (1966) y Morris & Thompson (1970).

Es posible que las más notables de estas características atípicas no se manifiesten con claridad en el registro arqueológico de los asentamientos estatales, sino que aparezcan solo después de la comparación de los asentamientos ubicados a lo largo del camino inca con los pueblos y ciudades de los grupos étnicos locales de la región, como los yachas y los chupaychu, descritos por Iñigo Ortiz de Zúñiga (1967-1972)[4]. Lo que observamos a través de los atributos estilísticos de la arquitectura y de la cerámica es una diferencia profunda entre los sitios imperiales y los locales. Este contraste indica, a su vez, el carácter intrusivo de los centros a lo largo del camino y un patrón de interacción entre ellos y los pueblos y ciudades locales, que es muy diferente del flujo relativamente fácil e informal de gente, bienes e ideas que frecuentemente visualizamos entre la ciudad y el pueblo.

La cerámica de los cuatro sitios mencionados muestra una clara derivación estilística del tipo Cuzco. La similitud con la alfarería de la capital es tal que solo puede ser considerada como una imitación deliberada y no como una mera «influencia». Por ejemplo, las versiones locales de gran parte de los tipos de ceramios ilustrados por Rowe (1944, p. 48) para el período Inca Tardío del Cuzco se encuentran en estos sitios. Mientras que, por otro lado, los pueblos se adhieren a sus tradiciones alfareras preincaicas, con muy ligeros cambios durante el período de la construcción y uso de los centros estatales (Thompson, 1967, 1968b y 1969; Morris, 1967).

Las sorprendentes diferencias formales entre la cerámica local y la asociada con las instalaciones estatales corren parejas con un patrón de distribución claramente definido. La frecuencia de la cerámica local en los centros estatales que estudiamos estuvo limitada a cinco o seis fragmentos entre mucho miles. La distribución de la cerámica generalmente asociada con los centros estatales estuvo bastante restringida a esos centros. Grandes cantidades de esta «cerámica estatal» se encuentran únicamente en el sitio del pueblo que, según los documentos, era la residencia del *curaca* local más importante (Ortiz de Zúñiga, 1967-1972, vol. 1, pp. 55-59). Esto tiende a sugerir que tal cerámica estuvo esencialmente restringida a los asentamientos estatales y a ciertos puntos importantes de contacto político en la región.

Los contrastes en las características formales de los materiales arqueológicos y sus bien definidos patrones de distribución, nos permiten así aislar arqueológicamente

---

[4] Estos grupos locales variaban enormemente tanto en su extensión como en su nivel de complejidad. Términos tales como «étnico» y «campesino», usados aisladamente, no los caracterizan de manera adecuada. Para mayor información, debe consultarse el estudio de Murra (1967) sobre los chupaychu. También son pertinentes, no obstante que se refieren a un área diferente, sus artículos sobre los lupacas (Murra, 1964 y 1968).

un sistema de asentamientos estatales, por una parte, y los pueblos de grupos étnicos locales, por otra, a la vez que podemos interpretar el camino y los sitios que une como un sistema de asentamientos que en cierta forma era extraño a la región en que se presenta. Podríamos también haber postulado que los asentamientos estatales estuvieron habitados por grupos básicamente diferentes, si es que no supiéramos por los documentos (Ortiz de Zúñiga, 1967-1972) que mucha de la gente que los habitaba no provenía del Cuzco, sino de los pueblos locales cuyos restos arqueológicos son muy distintos.

Una segunda característica poco común de estos asentamientos, también indicadora de su naturaleza planificada, es el carácter súbito de su aparición en el horizonte arqueológico. Las muestras estratigráficas en Huánuco Pampa y Tunsucancha y las extensas colecciones de superficie de los cuatro sitios no revelan una ocupación preincaica. Por las fuentes históricas sabemos también que la región en cuestión no se consolidó sino después que Tupa Inca tomó el comando del ejército, lo que Rowe (1945, pp. 271-277) fecha aproximadamente por el año 1463. Si esto es correcto, la construcción de estos asentamientos se realizó en un período que no antecede en más de 70 años a la conquista española de 1532. Que un asentamiento alcance un crecimiento de más de mil estructuras en un tiempo tan corto no es común en el mundo antiguo, que en un área tan amplia se encuentre una serie completa hecha en un solo momento es todavía más raro.

Un tercer indicio del carácter especial de los asentamientos es la preocupación por el almacenamiento. Las enormes cantidades de bienes acumulados en los depósitos han sorprendido a los observadores europeos, incluso desde que los primeros españoles transitaron por los caminos incaicos. En 1965 y 1966 realicé un estudio arqueológico de ciertos aspectos del sistema de almacenamiento inca, poniendo énfasis en estos asentamientos provinciales, especialmente en Tunsucancha y Huánuco Pampa. Las hipótesis que orientaron esta investigación proceden de las ideas de Polanyi (1957) y Murra (1956 y 1962b), quienes sostienen que una de las funciones de los grandes centros administrativos era la redistribución de una amplia variedad de bienes a través de diversos «pisos», tanto ecológicos como culturales. El postulado es que el complejo de los depósitos servía en gran medida como el «centro» de una red de redistribución y, por tanto, que los asentamientos en que estaban ubicados funcionaban como centros redistributivos de intercambio, análogos a los centros mercantiles que se encuentran en otros contextos.

Es evidente que el tema requiere de una gran cantidad de información, de la que solo una parte es proporcionada por mi investigación arqueológica. Sin embargo, estoy convencido de que, si bien no se puede dudar de la redistribución

de ciertos bienes, la función principal de los depósitos de centros como Huánuco Pampa (donde 38 000 m^3 de espacio estaban ocupados por 497 depósitos) y Pumpu era abastecer las necesidades de los mismos asentamientos. Hay muy poca o ninguna evidencia de producción alimenticia adyacente a los centros, en todo caso estos no están ubicados en zonas muy productivas. La fuente de su alimentación provenía de 12 comunidades, algo distantes, como se destaca claramente en los registros escritos (Ortiz de Zúñiga, 1967-1972). La mayor parte del almacenamiento parece haber estado dedicada a recursos comestibles de variedades no muy diferentes a las que se conseguían en la mayor parte de los pueblos, acumulados para proteger a los asentamientos de la hambruna o de otras dificultades de la producción o distribución. Queda por evaluarse, en forma cuidadosa, el grado en que los asentamientos estatales provinciales podrían haberse constituido también en centros de intercambio redistributivo importantes para la economía total de la región, pues hasta el momento, la distribución a los pueblos no parece haber ocupado el primer lugar en la lista de las funciones más importantes que cumplían.

Un cuarto factor a ser considerado es que la arquitectura y la planificación de los asentamientos están marcadas por lo que parece ser una elevada proporción de construcciones adecuadas para el alojamiento y servicios temporales, que podrían haber sido utilizadas más por individuos que por familias. Las largas estructuras rectangulares que rodean las plazas ubicadas en la parte central de los sitios son ejemplos de este aparente énfasis, tal es el caso de las 43 construcciones elegantemente alineadas en Huánuco Pampa, a las que Harth-Terré (1964, p. 13) se refiere como el «cuartel» o las barracas. No podemos hablar concluyentemente sobre funciones arquitectónicas y ocupaciones permanentes negando la posibilidad del alojamiento temporal, ya que los documentos actualmente disponibles no ofrecen evidencias directas al respecto y porque solo a través de mayores excavaciones podremos obtener las asociaciones arqueológicas necesarias. Sin embargo, a partir de ciertos aspectos de la planificación de los asentamientos, queda implícito que la prioridad fue puesta en cierto tipo de actividades que no eran fundamentalmente residenciales en el sentido usual del término. Por el contrario, el énfasis estuvo dirigido hacia el alojamiento de transeúntes o, quizás, trabajadores y militares. Si bien este tipo de alojamiento no habría sido el único que integraba el núcleo físico alrededor del cual se planificaban los asentamientos, es probable que en algunos casos ocupara tanto o más espacio que el correspondiente a una vivienda de estilo familiar.

Existen dos factores finales que evidencian cierta artificialidad de los asentamientos localizados a lo largo del camino inca: (1) la rapidez con que se despoblaron luego

de la caída del Estado inca y (2) la aparente ausencia de cementerios importantes asociados a las ruinas. Ambos factores hacen sospechar que la población de estos asentamientos tuvo relaciones externas importantes, pero que, a la vez, consideraba que su «hogar» estaba en otra parte. Sabemos por las fuentes históricas (Varallanos, 1959, pp. 125-142) que hubo un fallido en intento español de mantener un asentamiento importante en Huánuco Pampa. Además, casi no hay evidencia arqueológica definitiva de ocupación colonial en ninguno de los sitios mencionados.

Sería prematuro considerar la actual ausencia de cementerios como una evidencia concluyente. Los asentamientos no tuvieron una gran antigüedad, por ello los cementerios no habrían sido muy extensos; de otro lado, nuestra investigación no ha sido exhaustiva y trabajos adicionales podrían revelar tumbas. Pero, en todo caso, no existen grandes áreas de entierro claramente definidas, que ciertamente ya podrían haber sido descubiertas, al menos por los huaqueros, ni tampoco existen restos arquitectónicos que sugieran la presencia de grandes cámaras funerarias a nivel del suelo, comunes en otras partes de los Andes.

Contextos y funciones

Hay dos modos de abordar la búsqueda de explicaciones a las características de los asentamientos incas que hemos sintetizado. Uno de ellos es tratar de colocarlos en el contexto de las instituciones incas en que se desarrollaron y funcionaron. Necesitamos examinar sus contribuciones esenciales al más amplio sistema económico y político y cómo interactuaban con otras instituciones que condicionaron su forma y determinaron algunas de sus características particulares. El otro modo es investigar más ampliamente para ver si alguna estructura general de desarrollo de las formas de asentamiento y de las instituciones económicas nos sirve.

Probablemente la formulación de Adams (1956 y 1966) acerca del desarrollo del fenómeno urbano sea la más útil. Sostiene que en la sociedad el origen de los sistemas de autoridad centralizada, en principio, debe haberse basado en instituciones que inicialmente tuvieron carácter religioso. Sin embargo, como resultado de las fuerzas internas y externas que bosqueja, estas instituciones se transformaron, dando por resultado estructuras de autoridad que fueron básicamente seculares y militares. Aquí estamos interesados en la última parte del esquema, que trata de lo que él llama la Era Militarista o Dinástica. Aunque durante el período inca bien pudo continuar un proceso de secularización,

el cambio básico a que se refiere Adams en la prehistoria andina debió ocurrir evidentemente mucho antes, tal como lo han demostrado Schaedel (1951) y otros. En todo caso, nuestro principal interés radica en el carácter de los resultados más que en el proceso mismo.

Los efectos que alcanzó este creciente tipo de organización secular y militar, en los asentamientos asociados con los centros de control político, también han sido bosquejados por Adams (1960, pp. 165-166). Los vemos muy claramente en algunas de las características menos extraordinarias de los sitios arriba mencionados. En todos los centros se encuentran espacios destinados posiblemente a ser cuarteles, residencias o pabellones reales, aunque sean pequeños; y la ampliación de algunos de estos «palacios» en profusos complejos administrativos y residenciales para la élite. Por otro lado, si la identificación que he realizado es correcta, en Huánuco Pampa nos encontramos con que el almacenamiento destinado para el uso del Estado «secular» fue varias veces mayor que el asignado para las deidades (Morris, 1967). Polo de Ondegardo (1916, p. 59) también nos dice que los depósitos del Estado eran más que los del Sol. Enfatizo esto no solo como un modo de explicar que las actividades militares y palaciego-administrativas constituyeron un tema central del camino inca y de las instalaciones que le estaban vinculadas. Cieza lo señala ya en el siglo XVI. Lo importante es recalcar la trascendencia y el potencial de una autoridad militar centralizada y bien establecida, que ejercía un gran poder de control sobre una considerable cantidad de bienes económicos. En los asentamientos estatales situados a más de 550 kilómetros de la capital, el Cuzco, se pueden ver las instalaciones externas de dicha estructura de autoridad a medida que se fue expandiendo. Al examinar y evaluar el rol de estos asentamientos, es necesario, por una parte, llegar a darse cuenta de porqué fueron esenciales para la expansión de un Estado primitivo y, por otra, cómo fueron posibles en el contexto de tal Estado.

Tal vez el elemento más importante en la dinámica de un Estado que se expande es la clase de relaciones que mantiene con el pueblo que trata de incorporar y la manera cómo inicia dichas relaciones. En el caso de los incas es cómo el *ayllu* o comunidad local y, a veces, unidades étnicas y económicas más grandes fueron encerradas dentro del marco estatal, tal como lo ha señalado Murra (1964 y 1968). Son algunos de estos mecanismos los que parecen explicar muchas de las características peculiares de los asentamientos estatales provinciales que mencionaremos posteriormente.

Desde el punto de vista del Estado, la necesidad de movilizar los recursos que sostenían a la élite y respaldaban o alimentaban a los ejércitos de expansión

constituía el aspecto más importante de esta relación. También era importante que los recursos necesarios estuvieran en el lugar preciso, en especial durante los períodos de operaciones militares. Este último requerimiento era indispensable en uno de los territorios más ásperos del mundo, que abarca más de 2500 kilómetros y con una tecnología y medios de transporte y comunicación que eran casi neolíticos.

Es en respuesta a estas necesidades, de dificultad frecuente y variada o de situaciones marginales, que toman forma los procedimientos administrativos incas para las provincias. Se requería una burocracia administrativa que mediara entre las comunidades locales y estatales. Siempre que fue posible se empleó las estructuras burocráticas y a los líderes étnicos locales. Pero cuando estas no existían, o en casos de lucha y conflicto, fue necesario crear nuevas estructuras. Se necesitó, también, un bien planeado sistema logístico y de comunicaciones. Sin estos hubiera sido difícil afianzar conquistas distantes e incluso los comienzos de una real consolidación.

A pesar de los contrastes en extensión y en algunas otras características, los cuatro sitios inca aquí tratados formaban parte de un todo coherente, de una red de caminos y asentamientos que se extendía por casi todo el Tahuantinsuyu y eran partes vitales de un mecanismo que, si bien en forma algo vaga, ligaba al Estado los diversos pueblos de sus provincias. Primero, estos y los otros asentamientos de la red proporcionaban los nudos del complicado sistema de comunicación y logística que permitía el movimiento de ejércitos, trabajadores, funcionarios, bienes e información a través de largas distancias con notable seguridad y eficiencia, considerando el nivel tecnológico inca. Los *tampu* más pequeños, como Taparacu y Tunsucancha, representaban los lazos mínimos de esta red. Segundo, los asentamientos permitían la centralización de una serie de operaciones administrativas, ceremoniales y económicas que eran esenciales para asegurar la base política, militar y económica sobre la que se sustentaba el Estado. Los centros administrativos, como Huánuco Pampa y Pumpu, con sus zonas palaciego-administrativo-ceremoniales y sus grandes servicios de almacenamiento, eran pues de importancia capital.

Si otras actividades, tales como la producción de artesanías, constituían aspectos importantes en estos asentamientos queda aún por demostrarse. Varias de ellas, en especial el tejido, constituían parte importante de las obligaciones recíprocas del Estado y, por tanto, elementos esenciales de un sistema en el que el trabajo se movilizaba para sostén del Estado mismo (Murra, 1962a). La centralización de la producción artesanal en centros como Huánuco Pampa y Pumpu puede haber ofrecido la mayor eficacia y un control directo del Estado

en la producción de bienes decisivos. Hasta el momento hay solo indicios de que la producción artesanal podría haber constituido una actividad importante en estos asentamientos, pero si fueran confirmados, su importancia e interés sería mucho mayor. La arqueología del futuro estará en condiciones de resolver con relativa facilidad los problemas de esta naturaleza.

Las funciones que cumplían dichos asentamientos estatales no son, pues, sorprendentes, dada la expansión del Tahuantinsuyu. Son las que le suponemos a un Estado en rápida expansión que emprendió seriamente la eventual consolidación de extensas áreas, muchas de las cuales podrían ser llamadas «subdesarrolladas». Lo que tal vez sea poco frecuente es la extensión en la que los incas pudieron emprender un programa de asentamientos obligados.

Aunque el eclipse del poder inca en manos de los españoles impidió tener una verdadera prueba de la completa realización o longevidad del sistema incaico, sus intentos de incorporación y control territorial en muchos aspectos resultaron siendo los más ambiciosos entre todos los intentos de «conquistas» estatales del mundo antiguo. Si bien actualmente no estamos en condiciones de comprender totalmente esta aparente precocidad de proezas políticas, podemos entender parte de las bases institucionales mediante las cuales se construyeron y poblaron dichos centros estatales. Es a través de la investigación de algunas de estas instituciones que logramos explicar muchas de las características singulares de los asentamientos.

En primer lugar, si consideramos la importancia de las construcciones de carácter temporal y no familiar, resulta evidente que en gran parte ellas pueden explicarse sobre la base de las mismas funciones principales del patrón de asentamiento. Debían tomar en cuenta a un considerable número de transeúntes. Y es razonable pensar que en los grandes centros como Huánuco Pampa se hubieran encontrado apostadas guarniciones militares. Pero, aparte de estas actividades, es bastante probable que una parte sustancial de la población, que no estaba directamente comprometida en la vida militar o transeúnte, en el más estricto sentido de la palabra, tampoco estuviera compuesta por residentes permanentes.

El Estado se sostenía casi completamente con el trabajo, no con el tributo de especies. Este hecho es de gran importancia para otros aspectos de la organización del Estado y la naturaleza de las ciudades. El trabajo se convertía en los bienes y servicios necesarios para las operaciones estatales. La fuente principal de trabajo era la *mita*, tributo en trabajo que se exigía rotativamente a los jefes de familia. Era una forma de servicio laboral que podía cumplirse cultivando los campos estatales próximos al propio pueblo del contribuyente, o podía implicar el servicio militar, trabajar en la construcción de proyectos tales como caminos, puentes, irrigaciones

y en la preparación de andenerías, u otros servicios que implicaban dejar el propio lugar por variados períodos de tiempo. Teóricamente, por lo menos, la *mita* era una forma de servicio temporal que no apartaba a la gente de sus comunidades por mucho tiempo, y mucho menos en forma permanente (Murra, 1964 y 1968; Rowe, 1946, pp. 265-269).

Parte del personal que sostenía y poblaba los establecimientos estatales provinciales estaba compuesto ciertamente por trabajadores cumpliendo *mita*. Cieza de León (1959, p. 109) nos dice que más de 30 000 personas «servían» en Huánuco Pampa, que es muy diferente a decir que 30 000 personas habitaban el centro de modo permanente. Ortiz de Zúñiga (1967-1972, vol. 2; testimonio de Juan Chuchuyauri, 5 de febrero de 1562) registra a la comunidad de Paucar como el lugar de origen de los que servían en el *tampu* de Tunsucancha, a día y medio de camino. Una elevada proporción de habitantes *mitayos* podría explicar la rápida despoblación post inca y la dificultad para ubicar un cementerio. De este modo tenemos información etnohistórica, histórica y arqueológica que en forma conjunta sugiere cómo, al menos en parte, la población estaba constituida por contribuyentes *mita* en constante rotación. Esto probablemente no solo supuso un movimiento de los residentes individuales por turnos, sino también fluctuaciones en su número, ya que sería dudoso que las actividades en los asentamientos localizados a lo largo del camino hubieran estado completamente libres de la influencia del calendario agrícola y ceremonial.

Cobo (1964, vol. 2, p. 114) dice que en los principales centros estatales había «gran número de indios de servicio, que por sus mitas enviaban los pueblos comarcanos». Pero enumera también a otros residentes: *mitmas*, los «colonos» que el Inca trasplantaba en comunidades completas; *acllas*, mujeres a las que frecuentemente se les identificaba como «vírgenes» asociadas con el templo del Sol, pero que también eran tejedoras del Estado (Murra, 1956, p. 304); y el jefe delegado del Inca o gobernador real. Evidentemente, había por lo menos un núcleo de residentes permanentes en estos asentamientos. Los problemas para establecer el grado de importancia de las diversas categorías de funcionarios estatales que conformaban la población en su conjunto, tal vez puedan resolverse arqueológicamente mediante el estudio de la naturaleza de las unidades domésticas y de los estatus socioeconómicos vinculados a los variados tipos de viviendas existentes en las distintas áreas habitacionales de los centros.

Como ya hemos visto, gran parte de las diferencias entre los centros localizados a lo largo de los caminos y los pueblos indígenas del área son resultado de la planificación y construcción estatal. Pero ¿basta esto para explicar la exclusiva

presencia de materiales «estilo estatal» en estos centros? ¿Por qué no hubo una mayor mezcla? Existen por lo menos dos temas a tomarse en cuenta con respecto a los notables contrastes observados por la arqueología.

Uno de ellos tiene que ver con las reciprocidades de las que el Estado dependía para su productividad laboral. El deber del Estado en relación a la reciprocidad consistía en mantener a aquellos que trabajaban para él (Murra, 1956, p. 168). Ya que es probable que casi todas las actividades productivas en estos centros hubieran estado directamente relacionadas con el Estado, este debió haber asumido casi la totalidad de la responsabilidad de ofrecer alojamiento, cerámica y todo lo que se necesitaba. La naturaleza omnipresente del Estado, que quedaba marcada en todo, hasta en la olla más tosca, tiende a confirmar que el Estado estuvo a la altura de sus obligaciones con una rigidez casi increíble. Esta parece ser la explicación más lógica para la ausencia de las evidencias que esperábamos encontrar de los diversos grupos étnicos que servían a los centros (Murra, 1962b; Morris & Thompson, 1970). Además, el enorme esfuerzo desplegado en el almacenamiento resalta la realidad de las obligaciones del Estado, sugiriendo asimismo la marginalidad de las áreas en las que frecuentemente este era distribuido.

El segundo tema se refiere a la regulación de los viajes. Tanto el uso de los caminos estatales como el ingreso a muchos de los asentamientos a su vera eran controlados, cuando no restringidos (Santillán, 1927, p. 88; Rowe, 1946, p. 271). Mientras el intercambio informal entre las comunidades locales, ya fuera por trueque o con otros propósitos, era indudablemente común, la interacción entre las comunidades y los *tampu* o los centros administrativos era totalmente distinta. El contacto con los centros se canalizaba por otros medios, como la prestación de servicios laborales y militares y la entrega de bienes al Estado.

Conclusiones

He tratado de ofrecer una visión tentativa de la naturaleza de un segmento del vasto sistema de los *tampu* y centros administrativos ubicados a lo largo de los caminos del Inca en las provincias del Tahuantinsuyu. Es muy difícil responder a muchas de las cuestiones importantes relativas al significado general de este tipo de centros respecto al desarrollo de la civilización andina en su conjunto. ¿Hasta qué punto los cuatro ejemplos de la sierra central peruana son típicos de todas las paradas a lo largo de los caminos reales del Inca? ¿Cuándo surgió en los Andes esta forma de instalaciones impuestas por el Estado? ¿Constituyó una innovación inca? La bibliografía existente, no obstante, ofrece varias sugerencias. Tiende a indicar que dichos asentamientos obligados tuvieron gran difusión, pero que los centros

estatales no eran todos de este tipo. Indica también que los asentamientos que presentan muchas de las características anteriormente bosquejadas, podrían haber antecedido a los incas en varios cientos de años.

Se supone que la mayor parte de las instalaciones incaicas que formaban parte del sistema de caminos cumplieron las importantes funciones aquí descritas. Pero esto no significa que todas fueran construidas y operaran de la misma forma, o que todas las actividades se ajustaran a un solo patrón o al doble patrón de *tampu* y centro administrativo. Los puntos arriba desarrollados no deben ser aplicados en forma generalizada. Existieron variaciones locales, probablemente grandes, y cuando se investigue más ampliamente estas podrán ser percibidas con mayor claridad. Sin embargo, hay dos comentarios que se desprenden de lo que hasta ahora sabemos. Aunque los centros fueron planificados y su construcción estuvo parcialmente supervisada por los arquitectos estatales, los detalles de la arquitectura y aun ciertos aspectos de su planeamiento varían considerablemente, incluso en los cuatro asentamientos aquí discutidos, comparar la diferencia entre Huánuco Pampa y Pumpu (Thompson, 1969).

El otro punto trata sobre cómo los centros se establecieron y poblaron. Parecería, al igual que las observaciones hechas por Menzel para la costa sur (1959, p. 140), «que los Incas aprovecharon la centralización existente… construyendo sus centros administrativos en los centros de la autoridad nativa… En los valles donde no existía la autoridad centralizada, los incas imponían la suya, construyendo un centro administrativo en algún punto conveniente que sirviera de núcleo al control inca». Las consideraciones eran una posición apropiada a lo largo del camino y que los trabajos fueran realizados estableciendo relaciones con las poblaciones locales. Si estas podían ser satisfechas aprovechando parcialmente las instalaciones existentes o implantando las instalaciones incaicas necesarias en los centros de población, se hacían. Se puede suponer que la población residente proporcionaba la mayor parte del personal requerido para las actividades estatales. En este caso, simplemente se añadía una nueva serie de actividades en un asentamiento orgánico. Debido a la larga historia del urbanismo y de la concentración poblacional en la costa, estas alternativas para los asentamientos obligados fueron probablemente mucho más comunes que en la sierra, donde los incas mostraron una clara preferencia por establecer su red de caminos en las punas elevadas, áreas en las que la población permanente era relativamente escasa. En estas zonas más aisladas, donde no existía una organización centralizada muy desarrollada, había que imponer una, movilizando los recursos necesarios para mantenerla y construyendo los servicios de alojamiento. El resultado obtenido eran los centros administrativos, aparentemente

urbanos, diríamos casi artificiales, que complementaban a los *tampu* ubicados a la vera del camino de la sierra.

El tema de los orígenes de este tipo de asentamiento en los Andes está aún por estudiarse. Sin embargo, si los argumentos de Rowe (1963), Menzel (1968, pp. 91-93), Lumbreras (1969, pp. 155, 170) y otros son correctos, la difusión de los estilos que marcaron el Horizonte Medio indicaría la expansión de una sociedad estatal fuertemente centralizada, que implicó conquistas militares. No sería sorprende encontrar que algunos de los asentamientos de ese período, particularmente en sus fases más tempranas, muestren un carácter intrusivo y obligatorio similar al que, 500 años más tarde, tuvieron los del Tahuantinsuyu. Los grandes centros identificados con la expansión huari son todavía menos conocidos que los incas. Pero Rowe ha señalado el predominio de complejos formales de almacenamiento en varios sitios importantes del Horizonte Medio, y yo estaría de acuerdo en que dichos complejos «ofrecen pruebas de que la expansión huari no fue simplemente un asunto de penetración o invasión pacífica. Representa la formación de un Estado imperial con una bien organizada administración» (Rowe, 1963, p. 14).

La trascendencia del urbanismo obligatorio como estrategia de expansión no quedará muy clara hasta que se comprendan mejor los asentamientos que produjo. Conocemos, sin embargo, algunas de sus características más importantes. Por lo menos en los casos más tempranos, parece haber sido producido por un tipo particular de sociedad controlada por una institución gubernamental centralizada, poderosa y parcialmente militarista. De modo que, el urbanismo obligado no puede aparecer hasta que dichas instituciones se hayan desarrollado; estas últimas, a su vez, podrían haberse visto acompañadas por el surgimiento de un nuevo tipo de asentamiento. Las principales funciones cumplidas por dichos asentamientos serían las de mantener un control político en los territorios del interior y movilizar-canalizar los bienes y servicios para sostener a la élite gobernante y las operaciones estatales. La ubicación y dimensión de los asentamientos obligados parecen haber dependido principalmente del grado de utilidad de los patrones de autoridad y asentamiento preexistente para cumplir las tareas vitales del Estado. Por ello, tienden a ser particularmente grandes y numerosos en áreas caracterizadas por ciertas condiciones de marginalidad ecológica y sociopolítica.

Uno de los problemas más interesantes relacionado con estos asentamientos sería el de las transformaciones que experimentaron si fueron utilizados por largos períodos de tiempo. Aquí tenemos nuevamente muchas preguntas sin responder. Sin embargo, es probable que si en algunos casos se convirtieron en centros

de producción artesanal o de intercambio, su dependencia para sobrevivir con respecto al Estado que los fundó podría haber disminuido, y sus diferencias con otros asentamientos «espontáneos» podrían haber radicado principalmente en sus orígenes. Puede ser que este tipo de asentamiento hubiera sido intrínsecamente efímero y que su duración se encontrara condicionada a las necesidades del Estado, a que este pudiera mantenerlo o, en última instancia, a que adquiriera un carácter básicamente distinto e independiente. No obstante, el punto importante sigue siendo la relación entre estos asentamientos obligados y la expansión del Estado. Ellos parecen mostrar que ciertos elementos mínimos del urbanismo, entendido como un modo de organización y una forma de asentamiento, son indispensables para el crecimiento y sostenimiento de una sociedad estatal imperialista, al punto que deben ser creados en las áreas donde no existen.

Reconstruyendo patrones de producción no agrícola en la economía inca: la arqueología y los documentos en el análisis institucional[1]

En el corazón de las sociedades complejas existen una serie de instituciones económicas, sociales, religiosas y políticas que permiten individualizarlas, diferenciándolas al mismo tiempo de las sociedades más simples que les precedieron. Cualquier intento por comprender a las sociedades complejas de la antigüedad y explicar sus orígenes o desarrollo implicará, por consiguiente, abordar el análisis de dichas instituciones. Pese al importante progreso alcanzado en el estudio de las adaptaciones ecológicas y las bases de subsistencia de estas sociedades, la investigación arqueológica solo rara vez ha proporcionado una visión de sus estructuras y organización que permita visualizar cómo movilizaban y utilizaban sus recursos o los reales mecanismos con que gobernaban a sus poblaciones y expandían sus límites.

El problema no ha sido la ausencia de interés en estos temas, sino la dificultad de obtener datos arqueológicos adecuados y precisos con los que podamos comenzar a construir los modelos necesarios para tratar estas complicadas temáticas. No son las limitaciones absolutas del registro arqueológico las que deberían resaltarse, si bien tendrían que ser aceptadas. Muchas de las interrogantes sobre las instituciones y organización pueden ser investigadas mediante los patrones de distribución y asociación de los artefactos y rasgos arqueológicos; en este aspecto, el progreso en la metodología arqueológica durante las últimas décadas ha sido notable. No obstante, la arqueología continúa siendo un modo ineficiente y costoso de estudiar

---

[1] Publicado originalmente con el título «Reconstructing Patterns of Non-Agricultural Production in the Inca Economy: Archaeology and Documents in Institutional Analysis» (Morris, 1974b).

complicados patrones de interacción humana cuando estrategias alternativas se encuentran disponibles[2].

Cuando miramos en retrospectiva el trabajo sustancial y teórico que ha sido realizado en asuntos menos ecológicos y materiales de los que he referido aquí, resulta claro que gran parte, sino la mayoría, de este se encuentra basado principalmente en evidencias documentales y textuales, frecuentemente empleando la arqueología solo por casualidad, de una forma ilustrativa o como confirmación adicional de las ideas provenientes de las fuentes históricas. Pero la evidencia documental sobre las sociedades complejas tempranas es también endeble. No solamente es fragmentaria, contándonos poco sobre los problemas cruciales que interesan a una ciencia social que se aproxima al pasado, su veracidad es asimismo frecuentemente muy cuestionable. La mayor parte de las fuentes documentales para el Nuevo Mundo, por ejemplo, presentan a las civilizaciones indígenas tal como fueron vistas por los ojos extranjeros; como resultado de ello, nos encontramos limitados a ver solamente aquello que los europeos del siglo XVI pudieron reconocer y consideraron digno de registrarse. De hecho, las fases tempranas en las que surgieron las sociedades complejas escapan a una aproximación directa a través de los documentos.

Por largo tiempo ha sido obvio que la mayoría de los registros arqueológicos y documentales deberían ser combinados si ninguna de estas aproximaciones logra una precisa y completa reconstrucción de las antiguas sociedades complejas.

---

[2] Mis resultados van en una dirección distinta y con un énfasis diferente a los presentados por M. I. Finley en su importante artículo «Archaeology and History» (1971). No obstante, varios de sus temas y comentarios son relevantes en el presente análisis. Al parecer, soy mucho más optimista que él en lo que respecta al potencial que el registro material podría tener en la reconstrucción del orden social y las instituciones; sin embargo, las advertencias que tanto Finley como otros investigadores han planteado sobre las dificultades que encierra la interpretación del registro material basado en sí mismo, son también adoptadas aquí. El punto es que los materiales arqueológicos recolectados y analizados adecuadamente deberían ser utilizados en complementación con otros materiales, especialmente documentos, permitiendo obtener inferencias confiables. La arqueología, de igual forma, puede proporcionar valiosos elementos para controlar la veracidad de los documentos. Finley ha sugerido además que «es evidente que la potencial contribución de la arqueología a la historia es, aproximadamente, inversamente proporcional en calidad y cantidad que la de las fuentes escritas» (1971, pp. 74-75).

Si bien es cierto que se puede aprender mucho de los restos materiales, incluso de aquellos pertenecientes a períodos muy recientes, no deja de ser verdad que, en las sociedades donde el registro escrito es muy rico, el costo de los datos arqueológicos recolectados usualmente excede su valor potencial. En casos como el inca, donde tenemos un registro documental fragmentario de conductas que han dejado abundantes restos arqueológicos, resulta más productivo el interrelacionar las dos fuentes de información con el objetivo de lograr una precisa y relativamente completa reconstrucción de complicados patrones de actividades.

En la práctica, sin embargo, esto ha sido mucho más difícil de lo que parecía ser y casi nunca lo hemos hecho bien. Adams (1966, p. 2) ha resaltado que «las conclusiones que ofrecen los datos arqueológicos frecuentemente parecen soportar un edificio de inferencias distinto al erigido en base a los documentos».

Personalmente, dudo que sea posible prescribir una metodología que permita emplear conjuntamente los materiales documentales y arqueológicos de forma exitosa. Las circunstancias varían demasiado entre los diferentes problemas, áreas e investigadores. En vez de ello, quisiera concentrarme en un caso específico que estamos trabajando en la sierra centro andina, el que estará precedido por unas cuantas observaciones que sugieren algunos de los modos en los que la investigación arqueológico-documental podría ser llevada a cabo de forma efectiva para producir un tipo de información novedosa, urgentemente necesitada, sobre las instituciones antiguas.

El punto principal, en el que casi siempre hemos fallado en el pasado, es que los aspectos documentales y arqueológicos de la investigación deberían ser integrados como partes del mismo diseño de investigación. El enlace entre las dos fuentes de información ha sido establecido usualmente *post-hoc*; los arqueólogos buscan algunos datos históricos para «interpretar» sus hallazgos; los historiadores recurren a algunos materiales para confirmar sus documentos o ilustrar sus manuscritos.

Esta aproximación *post-hoc* debería ser remplazada por una aproximación orientada a un problema o, diciéndolo en un lenguaje más actual, tendríamos que poner tanto a los documentos como a la arqueología (y frecuentemente también otro tipo de evidencia) dentro de una estrategia integrada para investigar la misma hipótesis. Algo que se viene haciendo cada vez con mayor frecuencia[3]. Sin embargo, muchos estudios arqueológico-documentales continúan focalizados en el uso de documentos para localizar y fechar sitios, lo que de hecho es útil e importante, pero por sí mismo no nos proporciona datos sobre el tipo de actividades y organización en los que estoy aquí interesado.

En segundo lugar, debemos comentar la implementación práctica de las estrategias integradas de investigación que he mencionado. Complicados métodos arqueológicos y un tipo especial de historiografía son necesarios, pero pocas veces

[3] Los siguientes trabajos son ejemplos de importantes investigaciones que consciente y efectivamente combinan los documentos y la arqueología en la reconstrucción de ciertos aspectos de las sociedades e instituciones sociales. Esta lista no pretende ser exhaustiva, solo presenta algunos de los trabajos realizados: Adams (1965 y 1972), Calnek (1972), Charlton (1969), Rowe (1967), Simmons (1970) y Tuck (1971).

ocurre que un mismo individuo sea realmente competente en ambos campos. Es más, los personajes que se adaptan bien al campo y laboratorio arqueológico usualmente no se sientes cómodos en la biblioteca, mucho menos en el archivo. La respuesta ideal es una aproximación en equipo como las utilizadas exitosamente en el pasado por la arqueología y la ciencia en general. Si la colaboración de los especialistas en la recolección y análisis de los datos es exitosa, de hecho, todos los involucrados estarán de acuerdo en el entendimiento de los problemas centrales estudiados y en la interrelación de las diversas partes de la investigación.

En el caso de los estudios orientados más ecológicamente, la arqueología tiene mayor experiencia y los problemas e interrelaciones se presentan más claros, las colaboraciones han sido por tanto del todo exitosas. La investigación de las redes institucionales de las sociedades antiguas, en cambio, resulta más complicada. Esto se debe, en cierta medida, a que los modelos y «teorías» proporcionados por las ciencias sociales han sido mucho menos refinados y ordenados. Pienso que, en parte, se trata también de un defecto en el modo en que hemos sido formados y en el que formamos a nuestros estudiantes. Amplios fundamentos en ciencias sociales, particularmente en antropología cultural, son requeridos por los arqueólogos y por los especialistas en documentos. Usualmente ninguno los ha tenido. Afortunadamente, los etnohistoriadores, formados como antropólogos culturales, han hecho frecuentemente análisis incisivos sobre las instituciones antiguas. Debería ser claro, a partir de los esenciales comentarios presentados, que nosotros, como arqueólogos que trabajamos con restos materiales, contamos actualmente con una sólida base para ampliar los trabajos realizados previamente por los etnohistoriadores y colaborar directamente con ellos cuantas veces sea posible.

Finalmente, necesitamos pensar en qué forma los materiales documentales podrían ser útiles para aquellos rangos de tiempo en que no existen evidencias escritas. Esto resulta particularmente importante si consideramos que es allí donde se encuentra la transición hacia los primeros («prístinos») ejemplos de sociedades complejas y son estos procesos institucionales los que, principalmente, deberíamos observar. Un modo en el que la conjunción de documentos y arqueología podría ser aplicada a los problemas de los períodos tempranos y desarrollos a largo plazo es a través de una serie de proyecciones retrospectivas. Uno comienza con las reconstrucciones de los períodos tardíos, relativamente más complejos, utilizándolas para formular hipótesis específicas y preguntas sobre las condiciones bajo las cuales diversas instituciones y patrones emergieron. Esta estrategia de trabajar sistemáticamente y de forma retrospectiva en el tiempo, desde lo que es mejor conocido y fácil de

reconstruir hasta la prehistoria *per se*, en mi opinión, no ha sido suficientemente utilizada. La combinación de los documentos con la arqueología no solamente nos permite entender los microprocesos decisivos en los casos de sociedades complejas tempranas donde ambos tipos de datos son especialmente ricos, con prudencia y un cuidadoso examen, también puede contribuir a la reconstrucción de largas secuencias de historias institucionales y procesos.

La investigación arqueológico-documental en Huánuco

Un trabajo que combinaba la arqueología y los documentos fue iniciado en 1963 en el departamento de Huánuco, en la sierra central peruana, con el multidisciplinario «Estudio de la vida provincial inca» dirigido por John V. Murra. Este proyecto congregó etnólogos y botánicos, así como arqueólogos y etnohistoriadores, en un programa de investigación basado en fuentes documentales específicas e inusualmente ricas (Ortiz de Zúñiga, 1967-1972). La atención estuvo focalizada en tres temáticas: los diversos grupos locales incorporados al Estado inca, el camino inca y los centros de poder estatal ubicados a lo largo de esta vía, así como en las interrelaciones existentes entre las dos últimas. Nuestro trabajo derivó directamente de dicho proyecto, concentrándose en los aspectos urbanos de la dominación inca en las áreas provinciales[4].

Dado que el espacio aquí disponible imposibilita analizar el trabajo realizado en Huánuco en su totalidad, consideraré un solo rasgo del patrón inca, la producción no agrícola, que demuestra cómo hemos tratado de diseñar nuestra investigación sobre la base de lo informado por los documentos. Considerando que la mayor parte de nuestra evidencia se relaciona con la manufactura textil, ese será el tema principal.

La producción especializada no agrícola ha figurado siempre de manera importante en los estudios sobre el surgimiento y naturaleza de las civilizaciones tempranas. Los arqueólogos han estado particularmente interesados en el surgimiento de estos especialistas y los avances tecnológicos que alcanzaron. Pero el material con el que usualmente hemos tratado no se ha prestado para el estudio de algunos

[4] El proyecto del Dr. Murra, en el cual el autor participó como miembro asociado, fue financiado con la subvención GS 42 de la National Science Foundation. Algunos de los temas investigados fueron tratados por Murra (1962b) en un trabajo escrito antes que se iniciara el proyecto. Muchos de sus resultados han sido publicados en ensayos acompañados de documentos en torno a los cuales el trabajo fue diseñado (Ortiz de Zúñiga, 1967-1972). Ver también Morris (1966, 1967, 1971 y 1972a), Morris & Thompson (1970), Thompson (1968a, 1968b y 1969) y Thompson & Murra (1966).

otros problemas y ramificaciones de la producción no agrícola o «artesanal» que son cruciales para el entendimiento de las sociedades implicadas.

En los casos en que materiales documentales y arqueológicos se encuentren disponibles, una aproximación sistemática combinándolos podría ser capaz de producir un panorama mucho más completo. Para obtener este último, desde mi punto de vista, tendríamos que responder a tres amplios grupos de interrogantes.

En primer lugar tenemos las preguntas de naturaleza principalmente tecnológica. ¿Cómo eran manufacturados los bienes? ¿Qué tipos de materiales eran empleados y cuáles fueron sus fuentes? ¿Las técnicas productivas privilegiaban la cantidad o la calidad? ¿Eran fácilmente perceptibles las diferencias de «calidad»? Estas son preguntas que a menudo pueden ser respondidas arqueológicamente (excepto en el caso de productos como los tejidos, que comúnmente no se preservan). El material histórico es de relevancia secundaria, aunque también puede resultar útil al proporcionarnos algunas indicaciones sobre las fuentes de los materiales y los antiguos puntos de vista sobre las diferencias de calidad y la clasificación de los objetos en general.

En segundo lugar se encuentra una serie de preguntas referentes a la organización. ¿Fueron los productores organizados en términos de unidades de producción especializadas? ¿Fueron productores a tiempo completo o a medio tiempo? ¿Cuál fue su estatus social y económico? ¿Cómo era administrada la producción? Los datos arqueológicos concernientes a todas estas interrogantes pueden ser recolectados, pero su interpretación es difícil y resulta mejor cuando una serie de hipótesis alternativas muy específicas es examinada. Estas hipótesis pueden ser más fácilmente formuladas con la ayuda de los documentos.

Finalmente, hay preguntas más amplias con respecto a los contextos socioeconómicos, e incluso políticos e ideológicos, en los que los bienes fueron producidos. ¿Cómo eran distribuidos los bienes? ¿Se encontraba el uso de ciertos bienes restringido a clases sociales o contextos especiales? ¿Cuál era el origen de la demanda de ciertos productos, iba este más allá de la simple utilidad? Estas interrogantes son las más difíciles, pero tal vez las más importantes si el trabajo en los artefactos y la producción artesanal contribuye a reconstruir y entender la sociedad en su conjunto. Es también aquí que resulta esencial una estrecha coordinación entre los estudios documentales y la arqueología. El arqueólogo se encuentra en una gran ventaja cuando uno o más modelos sobre la sociedad y sus instituciones se encuentran esbozados y, a partir de ellos, puede formular sus preguntas. Pero como estos modelos casi siempre son incompletos e inadecuadamente evaluados, la arqueología puede brindar nuevos y valiosos datos.

La mayor parte del material etnohistórico relacionado al estudio de la producción incaica no agrícola ha sido incluido por Rowe (1946) y Murra (1956) en sus trabajos generales sobre la cultura y economía inca. Asimismo, en su artículo «Cloth and its Functions in the Inca State» (1962a) Murra nos brinda una apreciación muy lúcida sobre los complejos significados simbólicos y sociopolíticos que poseían la mayoría de manufacturas incas.

La actual evidencia arqueológica disponible es limitada y proviene principalmente de un complejo amurallado ubicado en las ruinas de la capital provincial inca de Huánuco Pampa, con frecuencia llamada Huánuco Viejo. El antiguo centro, que cubre más de 2,5 km^2 a una altitud de casi 4000 metros, se encuentra localizado unos 150 kilómetros al noroeste de la actual ciudad de Huánuco. La función del complejo como centro de producción fue reconocida en el marco de un programa de investigación cuyo objetivo final era el mapeo y muestreo para la excavación completa del sitio. Dado que las excavaciones en el complejo fueron llevadas a cabo entre octubre y diciembre de 1971 y que la temporada finalizó en enero de 1972, no hemos tenido aún tiempo de analizar los más de 200 000 fragmentos y otros artefactos recuperados. Es posible que cuando nuestro estudio prosiga nuevas instalaciones de producción puedan ser descubiertas. Lo que podamos decir ahora debe ser tomado como provisional y sujeto a importantes modificaciones cuando el trabajo se encuentre más avanzado.

Las respuestas a la mayoría de preguntas de naturaleza principalmente tecnológica tendrán que aguardar un análisis más detallado[5]. Hasta el momento, nuestra impresión más notable en este terreno es que ciertos sectores de la economía inca fueron al menos capaces de producir bienes en cantidades que resultaban grandes para un sistema «preindustrial». De todos modos, nos estamos acercando lentamente a responder varias de las interrogantes relativas a la organización de la producción artesanal y al rol que jugó en la economía y sociedad.

Propuestas sobre la organización de la producción

Hemos estado trabajando principalmente en tres ejes de la organización que parecen haber sido especialmente importantes en el caso inca, pero que, desde luego, también estuvieron presentes en otras sociedades complejas. En primer lugar, en qué medida la producción fue controlada por el Estado; en segundo lugar,

---

5 Aunque los implementos hallados durante nuestro reciente trabajo aún no han sido estudiados, el interés por los aspectos técnicos del hilado y tejido andino tiene una larga tradición. Algunas de las fuentes que tratan sobre el tejido andino son Bird (1954), Gayton (1967) y O'Neale (1949).

el grado de especialización de los productores; en tercer lugar son considerados el tamaño y los principios de organización de la unidad de producción. Los dos últimos, como se verá más adelante, tendieron a estar estrechamente relacionados en el caso de los incas.

La evaluación del rol del Estado en la producción es un problema que requiere información comparativa sobre las actividades de producción organizadas por el propio Estado inca y aquellas organizadas por las diferentes unidades sociopolíticas de los niveles inferiores de la estructura política. Las fuentes documentales frecuentemente confunden el nivel estatal con aquellos por debajo de este, pero proporcionan información suficiente para sugerir que la producción artesanal fue llevada a cabo en varios niveles. Algunos productos, sobre todo el oro, plata y ciertos textiles, parecen haber sido esencialmente monopolios estatales. Las materias primas con las que eran confeccionados y su producción fueron controlados por el Estado (Murra, 1956, p. 189). La producción artesanal especializada, sin embargo, no parece haber estado exclusivamente circunscrita al dominio del Estado. Moore (1958, p. 56) ha señalado que los *curacas*, o señores regionales, tenían acceso al trabajo de los especialistas. En 1567, los señores lupacas de las cercanías del lago Titicaca fueron capaces de acceder a los servicios de un importante número de tejedores. Por esta época los efectos de la administración europea y nuevas motivaciones ya habían entrado en escena, pero la base de los derechos a estos servicios parecería ser precolombina (Murra, 1964, p. 438). Es probable que una evaluación más detallada de los documentos regionales nos lleve a un mejor entendimiento de la producción no agrícola a nivel local del que ahora tenemos.

El estudio arqueológico de la producción controlada por el Estado en oposición de aquella efectuada bajo el control de unidades regionales más pequeñas depende de nuestra capacidad de distinguir el nivel estatal del local en el registro material. Aquellos que hemos trabajado con materiales incas en la zona de Huánuco quizás seamos culpables de exagerar la facilidad con la cual esto puede ser realizado.

No solo la cerámica y arquitectura Inca Imperial de esa área difiere de las variedades locales, también son diferentes la planificación y emplazamiento de los asentamientos. En esencia, hay un sistema de asentamientos estatales intrusivos penetrando en el patrón de asentamiento local y preincaico (una serie de asentamientos que son radicalmente diferentes tanto en su estilo como en sus funciones). Huánuco Pampa es una parte importante de este sistema de asentamiento estatal. El contraste entre los asentamientos estatales y locales, y presumiblemente entre las actividades relacionadas con el Estado y los grupos locales, quizás no sea tan fácilmente definido en otras regiones bajo el dominio

inca, aunque el trabajo de Menzel (1959) en la costa sur peruana sugiere que en algunas partes de esta área el caso pudo haber sido algo similar. Claramente, esto no es aplicable a la región inmediatamente circundante al Cuzco, pero resulta asimismo dudoso que la distinción estatal/local sea en sí misma relevante para esta área que, según lo ha sugerido Rowe (1967), estuvo altamente influenciada por la planificación estatal y, es probable, mucho más directamente controlada por el Estado que las zonas más alejadas.

En teoría, entonces, deberíamos ser capaces de estudiar la producción no agrícola en un contexto estatal y en contextos por debajo del Estado, principalmente mediante la identificación de la unidad a la cual pertenecían los sitios conteniendo instalaciones de producción y residencias de trabajadores. El problema más grave que aqueja a la comparación de las producciones estatal y no estatal es la dificultad que conlleva la identificación de las actividades productivas controladas más indirectamente por el Estado. Sabemos que parte de la producción para el Estado era realizada en asentamientos que no le pertenecían a este último y que, probablemente, era administrada de manera local. Ortiz, hablando de los chupaychu (1967-1972, vol. 2, p. 239), nos cuenta que «la ropa de *cumbi* la hacían en su tierra que cuando el ynga la pedía llevaban al Cuzco»[6]. Solo podemos conjeturar sobre las dimensiones de dicha producción, aunque según lo sugiere la evidencia actualmente disponible, esta debió haber sido importante.

Independientemente de las cantidades de bienes producidos por el Estado inca fuera de su propia red de asentamientos, la evidencia procedente de Huánuco Pampa demuestra que este centro se encontraba directamente involucrado en la producción artesanal a una escala significativa. Material novedoso proviene de lo que hemos denominado la Unidad 5 de la Zona VB, la cual bordea el lado norte de la plaza principal de la ciudad (ver figuras 1 y 2). Este grupo de estructuras ha sido identificado frecuentemente como el «cuartel» (Hart-Terré, 1964, pp. 13-14). Una de las características más notables del conjunto es que muestra un grado muy marcado de orden y similitud arquitectónica entre las estructuras que lo componen, en contraste con gran parte de la ciudad. Esto solo puede ser explicado a partir de una planificación muy explícita. Asimismo, una cuidadosa revisión del muro que circunda el grupo de edificios muestra que este solamente ofrecía acceso por un lugar, a través del Edificio b1.

---

6 En la presente edición se ha recurrido al texto original de Ortiz de Zúñiga (1967-1972), escrito en español, transcribiéndose textualmente los párrafos traducidos libremente por Morris al inglés (N. del T.).

Figura 1. Plano arquitectónico de la ciudad administrativa inca
de Huánuco Pampa. Las principales áreas de producción de chicha
se localizan al norte y este de la plaza central

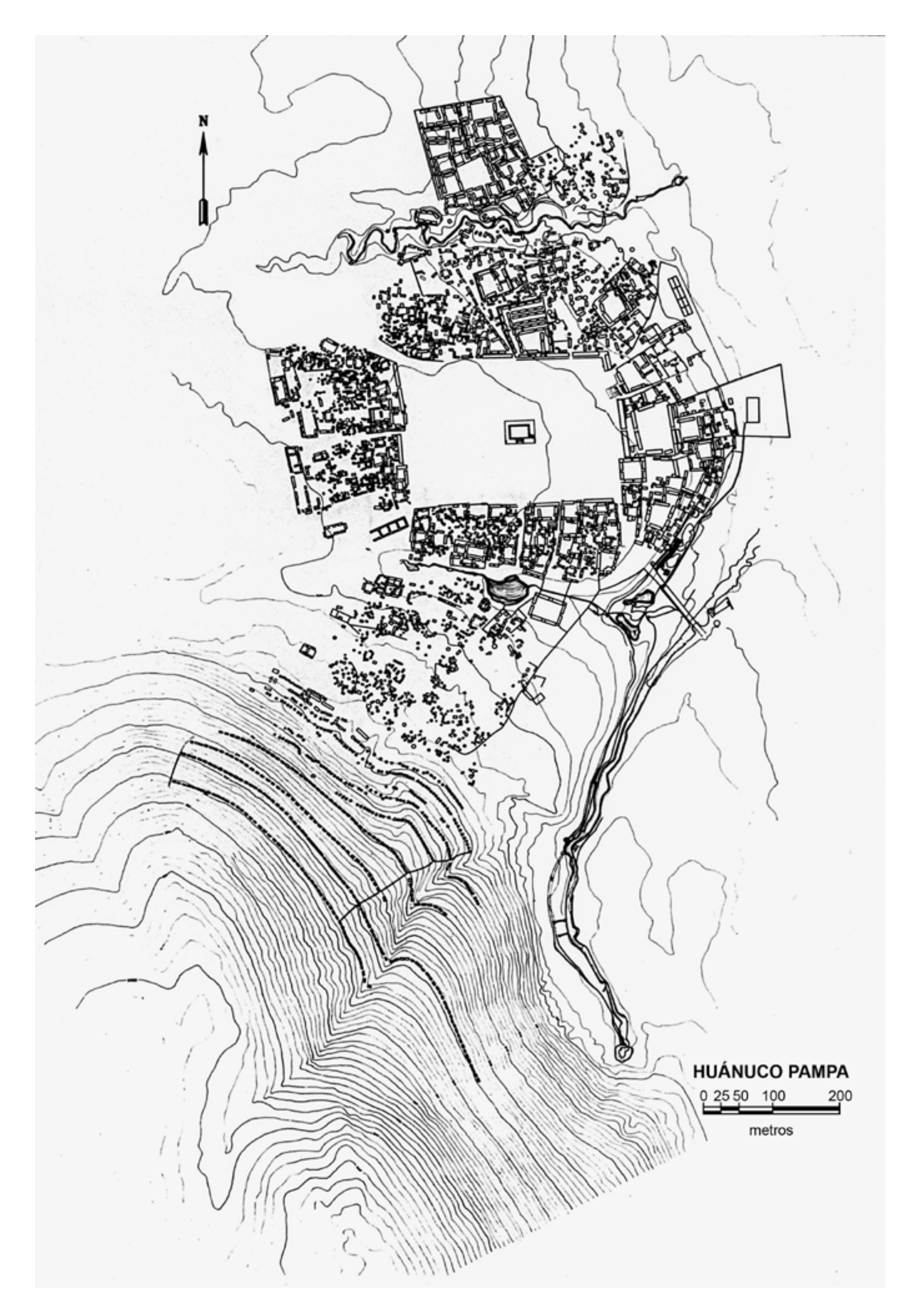


Figura 2. Plano del Complejo Arquitectónico 5, localizado en el sector norte de Huánuco Pampa (Zona VB). En este conjunto, probablemente ocupado exclusivamente por mujeres, las principales actividades desarrolladas fueron la textilería y la preparación de chicha



Las excavaciones en una muestra de 20 de los 50 edificios de la unidad han permitido establecer que la producción no agrícola fue una de sus principales actividades. Si bien varios tipos de bienes pudieron haber sido producidos al interior de sus muros, actualmente tenemos pruebas concluyentes solo para uno de ellos: los textiles. En una versión preliminar de este trabajo, basada en evidencia extremadamente provisional, sugerí que en el conjunto también era producida cerámica. Un breve examen de parte del material recuperado y algunos trabajos adicionales en la Unidad VB5, así como un cuerpo mucho mayor de datos comparativos de otras partes de la ciudad, permiten señalar actualmente que, si en el conjunto tuvo lugar la producción de cerámica, esta fue realizada en una escala muy pequeña. El único horno o zona de cocción posible podría haber sido un gran fogón, utilizado posteriormente como botadero de basura. Numerosos ejemplos de lo que se pensaba eran moldes para formar las bases de los cántaros han sido hallados

recientemente en otras partes del sitio con las vasijas ya cocidas sobre ellos. Ahora resulta claro que se trata de soportes para los cántaros, relacionados con su uso y no con su fabricación. Aún queda por explicarse la presencia en el conjunto de varios miles de cántaros de diferentes formas, si estos no fueron elaborados y/o almacenados allí. La densidad de cerámica en VB5 es varias veces mayor que la de otras zonas típicamente domésticas. El esclarecimiento de este punto tendrá que esperar al estudio sistemático de las colecciones y su posterior comparación con el resto de la ciudad. Parece probable, no obstante, que la enorme cantidad de cerámica descubierta hubiera sido utilizada en la producción de chicha a gran escala.

Dado que las telas no se conservan en los suelos húmedos de las serranías, la única evidencia de producción textil que tenemos proviene de las herramientas empleadas en esta actividad, muchas de las cuales también fueron confeccionadas con materiales perecibles, principalmente madera. El artefacto más numeroso es el tortero, que se utiliza como peso durante el hilado. Hemos encontrado al menos 200 o 300 de ellos en la Unidad VB5. La mayoría eran de cerámica, aunque algunos más finos fueron hechos de piedra pulida. Algo que debe destacarse es que la recurrencia de estos artefactos en el conjunto fue en muchos casos similar a la observada en otros edificios de Huánuco Pampa que, se piensa, habrían servido principalmente para fines residenciales. Los otros implementos, más interesantes por ser menos conocidos, fueron elaborados de hueso o de metal. Habían muchos artefactos hechos con huesos grandes, casi con seguridad correspondientes a los huesos puntiagudos y alisados mencionados por Cobo (1964, vol. 2, p. 259), que se utilizaban para apretar el tejido cuando se hacía la tela. También fueron frecuentes los artefactos con muescas rectangulares, quizás empleados para espaciar los hilos en el telar, y las agujas. Se han encontrado más de 100 artefactos que creemos podrían estar relacionados con el tejido y el acabado de los textiles. Hemos llegado a estas identificaciones tentativas gracias a dos tejedores andinos empleados como parte del equipo de excavación, quienes examinaron los objetos en el campo. Un estudio especializado, así como información etnográfica adicional, serán necesarios para precisar la identificación funcional de los artefactos y tener una mejor idea del tipo de tela que se estaba produciendo.

La evidencia preliminar sugiere que las actividades en la Unidad VB5 no se limitaban a la producción. Antes de realizar un análisis exhaustivo es difícil distinguir las áreas de quema y desecho, resultantes de actividades de cocina y residenciales, de aquellas que podrían haber estado asociadas con ciertos aspectos de la producción. Las cantidades de hueso sin trabajar en VB5 son menores que

las de otros sectores del sitio a las que se les atribuye funciones principalmente residenciales. La evidencia actual sugiere algún tipo de residencia dentro del conjunto amurallado. Es claro, sin embargo, que los patrones residenciales no eran muy distintos de los de otras áreas de la ciudad. Si bien se ha demostrado que la zona no fue un cuartel en el sentido militar, la primera impresión ofrecida por la arquitectura probablemente interpretó con precisión el estilo de sus habitaciones. El hecho de que los trabajadores vivieran en el conjunto donde laboraban y la disposición de su espacio residencial son fundamentales para entender su organización.

No es posible en este momento expresar con exactitud el grado de importancia, en términos cuantitativos, de la producción estatal instalada en Huánuco Pampa. Estamos convencidos a partir de nuestra muestra que todos los edificios casi idénticos (de aproximadamente 18 por 5 metros cada uno), dispuestos en filas ordenadas, fueron básicamente residencias-talleres (ver figura 2). Esto corresponde a 40 edificios que implicaron un espacio interior total de aproximadamente 3600 m^2. Dos edificios adicionales, b2 y b3, en los que se recuperó un gran número de torteros y otras herramientas, también fueron utilizados en actividades productivas o relacionadas con la producción. Sin embargo, algunos elementos, particularmente su arquitectura, sugieren que fueron significativamente diferentes a los 40 edificios que acabamos de mencionar; me atrevería a postular que parte de esa diferencia podría deberse al hecho de que no habrían sido empleados como dormitorios.

A partir de los 40 talleres-residencia, resulta difícil sugerir el número de personas que se vieron involucradas. Toda la evidencia disponible indica que los edificios fueron utilizados simultáneamente y que, probablemente, todos se encontraban en uso intensivo cuando el funcionamiento de la ciudad fue interrumpido después de la conquista española. No conozco ninguna referencia etnohistórica que nos ayude directamente a la reconstrucción del tamaño del grupo laboral, pero me imagino que por lo menos 100 personas vivían y trabajaban en el conjunto. Eso implicaría un promedio de 2,5 personas por edificio; lo que resulta, casi con seguridad, mínimo, tomando en cuenta la cantidad de material hallado en la zona. Un cálculo del doble podría ser más realista, pero un total de más de 300 personas parece altamente improbable teniendo en consideración la extensión del espacio disponible y el porcentaje del mismo que debía ser ocupado por las vasijas de cerámica.

Cualquiera que haya sido el número exacto de productores o el tamaño preciso de su producción, las cantidades deben ser consideradas grandes para una unidad de producción preindustrial. La disposición arquitectónica sugiere asimismo

que el control era estricto. Además del muro circundante, las Estructuras b1 y b2 parecen haber sido algún tipo de edificios administrativos. No fueron ni talleres ni residencias y quizás no sea muy aventurado el sugerir que en ellas se realizaban actividades relacionadas con la conservación de registros y la seguridad.

Las evidencias procedentes de Huánuco Pampa constituyen sólidas pruebas de la participación del Estado en ciertas actividades productivas y de su control directo de las mismas. Sería valioso tener una mejor información sobre otros niveles de la economía y sociedad regional para ver si esta instalación estatal, construida a fines del siglo XV o principios del XVI, tuvo un impacto notable en los patrones de producción local. ¿Las operaciones para el Estado implicaron un incremento general en la producción de textiles y algunos otros productos, una centralización de algunos aspectos de la producción en detrimento de la producción local, o tal vez ambas cosas? Sospecho que tendencias hacia un cambio organizacional, colocando en manos del Estado la mayor producción de ciertos bienes, pudieron haber ocurrido. Estudios más intensivos de la documentación y arqueología regional quizás permitan responder estas preguntas tan cruciales para la comprensión de los patrones de cambio económico y político.

Pasemos ahora a las preguntas referentes a la especialización laboral y a la naturaleza de la unidad de producción. Al respecto, nuestras evidencias arqueológicas sugieren que la Unidad VB5 fue un centro especializado, muy diferente de los otros grupos de edificios de la ciudad. También parece poco probable que las personas que allí trabajaban se hubieran ocupado de otras actividades económicas fuera del conjunto. Tendremos que esperar al estudio de los patrones de distribución artefactual en el conjunto para poder llegar a una conclusión definitiva sobre el espectro completo de sus actividades y divisiones internas. La evidencia actualmente disponible no sugiere un patrón de especialización interna muy rígido, insinúa más bien que la mayoría de los miembros del grupo involucrado ejecutó tareas similares, con la producción textil encabezando lo que probablemente fue una lista relativamente corta de dichas tareas.

El grado de especialización quizás podría ser mejor abordado tomando en consideración el carácter general y la organización de los posibles grupos de trabajo, ejercicio en el que los documentos se constituyen nuestras mejores fuentes informativas. Dicha información, sin embargo, no se presenta bajo la forma de descripciones explícitas que puedan ser incorporadas directamente en las interpretaciones, sino más bien como datos concernientes a las características generales de la fuerza laboral disponible para el Estado. La consideración de distintas alternativas que aquí presentamos, buscando «correlacionar» las evidencias

documentales y arqueológicas, es típica del proceso interpretativo implicado en varios otros casos de intentos conjuntos para reconstruir los patrones de actividad de la ciudad.

La etnohistoria sugiere que las diferencias entre los trabajadores estatales pueden ser trazadas siguiendo varias líneas tales como la tarea cumplida, la cantidad de tiempo dedicado al servicio del Estado y la medida en que las afiliaciones con las comunidades locales y familiares se vieron alteradas por el cumplimiento de las obligaciones con el Estado. Resulta difícil definir con precisión las diversas categorías de trabajadores estatales, debido a que fueron relativamente flexibles y estuvieron sujetas a rápidos cambios. Tres clases de trabajadores son quizás los de mayor relevancia para la comprensión de la producción no agrícola y, en el caso puntual que nos compete, para la interpretación de la producción controlada por el Estado en Huánuco Pampa. Ellos son los *mitayos* (trabajadores reclutados), las *acllas* («mujeres escogidas») y los *mitmas* («colonos»). Se trata de tres modelos alternativos, cualquiera de ellos o todos juntos pudieron haber sido utilizados por el Estado inca en las actividades productivas. Es probable, sin embargo, que solo uno de ellos hubiera sido aplicado en el complejo de producción mencionado líneas arriba. Ciertamente, no existen divisiones internas que pudieran sugerir una distinción importante en categorías o clases entre los trabajadores. Aquí solamente esbozaremos brevemente las características de estos tres grupos (para un tratamiento más completo de las diversas categorías de servicio estatal, cf. Murra 1956, pp. 264-272; y Rowe, 1946, pp. 265-270).

a) Los *mitayos*. A excepción de los «nobles» y algunas otras clases «exentas de impuestos», todos los hombres cabezas de familia aptos estaban obligados a trabajar para el Inca temporal y rotativamente. El trabajo en los campos del Estado, el ejército y la construcción pública se organizó generalmente de esta manera. En términos cuantitativos, la *mita* fue probablemente la más importante fuente de mano de obra. Dado que se trataba de un servicio temporal, no se extraía a los reclutados de los contextos sociales y étnicos de sus comunidades tradicionales. No conozco de ningún vínculo definitivo entre la fuerza laboral de la *mita* y el tejido u otro tipo de producción artesanal. Tendemos a asociar a la mayoría de artesanías con algún grado de especialización. Sin embargo, el tipo de producción a gran escala que se observa en la Unidad VB5 pudo haber sido llevada a cabo por trabajadores temporales bajo la supervisión de especialistas. Existe otra posibilidad adicional, que los artesanos locales hubieran servido al Estado a tiempo parcial, cumpliendo su obligación *mita* mediante la realización de su habitual especialidad.

La principal razón para dudar de que el complejo productivo de Huánuco Pampa hubiera sido operado por trabajadores *mitayos* es la información de las crónicas que señala que el hilado, así como gran parte del tejido, se encontraba a cargo de las mujeres (Cobo, 1964, vol. 2, p. 258; Guaman Poma de Ayala, 1936, pp. 218-220; Rowe, 1946, p. 241), aunque la fina tela *cumpi* es mencionada en algunas fuentes como un producto masculino (Cobo, 1964, vol. 2, 259). Además, la arqueología ha demostrado muy claramente la presencia de mujeres en el conjunto. Hemos encontrado más de una docena de alfileres de metal empleados para sujetar prendas femeninas (ver diversos dibujos en Guaman Poma de Ayala, 1936; v. g., p. 300), y no hallamos objetos que, al menos en el estado actual de nuestro análisis, podamos asociar a los hombres.

b) *Mitmas*. Los *mitmas* «colonos» eran grupos relativamente grandes de personas que el Estado trasladaba de un lugar a otro. Se trataba de una forma de reasentamiento dirigido por el Estado. Estos cambios poblacionales han sido frecuentemente explicados a partir de la búsqueda por promover la seguridad interna; no obstante, Cieza de León (1959, pp. 60-62) sugiere que también cumplían funciones económicas. Si bien el tamaño exacto de las unidades *mitma* no está claro y probablemente era muy variado, parece cierto que se trataba de grupos constituidos por varias unidades domésticas, a menudo comunidades enteras.

Según lo señala Cieza de León (1959, p. 61), los *mitmas* podían ser algunas veces artesanos, siendo mencionados específicamente los plateros, canteros y «roperos». La aparición de varios fragmentos de cerámica negra estilo Chimú en uno de los edificios del Complejo VB5, elaborada con pastas típicas de Huánuco, planteó la posibilidad de que sus ocupantes hubieran sido *mitmas* chimúes. Sin embargo, dado que estos fragmentos correspondieron a un porcentaje insignificante de la colección del edificio y que parecen haber estado ausentes en otras estructuras, no respaldan muy sólidamente esa posibilidad. La arquitectura, por su parte, también parece argumentar en contra de la idea de los *mitmas*. Estos últimos, presumiblemente, deberían haber adoptado la forma de un grupo de unidades familiares relacionadas. La disposición a modo de cuarteles empleando edificios casi idénticos a lo largo de «calles» relativamente estrechas, en cambio, parece más conveniente para un uso individual que familiar. Si bien hay que reconocer que la arquitectura por sí misma no es del todo convincente, nuestras expectativas sobre el aspecto que debería tener un asentamiento de *mitmas* nos llevan a pensar en un grupo

de pequeños conjuntos que proveyeran a cada unidad familiar de un área abierta o patio y cierta privacidad (cf. Rowe, 1944; y Morris, 1971, para las discusiones sobre arquitectura inca).

c) *Acllas*. Las llamadas «monjas» o «mujeres escogidas» han sido por lo general asociadas con la religión (Rowe, 1946, p. 269; Cobo, 1964, vol. 2, p. 98), pero el material documental también sugiere que eran un grupo muy variado y sus servicios podían incluir actividades que no eran específicamente religiosas (Guaman Poma de Ayala, 1936, pp. 298-299; Rowe, 1946, p. 269). Las *acllas* no estaban casadas y la mayoría de ellas eran jóvenes. A menos que posteriores análisis cambien nuestra interpretación de los restos materiales de Huánuco Pampa, lo más probable es que los ocupantes de la Unidad VB5 hubieran sido alguna variedad de *acllas*, o por lo menos un grupo estructurado de manera similar.

Las mujeres y las actividades femeninas se encontraban abrumadoramente asociadas con el conjunto. Por razones arquitectónicas, la unidad residencial no parece haber tenido un carácter familiar; el estricto control en su acceso muestra las mayores medidas de seguridad de la ciudad, las que solamente podrían ser justificables si los ocupantes del conjunto pertenecían a una clase especial que requería de un cuidado inusual. Las «mujeres escogidas» encajan en todas estas características mejor que cualquier otro grupo que pudiera haber estado presente en un centro administrativo inca, aunque en la actualidad no existan evidencias de los deberes religiosos que, teóricamente, también realizaban.

El Dr. John H. Rowe (en comunicación personal, en 1972) ha sugerido que la evidencia arqueológica sea examinada tomando en consideración la posibilidad de que se estuviera elaborando chicha, ya que es sabido que las *acllas* hacían chicha (Guaman Poma de Ayala, 1936, p. 299; Rowe, 1946, p. 269). Tal vez la mejor hipótesis actualmente disponible para explicar las grandes cantidades de cerámica sea que esta fue utilizada para preparar la famosa bebida de maíz. Cobo (1964, vol. 2, p. 242) nos informa que numerosas vasijas se veían asociadas a la producción y consumo de chicha. Durante la temporada de excavación 1972, trabajamos en otra área rica en cerámica (en el sector oriental de la ciudad), la cual hemos interpretado provisionalmente como un lugar donde se producía chicha y otros productos alimenticios destinados para un consumo masivo (Morris, s/f; Stein, s/f). Las comparaciones de las formas de los cántaros y restos botánicos de estas y otras colecciones deberían brindarnos algunas buenas pruebas de cómo se hacía la chicha.

No es necesario aceptar literalmente la compleja clasificación de las «mujeres escogidas» presentada por Guaman Poma (1936, pp. 301-302) para esperar que, junto a sus distintos grados de edad, existieran diferencias importantes en las actividades económicas realizadas por los diversos grupos de *acllas*. Tomando en cuenta estas variaciones, de hecho, parece probable que un gran centro como Huánuco Pampa pudiera haber tenido más de una «casa de las mujeres escogidas» y que la Unidad VB5 fuera simplemente un conjunto ocupado por mujeres cuyas responsabilidades económicas ensombrecían casi por completo sus deberes o funciones religiosas.

Los modos en que las sociedades complejas pueden movilizar y organizar una fuerza laboral para llevar a cabo ciertas tareas esenciales constituyen uno de sus aspectos más importantes. En el caso de las sociedades complejas tempranas, resulta bastante probable que los grupos estructurados sobre la base de criterios religiosos, y algunas veces de parentesco, fueran gradualmente dirigidos hacia funciones económicas, políticas y militares en servicio de una autoridad centralizada (Murra, 1956, cap. VIII, y 1962a, p. 722; Adams, 1956). La capacidad de manipular a las instituciones y unidades organizativas tradicionales para que puedan servir a las nuevas funciones fue un factor importante para el éxito de los estados antiguos. Tenemos evidencias de que en Huánuco Pampa existía una fuerza productiva grande y activa, controlada directamente por el Estado. Si trabajos posteriores demuestran que estábamos en lo correcto al identificar dicha fuerza como un grupo de «mujeres escogidas», podremos empezar a ver la interacción de la compleja red de factores económicos, políticos y religiosos implicados en la formación y mantenimiento de estos grupos.

El contexto institucional de la producción centralizada

A partir de nuestros conocimientos generales sobre las antiguas sociedades urbanas, era de esperarse que la producción no agrícola especializada se constituyera en un elemento importante en el caso estudiado. No nos sorprendió, por consiguiente, encontrar claras evidencias de ella entre los incas. Sin embargo, pese a que algún tipo de especialización en los bienes «manufacturados» caracterizó usualmente a las civilizaciones antiguas, involucrándose probablemente de una u otra forma en sus procesos de crecimiento, esta no siempre encajó dentro del mismo contexto socioeconómico o jugó el mismo rol.

Aunque la imagen de la organización económica inca se encuentra aún incompleta, existen dos rasgos generales de su sistema económico que ayudan a explicar por qué el, hasta cierto punto, sorprendente grado de control directo sobre la producción, era importante para este estado expansivo, ¿cómo podía lograrlo? y ¿por qué focalizó su interés en bienes como los tejidos? El primero de estos rasgos cruciales es el énfasis inca en las relaciones de intercambio recíproco en lugar del trueque y el mercado (Murra, 1956, cap. VI). Un complemento de este lo constituye la dependencia del Estado en el trabajo humano para producir muchos bienes, en lugar del tributo en especies como la base de sus ingresos. El segundo rasgo es la habilidad generalizada de los líderes, en distintos niveles de la sociedad, para movilizar a las personas y ubicarlas en donde podían tener acceso a recursos esenciales para la sociedad. En la mayoría de los casos los recursos eran naturales y fue necesaria una reubicación poblacional en diferentes zonas ecológicas (Murra, 1967, 1968 y 1972). Pero cuando se alcanzaba un nivel estatal en la organización de los «recursos», las tareas eran de organización o supervisión e implicaban el desplazamiento de gente hacia localidades esencialmente urbanas.

La práctica de reubicación de las poblaciones y, en general, la movilización de gente para que cumpliera toda una serie de fines, involucró la participación de los tres grupos de trabajadores estatales que hemos descrito anteriormente. En el caso de la producción artesanal, las utilidades basadas en la energía humana combinadas con la habilidad para reubicar a la gente, podrían haber facilitado la centralización de la producción. La tarea del control directo se ve simplificada si un número importante de productores es llevado a los centros donde se encuentra bien establecida la administración estatal. Si nuestra actual interpretación de Huánuco Pampa es correcta, este debió haber sido uno de dichos centros. Había pocos aspectos de la vida de la ciudad que escapaban al dominio del Estado. La casi total ausencia de influencias locales en la arquitectura y los artefactos sugieren la existencia de un control estatal estricto sobre la vida de la ciudad, en vez de una interacción libre e informal con los territorios provinciales. Además, los ocupantes de la Unidad VB5 no fueron los únicos residentes de la ciudad que estaban allí como resultado de sus servicios al Estado y del sistema de reubicación. Probablemente la mayoría, sino toda, su población fue reclutada mediante dichos mecanismos (Morris, 1972b).

Volviendo ahora a la importancia del intercambio recíproco, es necesario tener en cuenta los modos empleados por el Estado para distribuir su producción. La distribución de los bienes se encuentra a su vez conectada con las relaciones recíprocas entre el Estado y los que laboraban para él. El tipo de relación variaba

según la clase de los trabajadores, pero el Estado al parecer estuvo obligado a proporcionar apoyo logístico y «hospitalidad» en todos los casos (Murra, 1956, p. 169; y 1958). Nuestro trabajo arqueológico en Huánuco Pampa indica que el Estado realizó un gran esfuerzo para cumplir con sus obligaciones de suministro y hospitalidad (Morris, 1972b y s/f).

Los documentos nos informan que se esperaba que el Estado cubriera la alimentación y otras necesidades de aquellos que le servían. En el caso de Huánuco Pampa, para cumplir con esta expectativa, la arqueología demuestra que fueron construidos 497 depósitos de almacenamiento. La mayoría de ellos fueron utilizados para almacenar alimentos, probablemente destinados sobre todo para asegurar un suministro estable de comida para la propia ciudad (Morris, 1967). Las evidencias arqueológicas también sugieren que el Estado suministraba las vasijas en las que se cocinaba, almacenaba y servían los alimentos (Morris & Thompson, 1970). Si bien actualmente sabemos que es poco probable que se hubiera producido cerámica en la Unidad VB5, la uniformidad estilística y material de los fragmentos es tal que sugiere fuertemente que su producción estuvo centralizada y que posiblemente fue elaborada en o cerca de Huánuco Pampa. De todos los productos alimenticios abastecidos, la chicha fue probablemente el más importante. Se trataba, con toda claridad, de un elemento clave en un centro donde el trabajo estatal era llevado a cabo frecuentemente en un contexto ceremonial (Murra, 1958 y 1960). Además de la posibilidad de su producción en la Unidad VB5, considero que seremos capaces de demostrar que fue preparada para diferentes propósitos en diversas partes de la ciudad, que se trataba de un alimento básico y esencial en la economía de un centro «administrativo» y que la producción de esa bebida fue una actividad económica muy importante, a la par con el tejido.

Los textiles fueron particularmente importantes para la reciprocidad. Participaban en casi todas las principales relaciones sociales, políticas y económicas de los Andes (Murra, 1962a). Es probable que, en la mayoría de ocasiones, los bienes como la chicha o la cerámica se hubieran constituido en artículos para el abastecimiento urbano y que, con unas pocas excepciones, fueran consumidos o utilizados cerca de sus lugares de producción. Los textiles, por su parte, eran de peso más ligero y de mayor valor, por lo que su producción debería ser analizada en el contexto de un área mucho más amplia, considerando sus implicancias político-económicas. Nuestra evidencia arqueológica nunca podrá rastrear la distribución de los perecibles textiles en las serranías. Sin embargo, la importancia concedida a los tejidos en los documentos indudablemente implica que al ser obsequiados y repartidos fueron redistribuidos más allá de la ciudad. Las relaciones económicas y políticas entre los

grupos recién sometidos y el Inca se iniciaban generalmente con los tejidos (Murra, 1962a, p. 721). Nuestro trabajo arqueológico en Ichu, el pueblo donde el señor de uno de los grupos locales residía antes, durante y, brevemente, después de la época inca (Ortiz de Zúñiga, 1967-1972, vol. 1, pp. 55-60), permitió observar que una gran cantidad de la cerámica asociada con Huánuco Pampa había encontrado también acogida aquí (Thompson, 1967, p. 360). Esta es una de las inusuales apariciones de cerámica producida por o para el Estado en una aldea provincial y muestra el flujo que ciertos bienes tenían a lo largo de las líneas del poder político.

Una amplia variedad de bienes no agrícolas eran esenciales para los procesos económicos y políticos del Estado inca. Algunos eran importantes en términos del abastecimiento de elaboradas operaciones administrativas y militares; otros, como los textiles, circularon en condiciones más ampliamente redistributivas, difundiendo los bienes del Inca y los símbolos de su poder dentro de las zonas rurales. La disponibilidad de estos bienes afectaba directamente lo que el Estado podía y no podía hacer. El incremento en la producción de los tejidos y otros bienes que aún no podemos identificar muy claramente, permitió que el Estado estableciera nuevos vínculos económicos y políticos, y que renovara y fortaleciera constantemente los que ya tenía. La producción estatal, o al menos el amplio acceso estatal a los tejidos y otros productos especiales, proporcionó de este modo gran parte del combustible para una economía y política expansionista. Es en este contexto de rápido crecimiento económico y político, en buena parte mediante un conjunto de peculiares principios de reciprocidad aún poco entendidos, que podemos explicar el establecimiento de un complejo estatal de producción rigurosamente planificado y controlado en Huánuco Pampa.

Conclusión

Aunque nuestro trabajo es aún provisional, espero que el caso expuesto haya esclarecido algunos tipos de preguntas institucionales específicas y otras algo más detalladas. Considero que necesitamos focalizarnos en la reconstrucción de las sociedades complejas y el seguimiento de su desarrollo. Muchos de los problemas relacionados con las sociedades complejas tienen que ver con el desarrollo de «nuevos» tipos de unidades organizativas y de principios para controlar sus interrelaciones. Particularmente, tenemos que explicar cómo las unidades y principios más antiguos son modificados para configurar otras formas de organización más grandes y más complejas. Con frecuencia, como en el ejemplo presentado, esto implica tratar de ver cómo el desarrollo político y económico tiene lugar en un sistema para el que todavía estamos tratando

de construir modelos apropiados. Muchas de las amplias generalizaciones con las que los arqueólogos han trabajado en el pasado han sido muy productivas para ayudarnos a organizar grandes cantidades de datos y aclarar diferentes grados de complejidad. Pero, aun siendo tan importantes, estas amplias generalizaciones no resultan confiables a menos que se encuentren basadas en casos individuales metódicamente reconstruidos y bien entendidos. El interés por desarrollar teorías generales que expliquen el surgimiento de las sociedades complejas no debería hacer olvidar la necesidad de explicar los, usualmente pequeños, cambios individuales.

Un segundo punto se encuentra relacionado a la importancia que, *per se*, tiene la producción no agrícola para el desarrollo de las sociedades complejas. El papel fundamental cumplido por los bienes no agrícolas y su producción en el surgimiento del urbanismo ha sido reconocido, por lo menos, desde Childe (1950); no obstante, los estudios focalizados en los bienes no agrícolas desde una perspectiva explicativa han sido relativamente raros (cf. en particular Jacobs, 1969; Millon, 1970; y Renfrew, 1974). Ciertamente, no me inclino por disminuir el énfasis en los estudios sobre crecimiento poblacional, producción de alimentos, capacidad de transporte, tecnología agraria y otras temáticas principalmente ecológicas y demográficas. La inclusión de estas variables es fundamental para explicar ciertas formas de desarrollo institucional. Sin embargo, considero que se debería poner más interés en los numerosos bienes ajenos a la subsistencia que eran producidos y movilizados al interior de las sociedades complejas. Muchos de ellos, como los tejidos previamente tratados, conferían estatus y privilegio, por lo que su valor trascendía a la utilidad meramente económica. Son estos los que nos permiten acceder a las dimensiones sociales y políticas, así como económicas, de las sociedades antiguas, relacionándose directamente con el tema de la centralización de autoridad. Los estudios sobre la producción e intercambio de dichos bienes, y sobre la distribución de las materias primas que los constituían, apenas han empezado a tocar la superficie de la vasta información que necesitamos conocer en la mayoría de áreas donde surgieron sociedades complejas.

Finalmente, quisiera recalcar una vez más que disponemos de los métodos que hacen viable la reconstrucción y el análisis del desarrollo institucional experimentado en muchas áreas en las que surgieron sociedades complejas. Gran parte del notable éxito alcanzado por la arqueología en las dos últimas décadas se debe a su eclecticismo. Las técnicas, en particular los modelos explicativos, y diversos aspectos de una metodología conjunta se han visto fuertemente influenciados por las ciencias físicas, biología poblacional y muchas otras fuentes. En la reconstrucción de las sociedades complejas, resulta fundamental el tomar ventaja

de las tendencias recientes con el objetivo de lograr una metodología arqueológica profundamente mejorada y cuantitativa. Pero es igualmente importante el renovar y reforzar los vínculos con las ciencias sociales y los datos históricos.

Esta investigación fue financiada por la subvención GS28815 de la National Science Foundation, siendo autorizada por las Resoluciones Supremas 015 y 1030 (1972) del Ministerio de Educación del Perú. Además de los organismos patrocinadores, me gustaría agradecer al personal del Proyecto Arqueológico Huánuco Pampa y a numerosas personas en nuestro país anfitrión cuya ayuda ha sido inestimable. Agradecimientos especiales a Idilio Santillana V. de la Universidad San Cristóbal de Huamanga, quien supervisó las excavaciones en la Unidad VB5 y preparó la versión preliminar de la figura 2. También estoy agradecido al sr. Delfín Zúñiga y a la sra. Jean Mohan, quienes colaboraron en la versión final de la figura 2.

Aparte de los miembros de la mesa en el simposio, quedo en deuda con John H. Rowe, George Cowgill, Helen Codere y Alex Weingrod por sus valiosos comentarios y críticas a la versión original de este artículo. Desde luego, soy responsable tanto de los puntos de vista como de los errores que contiene.

Comentarios al artículo del Dr. Morris

Eva Hunt

El Dr. Morris me ha entregado tres trabajos para comentar. El primero, antes del simposio, fue la base de mis notas para este comentario. El segundo fue el que presentó en el evento. El tercero es la versión remitida para su publicación. La tarea de discutir tres ensayos muy buenos, relacionados aunque no totalmente coincidentes en el tema, resulta muy difusa. Trataré, sin embargo, de hacer mis comentarios lo suficientemente generales para que puedan ser aplicables a cualquiera de ellos. El lector debe recordar, sin embargo, que esta nota fue pensada originalmente para una versión del trabajo que no será publicada en este volumen.

La idea más importante que el Dr. Morris nos transite, tanto a mí como a otros etnohistoriadores y arqueólogos, tiene que ver con la necesidad de poner énfasis en la orientación del problema. Desde hace mucho tiempo, con Block en el campo histórico y con la más reciente aparición de la *New Archaeology*, la necesidad de orientar el problema ha sido frecuentemente mencionada. Siento, sin embargo, que es necesario ser reiterativo al respecto. Existen aún muchos trabajos antropológicos básicos que asumen que la teoría surge milagrosamente de la simple inspección de los datos empíricos. De hecho, esto no es verdad. El empirismo irreflexivo rara vez ha dirigido la disciplina en direcciones fructíferas.

Lo que finalmente es trascendental no es lo que se extrae de la tierra o lo que se lee en un documento, sino las preguntas que nos formulamos antes de hacerlo y, en última instancia, las importantes respuestas y mayores preguntas que surgen después de ello. La teoría debe informar sobre métodos y técnicas para la recolección de los datos, así como enmarcar el análisis. Sin embargo, si asumimos la prioridad de la teoría, quedaremos en el dilema de cómo colaborar interdisciplinariamente. La arqueología, historia y antropología cultural y social no solo trabajan con diferentes tipos de datos, sino también con distintos paradigmas teóricos y modelos generales, y como consecuencia de ello, con diferentes problemas. Como el Dr. Morris lo ha señalado, si la colaboración académica solo se produce *a posteriori*, como una idea de último momento en un programa de investigación, poco se puede lograr en el cotejo de los resultados significativos. Solamente si la investigación es *diseñada* desde un principio como un esfuerzo interdisciplinario con una tarea común para todos los participantes, en un ámbito verdaderamente complementario, se podrán esperar resultados importantes. Cuando el diseño de la investigación y los objetivos teóricos (de cada disciplina participante) se encuentran incorporados dentro del programa general, podemos obtener una mejor imagen total. Al emplear dos o más disciplinas simultáneamente, de la manera descrita, podemos corregir los errores originados durante la construcción del análisis, los que usualmente son el resultado de los datos unidimensionales de una sola disciplina. La complementariedad, sin embargo, no debe ser entendida como esencial para los objetivos de la investigación. Una interpretación de este tipo no sería realista, entre otras razones porque la investigación de las personas guarda correspondencia con su desarrollo profesional. La gente busca resultados finales que serán de particular importancia dentro de sus propios campos, dado que serán evaluados por la comunidad académica de su propio campo, no por entidades interdisciplinarias.

Una de las áreas en la que la arqueología y antropología cultural (incluyendo aquí la etnohistoria) pueden colaborar es en la reconstrucción de las dinámicas poblacionales. Los arqueólogos algunas veces ofrecen cifras demográficas para los diferentes períodos. A menudo sus informes no presentan suficiente evidencia interna para sospechar o detectar una especificidad espuria. Lo que los arqueólogos usualmente manejan para sus cálculos poblacionales son escalas ordinales, es decir, escalas de magnitudes relativas. Estas no pueden decirnos si el registro muestra un aumento o disminución de la población a través del tiempo. Aplicadas a un solo período, ellas pueden establecer si la población era mayor o menor que en algún momento particular anterior o posterior. Pero los arqueólogos son algunas veces propensos a colocar números paramétricos a resultados obtenidos

de operaciones no paramétricas. Estos números son aceptados como un «hecho» por otros arqueólogos y científicos, cuando en realidad son hipótesis. De alguna manera (por la tradición informal de la subespecialidad) se convierten en «densidades poblacionales axiomáticas», es decir, datos numéricos reales que aparentan haber sido demostrados por una rigurosa investigación, cuando en realidad no es este el caso. En este campo, la etnohistoria podría resultar especialmente útil al arqueólogo para «mantenerse honesto». Esto es particularmente cierto cuando se trata de las sociedades agrarias complejas del Nuevo Mundo (v. g. México y Perú). Para estas sociedades podemos encontrar materiales censales escritos en el período del contacto cultural con España. Estos censos pueden ser utilizados para determinar las cifras reales de la población y detectar las tendencias poblacionales en términos de aumento o disminución de densidad. Una vez obtenido un punto de anclaje, se pueden trabajar los datos retrospectivamente por inferencia, partiendo de un cálculo poblacional real que es históricamente demostrable.

Si bien todo análisis «retrospectivo»[7] implica ciertos problemas, por lo menos es un método más confiable que el suponer ilusiones. La mayor dificultad con una retrospectiva arqueológica y etnohistórica es que padece de la misma deficiencia metodológica que aqueja a la antropología evolutiva en general: la falacia del ancestro contemporáneo (cf. Service, 1968). En este caso, lo «contemporáneo», tratado como un «antecedente viviente» de formas socioculturales muertas, no es propiamente una sociedad viva, sino una históricamente documentada. Sin embargo, la inferencia retrospectiva opera del mismo modo, utilizando el caso histórico como un modelo comparativo para otras formas estructuralmente similares. En otras palabras, de la misma manera en que las sociedades contemporáneas de tipo banda (v. g. los bosquimanos) son empleadas como un modelo para la comprensión o interpretación de la organización de las bandas prehistóricas, los incas son utilizados como un modelo para la comprensión de los Estados agrarios prístinos. La ventaja que este método ofrece a la arqueología es innegable. Sin embargo, la importancia que la investigación arqueológica posee para la construcción de modelos sociales ha sido, en mi opinión, subestimada. Considero que el detallado caso de estudio del Dr. Morris, y otros del mismo tipo, pueden brindar novedosas e importantes evidencias sobre problemas tan espinosos

[7] En el texto original, Hunt recurre a la voz inglesa *upstreaming*, que podría ser traducida literalmente al español como «contracorriente», para referirse a este tipo de análisis en donde el investigador sigue una direccionalidad inversa a la establecida por los eventos históricos. Frente a esta inusual acepción del vocablo «contracorriente», en el contexto hispanohablante, se ha preferido reemplazarlo por el término «retrospectivo» (N. del T.).

como la naturaleza del sistema económico de los estados antiguos. A diferencia del teórico general, el arqueólogo guarda cercanía con el etnógrafo, al trabajar con información detallada en una reducida área geográfica-cultural. Aunque podría decirse que buena parte de la evidencia sobre organización social ya se ha perdido, particularmente las características administrativas de los sistemas económicos estatales, pienso que el trabajo en Perú demuestra que ricas e insospechadas evidencias aún pueden ser dadas a la luz, lo que nos permitirá una interpretación más refinada.

Incluso si tuviéramos una considerable cantidad de evidencia histórica, seguiría siendo necesario contar con un trabajo arqueológico complementario para adquirir una línea de evidencia diferente, una evaluación independiente, de las interpretaciones sociohistóricas. De hecho, mucha evidencia histórica está perdida. Siendo una antropóloga social que trabajaba con Estados agrarios modernos, al iniciar mi época de estudiante de posgrado me vi interesada en los problemas del proceso de desarrollo en la microevolución de los Estados agrarios tempranos. Dado que trabajo en el área de Mesoamérica, muchas de mis interrogantes tienen que ver con el período de contacto con Europa. Mis informantes, aquellos que podrían responder a mis preguntas, murieron hace más de 400 años. No puedo preguntarles de nuevo. Los tipos de datos que ellos me proporcionan en forma documental fueron producidos como parte de su enfrentamiento *vis a vis* con un sistema viviente. Pero, usualmente, las preguntas que responden no coinciden con lo que yo más necesito saber.

Es más que evidente, por ejemplo, que la reconstrucción de las bases del parentesco de las unidades territoriales mesoamericanas solo puede ser hecha con un carácter provisional y que nunca podremos conseguir una respuesta verdaderamente satisfactoria. No obstante que presenta algunos problemas, la arqueología puede ser de gran relevancia. Por ejemplo, cuando reconstruí la organización sociopolítica de los estados cuicatecos (Hunt, 1972)[8] comencé a participar en la reconstrucción de los patrones de asentamiento de las ciudades-estado. La evidencia para mi reconstrucción provino de un complicado pleito por tierras que fue llevado a las Cortes Españolas y de tres breves relaciones de 1579-1580 (Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1562; Paso y Troncoso, 1905). Dado que ningún trabajo arqueológico importante había sido realizado dentro de los territorios cuicatecos, no pude tener una corroboración (o refutación)

[8] Los datos sobre los cuicatecos y el valle sureño de Tehuacán fueron reunidos por la autora como parte del ejercicio de las subvenciones GS-3000 y GS 87 de la National Science Foundation. Esta ayuda financiera es sinceramente agradecida.

independiente de cuan generalizado o focalizado realmente era el patrón de asentamiento que reconstruí. Es decir, experimenté una gran frustración al trabajar un solo lado del problema, preguntándome frecuentemente ¿cómo podría generalizar sin que esto sea un esfuerzo inútil?

Uno de los problemas básicos para la reconstrucción del patrón de asentamiento de los sistemas estatales es la naturaleza de la organización territorial de los Estados. Por definición, los sistemas estatales se encuentran territorialmente diferenciados e integrados orgánicamente. Esto significa que el punto central de la organización estatal debe ser territorialmente distinto a sus provincias. Es decir, el tamaño, forma y complejidad, así como la especialización funcional (económica y política) distingue las diversas unidades territoriales del Estado. Dado que, a nivel estatal, las unidades territoriales se encuentran integradas entre sí siguiendo un orden jerárquico, los contrastes urbano-rural y de contexto local deberían estar presentes entre los asentamientos. Pero a menudo los datos permiten una interpretación funcional de solo una parte del sistema local. Esto es cierto incluso cuando uno se ocupa de toda una región si esta pasa a ser geográficamente marginal a los principales centros de desarrollo o a la aparición de nuevas formas socioculturales. En el caso cuicateco, al igual que en el que viene siendo estudiado por el Dr. Morris, se están investigando islas socioculturales, externas a los grandes centros urbanos que originaron la estructura general del sistema. La comprensión del plan general, aun restringiéndonos solamente a los patrones de asentamiento, puede verse obstaculizada por la marginalidad de los casos estudiados. Esto podría ser igualmente cierto para las perspectivas etnohistórica y arqueológica.

Los arqueólogos, en algunos casos, han tendido a construir modelos sobre la influencia urbana siguiendo círculos concéntricos, con una expansión de la hipotética influencia de la ciudad-estado desde los «muros de la ciudad» hacia el exterior, en todas las direcciones. En los hechos, sin embargo, ya fuera por causas históricas, ecológicas, económicas, geográficas o de otro tipo, las ciudades-estado podrían haber controlado inusuales formas territoriales, como si fueran una ameba. Por ejemplo, podría citar el caso de Teotitlán del Camino en México. Teotitlán se localiza en un valle central, aparentemente dominando, como si fuera un pueblo, un anillo territorial de comunidades limitadas por el fondo de un valle encerrado en una cadena de montañas. Sabemos a partir de la evidencia etnohistórica que esta imagen es engañosa. A través de documentos de mediados del siglo XVI que tratan sobre períodos anteriores, tenemos noticias que, de hecho, Teotitlán controlaba un gran territorio montañoso en el interior (v. g. cf. Paso y Troncoso, 1905, pp. 213-232). Se trataba de una franja alargada de comunidades rurales habitadas por campesinos,

la cual se iniciaba en la ciudad-estado ubicada al oeste, en dirección este, a lo largo de los paredones montañosos del río Santo Domingo, que se extiende en lo que hoy son las tierras bajas de Veracruz. La naturaleza estratégica de esta expansión (en términos del control de las rutas de la meseta costeña, la producción de bienes agrícolas circunscritos a diferentes altitudes y nichos ecológicos, etc.) se vuelve obvia solamente después de que la evidencia de dicha expansión es conocida. Uno podría argumentar, antes de conocer la evidencia, que la fuente del poder de Teotitlán se encontraba basada en su posición central en el valle. Sin embargo, a partir de la evidencia, resulta más viable sostener que Teotitlán también dependía en gran medida del dominio de un enorme territorio interior, en términos de producción, recursos estratégicos, control de rutas, migración, expansión militar, etc. Esta interpretación también permite una mejor comprensión de las complejas distribuciones lingüísticas-dialectales del valle de Tehuacán *vis a vis* con las regiones montañosas circundantes. Por otra parte, parece asimismo apoyar la teoría de las regiones simbióticas que ha sido adelantada en otros nichos mesoamericanos (v. g. Sanders & Price, 1968), a partir de lo que aparentaban ser regiones arqueológicas disociadas. Una vez que esta interpretación etnohistórica se encuentra disponible, se hace más viable, arqueológicamente, la búsqueda de evidencias sobre el contacto entre estas regiones. De este modo, el caso estudiado por el Dr. Morris en el Perú se constituiría en un complemento adicional, en lugar de una excepción, para las nuevas perspectivas teórico-etnográficas.

Pero también resulta evidente que este tipo de investigación debe atacar diferentes niveles de preguntas simultáneamente, empleando de manera combinada las técnicas y evidencias de la arqueología y etnohistoria. Es decir, regresando a mi punto original sobre la diferenciación e integración territorial del Estado, a menos que uno conozca de antemano a que nivel de la integración territorial pertenece un sitio, será necesario recurrir a un ataque frontal utilizando diferentes tipos de evidencias no arqueológicas.

El Dr. Morris ha señalado que los arqueólogos en algunas ocasiones reciben un trato indebido por parte de los historiadores o antropólogos, quienes recurren a ellos como ilustradores. Quisiera indicar que esta mala práctica también es llevada a cabo en el sentido inverso. Me he dado cuenta que, al parecer, algunas veces los arqueólogos piensan que el trabajo de los etnohistoriadores es simplemente confirmar sus interpretaciones con evidencia escrita. Una visión más sofisticada podría llevarnos a encontrar procedimientos retroalimentativos y a nuevos desarrollos teóricos para investigar los hechos. El Dr. Morris propone (y yo compartiría su entusiasmo si sucediera con más frecuencia) que los arqueólogos,

etnohistoriadores y antropólogos sociales se reúnan para hacer preguntas, para formular su diseño de investigación de tal manera que todos pudieran regresar a sus datos y aportar nuevos modos de ver las cosas que sean interesantes, en vez de realizar, uno para el otro, pequeños «trabajos como asistente de investigación» que resultan ornamentales. Lo que se necesita, y lo repetiré corriendo el riesgo de volverme aburrida, es la coordinación de los planes desde el principio de la investigación, propuestos de buena fe como interdisciplinarios. Estos definitivamente deberían incluir investigación etnográfica actual, focalizada en problemas de interés arqueológico. Me parece que los arqueólogos del Nuevo Mundo (v. g. Flannery, MacNeish, Spores en México y el mismo Dr. Morris en Perú) han sido más conscientes de este potencial que sus contrapartes del Viejo Mundo. Pero incluso en el Nuevo Mundo, este tipo de investigación ha sido escasa. La etnografía contemporánea ha sido utilizada, pero usualmente de forma inapropiada. Por ejemplo, en Mesoamérica, los productos manufacturados nativos continúan siendo comercializados en un intercambio territorial a largas distancias, en una red de comercio «sumergida» que desborda a las comunidades y municipios locales y atraviesa las fronteras regionales (en ocasiones, como en el caso del estado de Chiapas en México y los estados norteños de la vecina Guatemala, cruza fronteras nacionales). Estas redes han sido poco estudiadas y no son muy visibles en los registros etnográficos, que tienden a focalizarse en los estudios de comunidades. Si los etnógrafos pasaran a trabajar con unidades más grandes que los grupos de aldeas y municipios (lo cual ya está ocurriendo) podrían proporcionar datos muy importantes para los arqueólogos. En la región cuicateca, por ejemplo, hemos encontrado que la sal, algodón para el tejido indígena y varios otros productos continúan siendo comercializados con las mismas áreas con las que los cuicatecos comercializaban en el siglo XVI. De otro lado, las rutas de peregrinación aún siguen la línea de intercambio fuera del distrito, hacia lugares donde, antiguamente, estuvieron localizados algunos centros prehispánicos.

En Mesoamérica ha existido una falta de coordinación en los trabajos de las diferentes ramas de la antropología, lo que podría habernos llevado a un análisis deficiente. Los arqueólogos han tendido a trabajar en áreas nucleares claves, en los principales valles y mesetas. Prácticamente no se han realizado trabajos en los sitios de menor importancia localizados al interior, donde se encuentra la columna vertebral campesina de Mesoamérica, por obvias razones: brindan poco prestigio. Nadie obtiene una gran reputación cuando excava sitios menores, como chozas de barro. Los antropólogos sociales y etnógrafos, sin embargo, han estado interesados principalmente en los indios que viven en la contraparte contemporánea de las chozas de barro. Con notables excepciones (v. g. el valle de Oaxaca),

los indios desaparecieron tempranamente de los valles principales. Ellos han perdurado, sin embargo, en las regiones de refugio, la cultura marginal y los nichos ecológicos de la nación. La información que tenemos sobre los indios actuales, por tanto, no puede ser pertinente para todos los acontecimientos del pasado que tuvieron lugar en las áreas nucleares claves. En primer lugar, es razonable sospechar que algunas de las áreas que actualmente son empleadas como regiones de refugio, localizadas en zonas con una productividad marginal y con un potencial ecológico bajo, subdesarrolladas en lo que respecta a los actuales eventos culturales, también hubieran sido regiones marginales en términos de desarrollo cultural durante el pasado arqueológico. El caso estudiado en la región montañosa cuicateca permite demostrar que esa era la situación de algunas zonas. El área cuicateca, actual región de refugio indígena, marginal en términos del desarrollo nacional, lo era también en tiempos de la Conquista. Comparados con los centros cercanos de los valles de Tehuacán y Oaxaca, los cuicatecos eran provincianos, por decir lo menos. Se encontraban mal integrados dentro del sistema estatal azteca, e incluso exhibían un retraso sociocultural. Por ello, resulta difícil incorporar los datos procedentes de un área marginal de la cultura indígena a otra de interés arqueológico, dado que estos representan históricamente dos tradiciones distintas dentro de la misma macro área. Cuando miro las aldeas indias actuales puedo ver pequeños asentamientos agrarios, marcadamente rurales, a menudo igualitarios en sus estructuras sociales (es decir, con poca estratificación) y con una tecnología neolítica levemente mejorada. Desde esta perspectiva, la interpretación que uno podría hacer sobre México como sistema estatal no sería más que absurda. Al estudiar retrospectivamente esta evidencia, no habría ninguna buena razón para sospechar que estas aldeas indígenas, con su cultura anacrónica, pudieran decirnos mucho sobre los sistemas estatales históricos del pasado, ya que incluso eran enclaves marginales en la base de un elaborado y complejo sistema estatal piramidal. Por lo tanto, es necesario que los etnógrafos proporcionen un tipo diferente de evidencia contemporánea. Los antropólogos sociales deberían bajar de las montañas indígenas y trabajar en áreas nucleares claves, observando cómo ocurre la integración en los sectores rurales de los valles urbanizados. El trabajo de Bonfil y sus colegas del INAH en los valles de Puebla y Cholula, junto al precedente trabajo de Gamio (1922), ya han demostrado las ventajas de esta estrategia de investigación. No pretendo que esta alternativa produzca datos que puedan ser directamente aplicables a las preguntas arqueológicas. Sin embargo, en sistemas como los de México o Perú, donde los pequeños centros urbanos de dominación han tenido una tremenda continuidad histórica, dicho enfoque podría sugerir nuevas ideas. Aún tenemos pueblos metropolitanos regionales operando

en el centro de pequeños sistemas-valle que controlan aproximadamente el mismo territorio interior que controlaban en 1550. La interpretación de los datos actuales sobre los aspectos económicos, redes políticas, rutas de intercambio, etc., de estos complejos centro-provincias pueden ser de mayor interés para los arqueólogos que las interpretaciones de datos sobre comunidades indígenas marginales. Estos campesinos marginales no controlaron, ni controlan actualmente, las instituciones claves, como sí lo hacen sus contrapartes semiurbanas de los valles.

Me gustaría referirme a un punto más. A mi modo de ver, existen tres problemas distintos en la recuperación de los datos que tienen implicancias en el tema de la producción, particularmente, en el del control estatal de la producción. El control económico y político de la producción, en un Estado agrario complejo, puede adoptar formas muy diferentes y, algunas veces, encubiertas. En primer lugar, una forma de control estatal puede resultar arqueológicamente obvia, v. g. el control *in situ* en la forma de talleres, «fábricas» y similares dirigidos por el Estado. Si el arqueólogo tiene la suerte de encontrarse con este tipo de casos, como la tuvo el Dr. Morris, donde la supervisión estatal es directa, habrá avanzado mucho. Pero hay otras alternativas. En segundo lugar, podemos tener un control indirecto de la producción de comunidades aldeanas especializadas que trabajan un solo producto a tiempo parcial. En la actualidad, la especialización aldeana es común en Mesoamérica y la sierra peruana. Existen algunas evidencias de que la especialización aldeana no fue únicamente un fenómeno colonial, fue también una institucionalizada forma prehispánica de dividir territorialmente el trabajo. Rastrear la existencia de estas aldeas especializadas a tiempo parcial no resulta tan fácil como en el primer caso, en términos de las inferencias que pueden establecerse a partir de los hallazgos arqueológicos. En tercer lugar, el control estatal de la producción podría haber implicado la tributación de producción doméstica independiente. Si las unidades domésticas implicadas se encontraban agrupadas en barrios dentro de un pueblo, o en pabellones, quizás sería posible encontrar evidencias arqueológicas. Pero el caso podría haber sido más complicado. En algunos sectores del imperio mexicano-colhua los bienes artesanales domésticos de uso diario, producidos principalmente para el consumo, fueron parcialmente derivados por el imperio bajo la forma de un tributo por unidad doméstica. Este tributo era recolectado gradualmente, en una compleja red de intercambios.

Los jefes de cada unidad doméstica se encontraban bajo la responsabilidad de los jefes de la aldea, o administradores, quienes eran los recaudadores de los señores locales, los cuales, a su vez, se encontraban subordinados a un señor principal. Los señores de una localidad, por su parte, eran los responsables de derivar el tributo hacia los oficiales de las guarniciones aztecas y los recaudadores de impuestos,

y era en este nivel que la producción local era redirigida hacia los centros metropolitanos. Además, algunas veces las aldeas no pagaban su tributo con los bienes que producían, sino que intercambiaban sus propias manufacturas por otros bienes, que se les había asignado como tributo, aunque eran producidos en otros lugares. Por ejemplo, el pueblo de Tepeji, en el valle de Puebla, pagaba parte del tributo con «cargas» de sal. Al parecer, esta sal no era producida localmente, sino que llegaba a Tepeji desde las salinas localizadas en el valle sureño de Tehuacán, particularmente de Zapotitlán, ya que desde tiempos prehispánicos los señores de Tepeji tenían derechos de prebenda sobre la producción de sal de este remoto pueblo.

El control indirecto de una producción de este tipo, particularmente tratándose de bienes de consumo, si bien tiene gran importancia en la economía estatal, no deja un registro arqueológico. El arqueólogo, obviamente, podrá decirnos que la sal fue producida en gran escala en el sureño valle de Tehuacán, dado que las principales salinas de importancia prehispánica aún se encuentran dispersas en las zonas rurales, accesibles para ser investigadas. Pero es probablemente imposible, sin la documentación etnohistórica, establecer cómo se administraba la sal después de ser producida a un nivel local y hacia dónde era enviada. En este caso, tenemos evidencia que el control de la sal era un privilegio político de la clase gobernante, incluyendo a los caciques ausentes de los pueblos localizados fuera del valle de Tehuacán (v. g. Códice Mendocino, Libro de asaciones [siglo XVI], AGN. Indios, vol. 7, ext. 89, 129). Pero sin este tipo de investigación interdisciplinaria el registro arqueológico por sí solo no sería suficiente para comprender una red de distribución compleja. Incluso teniendo la documentación etnohistórica, si la forma de control estatal no era visual, habría sido imposible tratar de corroborar las conclusiones con la evidencia arqueológica. Señalo simplemente que una serie de instituciones económicas podrían haber estado presentes sin ser directamente observables a partir de los datos arqueológicos. Tenemos que aceptar el hecho (y aprender a lidiar con él) de que los modelos elaborados a partir de los materiales arqueológicos, debido a las limitaciones de estos últimos, probablemente sean simplificaciones de las complejidades sociales que existieron a través del tiempo. No solo los registros de la distribución podrían encontrarse perdidos. La producción en sí misma puede ser controlada estatalmente de tal forma que no deje evidencia directa. En China, por ejemplo, el control estatal de la producción de sal fue de gran importancia social y económica. Durante gran parte de la historia china, desde tiempos prehistóricos hasta la Segunda Guerra Mundial, la producción y venta de sal fue una fuente importante de ingresos públicos (Almquist, 1973). Sin embargo, las formas del control estatal de su producción cambiaron cíclicamente con el tiempo, para hacer frente a la corrupción burocrática en la administración

del recurso, el contrabando, etc. Durante algunos períodos las minas de sal fueron supervisadas directamente por el Estado; otras veces, la Casa Imperial controló la sal mediante contratos con comerciantes independientes dentro de un sistema de certificados de cambio, etc. De modo que, si bien el comercio de la sal siempre fue de importancia social, los mecanismos de articulación cambiaron a través del tiempo. Dudo mucho que hubiéramos podido conocer esto solamente a partir de la investigación arqueológica, sin el trabajo documental de los historiadores chinos. En resumen, como ha sido señalado por el Dr. Morris, nuestro trabajo debe hacer frente a las limitaciones intrínsecas a nuestra disciplina y a sus técnicas. Podemos sacar mayor provecho encarando valientemente estas limitaciones que ignorándolas.

Respuesta de Craig Morris

La ausencia de controversia puede ser una señal de inusual éxito o simplemente de insulsez. Me gustaría creer que la coincidencia general que la Dra. Hunt ha tenido conmigo, y la ausencia de mayores reclamos, sea resultado de lo primero. Efectivamente, mi principal punto programático, recogido y elaborado por la Dra. Hunt, fue uno extremadamente simple: de ser posible la reconstrucción de las sociedades complejas del pasado, el mejor resultado sería conseguido mediante una deliberada coordinación entre los documentos y las investigaciones arqueológicas concernientes a un conjunto de «problemas» o preguntas. Aquellos «problemas» específicos no son una cuestión rígidamente definida y en determinados casos deben ser conciliados entre los diversos investigadores participantes. No obstante, existen intereses comunes básicos, como lo ha demostrado este simposio y la mayor parte de la literatura sobre las sociedades complejas. En mi opinión, lo he subrayado anteriormente, las orientaciones de nuestros problemas deberían hacer cada vez mayor hincapié en el análisis de las instituciones sociales y económicas. Ese fue el segundo punto programático, relacionado al primero, hacia el cual estuvo dirigido mi trabajo. En esto creo que mi posición es bastante similar a la del Dr. Renfrew (1974). Nuestra atención debe focalizarse ahora en ir más allá de los temas de la subsistencia y tecnología. Como muchos otros investigadores, creo que los aspectos organizativos e institucionales son los más importantes en el estudio de las sociedades complejas. Eso no quiere decir que la subsistencia, la tecnología o cualquier pregunta, en términos generales, ecológica deba ser dejada de lado. Necesitamos colocar los aspectos ecológicos más sólidamente en su marco institucional y ver si podemos producir estudios sobre la organización comparables a algunos de los más notables éxitos alcanzados por los estudios de orientación ecológica.

Pese al obvio acierto que constituye la coordinación de las investigaciones documentales y arqueológicas referentes a cuestiones institucionales, los programas producidos con este enfoque han sido decepcionantemente pocos. Esto se debe, en gran parte, al hecho de que hasta hace poco tiempo la arqueología no era considerada seriamente como un socio cabal, un verdadero medio de acceso a las antiguas instituciones y formas de organización (si se quiere, el síndrome «caja negra»). Si bien aún tenemos que enfrentar directamente sus limitaciones e ineficiencia, porque ellas son serias, la arqueología no puede ser desestimada como si fuera un hijastro vergonzoso de la antropología o la pariente pobre de la historia cuando se trata de estos temas. Viene desarrollando rápidamente métodos y técnicas que proporcionan información más detallada sobre las actividades del pasado; las perspectivas son especialmente brillantes en el caso de las sociedades complejas, debido simplemente a la riqueza del registro material que nos han dejado (casi todo lo que fue importante para estas sociedades recibió una expresión material).

Consideré que la mejor manera de recalcar una posición con la que yo esperaba algunos no estuvieran de acuerdo era a través de ejemplos, básicamente preliminares, de lo que la arqueología podía lograr trabajando conjuntamente con los materiales derivados del estudio documental. Al parecer, la Dra. Hunt está de acuerdo con esta táctica, ya que la ha presentado en un excelente ensayo, repleto de ejemplos y sugerencias, que ni los arqueólogos ni los investigadores de documentos deben dejar pasar. Sus comentarios muestran con exactitud, desde la perspectiva de un antropólogo cultural y etnohistoriador, el tipo de sensibilidad hacia otras aproximaciones que tan obviamente requerimos.

Finalmente, también quisiera hacer una observación sobre cierta idea recurrente que ha concitado preocupación durante el simposio. Si uno tuviera que ver a la organización social y estructura institucional de una sociedad —prehistórica o de cualquier otro tipo— como una especie de caja, me parece que como muchas otras cosas podría presentar diversas tonalidades de gris en vez de un color negro. El tono exacto dependerá de la habilidad, ingenio y perseverancia de los investigadores que trabajen con ella, así como de la riqueza de los registros arqueológicos, documentales y etnográficos. Ciertamente hay muchas cosas que el pasado nos ha denegado. Pero frecuentemente la forma en que nosotros mismos nos aislamos dentro de nuestras subdisciplinas se constituye en un obstáculo tan grave como cualquiera de las cajas negras que podría ser utilizada para encajonar los aspectos organizativos más importantes de las sociedades complejas de la antigüedad. Tal vez sea un optimismo ingenuo, pero confío en que si hacemos

esfuerzos sostenidos y coordinados, como los que hemos realizado la Dra. Hunt, yo y otros investigadores previamente mencionados, la naturaleza y el crecimiento de las sociedades complejas podrán ser cada vez más esclarecidos.

Discusión

El Dr. John V. Murra de la Universidad de Cornell inició el debate afirmando que el estudio realizado por Morris en un centro administrativo inca, el mejor conservado entre las varias decenas de centros similares localizados a lo largo del Camino Real, continuará ofreciendo, por muchos años, interpretaciones, análisis e hipótesis sobre el Estado inca.

Señaló, asimismo, otros de los aportes ofrecidos por el trabajo de Morris, particularmente su tesis inédita sobre los depósitos de almacenamiento del Estado inca (Morris, 1967), la cual ha recibido una lectura muy cuidadosa por parte de los agrónomos que actualmente enfrentan el problema del almacenamiento en los Andes. Tras casi cinco siglos de continuo empobrecimiento del patrimonio cultural de los pueblos andinos, las técnicas de almacenamiento anteriores a la conquista europea han resultado tecnológicamente apropiadas y más eficientes que cualquier otra disponible en la actualidad.

En el pasado, el tipo de tácticas antropológicas que teníamos a nuestra disposición para conocer a los incas eran las fuentes escritas, testimonios narrados por europeos. El esclarecimiento de estos relatos fue conseguido, finalmente, a través del aparato conceptual que el trabajo de campo etnológico pudo proporcionarnos. En realidad, no había nada nuevo en este punto de vista. Ya en 1891 Heinrich Cunow había señalado que el único modo en que podríamos entender el Estado inca era revisando los estudios etnográficos contemporáneos llevados a cabo en sociedades complejas similares, los cuales eran más frecuentes en esa época que hoy en día. Cunow no obtuvo ningún resultado. En lugar de ello tuvimos las conjeturas de Baudin (1928) y Karsten (1949). Fue necesario que Max Gluckman nos entregara primero su estudio sobre los modernos Lozi, asentados en la actual Zambia. Es solo tras la observación del funcionamiento de una estructura política y económica precapitalista comparable, que uno descubre lo que significan los derechos a la tierra: v. g. los derechos de los reyes sobre las tierras, los derechos de los señores locales sobre las tierras, la superposición o coincidencia de los derechos sobre el mismo territorio. Los conceptos proporcionados por Gluckman podrían tener un valioso uso, y para el estatus de los linajes, aquellos estudiados por Irving Goldman en la Polinesia. En la investigación del estatus de los linajes, uno puede recurrir a toda la información proveniente de la Polinesia para ver

qué tipo de gradaciones existen dentro de una misma tradición cultural según las diferentes circunstancias ecológicas, políticas y económicas. Es este el tipo de trabajo antropológico que será de gran utilidad para los arqueólogos y les ayudará a interpretar su material.

La Dra. Hunt mencionó que uno debería incorporar los datos de las poblaciones que actualmente ocupan el área donde uno trabaja. Obviamente, este también es un punto importante. Dicha metodología ha sido empleada en los Andes, en donde resulta más fácilmente aplicable que en América Central, en el sentido de que el área nuclear continúa siendo habitada por poblaciones andinas y la continuidad desde 1532 hasta el presente en algunos aspectos, tales como la tenencia de tierras y el uso ecológico, resultan notables. Conforme pasan los años, uno se va haciendo cada vez más consciente de la importancia de estas continuidades y de la relevancia que el pasado tiene en el presente, y viceversa, que el presente tiene en el pasado andino.

El Dr. Murra estuvo de acuerdo con Morris en que las comparaciones hechas hasta ahora han sido en su mayoría analogías similares a las sugeridas por Gluckman y Goldman. Lo importante es que la arqueología ha venido a sumarse como una tercera táctica para intentar entender a la sociedad inca: ya no solamente a partir de los relatos de los testigos europeos y del aparato conceptual procedente de la mejor etnología de campo, sino también de la excavación de estructuras complejas, aunque estas sean grandes y presenten todas las dificultades mencionadas por Morris.

Hace aproximadamente diez años, Murra argumentó por qué el proyecto de Huánuco debía llevarse a cabo. Una de las promesas que hizo en aquel entonces fue que si alguien estudiaba los centros administrativos incas como el de Huánuco Pampa, podría descubrir cuál era su radio de acción. Los centros administrativos fueron construidos a una distancia de 4 o 5 días de camino el uno del otro, al final de cada día había una estación de paso y al final de cada 4 o 5 días, una ciudad. Pero no existía información sobre qué tanto controlaba el centro administrativo, cuál era su radio de acción efectiva y el tipo de energías que podían ser convocadas a su jurisdicción. Murra tenía la esperanza de poder responder estas preguntas a través del estudio de la cerámica y otros artefactos, pero la arqueología demostró que se encontraba equivocado. Su expectativa se veía originada en el hecho de que era demasiado escéptico para confiar en los relatos europeos. Alegaba que, si bien no podría realizarse un estudio de Huánuco prescindiendo del notable recuento efectuado en el siglo XVI en cada casa de la región, uno no tenía que creer necesariamente lo que los testigos informaban. Por ejemplo, ellos afirmaron que

cada vez que un hombre trabajaba para el Estado, este último le proveía de todas las cosas. Si hubiera confiado en dichas afirmaciones, habría sabido que la ciudad por sí sola no podía ser utilizada para determinar su radio de acción, ya que las miles de personas que llegaban a trabajar en ella, linaje por linaje y grupo étnico por grupo étnico, probablemente no utilizaban sus propias vasijas de cerámica; cada cosa que empleaban mientras servían en la ciudad era proporcionada por el gobierno. De otro lado, si la arqueología no hubiera sido utilizada, las fuentes escritas europeas no habrían podido ser confirmadas. Obviamente, es importante tener este tipo de colaboración. La experiencia ha demostrado que la cooperación debe implicar que las diversas tácticas utilizadas compartan el mismo diseño de estudio y un estatus equivalente.

Murra sugirió otro modo en el que la arqueología, las fuentes escritas y la etnografía contemporánea podrían unirse para examinar el, históricamente opuesto, extremo contemporáneo del *continuum* andino.

Morris ya había formulado algunas preguntas referentes al trabajo, dónde estaba la gente reclutada temporalmente o dónde se encontraban las mujeres tejedoras empleadas a tiempo completo en el trabajo estatal. Esto nos lleva a todo el problema de la riqueza y pobreza andina. Uno de los mecanismos interesantes que viene siendo trabajado por el proyecto es el del modelo «archipiélago» de control ecológico vertical, que diferencia al mundo andino no solo de otras regiones del mundo sino también, más específicamente, de las civilizaciones mesoamericanas investigadas por Sanders y Hunt. Hay un manejo muy hábil y simultáneo de varios nichos ecológicos diferentes. No hay una frontera sino muchas, porque cada sociedad compleja controla islas, no en el mar, sino hacia arriba y abajo del *continuum* andino.

Podría haber existido, como Adams lo muestra en su trabajo (Adams, 1974), un cierto equilibrio inestable: reinos tratando de atraer o defenderse de las poblaciones periféricas. Lo más importante es que, desde el punto de vista del poblador andino, existe el ideal de querer acceder al máximo de dichas islas, las sociedades más débiles controlarán menos islas y más cercanas al núcleo, mientras que las más poderosas podrán controlar islas a 10, 15 o20 días de camino, sin ninguna preocupación por las áreas intermedias. En los últimos años el proyecto ha elaborado este modelo. Nunca lo podría haber hecho solamente a partir de los testimonios históricos, aunque ellos finalmente fueron confirmados. Tampoco lo podría haber hecho exclusivamente a partir de la distribución arqueológica, aunque los arqueólogos parecerían tener los datos para ello. El factor decisivo fue que actualmente la población andina todavía maneja gran parte de su entorno geográfico de esta manera.

Nos estamos refiriendo al conocimiento que los actuales pobladores andinos tienen sobre las posibilidades de su medioambiente, no a lo que los modernos ingenieros agrónomos y científicos con formación occidental piensan al respecto. Todo lo que estos últimos ven es la pobreza, los pies descalzos, el analfabetismo, las enfermedades y la mortalidad infantil. El importante conocimiento acerca de los Andes que los actuales pobladores andinos poseen, el que fue registrado en los relatos de los testigos coloniales y el que es obtenido de la arqueología, todos nos transmiten una explicación sobre cómo y por qué los pueblos andinos eran ricos.

Thomas Charlton, de la Universidad de Iowa, comentó que viene llevando a cabo una investigación similar, empleando la etnografía, etnohistoria y arqueología, en el valle de México, cerca de la pequeña ciudad-estado de Otumba. En parte, este trabajo ha proporcionado información más detallada sobre el funcionamiento de las ciudades-estado aztecas de áreas rurales, en contraparte a Tenochtitlán para la que hay una gran cantidad de información. En el pueblo de Otumba también se hallaron evidencias de una especialización artesanal, con la producción doméstica de ciertos tipos de fibras, particularmente el algodón y fibras de cactus locales. Por lo tanto, nos encontramos frente a otro ejemplo de una ciudad-estado pequeña en la que fue posible distinguir algunos patrones de producción.

Marshall Becker expresó su reconocimiento a la Dra. Hunt por sus comentarios sobre el problema de la etnografía y la arqueología. Señaló algunos problemas históricos que este ha generado en Mesoamérica, particularmente en el trabajo de J. E. S. Thompson en San José, Belice, donde se han realizado limitadas excavaciones en un sitio relativamente pequeño. Thompson estaría haciendo comparaciones probablemente válidas para los sitios etnográficos de Wagley, pero que resultarían totalmente inadecuadas para sitios como Tikal. Las prospecciones arqueológicas de Vogt y Bullard dirigidas a sitios de carácter muy peculiar no serían aplicables a aquellos más grandes localizados en las tierras bajas.

Murra estuvo de acuerdo y añadió que uno no puede conseguir el tipo de información que usualmente quisiera en la etnografía actual debido a que la gente ha pasado a convertirse en campesina, los grupos étnicos han sido destruidos y se han inventado comunidades. A pesar de ello, este campo no es del todo desalentador ya que los relatos de testigos europeos hacen referencia a las unidades más grandes, en algunos de sus trabajos la Dra. Hunt ha hecho alusión a los documentos administrativos, litigios, censos y *visitas* del siglo XVI en los que se trata un grupo étnico o comunidad particular. Por consiguiente, la etnografía no es proporcionada por la comunidad sino por el relato europeo.

Esto nos lleva al punto más amplio de cómo es enfocada la arqueología, de hecho cada uno puede hacerlo como mejor le plazca. No obstante, resulta interesante regresar a la sugerencia de William Duncan Strong sobre el empleo de las técnicas retrospectivas. Si bien no son de utilidad para los asentamientos neolíticos de Wessex, en muchas partes del mundo las continuidades son genuinas. Tal es el caso de las continuidades que Gluckman estudió entre los lozi, donde la ocupación europea duró solo 40 o 50 años, donde la tradición oral aún sigue viva, donde el registro histórico es excelente. En Mozambique, lo que los informantes le dicen a uno en el campo hoy en día sobre los acontecimientos de los siglos XV o XVI, puede ser corroborado por los documentos de los archivos de Lisboa. Ese tipo de continuidad está presente en muchas partes del mundo. Es ahí donde la arqueología debería comenzar a aliarse deliberadamente con la etnología contemporánea. Se trata de una estrategia que puede ser utilizada por las personas interesadas en los problemas de complejidad, donde uno puede comprobar en ambos sentidos: etnográficamente por un lado y arqueológicamente por el otro.

La cerveza de maíz en la economía, política y religión del Imperio inca[1]

Bebidas fermentadas originarias de las Américas

No es una novedad que las bebidas fermentadas cumplen un rol importante en los asuntos económicos y sociopolíticos. De hecho, uno se pregunta cómo se hubiera desenvuelto la historia sin las bebidas fermentadas para celebrar el éxito, amenguar el dolor del fracaso y, en general, facilitar el establecimiento de relaciones interpersonales. Cualesquiera que hayan sido sus calidades nutricionales y efectos clínicos, su significado socioeconómico especial se encuentra ampliamente extendido entre las sociedades humanas antiguas y modernas. Por lo tanto, no es raro que la cerveza de maíz haya cumplido un rol crucial en la sociedad andina de tiempos del Imperio inca, siendo este un comentario que yo podría hacer para casi cualquier bebida fermentada en cualquier sociedad. Sin embargo, considero que el interés mostrado por el más alto nivel del aparato administrativo estatal incaico en la producción y consumo de esta bebida fue verdaderamente extraordinario. La cerveza no fue necesariamente el ingrediente secreto que permitió a los incas establecer el imperio autóctono más grande del Nuevo Mundo y uno de los más extensos en la historia, pero ciertamente fue uno de una serie de elementos claves interrelacionados que hicieron posible que los gobernadores del Cuzco pudieran extender y mantener su poder sobre una vasta región.

La mayoría de los principales cultivos alimenticios del Nuevo Mundo, como la papa, el maíz y muchas variedades de frijoles y calabazas, nos resultan muy conocidos porque fueron adoptados en la dieta europea y actualmente constituyen una parte

[1] Publicado originalmente con el título «Maize Beer in the Economics, Politics and Religion of the Inca Empire» (Morris, 1979a).

básica de la oferta alimentaria mundial. Sin embargo, las bebidas fermentadas preparadas a partir de estas plantas alimenticias son aún poco conocidas fuera de las comunidades oriundas de las Américas. Hasta donde sé, estas bebidas nunca han sido producidas y distribuidas a escala industrial.

Las cervezas nativas de los Andes sudamericanos son conocidas colectivamente como chicha en castellano y como *aqha* en lengua quechua. La chicha es hecha de varios productos, incluyendo maní y yuca, este último muy importante en la selva tropical del Perú y otros lugares. Pero en las regiones conquistadas por los incas, la chicha de maíz fue indudablemente la más importante tanto en términos de la cantidad producida como de su prestigio. La bebida es preparada en una gran variedad de formas, siendo las diferencias tanto regionales como relacionadas a las especialidades personales de los fabricantes. Varios subproductos también resultan del proceso. Uno de ellos es una pasta o gelatina dulce que actualmente es reincorporada a la bebida, pero que en tiempos precolombinos, antes de la introducción del azúcar, fue probablemente un edulcorante importante y ampliamente usado.

La preparación de la chicha de maíz

Dos de las principales variantes en la preparación de la chicha de maíz se encuentran relacionadas con la fuente de diastasa, la cual es usada para incrementar el contenido alcohólico y mejorar el sabor. En gran parte de las Américas una fuente común de diastasa es la saliva; el maíz molido en forma de bolas secas es introducido en la boca y humedecido con ayuda de los movimientos de la lengua. Esta harina de maíz «ensalivada» es entonces puesta a secar para formar la materia prima para la chicha. En muchos lugares del Perú, en cambio, la chicha es hecha actualmente de un tipo de maíz malteado llamado *jora*. La *jora* se obtiene remojando el maíz durante toda la noche dentro de vasijas de cerámica llenas de agua. Al día siguiente los granos se colocan en capas algo gruesas sobre hojas o paja y se les deja germinando hasta que las raicillas que brotan tengan casi la longitud de los granos. Luego, los granos con la raicilla en brote se dejan secar al sol. La *jora* que así se ha obtenido se muele posteriormente o, más precisamente, se la tritura en pequeños fragmentos para hacer la base para la bebida (ver figuras 3 y 4).

En nuestros días, la preparación de la chicha suele ser iniciada llenando un gran cántaro de boca ancha con el maíz malteado o *jora* hasta casi un tercio de su capacidad, luego se añade agua caliente (aunque no hirviendo) hasta un nivel por debajo del borde de la vasija. La mezcla es cuidadosamente revuelta y puesta en descanso por casi una hora para que se enfríe y asiente. El líquido localizado

Figura 3. Secado del maíz después de la cosecha, antes de la preparación de chicha (foto cortesía de Idilio Santillana)



Figura 4. Chichera moderna, con vasijas de cerámica usadas en el proceso de preparación de la *aqha* (foto cortesía de Idilio Santillana)



en la parte superior es separado en otro cántaro de boca ancha. La capa semicoagulada depositada encima del sedimento que queda en el cántaro es también generalmente retirada y luego espesada cociéndola a fuego lento hasta conseguir una pasta dulce similar al caramelo (la sustancia dulce anteriormente mencionada). El líquido se deja en descanso por casi dos días, luego es colado, hervido por aproximadamente otras 3 horas y puesto a enfriar en un cántaro de boca ancha. Una vez enfriado, se le agrega un poco del subproducto dulce previamente preparado. Es entonces que empieza la fermentación, y el brebaje es transferido a cántaros de boca angosta donde este proceso continuará y desde donde, finalmente, será servida la bebida. La velocidad de fermentación varía con la temperatura según las diferentes regiones. También existen diversas preferencias respecto del grado de fermentación; algunas personas gustan la chicha que recién ha empezado a fermentarse, mientras que otras prefieren esperar 5 o 6 días antes de beberla. La bebida que resulta de este proceso es usualmente algo oscura, aunque las chichas más preciadas son las de un color ámbar dorado (*sparkling amber*), con un sabor probablemente más similar al de la sidra de manzana, una bebida fermentada que es familiar a los paladares europeos (para una descripción más completa, cf. Cutler & Cárdenas, 1947; y Nicholson, 1960).

Intercambio en los Andes: reciprocidad y redistribución

A fin de comprender el rol de la chicha en el Tahuantinsuyu, que es como se le llama al Estado inca, es necesario comprender ciertos aspectos de la economía andina carente de mercado. El intercambio en los Andes estuvo basado en dos formas relacionadas de intercambio denominadas por los antropólogos reciprocidad y redistribución. Básicamente, reciprocidad y redistribución son formas de intercambio similares al ofrecimiento de regalos. Ambas se diferencian del sistema de intercambio mercantil, que es la base de la mayoría de economías modernas, en que el valor de las mercancías no está determinado por la oferta y la demanda. En un intercambio más o menos libre o abierto, el foco de atención está en la mercancía misma. En cambio, en el tipo de intercambio que venimos tratando, los aspectos sociales y económicos se encuentran ligados, siendo un rasgo fundamental de la reciprocidad y redistribución el hecho de que el «valor» real de los bienes intercambiados mantiene una estrecha vinculación con el estatus sociopolítico de las personas involucradas en la transacción. El valor de un regalo no depende precisamente de lo que el regalo es, sino de quién lo está ofreciendo. Un pequeño objeto de valor proveniente de un rey podría valer igual que muchas cestas de alimentos de una persona común, en la medida que el rango e identidad del rey

están claramente identificados con el regalo. Un segundo aspecto importante de la reciprocidad es que el intercambio en sí mismo usualmente no es completado en un solo acto. Un regalo crea una obligación, la cual podría ser cumplida en una fecha posterior. No solamente podría ser cumplida, sino que debe serlo, de manera que este sentimiento de obligación de retornar el favor y la resultante prolongación del intercambio fortalecen las relaciones personales entre los participantes. En nuestra propia sociedad, nos son familiares los intercambios recíprocos en el contexto de cenas y fiestas, eventos que son concebidos como puramente sociales pero en los que, en cierto sentido, ocurre una transacción económica. De hecho, a lo largo de la historia, parece que la comida y la bebida siempre han sido productos que fueron particularmente apropiados para este tipo de intercambio; es solo que en términos cuantitativos la cantidad de productos intercambiados de esta manera ya no es muy importante en las sociedades modernas. Esto, sin embargo, no siempre fue así.

El intercambio redistributivo es en realidad solo un tipo especial de reciprocidad; mientras que la reciprocidad es el intercambio de bienes a manera de regalos entre participantes relativamente iguales, la redistribución implica un nuevo nivel social en juego. Los intercambios tipo regalo son llevados a cabo entre personas de distinto estatus social, generalmente entre un líder o jefe y la gente que está bajo su autoridad. El líder actúa como un punto receptor central de diversas clases de bienes procedentes de varias personas y retribuye los regalos con algo diferente, recibiendo quizás algo de un residente de otra ecología o producido por una clase distinta de especialista. Los bienes son redistribuidos de esta manera para que los productos de diversas regiones y especialistas se encuentren disponibles para todos, aun cuando solo existan unos pocos, o ningún, mercado.

Hemos recurrido a esta explicación antropológica para demostrar que tanto las evidencias arqueológicas como históricas sugieren que los mercados y el comercio, tal como nosotros los entendemos, cumplieron solo un rol secundario en la economía andina. Como ya lo veremos, considero que es debido a ello que la chicha de maíz jugó un papel tan especial. Dadas las evidencias, tenemos que explicar de otra manera cómo pudieron circular los bienes a través de un paisaje tan vasto y variado. Ya que los sistemas de intercambio recíproco y redistributivo tienden a integrar los aspectos económicos y políticos de una sociedad dentro de un mismo sistema y en los mismos eventos, tendremos que mirar ambos aspectos como las dos caras de una misma moneda.

La chicha en tiempos prehispánicos

La evidencia concerniente al rol de la chicha de maíz proviene de dos tipos de fuentes: las observaciones de los viajeros, soldados y burócratas españoles, y los restos arqueológicos de los asentamientos incas que estamos estudiando. Ambas clases de evidencias indican claramente que la chicha de maíz fue consumida en grandes cantidades en tiempos prehispánicos y que su consumo fue una parte integral de las ceremonias políticas y religiosas. Más que eso, fue un elemento tan crítico en todo el proceso de la reciprocidad, que la estructura de poder fue debilitada cuando los españoles buscaron limitar su consumo para controlar lo que ellos vieron como borracheras, desórdenes y paganismo asociado con las costumbres nativas de libación (Rostworowski, 1977). Los españoles, de hecho, fracasaron al tratar de entender el significado de las prácticas nativas económicas y políticas, a pesar de que ellos mismos dependían de los líderes locales para ejecutar sus órdenes.

La orden que restringía el consumo de chicha, establecida por el juez Gregorio Gonzales de Cuenca en 1556, reveló mucho del carácter especial del contexto político y económico que enmarcaba la actividad de beber:

> […] los caciques y los principales solían: *Tener asientos y tauernas donde publicamente dan de beuer la chicha a todos los que alli se allegan, y es causa de las borracheras de los yndios y en ello ocupan muchos yndios e yndias en hazer la chicha* […] (Rostworowski, 1977, p. 241)[2].

María Rostworowski de Diez Canseco, directora del Museo Nacional de Historia de Lima, ha observado que los señores locales no solamente ofrecían en sus residencias chicha a sus súbditos en cantidades abundantes. Además de eso, cuando un señor viajaba, cada vez que detenía su litera para descansar, la gente común se acercaba hacia él para beber a sus expensas. Esto requirió numerosos porteadores para llevar las bebidas en cantidades generosas y también conllevó un numeroso séquito para acompañar a cada señor. Desde luego, no fue solamente lealtad política lo que los señores incrementaron como retribución a su generosidad, también fue trabajo para preparar sus campos de cultivo y realizar muchos otros servicios. Gran parte de la economía funcionó

[2] En la presente edición, se ha recurrido al texto original de Rostworowski (1977), escrito en español, transcribiéndose textualmente los párrafos traducidos libremente por Morris al inglés (N. del T.).

sobre la base de estos intercambios y favores. En la práctica de la reciprocidad, siempre estuvieron presentes los aspectos económico y político.

En términos cuantitativos, la papa y otros tubérculos fueron ciertamente más importantes en la dieta serrana andina que el maíz. Pero curiosamente, los rituales religiosos del Estado que tuvieron por objeto asegurar una buena y abundante cosecha estuvieron casi todos enfocados en el maíz. Esta evidencia sorprendente tomada de las fuentes históricas ha sido analizada por John V. Murra (1960), quien concluye que el énfasis del Estado inca en el maíz se debió a que este fue un cultivo de prestigio. De hecho, Murra identifica dos sistemas agrícolas separados: uno a nivel local basado en los tubérculos adaptados a la sierra, con rituales locales reflejando esa realidad; y el otro a nivel estatal basado en el maíz, esencialmente un alimento importado que en gran parte de la sierra crece con dificultad. Cualesquiera que hayan sido las cantidades relativas de estos dos cultivos producidos en las tierras del Estado, las ceremonias religiosas y los rituales agrícolas se realizaron en función al maíz, tal como también fue el caso de la astronomía estatal. El énfasis tecnológico estuvo igualmente en el maíz. Terrazas increíblemente irrigadas fueron construidas en el valle de Urubamba, cerca del Cuzco, para incrementar la producción (ver figura 5). La principal razón para esta preferencia del Estado fue casi con seguridad el prestigio especial del maíz. Y el prestigio provino de su uso en la chicha y del valor económico y político particular que la bebida tuvo.

La evidencia arqueológica para la producción y libación de chicha de maíz es por supuesto menos directa. Nosotros trabajamos con las vasijas rotas y el menaje abandonado, que alguna vez fuera utilizado por los fabricantes de la bebida; solo cuando la conservación es buena, encontramos algo del maíz que sirvió como materia prima. La evidencia para el consumo de chicha es incluso más problemática, dado que los grandes vasos de madera en los que generalmente era servida la bebida no se preservan en el suelo húmedo de la sierra andina.

Administración estatal de la producción de chicha

A pesar de estas dificultades, nuestra investigación en la ciudad administrativa inca de Huánuco Pampa (ver figura 1) ha proporcionado desde 1971 evidencia que no solamente confirma la importancia de la bebida en la dieta y el ritual, sino que va más allá, al demostrar que fue producida a gran escala, aparentemente bajo la directa administración del Estado.

Figura 5. Terrazas inca cerca de Písac, en el valle de Urubamba, Cuzco.
La mayoría de esas terrazas fueron probablemente usadas para cultivar maíz para la producción de chicha (foto cortesía de Edward Ranney)



Antes que podamos apreciar el significado de una actividad urbana específica, como la producción de bebidas, debemos enfatizar que la ciudad donde se llevaba a cabo esta tarea era muy diferente de la mayoría de ciudades que conocemos, ya fuera del pasado o del presente. No hay tiempo aquí para considerar todo el rango de estas diferencias. Para nuestros propósitos, es más importante resaltar que Huánuco Pampa y otras ciudades incas estaban interconectadas por un legendario sistema de caminos y fueron construidas en áreas que el Estado no había ocupado previamente. Su arquitectura y su cerámica fueron hechas imitando aquellas del territorio original de los incas en el Cuzco. Estas ciudades fueron construidas y pobladas de manera muy rápida, aproximadamente entre 1470 y la invasión española, 60 años más tarde. La mayoría de ellas fue despoblada una vez que el poder inca colapsó en 1532, incluso en menos tiempo de lo que tomó construirlas. Toda esta información sugiere que las ciudades incas fueron creadas y administradas por el Estado. Aun cuando ellas fueron de gran tamaño y alojaron algunas de las actividades típicas que encontramos en las ciudades de otras partes del mundo, las cuales crecieron espontáneamente como centros comerciales o de producción,

estas ciudades funcionaron generalmente como bisagra entre la élite gobernante en el Cuzco y las poblaciones de las provincias, y fueron también los nodos más importantes de una vasta red de suministro y comunicaciones que sostenían las actividades militares y de consolidación.

La evidencia de chicha en Huánuco Pampa se presenta como concentraciones de tiestos de grandes cántaros que fueron utilizados en las distintas fases de producción de esta bebida de maíz: remojo del maíz para producir malta o *jora*, hervido de la *jora*, fermentación, almacenamiento y distribución del producto. También hemos hallado grandes piedras de molienda para moler la *jora*.

La evidencia fue hallada concentrada en dos sectores de la ciudad, dos áreas que constituyen cervecerías preindustriales (ver figura 2). El primero corresponde a un complejo amurallado de 50 edificaciones con un solo acceso restringido y estrecho. Junto con los restos de grandes cántaros y otra evidencia sugiriendo la producción de chicha, fueron encontradas numerosas herramientas para hilar y tejer. El hallazgo de evidencia para estas dos actividades en un complejo con acceso estrecho y controlado sugiere que los residentes del complejo fueron un grupo de *mamacuna*, las famosas «mujeres escogidas» de los incas, algunas veces referidas como «vírgenes del Sol». Si bien se les suele atribuir un distinguido papel dentro de la sociedad inca y, aparentemente, el Estado puso un especial cuidado en protegerlas e investirlas con un estatus elevado, la vida de estas mujeres rara vez se veía acompañada por apacibles tiempos libres. Las fuentes escritas indican que ellas hilaban, tejían y preparaban chicha para el Monarca. Si nuestra interpretación del conjunto localizado al norte de la plaza central de Huánuco Pampa es correcta, los cántaros y otras herramientas indicarían que, efectivamente, estas mujeres tuvieron una vida muy ocupada. La evidencia también nos da alguna información acerca de las prácticas laborales del Estado inca. Las *mamacuna* fueron ciertamente un grupo especial, pero tenemos que balancear su imagen —al parecer cuidadosamente construida por las autoridades incas— de grupo protegido, distinguido, y supuestamente conformado por hermosas mujeres, con su papel de suministradoras de dos de las necesidades principales del Estado: la chicha y los textiles. Como productoras de ambos bienes, ellas fueron una de las unidades económicas más importantes del imperio.

El otro lugar donde la chicha tuvo un papel inusualmente importante en Huánuco Pampa estuvo localizado en una zona de fina arquitectura al este de la plaza. Esta parte de la ciudad se encuentra conformada por grandes edificios y dos plazas espaciosas unidas por conjuntos de edificaciones pequeñas con aparejo de piedra labrada, un cuarto de baño, un estanque y una gran terraza que dominaba

un pequeño lago artificial dentro de un área trapezoidal cercada (ver figura 6). Los edificios de piedra labrada cerca de los cuartos de baño son tradicionalmente interpretados como la residencia reservada para el mismo Inca cuando este se encontraba de paso en la ciudad, lo que en realidad no podría haber hecho con mucha frecuencia, dado el tamaño de su imperio y el hecho de que viajaba transportado en una litera cargada por hombres. Uno de los resultados más sorprendentes de todo nuestro trabajo provino de las excavaciones en los edificios que rodean las dos plazas, cerca de aquellos en donde hipotéticamente se alojaba al Inca. Las excavaciones realizadas por Pat H. Stein entre 1972 y 1974 revelaron un conjunto completo de cerámica para cocinar, restos de alimentos, áreas de cocina, y literalmente toneladas de grandes cántaros que, presumiblemente, estuvieron asociados principalmente con la chicha (Stein, 1975). Estas edificaciones no fueron salas solemnes para la toma de decisiones y el accionar parsimonioso de la burocracia estatal, tal como se pensó alguna vez. Obviamente, necesitamos tener en cuenta la descripción de las «tabernas» mencionadas por los señores de la costa norte para interpretar este complejo de edificios y plazas ocupando más de 6 acres.

Figura 6. Plano del palacio administrativo de Huánuco Pampa, Zona IIB. Este conjunto, ubicado en el sector oriental del sitio, presenta arquitectura de alta calidad reservada para el uso del Inca y para la preparación/consumo público de alimentos y chicha



Huánuco Pampa fue una capital provincial del Imperio inca. El Inca tuvo una residencia aquí no para pasar muchas noches en este lugar, sino para mantener e incrementar su poder. El Inca tuvo que proporcionar entretenimiento y debió

tener un lugar donde «ofrecer chicha a todos los que viniesen hacia él». Esto era crucial para mantener sus ejércitos en movimiento, previniendo revueltas, y para mantener los depósitos de almacenamiento llenos. Precisamente, así como la producción de chicha y otros elementos de la hospitalidad estatal estuvieron en el corazón del sector más elegante de la capital provincial, así también estos aspectos estuvieron en el corazón de la administración provincial.

Lo que he intentado demostrar es que la chicha de maíz no fue solamente una mercancía más para comprarse y venderse, consumirse y disfrutarse. Era más bien uno de los contados productos, entre los que también se incluían los tejidos, que había adquirido un significado completamente especial a través de los siglos. Su asociación con las ceremonias políticas y religiosas fue central para el mantenimiento de todo el sistema económico y político. El hecho de que anualmente se produjeran y consumieran millones de galones de chicha no era lo fundamental para que los líderes acrecentaran su autoridad, sino la manera en que eran distribuidos. La habilidad del Estado para incrementar la producción de chicha fue esencial en su expansión política y económica. Como en todas las sociedades, pudieron haber ocurrido abusos de autoridad. El Inca podría haber sido culpable de ello, pero también debemos admirar los logros alcanzados por los trabajadores que el monarca agasajaba con la bebida de maíz. Ellos construyeron más de 5000 millas de caminos, construyeron la gran fortaleza de Sacsayhuaman desde donde se domina el Cuzco, labrando y encajando los bloques de piedra que pesaban varias toneladas; ellos construyeron depósitos de almacenamiento a través de todo el imperio y los llenaron con alimentos y otros bienes (solo los depósitos de Huánuco Pampa tuvieron en conjunto una capacidad de más de un millón de fanegas); ellos construyeron el vasto sistema de terrazas irrigadas del valle de Urubamba que incrementó sustancialmente la tierra arable de esa región tibia y fértil. Las relaciones políticas que la chicha ayudó a mantener en muchos niveles de la sociedad andina también facilitaron la producción y la circulación de muchas otras clases de bienes.

La importancia social y cultural de las bebidas fermentadas

Sería, desde luego, una exageración decir que la civilización andina fue construida sobre la base de la chicha. Muchos otros factores también fueron cruciales, pero ciertamente la chicha fue más que una bebida que la gente tomaba con sus alimentos. Don Cristobal Payco, un jefe de Jequetepeque en la costa norte, citado por Rostworowski de Diez Canseco, quizás resume muy bien la situación cuando se lamenta y queja de las restricciones españolas sobre el uso de la chicha:

> [...] *es un gran inconveniente por que la principal causa por que los yndios obedecían a sus caciques aquí, es mediante a que la costumbre que tenian de dalles de beber* [...] *y que sino obiese de dar de beber a los yndio* ellos tampoco harían sus sementeras (1977, p. 242).

El conflicto entre las actitudes de los nativos andinos y los invasores españoles hacia esta bebida de maíz es, en un sentido, sintomático de las diferentes interpretaciones del valor y los efectos positivos y negativos de las bebidas fermentadas. Sus efectos y su valor son diferentes en distintas situaciones y están sujetos a diferentes percepciones.

Un punto final, que espero haya sido enfatizado por la evidencia inca, es que, junto con su rol en la nutrición, las enfermedades y la conducta, debería considerarse el contexto social y cultural dentro del cual las bebidas fermentadas son consumidas. En nuestra propia sociedad, donde casi toda la institución de la reciprocidad ha sido reemplazada por los mercados y donde la relación entre la economía y la política es presumiblemente muy diferente de la de los tiempos incas, las bebidas fermentadas no son cruciales para mantener funcionando la economía y la política.

Así, estamos en buena posición para enfocarnos más en las características nutricionales de varias bebidas y en sus efectos psicológicos y conductuales en la gente que las consume. En las sociedades que los antropólogos a menudo estudian (sociedades que actualmente transitan de una condición cultural y económica a otra) la situación es más compleja. Por ejemplo, en los Andes, gran parte de las tierras abrigadas e irrigadas donde alguna vez el maíz fuera cultivado para hacer chicha, así como para el consumo directo, modernamente han sido acondicionadas para la producción de caña de azúcar, un cultivo para la exportación. Pero en muchas áreas parte de esta caña de azúcar es convertida en aguardiente, una bebida alcohólica destilada de baja gradación. Este es el caso específico de gran parte del valle del Huallaga que una vez proporcionó maíz para la chicha de Huánuco Pampa. El aguardiente es la forma más barata de alcohol y representa gran parte del consumo de bebidas alcohólicas de los niveles socioeconómicos más bajos en los lugares donde la chicha es actualmente rara. El precio de la cerveza industrial es más alto de lo que la mayoría de la población puede pagar, excepto en ocasiones muy especiales.

Por la razón que sea, la tendencia de consumir bebidas fermentadas parece ser casi universal en sociedades humanas, al menos desde los principios de la agricultura. Por ello, considero que una de las tareas importantes que enfrentamos, particularmente en términos de nutrición, es la de examinar los aspectos positivos y negativos de las diversas bebidas alcohólicas. No conozco ningún estudio que

compare las propiedades nutricionales de la chicha de maíz y del alcohol de caña, pero me parece que la sustitución de la primera por este último representa un cambio nutricional significativo, el mismo que si no es compensado llevaría al deterioro de la dieta general.

Además de los posibles efectos dietéticos que resultan del cambio en el tipo de alcohol consumido, existen evidencias de que el carácter de las prácticas de libación de las sociedades no occidentales se ve alterado tras el contacto europeo. En el caso de los incas, así como en el de muchas otras sociedades, la mayoría de la ingesta de bebidas alcohólicas se hacía en un contexto ritual. Estos contextos controlan las situaciones en las que la libación es permitida o promovida, e influencian sustancialmente tanto la frecuencia como la cantidad a ser bebida. La destrucción del marco ritual y social de las prácticas de libación, coincidiendo con la introducción de licor destilado (el mismo que a menudo fue parte importante del comercio europeo con los nativos), trajo consecuencias desafortunadas. La mayoría de nosotros conocemos las historias de «fuego-agua» elaboradas por los nativos norteamericanos poco después de la llegada de los europeos. Sospecho que «las borracheras y el desorden», que fueron motivo de queja entre los españoles, pudieron haberse visto amplificados por la desorientación en los sistemas económicos, religiosos y políticos resultante de la imposición de un gobierno extranjero. El papel de las bebidas fermentadas en una sociedad es extraordinariamente complejo. Debemos orientar nuestros estudios de tal manera que podamos comprender esa gran complejidad en todas sus dimensiones.

Tecnología y organización inca del almacenamiento de víveres en la sierra[1]

Los estudios arqueológicos de la tecnología antigua se han concentrado mayormente en los diversos aspectos de la producción. Es comprensible que se haya prestado especial interés a la forma en que se conservaban e incrementaban las bases productivas de una sociedad mediante técnicas y estrategias cambiantes, dirigidas a la obtención y producción de alimentos, y a través de técnicas, igualmente variables, de fabricación de herramientas u otros bienes materiales.

En el caso de sociedades complejas como la inca, si bien estos factores de producción no dejan de ser importantes, entran en juego una serie de tecnologías que merecen mayor atención. Son estas últimas las que forman la base tecnológica que permite la integración y administración de la sociedad, e incluyen sistemas como el transporte, la comunicación y el almacenamiento. Un problema clave en el mantenimiento de una sociedad de tipo estatal es la coordinación de sus numerosas subunidades y diversas áreas geográficas. La gente, la información y los bienes deben circular y, con frecuencia, ser «almacenados» de tal manera que se les pueda encontrar a la mano cuando y donde se les necesite. En realidad, es posible que la diferencia más significativa entre las tecnologías de las sociedades complejas preindustriales y aquellas pertenecientes a sociedades más simples se encuentre en la aparición y elaboración de estos componentes infraestructurales y logísticos, más que en sus innovaciones productivas.

Uno de los aspectos más importantes de la tecnología infraestructural y logística es el almacenamiento. Si bien los sistemas de almacenamiento de las sociedades

---

[1] Artículo originalmente publicado en *La tecnología en el mundo andino: Runakunap kawsayninkupaq rurasqankunaqa* (Morris, 1981).

primitivas han atraído un considerable interés teórico (Polanyi, Arensberg & Pearson, 1957) y han fomentado algunas investigaciones basadas en documentos etnohistóricos (Murra, 1978, cap. VI), hasta ahora han sido objeto de pocos estudios específicamente arqueológicos. Esto resulta sorprendente, si tomamos en cuenta que el almacenamiento constituye un punto focal en el que convergen muchos factores de la organización económica, social y política. El estudio de las instalaciones de almacenamiento y sus contenidos puede ofrecer al arqueólogo un acceso directo a información sobre la aptitud de una sociedad para producir y acumular excedentes utilizables de bienes, y las investigaciones de la ubicación y contextos de los depósitos pueden dilucidar diversos aspectos sobre las instituciones económicas y sociopolíticas.

En 1964 y 1965 estudié una pequeña parte del sistema de almacenamiento inca en el marco del «Estudio de la vida provincial inca» dirigido por John V. Murra. Aquel proyecto investigó el almacenamiento durante el Horizonte Tardío en tres contextos diferentes: la comunidad local, la red logística provincial del Estado y el centro del control estatal en el Cuzco. Me interesaban sobre todo los tipos y cantidades de bienes almacenados en estos diferentes contextos por que reflejaban concentraciones de recursos en varios sectores de la economía y se referían a los sistemas de intercambio de ciertos bienes. Como consecuencia de este énfasis en las cuestiones económicas y de organización, y por la falta de tiempo y de equipo, muchos de los aspectos específicamente tecnológicos del almacenamiento fueron dejados en un segundo plano. Mi idea de completar el trabajo con estudios de clima y reproducción experimental de condiciones de almacenamiento nunca pudo llevarse a cabo. De esta manera, las respuestas a muchas preguntas críticas respecto a cómo se realizaba el almacenamiento quedan por ahora a nivel de impresiones; para otras preguntas no tengo respuesta alguna. Sin embargo, la evidencia es suficiente para demostrarnos una capacidad extraordinariamente sofisticada para entender y aprovechar las condiciones naturales del clima para los fines del almacenamiento en sí y para ofrecernos una información cuantitativa, que subraya la enorme importancia que tenía el almacenamiento, sobre todo para el Estado.

Depósitos y tecnología del almacenamiento

Los depósitos de almacenamiento eran llamados *colcas* (Guaman Poma de Ayala, 1936, pp. 335, 339 y 369). Los depósitos inca de los cuales tenemos un mejor conocimiento son aquellos de la sierra central del Perú, donde Delfín Zúñiga y yo contabilizamos más de 2000, medimos cuidadosamente cerca de 800 y excavamos 112. A menos que se especifique de otra manera, los datos citados aquí

provienen de los sitios de Huánuco Pampa, Tunsucancha, Pumpu, Tarmatampu y las ruinas arriba de Jauja, todos en aquella región. La mayoría de las excavaciones y las que dieron mejores resultados fueron hechas en Huánuco Pampa. De este centro, grande y bien conservado, proviene la mayor parte de nuestra información sobre los depósitos de almacenamiento.

Las unidades de almacenamiento inca que se encuentran en la sierra central son construcciones relativamente pequeñas dispuestas usualmente en hileras a lo largo de la ladera de un cerro, por lo general, dominando el lugar de ocupación con el que están asociadas. La ubicación sobre una ladera es uno de los más importantes indicios de su función como almacenes, puesto que Román y Zamora (1897, p. 201) nos dice que los incas construían sus depósitos de almacenamiento sobre los cerros. Las estructuras tomaban dos formas básicas: la circular y la rectangular (ver figuras 7 y 8). Las *colcas* circulares que medimos tenían de 2 a 6,3 metros de diámetro interior; el tipo más común tenía aproximadamente 5 metros de diámetro. Los depósitos rectangulares medían de 3 a 5 metros de ancho por 3 a 10 metros de largo. Las construcciones rectangulares presentan dos tipos: de uno y dos ambientes; muy raramente se da el caso de una construcción con más de dos ambientes. El largo interior del tipo de un solo ambiente es por lo general de cerca de 9,4 metros, mientras la gran mayoría de los cuartos en las estructuras multiambientales tienen cerca de 4,5 metros de largo.

Figura 7. Huánuco Pampa, *colca* circular

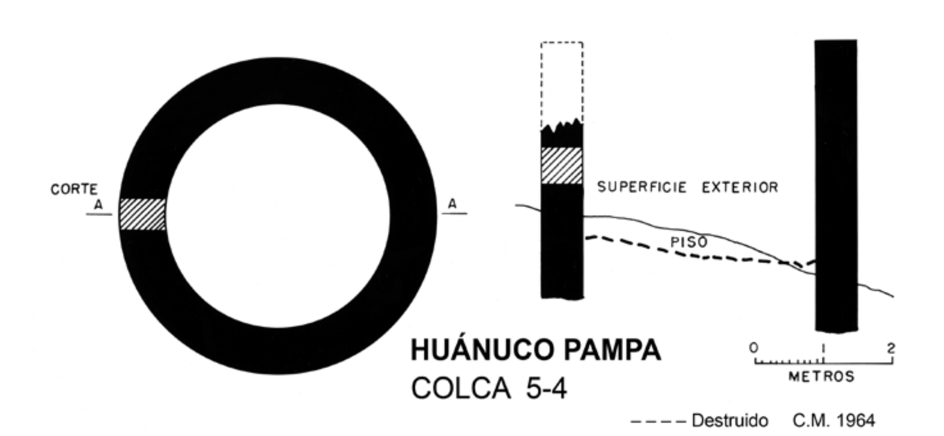
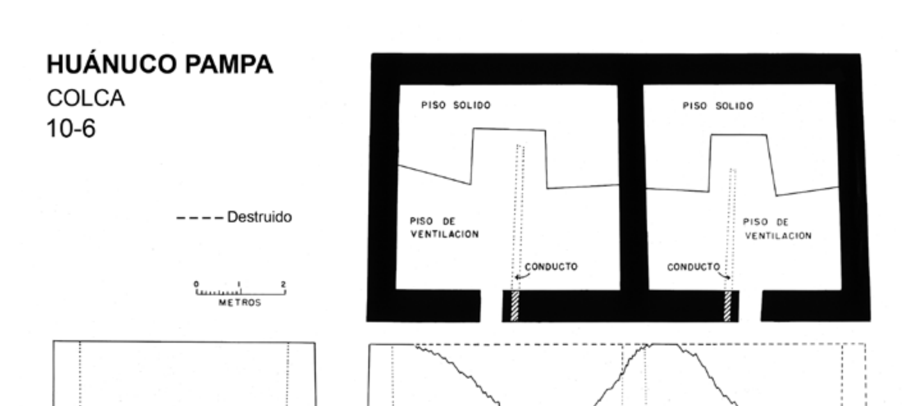


Figura 8. Huánuco Pampa: *colca* rectangular de dos ambientes, con piso pavimentado y canales de ventilación



Además de su ubicación sobre la ladera de una colina, la característica más sobresaliente que permite distinguir los depósitos de almacenamiento de las viviendas y otras estructuras son sus puertas. El umbral se encuentra bastante por encima del nivel del suelo y el tamaño de las puertas es pequeño en comparación con las puertas de las estructuras que tenían otras funciones. De hecho, con una altura promedio de 72 centímetros y un ancho de 45, más parecerían ventanas que puertas. Las *colcas* circulares tenían solamente una puerta, casi siempre orientada cuesta arriba.

Los depósitos rectangulares tenían por lo general dos puertas, una mirando cuesta arriba y la otra cuesta abajo. Pocos depósitos se encuentran lo suficientemente bien preservados como para permitirnos determinar su altura original. Los pequeños y escasos segmentos de paredes de *colcas* completamente preservados, tienen una altura promedio que va desde los 2,9 metros, en el caso de las estructuras rectangulares, hasta los 3,1 metros, en el caso de las circulares.

Suponemos que los techos de las *colcas* estaban hechos de paja siguiendo la costumbre general inca. Naturalmente, no queda rastro de ninguno de ellos. Los techos de los depósitos de almacenamiento circulares pudieron haber sido cónicos o hemisféricos (cf. Guaman Poma de Ayala 1936, p. 335), en todo caso, no tenían un soporte central. Las *colcas* rectangulares tenían techos planos probablemente con

un ligero declive, siendo más bajas del lado de la pendiente de la cuesta. En la sierra central del Perú no hemos visto ningún ejemplo de depósito de almacenamiento con techo a dos aguas, aunque sí están presentes en la región del Cuzco.

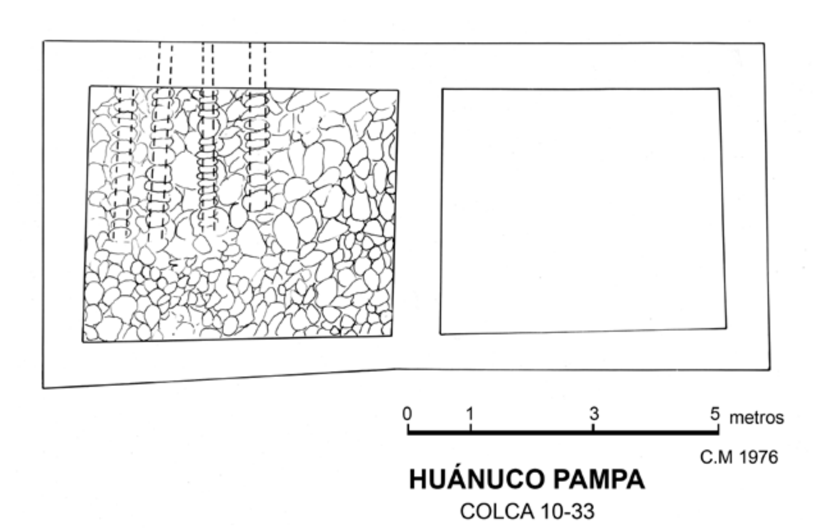
La excavación puso de manifiesto otra característica visible en algunos de los depósitos, aunque no en todos. Sus pisos frecuentemente poseían empedrados elaborados y canales de ventilación y/o drenaje (ver figuras 8 y 9). La primera característica la encontramos muy raras veces en construcciones ajenas al almacenamiento; la segunda, nunca.

Hasta ahora, siempre hemos encontrado a las *colcas* formando grupos, nunca aisladas. Estos grupos incluyen desde 4 hasta 497 unidades dispuestas ordenadamente en hileras, por lo general, siguiendo las curvas de nivel de las colinas sobre las que se encuentran (ver figura 10). Solo rara vez se observan depósitos circulares y rectangulares en la misma hilera y en los grandes complejos de almacenamiento están dispuestos de tal forma que las hileras de depósitos circulares forman una parte de una instalación mientras que las hileras de los rectangulares forman parte de otra.

La forma y la disposición de los depósitos de almacenamiento están relacionadas con su función. En Huánuco Pampa descubrimos los restos de dos importantes bienes de consumo, que habiéndose preservado por encontrarse quemados, nos brindan alguna información de cómo eran almacenados. Probablemente, se trataba también de los productos alimenticios más importantes para la región andina: el maíz y los tubérculos, principalmente las papas. El identificar sus condiciones de almacenamiento nos permite también evaluar la importancia cuantitativa de cada producto y entender mejor todo el problema del almacenamiento en los centros administrativos incas.

El almacenamiento del maíz y de los tubérculos se encuentra estrechamente relacionado con las diferencias formales de los dos tipos de *colca*, es decir, las rectangulares y circulares previamente mencionadas. Aunque hay que subrayar que se trata de una muestra pequeña, el maíz siempre fue encontrado en almacenes circulares mientras que los tubérculos siempre estuvieron en los rectangulares. Estas estructuras muestran también que, por lo menos en las instalaciones de almacenamiento más importantes de los centros administrativos, se habría hecho un esfuerzo consciente para adecuar la forma de los depósitos a las características y exigencias de los bienes almacenados.

Figura 9. Huánuco Pampa: *colca* de hilera 10, con piso de piedras con canales de ventilación revestidos de piedra



El almacenamiento del maíz en Huánuco Pampa

En 6 depósitos de Huánuco Pampa encontramos maíz carbonizado. Los artefactos y la arquitectura asociados con el maíz siempre fueron casi idénticos: las estructuras eran aproximadamente circulares, su piso se encontraba empedrado y, en todos los casos, fueron hallados en su interior numerosos fragmentos de grandes vasijas con cuello angosto, esencialmente parecidas a la forma «a» de Rowe (1944, p. 48) usualmente denominada «aribaloide». El maíz estaba siempre desgranado y no se encontraron mazorcas. En tres casos, los granos estaban todavía en las vasijas rotas, lo que deja pocas dudas de cómo se acostumbraba guardar el maíz en Huánuco Pampa.

Naturalmente no puede descartarse la posibilidad de que el maíz se haya almacenado algunas veces de otra manera, ni se puede decir con seguridad que todas las *colcas* circulares y pavimentadas con piedra hayan sido usadas para almacenar maíz. Sin embargo, las evidencias sugieren que se trataba por lo menos de un sistema muy común.

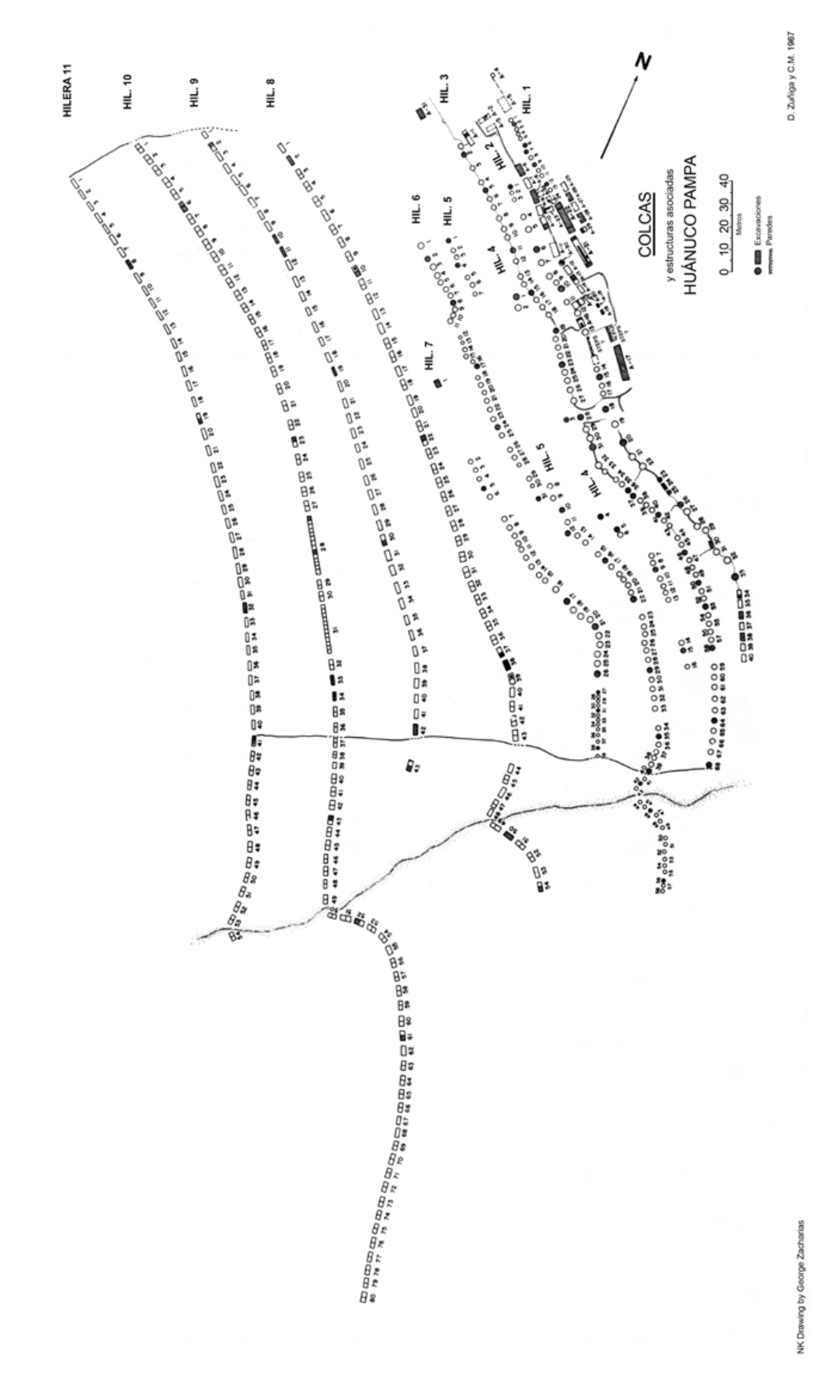


Figura 10. Las *colcas* de Huánuco Pampa

Según nuestra limitada investigación de las costumbres de almacenamiento de las poblaciones rurales contemporáneas de la sierra central del Perú, es muy raro que hoy en día se guarde por mucho tiempo el maíz desgranado en vasijas de barro. El maíz no se almacena en cantidades considerables a altitudes parecidas a la de Huánuco Pampa, excepto como parte de operaciones comerciales modernas. A altitudes menores en las zonas donde se produce o cerca de ellas, el maíz se guarda en mazorcas, colgado por parte de sus hojas, de los cabrios o las vigas en las habitaciones bien ventiladas o en corredores abiertos. Algunas veces se guarda desgranado en recipientes, como en las trojes de paja tejida, pero también en este caso el sistema de almacenamiento asegura una libre ventilación en contraste con las vasijas cerradas.

Obviamente, estudios experimentales, así como minuciosas observaciones climáticas a lo largo de todo un año, serían de valor incalculable para ayudarnos a comprender muchas variables en juego en el almacenamiento del maíz a gran altura, así como para evaluar la efectividad de las prácticas incas. A falta de estos, debemos reunir la información tal como la tenemos a fin de explicar por qué los incas almacenaron el maíz de la forma en que lo hicieron. Algunas de las ventajas de guardar el maíz desgranado son relativamente obvias. Ocupa menos espacio y esto es doblemente importante cuando un producto debe ser transportado a grandes distancias desde el lugar de producción hasta el lugar de almacenamiento y de uso. Actualmente el maíz es almacenado en mazorcas, mayormente en un contexto casero, ocupando un espacio que probablemente no sería utilizado para otro fin y donde no tiene mayor importancia la eficacia en el transporte. El colgar las mazorcas de maíz de los postes o vigas sirve también para lograr una ventilación óptima, se trata por lo tanto de un método especialmente adecuado para almacenar maíz recién cosechado que no puede estar completamente seco.

Las modernas investigaciones a propósito del almacenamiento de granos (American Association of Cereal Chemists, 1954; Christensen & Kaufmann, 1969; Ramírez Genel, 1966) han demostrado que los factores principales que conducen al deterioro de los alimentos almacenados son los hongos, los insectos, los roedores y ciertas características inherentes a los granos mismos, tales como su tendencia a brotar. La medida en que los granos almacenados están expuestos a estos problemas, depende de las condiciones en que se encontraban al momento de ser almacenados, el ambiente de almacenamiento y el tiempo que los granos permanecen en el depósito. El éxito de un sistema de almacenamiento depende entonces de la posibilidad de: (1) crear un ambiente adecuado, (2) asegurar una conveniente preparación previa al almacenamiento, y (3) planificar el consumo

de los productos antes de que hayan pasado los límites establecidos por (1) y (2), y se hayan deteriorado. Considerando la tecnología del almacenamiento, el ambiente es tal vez el aspecto de mayor interés o, en todo caso, el que se puede averiguar más fácilmente a través de los restos arqueológicos. Se han encontrado cerca de los lugares de almacenamiento algunas instalaciones que pudieron haber servido para un procesamiento previo y disponemos de fuentes escritas (Guaman Poma, 1936, p. 335) que prueban que el *quipu* era utilizado para mantener un cuidadoso control de los depósitos.

Tres son los principales aspectos del ambiente de almacenamiento que pueden ser manejados para controlar los diversos factores de deterioro que mencionamos anteriormente y para aumentar la duración de los granos y otros alimentos guardados. Se trata de la temperatura, la humedad y el grado de aislamiento físico entre los bienes almacenados y los organismos invasores. En la mayoría de los casos estos factores no son del todo independientes unos de otros. Por ejemplo, los cambios de temperatura con frecuencia afectan la humedad y viceversa. Más aún cuando los depósitos son herméticamente cerrados para mantener afuera a los insectos y los roedores, la temperatura o la humedad, o ambas, pueden experimentar cambios desfavorables. Para lograr las condiciones óptimas de almacenamiento hay que tener en cuenta las condiciones de los productos en el momento en que son colocados en los depósitos (temperatura, contenido de humedad, contaminación, etc.), lo que hace que el almacenamiento mismo esté en estrecha relación con los tipos de tratamientos previos posibles.

Se trata de algo tan complejo que obviamente resulta difícil la reconstrucción de cómo los almaceneros incas percibían los problemas inherentes al almacenamiento y trataban de solucionarlos. No siempre podemos determinar exactamente por qué fue escogido un procedimiento en lugar de otro; sin embargo, por lo que sabemos de los productos almacenados y del clima del área de Huánuco Pampa, parece claro que el factor que mayormente se trataba de controlar era la temperatura. En esencia, los productos alimenticios eran llevados a un ambiente natural altamente favorable para su almacenamiento, y como veremos en el caso de los tubérculos que son los más difíciles de conservar, se intentaban sistemas algo más sofisticados para sacar ventaja de las condiciones climáticas naturales. Para el maíz bastaba una estructura sencilla con un buen techo de paja para proteger los granos de las fuertes variaciones de temperatura día/noche que se registraban en la puna.

En cuanto al almacenamiento del maíz en Huánuco Pampa y en lo que respecta a los factores potenciales de deterioro, podemos hacer los siguientes comentarios.

1. Hongos

Hoy día en el mundo la mayor parte de las pérdidas en los granos almacenados se debe a los hongos. Esta microflora puede invadir granos con un contenido de humedad relativamente bajo y puede bajar el poder nutritivo produciendo peligrosas toxinas, aunque a la vista el daño no parezca tan serio (cf. para mayores detalles Christensen & Kaufmann, 1969). El crecimiento de los hongos es principalmente una función de la temperatura y de la humedad contenida en el grano. Naturalmente es necesario que haya una cierta contaminación inicial, pero los «hongos de almacenamiento» (sobre todo el *aspergillus* y el *penicillium*) son tan penetrantes que el grano, al momento de ser almacenado, muy rara vez se encuentra libre de ellos. En condiciones de alto contenido de humedad las bacterias pueden también ser destructivas, pero en la mayoría de los casos se les puede controlar con bastante facilidad sacando el grano y manteniéndolo seco.

Los hongos de almacenamiento comunes en el maíz y en otros granos crecen con mayor rapidez a temperaturas de 30 a 32 °C y su tasa de crecimiento disminuye conforme baja la temperatura. Entre los 5 y 10 °C crecen muy lentamente. Se han hecho varios estudios sobre la efectividad de la baja temperatura para controlar los hongos. Los resultados son inequívocos: la baja temperatura es un medio muy eficaz para prevenir los daños debido a hongos y si se le emplea en forma adecuada puede incluso permitir el almacenamiento de granos con un contenido de humedad relativamente alto. Si el grano es secado cuidadosamente y no está gravemente infestado por los hongos antes de ser almacenado se le puede conservar a bajas temperaturas por cuatro o más años sin deterioro significativo (Qasem & Christensen, 1960; Papavizas & Christensen, 1958).

Con los datos de que disponemos actualmente no podemos determinar cuál era la temperatura en el interior de los depósitos de maíz inca de Huánuco Pampa. De acuerdo a Tosi (1960) el promedio mensual de temperaturas en zonas parecidas a Huánuco Pampa varía de 3 a 6 °C según la época del año. Por los estudios de almacenamiento de maíz que acabamos de mencionar, se puede ver que se trata de una temperatura muy próxima a la óptima para prevenir el daño por hongos. Los únicos obstáculos que se deben salvar para lograr condiciones de almacenaje realmente excepcionales son: (1) estar seguros que el maíz no está o no se va a poner demasiado húmedo y (2) controlar las variaciones de temperatura día/noche hasta lograr que esta se mantenga lo más constante posible y cerca del promedio. Aunque en esta área no se puede decir que la puna sea seca, especialmente en la temporada húmeda de diciembre a marzo, normalmente el aire seca muy rápidamente después de las lluvias. Según nuestra propia experiencia en el terreno,

en el caso del almacenamiento a corto plazo, si los artículos están aislados del suelo y fuera del contacto con el agua, la humedad no representa un problema serio. Los pisos empedrados de los depósitos de maíz habrían podido servir para proteger los productos de la humedad del suelo. Se piensa comúnmente que hay mayores posibilidades de que los granos guardados en vasijas se humedezcan por falta de ventilación. Sin embargo, si se los ha secado con cuidado antes de almacenarlos, las vasijas pueden en realidad protegerlos del aire húmedo. Además, el uso de vasijas permite dividir el maíz en pequeñas porciones, lo que impide que la humedad o los hongos se transmitan de un lote de grano húmedo o infectado a otros sanos en el depósito.

Las altas temperaturas diurnas son potencialmente mucho más peligrosas. Durante una parte del año la temperatura sube con frecuencia casi hasta los 20 °C, aunque permanece alta solo unas pocas horas antes de descender a cerca de 0 o bajo 0 °C. Aquí lo importante es proteger los bienes almacenados del sol y ofrecerles un aislamiento suficiente. El maíz era aislado por las vasijas en las que estaba guardado, por las paredes de *pirca* de aproximadamente 65 centímetros de espesor y por un techado de paja. Es cierto que no sabemos exactamente cómo eran los techos de los depósitos, pero sí sabemos que la paja es un material aislante excelente (Phillips, 1957). Cualquiera que haya estado en una casa de la puna con techo de paja durante un día caluroso, puede dar fe de su frescura. No sabemos con seguridad si se usaban tejidos o algún otro material de cobertura sobre las pequeñas puertas de las *colcas*, pero el cerrarlas durante el día habría ayudado a mantener una temperatura uniformemente baja.

Desconocemos hasta qué punto los hongos de almacenamiento eran un problema para los incas o eran percibidos como tal. Actualmente por lo menos es casi imposible eliminar por completo los daños causados por todos los tipos de hongos, porque algunos de ellos pueden sobrevivir aun al congelamiento. Pero suponiendo que la humedad de las mazorcas de maíz era relativamente baja al momento de ser guardadas, los depósitos y los métodos de almacenamiento utilizados en Huánuco Pampa habrían ofrecido excelentes condiciones para una larga conservación, y el deterioro debido a los hongos habría sido bajo.

2. Insectos

En tiempos modernos, el uso de insecticidas y de la fumigación ha reducido considerablemente la pérdida de granos debido a los insectos. Sin embargo, en 1947 se estima que se perdieron a causa de la infestación por insectos 16 millones de toneladas de granos almacenados, lo suficiente para alimentar

a 75 millones de personas por un año (Christensen & Kaufmann, 1969, p. 123). Hoy en día los campesinos andinos son perfectamente conscientes del peligro que representan los insectos para los víveres almacenados y es muy posible que en tiempos precolombinos esta fuera la mayor amenaza para el maíz guardado. Se puede reducir y aun eliminar este tipo de daño, estableciendo un ambiente no favorable a la propagación de insectos. Aún hoy en día es preferible controlar las condiciones que llevan a la reproducción y crecimiento de los insectos que recurrir a la fumigación o al uso de productos químicos venenosos. También en este caso, las variables principales son la humedad y especialmente la temperatura. Al igual que con los hongos, la baja temperatura y la sequedad son los factores más favorables para un buen almacenamiento:

> Dado que la mayoría de ellos [insectos que atacan los granos guardados] son de origen tropical y están adaptados a temperaturas relativamente altas, 30-32 °C, su crecimiento y reproducción bajan notablemente a temperaturas por debajo de los 20 °C y muchos de ellos dejan de desarrollarse a temperaturas por debajo de los 10 °C. Si los granos se mantienen por debajo de esta temperatura, los insectos morirán. Es decir, el mantener una baja temperatura en los depósitos de granos reducirá en gran medida o eliminará la mayoría de los problemas debido a los insectos (Christensen & Kaufmann, 1969, p. 131).

Mientras la fuerte humedad baja ligeramente la gama de temperaturas a la cual los insectos se desarrollan, ciertos tipos de polillas pueden permanecer activas a temperaturas tan bajas como los 5 °C (Christensen & Kaufmann, 1969, p. 336); el conservar la temperatura cerca del promedio del área de la puna, prácticamente eliminaría los daños debido a los insectos y reduciría tremendamente cualquier daño que pudiera resultar de las polillas.

En el caso que la baja temperatura por sí sola no fuera suficiente para controlar a los insectos, el guardar el maíz en vasijas cerradas sería una ayuda para lograr dicho control. Christensen y Kaufmann (1969, p. 131) recomiendan «recipientes herméticos o depósitos a los cuales los insectos no tengan acceso».

3. Roedores

Naturalmente la baja temperatura no es tan eficiente para controlar a los roedores como lo es para controlar a los hongos e insectos. Los ratones son bastante comunes en la puna y se multiplican rápidamente cuando pueden contar con sitios abrigados y comida abundante. El uso de vasijas de barro haría que el maíz fuese inaccesible para los roedores, siendo posiblemente esta la razón por la cual fueron utilizadas.

4. Germinación

Por mucho tiempo se había pensado que un factor importante de recalentamiento y deterioro de los granos almacenados era su natural tendencia a la germinación durante una estación determinada. Sin embargo, estudios realizados con los granos de maíz han mostrado en repetidas ocasiones que «en la primavera no se presenta tendencia al recalentamiento ni a la germinación» (Christensen & Kaufmann, 1969, p. 106). Ciertamente es la facultad de los granos de permanecer estables por un tiempo indefinido la que hace de ellos un tipo de alimento tan fácil de conservar y por ello tan valioso. Solamente las altas temperaturas y un grado de humedad extremo y fácil de evitar son las condiciones necesarias para que el grano comience a germinar. La mayor destrucción del maíz almacenado no se debe a factores inherentes a los granos, sino a la invasión por organismos extraños.

Almacenamiento de tubérculos en Huánuco Pampa

Solo en tres depósitos de almacenamiento se encontraron tubérculos carbonizados. También en este caso, la muestra es pequeña pero muy homogénea: los tubérculos fueron encontrados siempre almacenados básicamente en la misma forma y los procedimientos utilizados contrastan de manera muy marcada con aquellos utilizados para el maíz. Como ya lo hemos señalado, los tubérculos fueron hallados en estructuras rectangulares; la única excepción fue una pequeña estructura circular claramente asociada a un edificio religioso, que al parecer habría sido utilizada como un depósito menor, separado de la mayor parte de las instalaciones y destinado a un uso especial. Dicha estructura contenía maíz en vasijas, papas y otros tubérculos almacenados entre capas de paja. Este caso de víveres almacenados juntos, notoriamente muy especial, es también el único en el que los tubérculos fueron encontrados en un depósito que contenía cerámica.

El proceso para el almacenamiento de los tubérculos implicaba colocar estos alimentos entre capas de paja y, acto seguido, amarrar todo el conjunto con sogas hasta obtener lo que venían a ser en definitiva «pequeños paquetes» o «pacas» sueltas. Ninguno de los «paquetes» con papas y otros tubérculos fue hallado intacto, de modo que fue imposible determinar exactamente su forma y tamaño; no obstante, parecen haber tenido una forma básicamente rectangular, siendo más largos que anchos o gruesos. Posteriormente, los «paquetes» eran envueltos completamente con paja y colocados en los depósitos rectangulares.

La técnica de almacenamiento difería sustancialmente de aquella utilizada para el maíz y se ajustaba a las diferentes exigencias de los tubérculos. No se necesita

tener un profundo conocimiento de estos alimentos para darse cuenta de las grandes dificultades de almacenamiento que presentaban en comparación con los granos; mucho del éxito de las estrategias de subsistencia en el altiplano andino dependía del desarrollo de técnicas de almacenamiento que permitieran conservar los tubérculos, por lo menos, de una cosecha a la siguiente.

Para almacenar los tubérculos se utilizaban básicamente dos estrategias distintas. Una de ellas consistía en un procesamiento previo al almacenamiento; la otra implicaba la manipulación del ambiente. El procesamiento previo al almacenamiento convertía los tubérculos en una sustancia esencialmente nueva, con características que la hacían mucho más fácil de almacenar que los tubérculos recién cosechados. De esta nueva sustancia se encuentran constituidos el *chuño*, *moray* y otros productos afines, tan comunes en los Andes. El procedimiento utilizado para obtenerlos, que incluye la congelación, secado y algunas veces, el remojo de los tubérculos, aprovechando las oscilaciones diarias de la temperatura en la estación seca del altiplano andino (especialmente de la zona sur), ha sido descrito por Troll (1958) y algunos otros investigadores. Los productos obtenidos mediante estos tratamientos previos al almacenamiento pueden ser guardados por largos períodos de tiempo, pero difieren profundamente de los tubérculos de los que provienen en cuanto a su sabor y otras características. No hay duda de que estos productos altamente almacenables cumplieron un papel muy importante en la subsistencia andina, especialmente para el mantenimiento de la población en años de malas cosechas. Nos sorprendió, sin embargo, no encontrar *chuño* y alimentos afines almacenados en Huánuco Pampa. Esto quizás podría deberse al hecho de que, en general, contamos solo con pequeñas muestras de material preservado; en todo caso, el sistema de almacenamiento parece haber tomado en cuenta especialmente los tubérculos frescos.

Las radicales modificaciones que se producen en las papas durante la preparación del *chuño* son una clara evidencia de las dificultades que presenta el almacenamiento de los tubérculos andinos. Contrariamente a lo que sucede en el caso del maíz y otros granos, los tubérculos no permanecen naturalmente estables por largos períodos de tiempo. Tienen la cantidad de humedad necesaria para hacerlos germinar y tienden a brotar si permanecen guardados a una temperatura óptima por un período lo suficientemente largo. Su alto contenido de humedad los hace también susceptibles a un gran número de infecciones bacterianas y fungosas, especialmente si la piel del tubérculo no se encuentra intacta. Además, mientras están almacenados pueden sufrir cambios químicos y estructurales que afectan su sabor. Como veremos, las condiciones de almacenamiento necesarias para

controlar los problemas bacterianos y de germinación tienden a incrementar estos cambios. La literatura especializada rara vez trata los problemas que representan la invasión de insectos y roedores para los tubérculos almacenados. Aunque estos consumidores de alimentos almacenados probablemente afecten menos a los tubérculos que a los granos, es posible también que hayan sido subestimados en la literatura por el hecho de que las pérdidas debido a otros factores son mucho más graves.

Cualquier estudio sobre el almacenamiento prehispánico de los tubérculos andinos, debe tener en cuenta ciertos factores. Primero, el hecho de que existen enormes diferencias entre las diversas variedades de papas y otros tubérculos y que muchas de estas diferencias afectan los requisitos de almacenamiento. Que yo sepa, estas diferencias no han sido estudiadas adecuadamente para las especies y variedades modernas[2]. Nunca podremos reconstruir las exigencias especiales y/o ventajas de las variedades antiguas que ya no se cultivan.

Segundo, algunas de las enfermedades que afectaron al almacenamiento podrían haber tenido un origen europeo; del mismo modo, en la antigüedad pudieron haber existido problemas que hoy no estamos en condiciones de identificar.

Tercero, es necesario tomar en cuenta los efectos producidos por los métodos de almacenamiento en el sabor de los bienes guardados, y esto, naturalmente, es sobre todo un aspecto de carácter cultural para el que no tenemos datos de períodos prehistóricos.

Por último, la manipulación y procesamiento previos al almacenamiento cumplen un papel más importante en el caso de los tubérculos —aun cuando sean almacenados frescos— que en el de los granos. Deben estar libres de humedad externa pero no se les debe dejar secar. Las enfermedades contraídas durante el crecimiento afectan más la conservación de los tubérculos que la de los granos, y los tubérculos deben ser escogidos cuidadosamente antes de ser colocados en los depósitos. Las maneras de cosechar también están relacionadas directamente con las dificultades que se presentan en la conservación. Por ejemplo, es probable que en comparación con los procedimientos y herramientas empleados en tiempos prehispánicos, la maquinaria moderna, los medios de transporte actuales y las herramientas de metal produzcan más daño en la piel de los tubérculos, dando consecuencia a mayores deterioros durante el almacenamiento.

---

[2] No he podido consultar la literatura que debe existir sobre estos temas en otros idiomas que no sean el inglés y castellano y no estoy del todo familiarizado con la amplia literatura agrícola existente en ambas lenguas.

A pesar de estas complicaciones y la escasez de información, es obvio que los incas realizaban esfuerzos sistemáticos, y probablemente muy exitosos, para almacenar papas y algunos otros tubérculos frescos en grandes cantidades, además de elaborar el famoso *chuño*. Una vez más, parece que se trató sobre todo de jugar con la temperatura, conservando los productos en un clima adecuado. No obstante, las características más exigentes de los tubérculos llevaron también a una aplicación más sofisticada de la ventilación y el aislamiento así como probablemente a algún tipo de control de la humedad ambiental.

Como en el caso del maíz, gran parte del sistema que los incas utilizaron para conservar los tubérculos aparece al examinar las relaciones entre los procedimientos de almacenamiento observados arqueológicamente y los principales problemas que, sabemos, están conectados con la conservación de los tubérculos en la actualidad, incluyendo algunos de los efectos secundarios del almacenamiento mismo.

1. Germinación

La tendencia de la papa y de muchos otros tubérculos a germinar después de un tiempo relativamente breve de inactividad que sigue a la cosecha, constituye una de las más serias limitaciones a su conservación. La germinación trae como consecuencia considerables pérdidas de peso en los tubérculos comestibles, afecta su valor nutritivo y modifica su sabor (Phillips, 1957). En las modernas operaciones de almacenamiento comercial, se usan productos químicos que controlan el crecimiento de los brotes (Burton, 1966, pp. 283-284; Christiansen G., 1967, pp. 191-192). En las tecnologías preindustriales, probablemente se podía aplicar solo un método efectivo para controlar la germinación: conservar la temperatura que mantiene al tubérculo en condición «estable», es decir, por debajo del punto en que normalmente se produce el crecimiento de los brotes.

Por lo menos en la mayoría de las modernas variedades de papas, «el crecimiento de los brotes es, prácticamente, insignificante a 4 °C o por debajo de esta temperatura, y aumenta al subir la temperatura» (Burton, 1966, p. 262). Según Phillips, se necesita una temperatura de 38 °F (3,33 °C) para que las papas se conserven completamente estables; a 40 °F (4,44 °C) una ligera hinchazón de los brotes es seguida por una lenta germinación después de varios meses, pero las temperaturas más altas a los 40 °F solamente pueden ser toleradas por unos pocos meses (Phillips, 1957, pp. 14-15).

Ya nos hemos referido a las condiciones climáticas generales de la puna y a nuestra falta de datos sobre la temperatura que había en los depósitos allí encontrados.

Si se hubiese podido mantener dentro de las instalaciones de almacenamiento la temperatura anual de entre 3 y 6 °C mencionada para regiones similares a la de Huánuco Pampa, probablemente habrían existido pocos problemas con la germinación. Sin embargo, las exigencias de las papas en cuanto a temperatura y otros requisitos de almacenamiento eran mucho más difíciles de satisfacer que aquellas del maíz, y los depósitos construidos en Huánuco Pampa para almacenar esos productos nos dan las mejores pruebas de los problemas implicados. Los depósitos rectangulares que contenían los tubérculos estaban en la falda del cerro como 300 metros más arriba de aquellos que contenían maíz. Aun cuando esta diferencia pueda parecer insignificante y no tengamos las estadísticas que nos permitan saber cuáles eran en realidad las implicaciones de la temperatura, no deben ser desestimadas en un área famosa por sus microclimas de altura. El hecho de que las heladas más crudas, las más frecuentes acumulaciones de granizo y ocasionales nevadas ocurran sobre las laderas más altas cercanas a la ciudad (donde se encuentran las áreas de almacenamiento más elevadas) sugiere que las diferencias de temperatura eran significativas.

En muchos de los depósitos rectangulares se encontraron pisos construidos siguiendo complicados modelos, lo que sugiere una preocupación por mantener las condiciones ambientales dentro de los estrechos límites que requiere la conservación de los tubérculos. Con mayor frecuencia se trata de pisos de hasta 50 centímetros de espesor, en los que las piedras fueron simplemente colocadas sobre la superficie del suelo con poco o nada de mortero. Las piedras fueron colocadas de tal manera que queda un amplio espacio libre entre una y otra. Estos pisos se encontraban usualmente asociados a pequeñas estructuras trapezoidales localizadas en las paredes de los depósitos, al nivel de las piedras, es decir, entre la superficie del piso y la superficie del suelo sobre el que el piso había sido colocado. En muchos casos, todos reportados en la segunda hilera más alta (hilera 10) de depósitos, donde predominaban dichos pisos, había canales o conductos revestidos de piedra. Estos variaban en número desde solo uno hasta cuatro por estructura (ver figuras 8 y 9). Algunos conductos llevaban hacia aberturas ubicadas en el lado de la construcción que miraba ladera arriba, otros se dirigían hacia aberturas en el lado que miraba ladera abajo, otros hacia ambos lados y algunos terminaban en el nivel de los cimientos (la figura 8 muestra un ejemplo de depósito con un solo conducto). Una de las estructuras tenía un piso menos abierto que lo acostumbrado con ambas aberturas —ladera arriba y ladera abajo— al nivel del piso. Las dos aberturas de este depósito podían ser cerradas con piedras y, de hecho, fueron encontradas cerradas cuando se hizo la excavación. Cuando estos conductos y los pisos «abiertos» de los depósitos fueron hallados por primera vez, se pensó

que podían tal vez haber servido para drenaje o para operaciones de limpieza. Sin embargo, el descubrimiento de que los conductos a veces llevaban a una abertura en su nivel más elevado, indicó que su función no era únicamente la de drenar la construcción. Desgraciadamente no se encontraron verdaderos residuos de los bienes almacenados en ninguna de las *colcas* que presentaban conductos. La suposición de que fueron utilizados para contener tubérculos se basa únicamente en la evidencia indirecta de que solamente dichos productos fueron encontrados en aquel sector general de la zona de almacenamiento, y aquellas eran las únicas provisiones asociadas a los depósitos rectangulares. Debemos recalcar una vez más que la muestra de los bienes encontrados fue muy pequeña. Si los tubérculos se almacenaban aquí sobre pisos «abiertos» es casi seguro que la función más importante de los pisos era la de facilitar la ventilación y no el drenaje. De hecho, resulta bastante sorprendente constatar hasta qué punto estos detalles coinciden con aquellos que los expertos de hoy en día recomiendan para la construcción de los depósitos para papas; Phillips (1957), por ejemplo, recomienda la instalación de un pavimento de lajas por debajo de los depósitos de almacenamiento haciendo notar que el aire más frío se encuentra a nivel del suelo y que la recirculación del aire fresco desde la parte inferior de los depósitos es mejor que la ventilación que utiliza el aire exterior, esto cuando las temperaturas externas son más altas que lo deseable.

Los sistemas de ventilación en los pisos de las *colcas* se complementaban con ventanas tanto en el lado cuesta arriba como en aquel cuesta abajo. Aun las estructuras cuyos pisos no presentaban esta complicada fisonomía parecen haber tenido dos ventanas, una frente a otra, en contraste con las estructuras en las que se guardaba maíz. Parece claro que la función principal de estos rasgos arquitectónicos era el control de la temperatura. No es posible presentar aquí una discusión completa de las variables que afectan la temperatura de los tubérculos almacenados. No solamente se necesitarían muchas páginas, sino que esta discusión comprendería necesariamente las especiales características de procedimientos y densidades de almacenamiento, así como datos más precisos de los que tenemos actualmente sobre las temperaturas del aire exterior, velocidades del viento, etc.

Podemos, sin embargo, reconstruir lo que probablemente era el plan general de control de temperatura. Como en el caso del almacenamiento del maíz, los techos servían como aislantes contra las más altas temperaturas diurnas. Además, la gran cantidad de paja incorporada de manera menos apretada en los «paquetes» que iban preparados como ya tenemos descrito para ser almacenados, proporcionaba un aislamiento adicional.

Los pisos «abiertos» en algunas estructuras permitían una continua circulación de aire en su interior; este flujo de aire podía ser aumentado abriendo las ventanas. Se supone que las ventanas pudieron haber sido cerradas con telas o con algún otro material para evitar los efectos nefastos que habría podido producir el sol. En ningún lugar de la ciudad se han conservado materiales que pudieran haber servido para cubrir las puertas y ventanas. El sistema de conductos podía ser cerrado mediante piedras colocadas en los extremos abiertos, sin embargo, estas piedras solo rara vez fueron encontradas durante la excavación.

Abriendo y cerrando los sistemas de ventilación se podía permitir que en la noche entrara una corriente de aire frío del exterior, al mismo tiempo que se lograba un aislamiento de las más altas temperaturas del día. Habría que señalar que el aire que llega a las laderas tiene una velocidad considerablemente mayor que el de las áreas más bajas de la ciudad, y que la zona de almacenamiento estaba ubicada de tal manera que los vientos prevalecientes no encontraban obstáculos en las otras colinas cercanas. En otras palabras, la ubicación de las *colcas* rectangulares y la posición de sus ventanas y respiraderos aprovechaban muy bien los vientos que soplan a través de la pampa; naturalmente, la efectividad del enfriamiento depende tanto de la velocidad del aire como de su temperatura.

Las relativamente escasas aberturas al nivel del suelo en los lados cuesta arriba de los almacenes ofrecen otras posibilidades difíciles de interpretar. Una de estas aberturas pertenecía a un depósito cuyo piso estaba muy por debajo de la superficie del suelo cuesta arriba; en consecuencia, se accedía a ella a través de un angosto conducto excavado al lado de dicha pared del depósito. El diámetro de aquel conducto era solamente de unos 30 centímetros y la constricción, combinada con un abrupto ángulo de entrada, no habría permitido una ventilación particularmente efectiva. ¿Es posible que a través de este conducto se vertiera agua (u otro líquido) para inundar el piso «abierto»? Naturalmente, nunca podremos saberlo con certeza, pero si fuera cierto, se habría logrado de manera sencilla pero bastante eficaz refrescar el interior del depósito con la evaporación y además controlar la humedad.

Volviendo más específicamente al argumento de la germinación, nos encontramos aún frente a una pregunta crítica: ¿se conseguiría el control de la temperatura mediante una combinación de factores tales como la ubicación del depósito, el aislamiento, la ventilación y tal vez en algunos casos la evaporación de agua, que creaban el ambiente adecuado para prevenir la germinación de los tubérculos frescos por un tiempo de almacenamiento relativamente largo? Es claro que aún no podemos dar una respuesta definitiva, sin embargo pienso que probablemente dicha respuesta sea afirmativa y solo quede por resolver otra importante cuestión:

¿por cuánto tiempo los tubérculos se podían mantener en condiciones estables? Es aquí donde serían de mucha utilidad los datos experimentales.

En Holanda, una ventilación discontinua utilizando el aire exterior podría preservar a las papas a 4 °C desde noviembre hasta abril; en Inglaterra y Gales, a esta misma temperatura, las papas se conservarían por un tiempo algo menor. Sobre la base de estos datos, Burton (1966, p. 280) afirma que, en la mayor parte del norte de Europa, las papas pueden ser almacenadas sin «serio crecimiento de brotes» desde la época de la cosecha y por todo el invierno del hemisferio norte hasta el tiempo de la siembra en primavera. Las limitaciones que presenta el control de la temperatura logrado graduando el aire del ambiente aparecen, como era de esperarse, al llegar la estación normal de la siembra y del crecimiento de las plantas, cuando las condiciones climáticas a las que están adaptadas estimulan la germinación.

En el altiplano andino las variaciones estacionales de temperatura son mucho menos marcadas que en las regiones templadas; los contrastes entre día y noche en la estación seca de los Andes son parcialmente compensados por la capa de nubes que cubre el cielo durante la estación lluviosa del cultivo. La temperatura media es, en promedio, solamente de 3 a 5 °C mayor. Esto permitiría controlar la temperatura mucho más fácilmente que en las regiones templadas.

Sin embargo, Christiansen (1967, p. 192), en su breve mención de los depósitos modernos cerca de Cajamarca y Cuzco, dice solamente que a 3500 metros de altitud la germinación puede ser controlada durante los meses de mayo a septiembre utilizando para la ventilación el aire externo. Es probable que a mayores altitudes los incas lograran conservar las papas por más tiempo y que, desde una cosecha a la otra, los depósitos hubieran proporcionado tubérculos frescos sin mayor deterioro debido a la germinación. Sin embargo, parece improbable que cualquiera de los tubérculos comestibles haya podido ser preservado por más de un año, y en caso de carestía o de malas cosechas, los incas habrían tenido que recurrir al *chuño* y a otros tubérculos procesados, o a un sistema de organización que redistribuyera las cosechas de áreas no afectadas.

Un aspecto del control de la germinación que merece una mayor investigación, es el hecho de que las tasas de germinación de las diferentes especies y variedades de tubérculos son afectadas en forma distinta por la temperatura y sus cambios (Burton, 1966, pp. 43 y 244). Por ejemplo, ¿pudieron ciertas papas adaptadas a menores altitudes y que, por lo tanto, germinan a temperaturas relativamente más altas, ser conservadas por un tiempo más largo a mayores altitudes, donde el clima más frío sería probablemente más eficaz para mantenerlas en condiciones estables?

Es solamente una hipótesis el suponer que los incas hayan podido manejar tales variaciones de altitud para fines de almacenamiento en el caso de los tubérculos.

Pero, en vista de la bien documentada sensibilidad andina a la verticalidad ecológica y de la capacidad incaica para movilizar gente y recursos a fin de aprovechar diversas ecologías, no sería de extrañar que se hayan percatado de que la zona natural que más convenía a la producción de cierto recurso alimenticio no era necesariamente la mejor para su conservación. De hecho, tal principio pudo haber sido utilizado en el almacenamiento del maíz, aunque este cereal seguramente podría haber sido guardado con buenos resultados a altitudes algo menores que la de la ciudad de Huánuco Pampa.

Antes de dejar el tema de la germinación, quisiera mencionar otras características al almacenamiento en Huánuco Pampa que hacen pensar tanto en las dificultades que presenta la conservación de los tubérculos, como en la seriedad con que los incas trataron de resolver el problema. La hilera 10 de las *colcas* de Huánuco Pampa es digna de atención por ser el único grupo de depósitos que tiene conductos construidos en el piso. También es notable por las variaciones que se observan en la construcción de estos pisos y aun la variedad de sus diseños, siendo el único lugar donde se encuentran más de dos recintos en cada una de las unidades de almacenamiento. Parece que los conductos fueron objeto de la mayor atención: su número por habitación varía y las aberturas han sido diversamente orientadas. Se trata de los más sofisticados intentos de control de la temperatura de almacenamiento que han sido observados en depósitos incas. Siendo tan evidente la normalización en muchas otras cosas incas, es muy interesante el hecho de que no haya dos pisos con conductos iguales. Es bastante evidente que se trata de una variación deliberada y parece casi como si estas unidades hubiesen sido construidas para experimentar con cambios de condiciones y tratando de lograr las más favorables para un buen almacenamiento.

2. Hongos y otras enfermedades de almacenamiento

Una gran variedad de bacterias y de hongos puede contribuir a producir pérdidas desastrosas en los tubérculos almacenados. Además de presentar grandes diferencias regionales, las llamadas «enfermedades de almacenamiento» varían grandemente en sus efectos sobre las diversas especies o variedades de tubérculos y se encuentran condicionadas por las características climáticas particulares de cada año. Por consiguiente, las historias de estas enfermedades son muy distintas y resulta difícil determinar cuáles de ellas podrían haber causado problemas a los incas, influenciando con ello sus métodos de almacenamiento.

Es posible, sin embargo, abordar estas enfermedades de manera general e indicar cómo las condiciones de Huánuco Pampa eran convenientes para controlar muchas de ellas, siempre y cuando se tomaran ciertas precauciones obvias, como eliminar los tubérculos malogrados o atacados por enfermedades antes de almacenarlos e inspeccionar periódicamente los depósitos para controlar que no hubiesen sido infectados.

Las enfermedades de almacenamiento son contraídas por lo general antes de la cosecha, pero la mayor parte de los organismos causantes —dadas en el depósito las condiciones favorables— se difunden rápidamente de los tubérculos enfermos a los sanos. Como ha sido señalado anteriormente, los tubérculos dañados son particularmente susceptibles a la infección. Si bien las técnicas manuales de recolección con herramientas tradicionales como aquellas ilustradas por Salaman (1949, pp. 48-49, figuras 40-49) podrían haber producido pocos daños en comparación con las técnicas y las herramientas modernas, también debemos recordar que muchos de los tubérculos almacenados en Huánuco Pampa debían recorrer distancias considerables, desde los campos del Inca hasta el lugar donde eran almacenados. Como consecuencia, habrían sido importantes tanto el cuidado en el transporte como una prolija inspección antes del almacenamiento. Una vez más, fuera del uso de productos químicos, el mantener bajas temperaturas se constituye en el medio más eficaz para reducir las enfermedades.

La mayoría de los textos modernos que tratan sobre las papas (v. g. Burton, 1966, p. 263; Christiansen, 1967, pp. 261-262) recomiendan un procedimiento de dos etapas. Primero, durante aproximadamente dos semanas después de la cosecha, la curación de las heridas debería ser estimulada manteniendo la temperatura entre los 10 y 20 °C en condiciones relativamente húmedas. Esto hace que se forme sobre la lesión una costra que protege de la infección el delicado tejido interno. Utilizando un tipo de control de temperatura bastante diferente de aquel sugerido anteriormente para obtener bajas temperaturas, sería posible, probablemente, conseguir una relativamente estable en el nivel inferior de la escala de temperaturas entre los 10 y 20 °C. Naturalmente, estas se conseguirían con mayor facilidad a altitudes menores. No se ha encontrado ninguna indicación arqueológica directa de algo que se pudiera interpretar como un «área de curación» en Huánuco Pampa o en otro lugar, por lo que sería ocioso especular sobre tales prácticas sin tener evidencias.

El segundo paso es mantener la instalación de almacenamiento a largo plazo en una temperatura entre los 2 y 5 °C evitando que se forme, debido a la condensación,

una película de agua sobre la superficie de los tubérculos[3]. La ventaja general ofrecida por el almacenamiento a baja temperatura, que previene la podredumbre y otras enfermedades, encuentra, sin embargo, en la gangrena (*Phoma solanicola*) su única excepción. La temperatura óptima para el desarrollo de este hongo se encuentra entre los 0 y 5 °C. Sin embargo, se ha constatado que una «curación» a cerca de 21 C por un período de 10 días antes del almacenamiento a largo plazo, resulta muy eficaz para controlar la difusión de la infección (Burton, 1966, p. 256).

Además del mantenimiento de temperaturas generalmente bajas en los depósitos de Huánuco Pampa, una segunda característica de los métodos incaicos de almacenamiento habría contribuido casi con seguridad al control de las enfermedades; se trata del proceso ya descrito de colocar los tubérculos entre capas de paja y amarrarlos con cuerdas formando «paquetes» bastante sueltos. Este procedimiento, que permite aislar los tubérculos en pequeñas unidades, tiene numerosas ventajas (Burton, 1966, pp. 282-283):

a) Según como fueran colocados los «paquetes» en los depósitos, la circulación del aire podía ser aumentada, bajando la temperatura interna y dejando entrar aire frío de manera más rápida y efectiva.

b) El fraccionar la carga almacenada en unidades más pequeñas tiende a reducir los efectos acumulativos del incremento de la temperatura que resulta de la respiración de los tubérculos mismos.

c) La paja habría ayudado a prevenir la condensación de agua, que se produce con frecuencia especialmente encima de grandes cargas.

d) La última y más importante ventaja es el relativo aislamiento de los tubérculos rodeados de paja, que limitaría la contaminación de especímenes sanos por parte de los enfermos. Esto puede haber tenido especial trascendencia en el almacenamiento de muchos lotes pequeños de tubérculos provenientes de campos diseminados sobre un área muy extensa. El aislamiento de los diversos lotes habría facilitado en gran medida el control de la enfermedad, circunscribiéndola solamente a los casos infectados.

[3] Burton (1966, pp. 252-260) ofrece una discusión pertinente sobre las enfermedades de almacenamiento comunes en Europa. Ya que las enfermedades de almacenamiento son el resultado de la infección que ocurre antes de la cosecha, es útil comparar la discusión de Burton con la que ofrece Christiansen (1967, pp. 176-220) para el Perú, aunque este último no detalla los efectos de las enfermedades campestres en el almacenamiento.

3. *Efectos secundarios del almacenamiento*

Las bajas temperaturas y el uso de la ventilación para poderlas conseguir producen algunos efectos secundarios negativos en los tubérculos almacenados. Los más serios son los cambios en la estructura del tejido de los tubérculos cuando estos son almacenados en dichas condiciones por períodos de tiempo considerablemente largos. Estos cambios conducen, entre otras cosas, a la transformación del almidón en azúcar, lo que trae como consecuencia una dulcificación del sabor (Christiansen, 1967, pp. 193-194).

Se distinguen dos formas algo diferentes de dulcificación. Una de ellas, conocida como dulcificación de baja temperatura, se presenta en las papas cuando son mantenidas a temperaturas por debajo de los 10 °C. La otra, conocida como dulcificación por senescencia aparece a temperaturas mayores y comienza varios meses después del almacenaje, mostrando asimismo diferencias en cuanto a la precocidad en el crecimiento de los brotes. En el almacenamiento a largo plazo puede ser necesario mantener la temperatura muy baja, como a los 7 °C, a fin de prevenir la dulcificación por senescencia (Burton, 1966, p. 261).

En la gama de temperaturas posibles en Huánuco Pampa es probable que la dulcificación por senescencia pudiera haber sido un problema, pero a temperaturas suficientemente bajas como para limitar de forma eficaz la germinación y el crecimiento de muchos hongos y bacterias, la dulcificación por baja temperatura es prácticamente inevitable. Por fortuna, la dulcificación por baja temperatura es en parte reversible y manteniendo las papas por unas semanas a 20 °C; gran parte del azúcar se reconvierte en almidón. Naturalmente, si se mantuviera tal temperatura por un tiempo demasiado largo, se producirían algunos de los deterioros que el almacenaje a baja temperatura habría evitado en un primer momento.

Otro efecto secundario del almacenaje es la deshidratación. Se trata de un problema común en los depósitos modernos en los que se emplea un sistema continuo de ventilación por aire forzado a fin de mantener condiciones aceptables de conservación. Sin embargo, cuando hay bajas velocidades de aire se produce solo una pequeña pérdida de agua; esta última situación podría ser aplicable a Huánuco Pampa, donde, al utilizar los depósitos las corrientes del viento y de convección, se logra una ventilación discontinua. Se ha mencionado la posibilidad de que se agregara agua a los pisos «abiertos» de algunos depósitos. Si se hubiese puesto en práctica tal sistema, habría contribuido a controlar la humedad y por lo tanto a contrarrestar la deshidratación. Sin embargo,

es probable que las ventajas en términos de control de temperatura hayan superado a aquellas logradas mediante el incremento de la humedad.

Resumen

Burton (1966, p. 265) hace notar que «todos los métodos de almacenamiento de las papas no son sino compromisos entre una cantidad de exigencias contrastantes, y las diferencias en las prácticas pueden a menudo haber surgido debido al distinto énfasis puesto en cada una de estas exigencias». Es justamente ese «énfasis» lo que nos es difícil reconstruir tratándose de gente cuyos depósitos fueron abandonados involuntariamente hace casi 450 años. Sin embargo, en las situaciones que se presentan en la actualidad, es claro cuáles son los principales requisitos para lograr un eficiente almacenamiento de tubérculos; es igualmente claro que los incas se dieron cuenta de cuáles eran esos requisitos y combinaron con impresionante ingeniosidad el arte de construir los depósitos con un profundo conocimiento de los ambientes naturales a los que tenían acceso.

Tanto el almacenamiento del maíz como el de los tubérculos se beneficiaban con las ventajas que ofrece el clima de la puna; pero, aparte de esto, sus exigencias eran bastante diferentes. Las instalaciones para almacenar papas y otros tubérculos estaban ubicadas y diseñadas para aprovechar al máximo las bajas temperaturas y muestran evidencia de experimentos dirigidos a lograr una ventilación cada vez más sofisticada y el control de la temperatura. Las *colcas* para guardar maíz no tenían ventanas en el lado que mira cuesta abajo ni ventilaciones en los pisos. En Huánuco Pampa se alcanzaban fácilmente temperaturas favorables para el almacenamiento del maíz sin estas complicaciones de construcción en los depósitos. Sin embargo, el empleo de grandes vasijas para guardar el maíz sugiere que había otros problemas que debían ser resueltos. Además de ser recipientes adecuados para un producto desgranado, las vasijas pueden haber sido necesarias para defender el valioso grano de los roedores.

Las diferencias en la construcción de los pisos entre los depósitos usados para el maíz y aquellos usados para los tubérculos de altura, refleja además una importante diferencia entre las exigencias de almacenamiento de los dos productos. Si bien, tanto el maíz como los tubérculos se conservan mejor en condiciones de frío, difieren sustancialmente en sus exigencias de humedad. Los pisos pavimentados de los depósitos de maíz servían para aislar su contenido del suelo húmedo. En contraste, en los depósitos de tubérculos, todo estaba dispuesto para protegerlos de la humedad; pero, o el suelo estaba cubierto de piedras de manera discontinua,

o la tierra se dejaba descubierta. En este caso, tanto los efectos del mayor frío como la humedad eran provechosos.

El planeamiento y el empeño desplegados para proporcionar a cada tipo de alimento las condiciones óptimas para su conservación revelan la importancia que tenía el almacenamiento para los incas, casi tan grande como la que tenía la capacidad total de su sistema de depósitos.

La red de depósitos

En otro trabajo (Morris, 1973) he delineado diversos aspectos de lo que se constituía en un rasgo muy notable de los incas: la coordinación y planeamiento logístico y su administración por medio de una red de caminos y ciudades estatales, una estrategia en la que el almacenamiento jugaba un papel clave. De hecho, sin una tecnología y organización de almacenamiento muy sofisticadas, probablemente no habrían podido existir ni la red administrativa y logística ni el propio Tahuantinsuyu.

Ya hemos visto cómo se utilizaba en Huánuco Pampa el gran refrigerador natural conformado por la puna y cómo los constructores y administradores de los depósitos planearon sus instalaciones e idearon procedimientos para aprovechar al máximo un clima extraordinariamente propicio para la conservación. Pero, como los centros mismos, las instalaciones de almacenamiento constituían otra red cuya eficiencia dependía no solo de los métodos y procedimientos utilizados, sino también de las características de su organización.

La red comprendía los depósitos en los *tampu* y centros administrativos a lo largo de miles de kilómetros de caminos en la sierra y algo menos en la costa. Se encuentran también algunos depósitos estatales en sitios alejados de las rutas principales, especialmente relacionados con lugares de culto mantenidos por el Estado, aunque a excepción de Pachacamac (Jiménez Borja y Alberto Bueno, en comunicaciones personales) y Huanacauri, al que se refiere un reconocimiento de Rowe (1944, p. 41), pocos han sido documentados.

Es difícil también determinar el alcance de una posible relación entre el almacenamiento para el Estado o para el culto estatal y los sistemas de almacenamiento controlados por grupos locales y a otros niveles de organización por debajo del Estado. En un artículo de hace unos años (Morris, 1972), he tratado algunas de las cuestiones relativas al almacenamiento fuera de la red de los centros controlados por el Estado.

Las preguntas que debemos hacernos para evaluar la naturaleza y función de la red de depósitos se pueden dividir en dos grandes grupos. Primero: ¿cómo estaban relacionadas entre sí las diversas partes del sistema? ¿Estaban coordinadas de manera tal que los bienes podían ser traídos o llevados regularmente de una parte a otra? ¿Había especialización entre los varios centros de almacenamiento para diversas clases de víveres? Y de ser así, ¿esta especialización dependía mayormente de la variedad de alimentos que se producían en la región circunvecina o de las características del centro (por ejemplo su altitud), particularmente favorables para la conservación de ciertos productos?

El segundo grupo de preguntas relaciona la naturaleza del almacenamiento con las funciones de los centros. ¿Había una relación entre el área residencial de un centro y el tamaño de sus instalaciones de almacenamiento? ¿Qué relación existía entre el almacenamiento y la importancia política del centro? Las fuentes resaltan con mucha frecuencia la importancia militar del almacenaje. En este caso, ¿se ubicaban los depósitos de tal manera que los víveres y otros materiales de importancia bélica fueran fácilmente accesibles en caso de una emergencia militar?

Finalmente, tal vez la más famosa de todas las funciones atribuidas a la red de depósitos era la de asegurar el bienestar general. ¿Debemos creer que un Estado benévolo acumulaba en las *colcas* provisiones que se repartían a sus súbditos, ya sea en tiempo de hambruna que afectaba a amplios sectores de la población, o en casos de desgracias personales que afectaban solamente algunas unidades domésticas? O, en cambio, ¿era la red de depósitos un instrumento que permitía a la élite gobernante consolidar su poder y mantener su dominación?

Si queremos contestar de manera adecuada a estas numerosas preguntas, necesitamos una amplia información basada en trabajos de campo en diversos segmentos geográficos y sociopolíticos de tan vasto sistema. Aparte de lo que fue el trabajo principal en Huánuco Pampa, en el curso de nuestros reconocimientos se identificaron, contaron y en algunos casos se midieron depósitos:

1. en el pequeño *tampu* de Tunsucancha, aproximadamente a 36 kilómetros al sur de Huánuco Pampa;
2. en Pumpu, Tarmatampu y Jauja (Hatun Jauja);
3. en la inmediata cercanía del Cuzco, y
4. en sitios ubicados en la costa, como Incahuasi y Tambo Colorado.

Se confirmó así la existencia de elaboradas instalaciones de almacenamiento en varias partes del Tahuantinsuyu y se obtuvo información comparativa en cuanto

a su tamaño; pero, al no haber sido excavado ninguno de estos sitios, no se llegó a saber lo que se almacenaba en dichas instalaciones. En algunos casos hasta resulta difícil distinguir los depósitos del período inca de aquellos construidos más temprano. Solo cuando tengamos datos sobre el contenido de las *colcas*, podremos contestar las preguntas que acabamos de formular.

Antes de hacer algunos comentarios generales sobre la naturaleza de la red entera de depósitos, resumiremos algunas de las evidencias que provienen de aquellos segmentos que hemos podido investigar. Dejaremos de lado las evidencias que tenemos a nuestro alcance para la costa, porque además de ser escasas, llevarían a toda una serie de nuevas preguntas que sería mejor tratar en otra ocasión.

Huánuco Pampa

Conocemos el uso y el significado de las instalaciones de Huánuco Pampa mucho mejor que las de cualquier otro centro. Las excavaciones aportaron informaciones valiosas sobre la naturaleza y las cantidades de bienes almacenados en este lugar. Además —cosa igualmente importante— conocemos bastante bien el contexto en el cual ocurría el almacenamiento por las excavaciones practicadas en el sitio fuera de la zona de los depósitos y también por los excelentes datos escritos contenidos en la *Visita* de Iñigo Ortiz (1562) que trata de parte de la región que abastecía el sitio.

No podemos determinar la función de todo lo almacenado, pero no hay duda que hubo una especial preocupación por los víveres. El único producto no alimenticio que se encontró fue el carbón y, naturalmente, este podría haber sido utilizado para cocinar. Había, sin embargo, una serie de *colcas* circulares con tipos de pisos que no se encontraron nunca en asociación con el maíz. Las características arquitectónicas de estas *colcas* son bastante generalizadas y no sugirieron condiciones o funciones de almacenamiento especiales.

A partir de la asociación entre los productos alimenticios y la arquitectura en la que fueron encontrados, parecería que de los 39 700 m^3 de espacio disponible en las instalaciones de almacenamiento, entre el 40 y 65% se encontraba destinado para los tubérculos de altura y solo entre el 5 y 7% para el maíz. Para el cálculo de los valores menores se tomaron en cuenta sectores de la instalación cuya función fue determinada con relativa seguridad, mientras que los valores mayores fueron establecidos sobre la base de depósitos cuya función es solamente sugerida por los datos. La función de, por lo menos, el 28% de la capacidad total de almacenamiento es indeterminada.

Cieza de León (1962) y otros autores del siglo XVI mencionan, como parte del contenido de los depósitos incas, grandes cantidades de ropa, pertrechos militares y otros bienes que no son de subsistencia. No tenemos por qué dudar de la exactitud de estos informes, ya que se trata de productos de varios sectores de la economía incaica que habrían podido ser necesarios en los centros estatales a lo largo del sistema vial. Es posible que los bienes manufacturados se guardaran en aquellos tipos de depósitos cuya función no hemos podido determinar. Otra posibilidad es que los bienes no deteriorables se almacenaran en la ciudad misma, ya que no necesitaban de las temperaturas un poco más bajas que se registran en el cerro. Sin embargo, nuestra investigación no nos ha permitido descubrir hasta ahora ningún depósito para productos alimenticios en la ciudad y sigo pensando que las instalaciones de Huánuco Pampa servían principalmente para almacenar víveres.

Ya hemos señalado que los depósitos de tipo arquitectónico similar se presentan en grupos. Examinando el plano de la zona de almacenamiento (ver figura 10), se nota que el rasgo de organización más importante es la disposición de las *colcas* en hileras según la forma: las circulares en la parte baja de la colina y las rectangulares en cuatro hileras arriba de las primeras. Esto concuerda con la separación funcional entre tubérculos y maíz que se ha elaborado anteriormente. Pero hay otros tres aspectos de la disposición de las *colcas* que proporcionan algunas indicaciones en cuanto a la organización y administración del almacenamiento:

1. Ya hemos notado que la hilera 2 comprende tanto estructuras rectangulares como circulares. Algunos de los tubérculos mejor preservados se encontraron en la *colca* 2-38, lo que confirma que los edificios rectangulares de aquella hilera se utilizaban para guardar tubérculos. He sugerido (Morris, 1967) que esta hilera no homogénea al pie de la colina constituía una parte de la instalación algo separada del resto y más accesible, reservada para un tipo de almacenamiento temporal. Reconozco que se trata de una evidencia indirecta, pero posiblemente habría sido más práctico reservar un sector de la zona para almacenar temporalmente productos destinados a ser despachados en seguida.

2. Otro rasgo notable de la disposición de las instalaciones es la presencia de una unidad casi separada de *colcas* en el lado oeste de las hileras 1 y 2, donde una hilera de depósitos rectangulares está ubicada arriba de una hilera de depósitos circulares. Esta pequeña subdivisión constituye casi un microcosmos de la zona en su conjunto. No encontramos evidencias de lo que pudo haber sido almacenado en estos edificios y no es posible explicar el significado de la subdivisión: esta también pudo haber servido para un almacenamiento temporal. Es posible asimismo que contuviera bienes destinados a propósitos

distintos de aquellos que cumplían los bienes guardados en los otros depósitos. Numerosas son las referencias sobre los depósitos para el Sol, que aparentemente estaban separados —administrativa, si no físicamente— de aquellos del Estado. Si estos fueron los depósitos reservados para la religión Estatal, eran muy pequeños en comparación con el resto de las instalaciones.

Es poco el almacenamiento claramente dedicado a fines religiosos. Dos *colcas* circulares en la hilera 2, más pequeñas de lo común, están ubicadas a ambos lados de un edificio rectangular (2-24). Este contenía un complejo cerámico consistente principalmente en platos y escudillas bajas, típicas de las estructuras religiosas y distintas de las formas asociadas con el almacenamiento. Una de las *colcas* (2-25) resultó ser la única que contenía juntos diversos tipos de alimentos. Estas estructuras demuestran la existencia de una relación entre el almacenamiento y la religión, pero es probable que sean una manifestación puramente local, relacionada con la ciudad o simplemente con la colina de las *colcas*. Los depósitos no eran tan grandes como para ser parte del sustento de importantes prácticas religiosas a nivel estatal.

3. Un tercer aspecto destacable de la disposición de las instalaciones se encuentra constituido por el grupo de estructuras que no estuvieron dedicadas a servir como depósitos, ubicadas en el límite norte de la zona de almacenamiento. En muchos casos no es posible determinar la función exacta de las estructuras, pero como grupo fueron empleadas casi con seguridad para la administración del área y algunas pudieron haber estado relacionadas con los procesos previos al almacenaje, la empaquetadura y desempaquetadura.

   Las estructuras desde la A-24 hasta la A-29 (ver figura 10) parecen haber cumplido funciones residenciales y pudieron haber alojado a los administradores de los depósitos. Al oeste de la estructura A-17 existen grupos de peldaños bajos y una rampa con una ligera pendiente que parece haber constituido una entrada formal al complejo. El largo Edificio A-17 contenía 10 963 fragmentos de cerámica, casi todos del tipo de vasija asociada con el almacenamiento del maíz. Tal cantidad de recipientes sugiere que estos pudieron haber sido almacenados allí. A-17 y el área abierta hacia el sur pudieron haber sido utilizados para envasar el maíz (y quizás algunos otros productos) en los recipientes estatales. Los edificios A-21 y A-22 contenían menos tiestos pertenecientes a un grupo menos homogéneo integrado por ollas y vasijas. Aunque resulta un poco dudoso que estas dos últimas estructuras tuvieran alguna relación con la administración de los depósitos, no se puede sugerir la naturaleza exacta de las actividades que se llevaban a cabo en ellas.

La importancia del almacenamiento de víveres en Huánuco Pampa se encuentra demostrada tanto por su magnitud como por el considerable esfuerzo que implicó el planeamiento y manejo de las instalaciones. Allí, el almacenamiento sí era una de las más trascendentales actividades; de las 4000 estructuras que originalmente constituían la ciudad, más del 12% eran *colcas*.

El porcentaje del área cubierta dedicada al almacenamiento es apenas un poco menor. Nuestros cálculos tentativos de la capacidad de alojamiento del centro indican que pudieron haberse alojado allí entre 12 000 y 15 000 personas, aunque la población en cualquier momento dado posiblemente fluctuaba de manera considerable (Morris & Thompson, 1970; Morris, 1973). Sobre la base de estas cifras estimadas, la relación entre el espacio de almacenamiento y la capacidad de alojamiento es aproximadamente de 2,0-2,5 m^3 por persona, calculando en los depósitos un 25% de espacio utilizado porque lo ocupaban los recipientes, los materiales utilizados para empaquetar, etc. Esto no parece mucho, hasta que nos damos cuenta que 1,6 m^3 es suficiente para almacenar una tonelada métrica de papas (Burton, 1967, p. 287).

El propósito y los métodos de almacenaje de los víveres en Huánuco Pampa resultan pues relativamente claros. También lo es la procedencia de dichos alimentos. Ante la inexistencia de evidencias de una producción intensiva de alimentos en la pampa donde se localizaba el centro, la mayoría de ellos debieron haber sido transportados desde otras regiones.

El despacho y distribución de las miles de toneladas de víveres almacenadas es mucho menos claro. Hay pocas evidencias, ya sean arqueológicas o escritas, de un movimiento inverso de bienes, desde los depósitos hacia los asentamientos locales. Ichu, capital de los chupaychu, aportó la única evidencia arqueológica segura de una estrecha relación con Huánuco Pampa. De hecho, solo en aquel poblado se hallaron numerosos fragmentos de cerámica inca comparable a la encontrada en Huánuco Pampa. Por supuesto, la cerámica estatal no habría tenido por qué verse necesariamente acompañada por los víveres, los cuales con mayor probabilidad eran repartidos por los administradores incas a través de las capitales locales. En la *Visita* de Ortiz abundan los relatos sobre cómo los víveres eran transportados a Huánuco Pampa desde las aldeas yachas y chupaychu en viajes que duraban varios días, pero no se presentan noticias de que fueran devueltos de los depósitos a los campos. Tal vez esto sea consecuencia del tipo de preguntas que guiaron al visitador, pero creo que si los asentamientos locales hubieran recibido algo de verdadera importancia económica, el hecho habría sido mencionado.

El tamaño de Huánuco Pampa, su ubicación alejada de las fértiles zonas productoras de alimentos, sus funciones de centro de abastecimiento de viajeros y funcionarios estatales, todo sugiere una imperiosa necesidad de guardar víveres. En lo que respecta a su población probablemente estable, la capacidad de almacenamiento del centro parece grande en muchos aspectos, pero es posible que una parte de las provisiones fuera utilizada para garantizar la seguridad a corto plazo, además de servir para el mero abastecimiento de los residentes de una cosecha a la otra. Si bien podría ser que parte de los víveres se transfiriera a otros centros, especialmente a aquellos que estaban ubicados a lo largo del sistema vial, estoy convencido que la mayor parte de estos alimentos servía para respaldar operaciones estatales y que estaba previsto que fueran utilizados principalmente en el mismo Huánuco Pampa.

Tunsucancha

Los 24 depósitos de Tunsucancha se encuentran ubicados en el extremo este del sitio y a una altura ligeramente mayor que la del cuerpo principal del lugar. Todas las *colcas* son circulares; su diámetro promedio es de 3,5 metros y su capacidad total es poco menor a los 400 m^3. Este volumen fue calculado tomando como referencia la altura de algunos depósitos similares de Huánuco Pampa, dado que ninguna de las *colcas* de Tunsucancha está preservada a su altura original.

La evidencia que tenemos para Tunsucancha ofrece solo una imagen parcial del almacenamiento en un *tampu* de la sierra central. Excavamos 12 de los depósitos, pero sus asociaciones son discutibles ya que después de la invasión europea el material cultural fue revuelto; como consecuencia de ello, solo se encontró una mazorca de maíz que podría evidenciar lo que dichas estructuras habrían contenido. No obstante, la arquitectura de los depósitos es suficiente para sugerir un contraste con Huánuco Pampa.

Además de la obvia diferencia de tamaño entre las dos instalaciones, los depósitos de Tunsucancha son homogéneos desde el punto de vista arquitectónico y no sugieren una especialización funcional, siendo este último un aspecto muy importante en el almacenamiento de Huánuco Pampa.

Todos los depósitos son aproximadamente del mismo tamaño y construcción. Solamente un detalle sugiere cierta diferenciación: uno de ellos tenía un piso de piedra «abierto» que recuerda algunas de las *colcas* rectangulares de Huánuco Pampa; sin embargo, el piso era bastante simple y no estaba asociado con aberturas en la base de la pared.

La arquitectura de las *colcas* de Tunsucancha, básicamente uniforme, sugiere que allí no estaba presente la complicada diferenciación interna observada en la zona de almacenamiento de Huánuco Pampa. Sospecho que no había *colcas* específicamente destinadas a determinados productos y que todo el almacenamiento era realizado esencialmente a corto plazo. Tunsucancha no posee ni el espacio ni la infraestructura administrativa necesaria para el manejo de un almacenamiento a largo plazo. De otro lado, existen dos elementos que sugieren que el almacenaje en Tunsucancha podría haber estado subordinado directamente al centro de Huánuco Pampa.

En primer lugar, la cerámica de los dos centros fue producida con el mismo material y técnicas, teniendo además la misma proveniencia. Considerando que la cerámica era elaborada por o para el Estado, dicha identidad sugiere una relación administrativa directa; en otros grandes centros como Pumpu o Jauja, se utilizaban versiones distintas de cerámica estatal. En segundo lugar, aún más importante, en la *Visita* de Iñigo Ortiz no se hace ninguna alusión al transporte de víveres hacia Tunsucancha. Se menciona el traslado de productos a Huánuco Pampa, Pumpu e incluso al Cuzco, pero los pequeños *tampu* no aparecen registrados. Si bien el sistema de depósitos de Tunsucancha es mucho más pequeño y podría haber sido abastecido por fuentes más cercanas, fuera del área reconocida por Iñigo Ortiz, también es posible que hubiera sido abastecido a través de Huánuco Pampa.

Nuestra información general sobre Tunsucancha en su conjunto se basa en un estudio muy breve (Morris, 1966). Por ejemplo, no tenemos un recuento completo de sus construcciones. El sitio comprende una zona bastante extensa ocupada por pequeñas estructuras residenciales rectangulares y circulares, largas edificaciones destinadas probablemente a alojar viajeros y un conjunto que pudo haber sido utilizado alternadamente para alojar a la élite y como barrio temporal para los nobles en tránsito. El total de estructuras debió haber sido de entre 200 y 400 metros, sin contar los depósitos de almacenamiento.

Cualquiera que haya sido la relación exacta entre el espacio destinado a la residencia y el dedicado al almacenamiento, es claro que la capacidad de almacenamiento de Tunsucancha era mínima en comparación con la de Huánuco Pampa. Los 400 m^3, o poco menos, de Tunsucancha corresponden apenas al 1% de la capacidad del centro más grande. La capacidad total del *tampu*, en contraste, debió haber sido por lo menos de entre el 5 y 10% de la que tenía el centro administrativo. Sin embargo, en lo que respecta a la atención y servicios proporcionados a los viajeros que se movilizaban a través del imperio, los pequeños *tampu* eran recargados con la misma cantidad de provisiones que los centros mayores, que ocasionalmente tomaban su lugar a lo largo del camino. Por consiguiente, las diferencias

en la cantidad de reservas almacenadas en ambos centros obedecen a un motivo distinto a la necesidad de abastecer a la gente que se encontraba de paso.

Existen dos factores que parecen explicar ampliamente dichas referencias. Primero, los centros mayores debían mantener a muchas más personas y una gama bastante mayor de actividades. Segundo, solamente las instalaciones mayores habían sido previstas y organizadas como centros de almacenamiento a largo plazo.

Pumpu

El primer gran centro que uno encuentra cuando se dirige desde Huánuco hacia el sur, por el camino de la sierra, es Pumpu. El sitio se encuentra ubicado a la orilla de la laguna de Junín, en el punto donde sus aguas originan el río Mantaro, siendo su altitud un poco mayor que la de Huánuco Pampa. Aunque es mucho más pequeño, su configuración arquitectónica general es muy similar a la de Huánuco Pampa y es probable que sus funciones fueran básicamente las mismas, aunque en una escala menor. En un trabajo anterior (Morris, 1967) he sugerido que Pumpu debió haber estado un poco menos desarrollado, en cuanto a su construcción, que Huánuco Pampa.

Las instalaciones destinadas al almacenamiento guardan correspondencia tanto con el menor tamaño de Pumpu como con la similitud general existente entre los dos centros. Se trata de 146 depósitos construidos sobre una colina hacia el sur-este de la ciudad; su capacidad total estimada es de cerca de 9800 m^3. Las estructuras se presentan en dos tipos: rectangulares y circulares, y una de las comparaciones más interesantes que se puede realizar tiene que ver con el porcentaje de capacidad que ofrecen ambas formas. En Huánuco Pampa las estructuras rectangulares conforman el 62% de la capacidad volumétrica total; en Pumpu, el 63%. Naturalmente, sin la evidencia que proporciona una excavación no podemos decir qué tipo de bienes eran almacenados en Pumpu, pero es cierto que su ubicación se prestaba para la conservación de tubérculos y resulta razonable suponer que la semejanza en la asignación del espacio para los depósitos de ambos sitios indique también una semejanza en los tipos y proporciones de los productos almacenados.

Una vez más, faltan datos que permitan establecer un estimado de la capacidad de alojamiento. Me atrevería a sugerir que la capacidad de alojamiento de Pumpu se encontraba en un rango localizado entre la cuarta parte y la mitad de la de Huánuco Pampa. Por otra parte, la proporción entre el espacio de almacenamiento y el de residencia no era muy dispar; sin duda, no era tan baja como en Tunsucancha.

Pumpu, entonces, además de proporcionar albergue y comida a los viajeros, tenía probablemente un tipo de almacenamiento a largo plazo que cumplía una amplia gama de funciones administrativas. Era una unidad del sistema general de almacenamiento, del mismo tipo que Huánuco Pampa, pero más pequeño.

Tarmatampu

Nuestros reconocimientos nos permitieron identificar importantes operaciones de almacenaje tanto en Tarmatampu como en Jauja, pero en ambos sitios la situación es complicada debido a que en sus cercanías existen numerosos depósitos que no se encuentran vinculados a ningún área residencial. La presencia de estas *colcas* aisladas origina en realidad un doble problema. Primero, es difícil fechar lugares de almacenamiento desligados de algún tipo de arquitectura residencial, ya que en sus superficies se encuentran pocos fragmentos de cerámica, algunas veces ninguno. Segundo, no podemos estar seguros del contexto de almacenamiento cuando no existen claros patrones de asociación a sitios y actividades ajenos al almacenamiento. Por consiguiente, resulta mucho más difícil hacer un cálculo apropiado de la capacidad de almacenamiento.

Otras circunstancias confieren a Tarmatampu un carácter de ambigüedad que hace difícil clasificarlo, ya sea como *tampu* o como centro administrativo. Tiene un tamaño intermedio, más grande que cualquier *tampu* observado, pero evidentemente más pequeño que Huánuco Pampa y Jauja. Algunos anillos de piedra fueron encontrados empotrados en las paredes de uno de sus grandes edificios; quizás pudieron haber servido para sujetar telares de cintura. De ser este el caso, el tejido habría sido una de las actividades que se desarrollaba en el centro. Si esto pudiera ser verificado mediante otras evidencias, indicaría que Tarmatampu cumplía otras funciones económicas, además del papel de estación intermedia de un típico *tampu*. Tarma y Jauja están separados solamente por un día de camino y es poco probable que dos centros administrativos importantes hubieran sido construidos tan cerca el uno del otro. Sin embargo, podría ser que la proximidad del valle del Mantaro, una zona de excepcional potencial agrícola, hubiera estimulado el crecimiento de Tarmatampu y la diversificación de sus actividades. En todo caso, este lugar cercano a Tarma demuestra que no deberíamos establecer una rígida dicotomía entre *tampu* y centro administrativo.

Son 28 los depósitos asociados directamente con las ruinas de Tarmatampu, 24 de ellos conforman una hilera compuesta por 12 estructuras circulares y 12 rectangulares. Los cuatro depósitos restantes son rectangulares y se localizan un poco más arriba, dispuestos también en una hilera corta. La capacidad de las

16 estructuras rectangulares es de 668 m^3; la de las 12 circulares es algo mayor: 839,5 m^3; lo que suma una capacidad total de aproximadamente 1500 m^3.

Saliendo del valle de Tarmatampu, por lo menos unos 200 metros más arriba del grupo principal de estructuras, se localiza Pirhua Pirhua, otro sector dedicado al almacenamiento. Aquí los depósitos son parecidos a los de abajo, pero no podemos estar seguros de su asociación; me inclinaría a sugerir que su ubicación habría sido pensada para obtener mejores condiciones de almacenamiento que las de abajo. Desconocemos la exacta altitud de Tarmatampu, pero es probable que se acerque a los 1500 metros.

En Pirhua Pirhua se observan 21 depósitos circulares y una gran concentración de piedras asociadas que hace pensar que hubo originalmente uno más. Suponiendo que las estructuras hubieran sido 22, habrían tenido una capacidad de aproximadamente 1540 m^3. Si Pirhua Pirhua estuvo de alguna manera relacionado con el sitio principal de Tarma, la capacidad total de almacenamiento de ambos sitios habría sido un poco mayor a los 3000 m^3. Esto equivale a siete veces el volumen de almacenamiento de Tunsucancha, pero a menos de un tercio del de Pumpu y menos del 8% del de Huánuco Pampa. De modo que la posición intermedia de Tarmatampu-Pirhua Pirhua, con respecto a los otros centros a lo largo del camino, se ve confirmada por el tipo de sus instalaciones de almacenamiento.

El espacio de almacenamiento que ofrecen las *colcas* rectangulares de Tarmatampu —incluyendo Pirhua Pirhua— es un poco menor al 22% del total. Por el contrario, en todos los casos anteriormente examinados, las estructuras rectangulares ofrecían la mayor parte del espacio de almacenamiento. Es tentador sugerir que esta baja proporción del almacenamiento en estructuras rectangulares podría deberse a la menor altura de Tarma, una situación menos favorable para la conservación de tubérculos. Por otra parte, debemos precisar que las características arquitectónicas de los depósitos de las regiones de Tarma y Jauja son algo distintas de las que se observan algo más al norte, y no tenemos bases suficientemente sólidas para afirmar que la identificación funcional postulada para las *colcas* rectangulares y circulares de Huánuco Pampa sea válida para otras regiones.

Jauja (Hatun Xauxa)

No hay duda de que el centro inca de Jauja era uno de los más importantes de todo el Tahuantinsuyu. Los españoles lo reconocieron al hacer de Jauja su primera capital en el Perú. Las ruinas del centro mismo están casi totalmente destruidas o sepultadas debajo de la ciudad moderna, pero los restos de los depósitos

en las colinas circundantes atestiguan la importancia de la región en tiempos precolombinos.

Conté 683 depósitos en cinco grupos débilmente asociados, inmediatamente arriba o muy cerca del pueblo moderno de Jauja. Las piedras de las paredes caídas, amontonadas en las chacras, indican que originalmente su número fue mucho mayor. Estimo que por lo menos 550 depósitos podrían haberse visto destruidos.

Se observan depósitos dispersos, en grupos de 12 o más estructuras en varios otros lugares con vista sobre el valle del Mantaro, cerca de Jauja y en los valles de los afluentes del Mantaro. David Browman (1969) encontró fragmentos de cerámica de periodos preincaicos en la superficie de varios de estos sitios. No hay ninguna razón para dudar que los depósitos hubieran sido construidos en tiempos preincaicos, pero también es muy posible que durante el periodo inca se continuara utilizando depósitos más antiguos.

Quizás más importante que la fecha de construcción de las estructuras sea el tema del control de su uso y contenido. Las provisiones almacenadas en las *colcas* diseminadas en la región y todavía en uso durante el Horizonte Tardío, ¿eran controladas por el Estado inca como parte de su red de depósitos o estaban la mayoría de ellas bajo el control local y se utilizaban para fines locales?

Se necesitan mayores investigaciones para contestar esa pregunta. Pero creo que no es arriesgado suponer que los 683 depósitos contados en la inmediata cercanía de la ciudad estaban de alguna manera relacionados con el centro inca y, en consecuencia, formaban parte de la red general de depósitos aun cuando algunos de ellos puedan también haber sido construidos durante el Periodo Intermedio Tardío.

Sobre la base de las medidas de una muestra de los depósitos conservados en Jauja, se estimó su capacidad en 38 500 m^3. En vista del considerable número de *colcas* aparentemente destruidas, la capacidad original de las instalaciones de almacenamiento probablemente excedía los 50 000 m^3 y puede haber llegado hasta los 75 000. La destrucción casi total del cuerpo principal de estructuras de la Jauja inca no permite ni imaginar cuál fue su tamaño. No obstante, en vista de la importancia histórica del centro, parece lógico que en Jauja hubieran existido instalaciones de almacenamiento algo mayores que las de Huánuco Pampa; la relación entre el tamaño del sitio y el volumen total de víveres almacenados puede haber sido similar a la de los otros centros administrativos más grandes.

De los 38 500 m^3 de espacio de almacenamiento estimado para las *colcas* todavía en pie en las alturas de Jauja, solamente el 36,8% corresponde a las estructuras rectangulares. Nuevamente aquí la situación es opuesta a la de Huánuco Pampa, donde el 62% del espacio de almacenamiento correspondía a las estructuras rectangulares y el 38%, a las circulares.

Jauja está solamente a 3350 metros de altura, una altitud significativamente menor que la de Huánuco Pampa. Una vez más, estoy tentado a relacionar la mayor incidencia de estructuras circulares con un énfasis en el almacenamiento del maíz, que se habría visto motivado tanto por la dificultad de conservar tubérculos a tan baja altura como por la mayor producción de maíz en la región vecina. Sin embargo, como en el caso de Tarma, aquí también conviene ser prudentes.

Cuzco

Después de haber constatado los esfuerzos de los incas por proveer de amplias instalaciones de almacenamiento a sus centros administrativos provinciales, era de esperar que su capital y centro de residencia de la élite gobernante estuviera dotada de depósitos aún más grandes y ricos. La sorpresa de los españoles cuando entraron por primera vez en el Cuzco demuestra que, en realidad, los depósitos eran rebosantes. Pedro Pizarro observa: «Los depósitos que en este valle había […] era cosa de espanto y que a todos parescía era imposible acabarse jamás» (1917, p. 65) y Sancho de la Hoz continúa:

> Toda esta fortaleza [Sacsayhuaman] era un depósito de armas, porras, lanzas, arcos, flechas, rodelas, jubones fuertes acojinados de algodón, y otras armas de diversas maneras, y vestidos para los soldados, recogidos aquí de todos los rumbos de la tierra sujeta a los Señores del Cuzco […] Desde esta fortaleza se ven en torno de la ciudad muchas casas […] y muchas de ellas son de placer y recreo de los señores pasados y otras de los caciques de toda la tierra que residen de continuo en la ciudad: las otras son casas o almacenes llenos de mantas, lana, armas, metales y ropas, y de todas las cosas que se crían y fabrican en esta tierra. Hay casas donde se conservan tributos que traen los vasallos a los caciques y casa hay en que se guardan más de cien mil pájaros secos, porque de sus plumas que son de muchos colores se hacen vestiduras, y hay muchas casas para esto. Hay rodelas, adargas, vigas para cubrir las casas, cuchillos y otras herramientas: alpargatas y petos para provisión de la gente de guerra, en tanta cantidad que no cabe en el juicio como han podido dar tan gran tributo de tantas y tan diversas cosas (Sancho de la Hoz, 1917, pp. 194-195).

A diferencia de los centros provinciales a los que acabamos de referirnos, en los que muchos de los depósitos se han conservado por más de 400 años para que los podamos ver y medir, en el Cuzco ha quedado poca evidencia material de lo que fueron sus otrora ricos depósitos. Hay unas cuantas evidencias que sugieren los lugares donde estaban algunas de las *colcas*, pero que no llegan a decirnos nada sobre su número, tamaño, tipo de construcción o contenido.

En 1966, durante un breve reconocimiento de las colinas que rodean el Cuzco, observamos que en sus superficies afloraban los cimientos de estructuras y fragmentos de cerámica inca. También encontramos evidencia de que los pisos de algunas de las estructuras habían sido elaborados con un relleno de piedras sueltas que recordaba en algo a Huánuco Pampa. La mayoría de los tiestos pertenecían a las grandes vasijas «aribaloides» que nosotros asociamos al almacenamiento. Esta evidencia era muy común especialmente al nor-noroeste de la ciudad, al pie de las colinas cubiertas en ese entonces de eucaliptos. Rowe (1967, p. 66) registró una evidencia algo más clara en Cata-casa, sobre una colina al sur de Belén, donde midió depósitos cuadrados de cerca de seis por seis metros y rectangulares de seis por siete metros y medio. Nosotros también medimos los depósitos de un sitio sugerido por Rowe, arriba del moderno pueblo de San Sebastián, aproximadamente a 5 kilómetros del centro del Cuzco. Estos depósitos se localizaban sobre una ladera en posición parecida a la de los depósitos de la sierra central, aunque su arquitectura era bastante diferente, con numerosas puertas del lado de la pendiente que casi alcanzan el piso.

La capacidad máxima de estas estructuras es un poco menor a los 2500 m^3. Núñez del Prado describe depósitos parecidos a estos para el sitio de Racchi, cerca de Chincheros (Núñez del Prado, 1950). Muchos de los fragmentos encontrados por Núñez del Prado en Racchi eran de la serie Quilque. Esto sugeriría que los depósitos de este tipo son más antiguos que las estructuras más pequeñas (circulares y rectangulares) descritas arriba y que los incas habrían modificado en general la arquitectura de sus depósitos conforme el imperio se extendía, o que fueron introducidas significativas variantes regionales.

Una pequeña quebrada separa los depósitos cercanos a San Sebastián de un centro residencial. Podríamos deducir a partir de esto que los depósitos se encontraban bajo el control de los habitantes de aquel centro. Dicha interpretación, sin embargo, no tendría por qué ser necesariamente válida. Las diferencias entre los centros estatales a lo largo de los caminos reales de la sierra y las aldeas locales que pertenecían a grupos étnicos no incas, son aquí mucho menos marcada. El control del Estado se extendía probablemente hasta un nivel político mucho más bajo

en el área próxima a la capital. Garcilaso (1960, vol. 2, p. 80) hace referencia a un «distrito de la corte» alrededor del Cuzco, y el análisis de Rowe (1967) de las fuentes arqueológicas y escritas sugiere una serie de asentamientos dispersos, pero ligados entre sí de manera organizada alrededor del centro de la ciudad en forma de puma. De este modo, el almacenamiento diseminado por la región en diversos puntos, podría haber sido coordinado como un todo para abastecer la zona de la capital.

Tenemos solamente otra evidencia arqueológica de almacenamiento en la región del Cuzco, esta proviene del sitio de Ollantaytampu. Allí, varias estructuras tipo depósitos, largas y con muchas puertas, se encuentran encaramadas en las empinadas laderas de los cerros localizados al otro lado del cuerpo principal de las ruinas. Medimos solamente una de estas estructuras —muy difíciles de alcanzar— y estimamos aproximadamente su capacidad total de almacenamiento entre los 2000 y 3000 m^3.

A excepción de Ollantaytampu y el sitio ubicado arriba de San Sebastián, no tenemos estimaciones aproximadas de la capacidad de almacenamiento como para compararlas con otros centros incas. De modo que no podemos contestar la pregunta acerca de la importancia cuantitativa del Cuzco en la red general de depósitos de almacenamiento. Sin embargo, pienso que podríamos caer en una equivocación si diéramos por sentado que, simplemente por haber sido Cuzco la capital y el centro más importante del imperio, debería haber tenido automáticamente las mayores provisiones de víveres. Si hubiese existido una relación directa entre la importancia del centro y la cantidad de víveres almacenados, debería esperarse que el Cuzco tuviera por lo menos unos cuantos miles de *colcas*. ¿Es posible que la destrucción de la ciudad y la erosión de los cerros circunvecinos hubieran realmente hecho desaparecer una cantidad tan grande de depósitos, los que por su ubicación frecuentemente sobreviven a la destrucción de otras estructuras?

Naturalmente solo se trata de una hipótesis, pero dudo mucho que el Cuzco —sobre la base de su importancia y población— hubiera tenido un almacenamiento de víveres tan grande como el de muchos centros provinciales. Se esperaría que fuera considerable, pero varios factores podrían haber reducido la necesidad de un almacenamiento masivo de víveres destinado a proporcionar seguridad a la capital. El más importante es la ubicación del Cuzco cerca del valle de Urubamba, donde las cálidas laderas de la *quechua* habían sido transformadas, mediante trabajos de irrigación y la construcción de andenes, en lo que debe haber sido una de las regiones más productivas del Tahuantinsuyu. Los andenes de Písac y Yucay, donde se supone que estaban muchas de las chacras reales, demuestran que mediante

diferentes tecnologías se trataba de alcanzar una base de subsistencia segura. Habiéndose incrementado la producción y logrado que estuviera menos sujeta a variaciones estacionales, la importancia del almacenamiento, especialmente aquel a largo plazo que aseguraba una protección contra posibles malas cosechas, se habría vuelto menos vital.

También hay que considerar el factor de estabilidad política. El Estado dependía de la lealtad de los que cultivaban sus campos y entregaban los productos a los centros de operaciones estatales. Los problemas políticos que habrían podido interferir con una producción uniforme y una entrega normal, eran probablemente raros alrededor de la capital misma; las cosas eran bastante distintas en las áreas recientemente conquistadas y todavía no del todo sujetas.

Finalmente, hay que considerar la relación entre el almacenamiento y la expansión estatal. Sería de esperar que el almacenamiento fuera más importante cerca de las fronteras de expansión que en el corazón mismo del imperio ya estabilizado. Por un lado, debieron haber sido fuertes las exigencias al Estado para que abasteciera a los ejércitos y respaldara los proyectos de construcción y otras actividades relacionadas con la expansión política y económica. Por otro lado, los mecanismos de producción y entrega no debieron haber estado todavía del todo a punto.

Si los observadores españoles en sus descripciones de los depósitos del Cuzco ponen énfasis en los bienes no alimenticios, esto posiblemente se daba a que ya se habían acostumbrado a ver miles de depósitos con víveres durante su viaje a lo largo del *Capacñan* hacia la capital y, naturalmente, Sancho de la Hoz, citado previamente, dice que había depósitos «de todas las cosas que se crían y fabrican en esta tierra». Pero si sus observaciones son un fiel reflejo de lo que principalmente contenían los depósitos del Cuzco, tendríamos al mismo tiempo la confirmación de que en el Cuzco no existía una preocupación muy especial por el almacenamiento de víveres y la sugerencia de otra importante característica de la red de depósitos estatales.

Como ya lo he señalado anteriormente de forma más detallada (Morris, 1967), podría haberse concentrado en el Cuzco el almacenamiento de ciertos bienes suntuarios. No solo la comida era necesaria allí, también se almacenaban en abundancia ropa, plumas y otros bienes muy importantes para el Estado, quien los utilizaba para regalar y halagar a las élites. Puede ser que los bienes que se almacenaban en el Cuzco hubieran sido los más trascendentales en el sistema de reciprocidad política. Su valor intrínseco —de por sí grande— aumentaba por el hecho de provenir del Inca y de sus depósitos en la capital. Por consiguiente, estos bienes suntuarios eran llevados al Cuzco para satisfacer las necesidades de la corte

real y, además, siguiendo un clásico patrón de redistribución, para que pudieran ser otorgados desde la capital a aquellas personas y parte del imperio que jugaban un papel clave en los planes de control y expansión estatal.

Esta sugerencia explicaría las observaciones de los testigos oculares del Cuzco y también se vería confirmada por evidencias escritas sobre las provincias. Iñigo Ortiz, en su *Visita* de Huánuco, menciona solamente el maíz como bien de subsistencia que era trasladado al Cuzco, y esto solo rara vez. La ropa, en cambio, era llevada con frecuencia a la capital. El patrón es claro: los bienes de subsistencia eran llevados generalmente a los centros administrativos provinciales, a unos pocos días de camino; los bienes suntuarios, en cambio, eran llevados con frecuencia hasta el Cuzco. Al parecer, los bienes de subsistencia y algunos ajenos a ella se encontraban constituidos por diferentes tipos de productos que fluían a través de la red de almacenamiento de maneras distintas. El patrón es bastante parecido al que Manning Nash (1966) describió como distintos «circuitos de intercambio».

Resumen

Probablemente, las características más importantes de la red de almacenamiento inca fueron sus grandes dimensiones y su extensión geográfica. Nunca conoceremos exactamente su capacidad total, pero mi cálculo de uno a dos millones de metros cúbicos (Morris, 1967, p. 155) es probablemente conservador. Unidos entre sí por caminos bien mantenidos, los diversos segmentos del sistema de almacenamiento constituían un logro considerable en cuanto a la posibilidad de hacer llegar los bienes dónde y cuándo se los necesitaba. Muchas de las preguntas que nos hemos planteado al principio de esta sección sobre la red de depósitos no encuentran respuestas satisfactorias. Aun así, vale la pena resumir unas cuantas observaciones sobre la naturaleza de esta red en general.

Para comenzar, en lo que respecta al movimiento de los bienes de un segmento de la red a otro, se tiene la impresión de que por lo menos ciertos *tampu* no recibían directamente los bienes, sino que eran abastecidos a través de otros centros administrativos más grandes. Sin embargo, no existe una verdadera prueba de que los bienes hubieran sido transportados regularmente de uno a otro de los principales centros. La evidencia arqueológica no llega a esclarecer este punto, pero es cierto que no encontramos grandes cantidades de fragmentos de cerámica de Jauja o Pumpu en Huánuco Pampa. Estos movimientos probablemente habrían sido necesarios en los casos de graves hambrunas focalizadas. Garcilaso (1960, vol. 2, p. 80) por lo menos deja entender que en tiempos de crisis se acudía a los

depósitos estatales, aunque dice que los depósitos designados a prestar ayuda en caso de necesidad estaban en las aldeas mismas y, si nuestra interpretación es correcta, estos depósitos «étnicos», probablemente, no habrían estado bajo control directo del Estado en la mayor parte del Tahuantinsuyu. Sabemos que a veces los bienes iban al Cuzco desde la región de Huánuco vía Huánuco Pampa o Pumpu (Ortiz de Zúñiga, 1967-1972, vol. 2, p. 38), pero esto pudo haber ocurrido mayormente con propósitos de contabilidad y para controlar el tráfico por el camino real.

Tengo la impresión que, en general, cada centro de almacenamiento importante había sido establecido para abastecerse a sí mismo y a una limitada extensión de su propio territorio vecino y que el transporte de bienes de un centro a otro era más una excepción que una regla. Si este fue el caso, la red no habría estado estrechamente ligada a la nivelación de diferencias ecológicas entre regiones. Cada centro administrativo probablemente tenía acceso a determinadas regiones que suministraban diversas clases de víveres, de tal manera que los movimientos regulares entre los grandes centros solamente habrían sido necesarios si se hubiera considerado importante mantener proporciones equitativas de los diversos bienes en todo el reino; si bien es probable que se necesitara tener en todas las regiones pequeñas cantidades de algunos bienes, tales como el maíz, no conocemos ninguna información que sugiera que los incas buscaban una absoluta igualdad en la distribución de los víveres u otros bienes.

Uno de los temas relacionados con el movimiento de los bienes de un centro al otro es el de la variación de las proporciones que algunos de ellos presentan en los diferentes segmentos de la red. Si las interpretaciones funcionales de los depósitos circulares y rectangulares que hemos visto en Huánuco Pampa se pudieran aplicar a centros como Pumpu, Tarma o Jauja, habría realmente evidencia de que el tipo de bienes almacenados variaba de manera significativa de un centro a otro, sobre la base de la altura sobre el nivel del mar de los depósitos. Tomando en consideración los requisitos de almacenamiento y producción de los tubérculos y el maíz, dichas variaciones en las cantidades almacenadas habrían sido razonables. Sin embargo, esto no significa necesariamente que los bienes eran transportados regularmente de un centro a otro para lograr un equilibrio.

Las actividades que se llevaban a cabo en un centro y su importancia general determinan sin duda, de manera decisiva, el tamaño de sus depósitos, pero la capacidad de almacenamiento se ve también afectada por el nivel y grado de seguridad de la producción de víveres en la región circunvecina. De hecho, la relación puede ser inversa, dando mayor importancia a la tecnología de producción en ciertas zonas climáticas y a la tecnología de almacenamiento en otras que tenían

una producción menos segura, pero condiciones más favorables para una buena conservación de los víveres.

Finalmente, podría ser que no todos los tipos de bienes hubieran ido a parar a los diversos segmentos del sistema en cantidades iguales. Es probable que existieran diferencias regionales en los bienes almacenados, pero es aún más interesante la posibilidad de que los bienes de subsistencia y ciertos bienes «especiales» o «suntuarios» hubieran seguido distintos circuitos en sus movimientos.

Conclusiones e inferencias

Es evidente que el sistema de almacenamiento de víveres en las zonas alto andinas del Tahuantinsuyu fue un logro extraordinario. En la construcción de sus depósitos, los incas demostraron un sofisticado conocimiento de la utilización del aislamiento y la ventilación para ofrecer a los productos almacenados un ambiente más favorable para su conservación. La evidencia sugiere también que continuamente experimentaron a fin de mejorar sus depósitos. Sin embargo, lo verdaderamente genial en el almacenamiento desarrollado por los incas no radica en la manipulación artificial de los ambientes sino más bien en su sensibilidad para evaluar las condiciones para el almacenamiento de los ambientes naturales, unida a una elaborada organización que les permitía construir instalaciones masivas para depósitos y trasladar gente y productos a regiones favorables para el almacenamiento. Su compleja organización sociopolítica les permitía manejar una gran variedad de recursos naturales y de ambientes en una amplia escala multirregional. La percepción de los recursos y ambientes valiosos no se limitaba a las materias primas y a los climas adecuados para la producción de alimentos; reconocían también las zonas de almacenamiento claves y las incorporaban a su esquema general de coordinación de recursos.

Así como en las zonas quechuas del valle de Urubamba la construcción de andenes y canales de riego amplió la posibilidad de utilización de aquella región, la construcción de instalaciones de almacenamiento en las zonas más altas hizo que se aprovecharan al máximo sus recursos. Se buscaba el desarrollo de cada zona según su propio potencial y se pudieron construir grandiosos centros a modo de ciudades, aun en zonas que a primera vista podrían parecer económicamente marginales. De hecho, dado que las concentraciones de víveres encontraban su mejor ubicación en zonas altas, estas se constituían en las más óptimas para los centros que desempeñaban funciones urbanas dentro del sistema.

La función más obvia del almacenamiento es la de nivelar el abastecimiento de víveres de una sociedad de tal manera, que sean distribuidos uniforme y oportunamente en el tiempo y el espacio. En el ciclo de disponibilidad de alimentos, es el nivel bajo el que fija los límites de la población de un grupo (y tal vez también los de otros elementos de su desarrollo potencial), no el nivel alto o la estación de máxima productividad. El almacenamiento puede tender un puente entre estos dos niveles en el tiempo ya sea de una cosecha a otra o por un tiempo mayor durante los años de malas cosechas. En el caso de las sociedades grandes, el salvar separaciones espaciales es casi tan importante como salvar las temporales. La comunicación y la administración deben ser mantenidas a través de vastas regiones sin tomar en cuenta las cantidades y clases de productos disponibles en ellas. El almacenamiento es casi siempre vital para establecer y mantener un sistema administrativo y sus lazos de comunicación.

El sistema inca de almacenamiento era probablemente un factor esencial para poder mantener una población numerosa y estable. Aun si no realizaba una distribución general de los víveres a las masas desde los depósitos estatales en tiempos de hambruna, se habría podido recurrir de manera eficiente y provechosa a mecanismos más sutiles, como la movilización temporal de grupos de personas a los centros estatales o la asignación de tareas públicas, que les habrían otorgado derecho a alimentarse a costa de las despensas del Inca. Se encuentra fuera de duda el papel que cumplía el almacenamiento en el mantenimiento de la élite y el sistema de administración y comunicación.

El significado del almacenamiento no se limita a sus efectos puramente prácticos. No podemos examinar aquí el tema tan ampliamente como se lo merece, pero un sistema de almacenamiento como el de los incas representaba una acumulación de riqueza tan enorme, que debió haber tenido ramificaciones que iban más allá del mero abastecimiento de una determinada población. Si la riqueza acrecienta el poder, los incas tenían solamente que preocuparse por seguir controlando la cantidad de bienes que habían acumulado. Pero el asunto es mucho más sutil; más importante que la cantidad misma, es el tipo de bienes que constituyen la riqueza, y cómo y dónde se despliegan. En lo que se refiere al sistema inca, nunca conoceremos la mayor parte de estas sutilezas, pero parece que así como se proporcionaba comida donde se necesitaba, ciertos bienes políticamente significativos eran redistribuidos con frecuencia desde el mismo Cuzco, y en consecuencia, su valor se veía acrecentado.

Un sistema de almacenamiento como el que se ha documentado en este trabajo no podría haber aparecido plenamente desarrollado por órdenes de un poderoso

y genial gobernante. Su comprensión del medioambiente es demasiado sofisticada y su plan de organización demasiado amplio. Solamente podría haber resultado a partir de un largo período de desarrollo, pudiendo ser entendido únicamente tomando como referencia patrones de tecnología y de organización más amplios, de los cuales fueron tomados diversos aspectos del sistema.

Si bien la evidencia sobre el almacenamiento preincaico es actualmente importante, es aún insuficiente para comenzar a plantear patrones de desarrollo (Anders, 1975; Browman, 1969; Day, 1973). No obstante, la relación del almacenamiento con contextos sociales y económicos más amplios aporta mucho más al análisis, como consecuencia de los recientes progresos realizados en el entendimiento de muchos aspectos de la organización andina. La relación entre el uso de zonas rurales de almacenamiento, de las que se ha tratado ampliamente en este estudio, y el modelo del «control vertical de pisos ecológicos» elaborado por Murra (1972) resulta muy clara. El almacenamiento, o el clima adecuado para el almacenamiento, era otro recurso estratégico que podía ser utilizado eficazmente mediante este sistema «vertical». En tiempos incaicos, el modelo «vertical» o de «archipiélago» se había extendido a nivel estatal y cumplía funciones que ya no eran estrictamente ecológicas (Murra, 1972, p. 465). De hecho, todo el conjunto de ciudades construidas por el Estado, mencionadas aquí y descritas en otro trabajo como una «estrategia de urbanismo obligado» (Morris, 1973), puede ser considerado como una elaboración de algunos de los principios de «control vertical». Los centros eran, en muchos aspectos, colonias construidas por el Estado para cumplir funciones urbanas.

De este modo, algunos de los principios subyacentes, tanto a los centros estatales como a la red de almacenamiento, derivaban de las tradicionales estrategias de utilización de la ecología alto andina. Era común y corriente que la gente y los bienes fueran movilizados de una zona a otra; cada grupo conocía a fondo una gran variedad de pisos ecológicos, un conocimiento mucho más amplio del que habría sido posible en un sistema basado en el comercio. Había una perspectiva espacial y territorial que contemplaba lo ecológico, lo político y lo económico como realidades muy amplias, no limitadas por las fronteras físicas de un particular asentamiento o región. De este modo, dichos principios hacían posible y regulaban el sistema de almacenamiento de víveres, el cual, visto de esta manera, nos ayuda a observarlos en acción.

Agradecimientos

La mayor parte de la investigación aquí presentada forma parte del «Estudio de la vida provincial Inca», un proyecto patrocinado por el Institute of Andean Research y dirigido por John V. Murra. El proyecto fue financiado por la National Science Foundation (EE.UU.) y autorizado por el gobierno del Perú.

Muchas de las interpretaciones son resultado indirecto de las investigaciones llevadas a cabo en el marco del Huánuco Pampa Archaeological Proyect, financiado también por la National Science Foundation y autorizado por el gobierno peruano. La Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research también concedió una beca.

Dos personas han contribuido de manera muy especial en la realización del trabajo sobre almacenamiento: John V. Murra, director general del proyecto, que alentó y estimuló constantemente esta investigación, más aún su tesis sobre la economía inca, que fue su inspiración directa; y Delfín Zúñiga D., quien fue un incomparable asistente e hizo valiosas contribuciones para la interpretación, ayudando en la ejecución de los trabajos de campo y laboratorio. Asimismo, Donald Thompson, Donald Collier y Robert McC. Adams brindaron importantes sugerencias y ayuda durante las diversas etapas del trabajo.

La infraestructura del control inca en la sierra central peruana[1]

La consolidación y mantenimiento de un Estado tan grande y diverso como el inca podría constituirse en un difícil reto, incluso con la moderna tecnología de transporte y comunicación. El éxito alcanzado por los incas, quienes carecían de vehículos rodantes y de animales de tiro, comenzó a concitar importantes comentarios y admiración desde poco después de ocurrida la invasión española, cuando varios escritores publicaron sus «crónicas». Estos autores tempranos documentaron un fabuloso sistema de caminos, alojamientos y depósitos de suministros que sostenían el desplazamiento real.

> Porque fue costumbre suya, cuando andaban por alguna parte deste gran reino, ir con gran majestad y servirse con gran aparato, a su usanza y costumbre; porque afirman que, si no era cuando convenía a su servicio, no andaban más de cuatro leguas cada día. Y para que hubiese recaudo bastante para su gente, había en el término de cuatro a cuatro leguas aposentos y depósitos con grande abundancia de todas las cosas que en estas partes se podía haber; y aunque fuese despoblado y desierto, había de haber estos aposentos y depósitos (Cieza de León, 1962, p. 224).

Por mucho tiempo se ha asumido que esta red logística era la base de la estrategia inca para gobernar tan vasto territorio. Desafortunadamente, el sistema de caminos, en especial la mayoría de los centros interconectados por ellos, no sobrevivió a la conquista española en un estado operativo. Para la época de Cieza, cuyas observaciones son probablemente las más perspicaces, el sistema se encontraba casi en ruinas. Con respecto a Vilcashuaman, el cronista señalaba:

---

[1] Publicado originalmente con el título «The Infrastructure of Inka Control in the Peruvian Central Highlands» (Morris, 1982).

> Lo que hay que ver desto son los cimientos de los edificios, y las paredes y cercas de los adoratorios, y las piedras dichas, y el templo con sus gradas, aunque desbaratado y lleno de herbazales, y todos los más de los depósitos derribados; en fin, fue lo que no es, y por lo que es juzgamos lo que fue (Cieza de León, 1962, pp. 237-238).

Los registros administrativos, como las visitas de Garci Diez de San Miguel (1567) e Iñigo Ortiz de Zúñiga (1562), que han proporcionado un acceso más directo a las instituciones indígenas andinas, son de fechas incluso más tardías y se refieren principalmente a varias unidades étnicas y políticas locales. Los conocimientos que proporcionan sobre el funcionamiento del sistema infraestructural, de otro lado, son en gran parte incidentales.

Debido a esta escasez de testimonios confiables, las interpretaciones sobre la red infraestructural y el sistema administrativo que aparentemente esta soportaba han seguido la tendencia iniciada por los autores españoles tempranos, reconstruyendo un sistema con principios europeos básicamente utilitarios. La red ha sido vista como un sistema orientado a facilitar y dirigir el movimiento de personas y bienes por el reino, y como una extensión de la burocracia estatal y los mecanismos de toma de decisiones dentro de las provincias. Destacando entre sus habitantes se encontraban los soldados y burócratas, quienes aseguraban y administraban diversas regiones para el Inca. Mis análisis de algunos de los centros integrados al sistema (v. g. Morris, 1972a) han reconocido muchas de las peculiaridades de sus poblaciones y sus relaciones con los asentamientos preexistentes, asimismo han enfatizado su importancia en el mantenimiento de las operaciones militares y de una burocracia estatal.

Los restos materiales de los caminos y complejos arquitectónicos que constituyeron la red se encuentran en muchos casos notablemente intactos. La obvia estrategia de investigación debería ser la de enlazar el estudio del registro material con la información de las fuentes escritas. Una cuidadosa articulación de estas dos fuentes independientes podría ayudar a superar las limitaciones inherentes a los datos históricos incompletos. John V. Murra utilizó este tipo de aproximación en el estudio que en 1963 inició en Huánuco; nosotros la hemos continuado en las recientes investigaciones efectuadas en el centro inca de Huánuco Pampa.

Desde el principio nos hemos focalizado en dos aspectos algo diferentes a lo que parecería ser el lógico rol de los centros provinciales. Por un lado, deseábamos ver qué tipos de funciones estrictamente infraestructurales cumplían. ¿Cuál era la naturaleza de la red de transporte, comunicación y abastecimiento que respaldaba las operaciones estatales ejecutadas siguiendo los objetivos del Cuzco? Por el otro,

deseábamos ver cómo actuaban estos centros en su papel de intermediarios entre el Cuzco y las diversas poblaciones que habían sido conquistadas. ¿Fueron los nódulos más grandes de la red, en cierto sentido, capitales provinciales en las que residían las autoridades y el aparato burocrático encargado de tomar y ejecutar decisiones que afectaban sustancialmente a las poblaciones locales? ¿Fue su papel, con respecto a la población, más limitado, encargándose simplemente de reforzar y controlar una estructura de autoridades preexistente siguiendo un sistema de gobierno indirecto?

El bosquejo que ahora emerge para la sierra central peruana confirma claramente la existencia de un sofisticado sistema de transporte, comunicación y abastecimiento. Esto concuerda en gran medida con la extensión y sofisticación tecnológica que se podría esperar a partir de los testimonios del siglo XVI. Sin embargo, las actividades que al parecer tuvieron lugar en los centros que hemos estudiado no respaldan la idea de un sistema infraestructural que estuviera reservado para el ejército y la burocracia en tanto agentes principales del gobierno. El énfasis estuvo más bien en los rituales y la ceremonia en una variedad de contextos, el sistema infraestructural parece haber estado más dirigido al abastecimiento de estas actividades ceremoniales que a los ejércitos y burócratas.

Las funciones de enlace entre el Estado y las poblaciones locales también parecen haber dependido fuertemente de las implicancias ceremoniales de los centros mayores, los que proporcionaban el escenario en el cual un gran número de personas eran congregadas en elaborados ritos de legitimación. En estos últimos, tanto la distribución de alimentos y de otros tipos de bienes (por parte del Estado), como su consumo, eran aspectos cruciales. Una parte constitutiva de las actividades de estos centros fue, por consiguiente, el abastecimiento, procesamiento y, en algunos casos, la manufactura de dichos bienes. A la luz de las evidencias, las funciones «administrativas» de los grandes centros provinciales se habrían encontrado basadas, principalmente, en reciprocidades tradicionales. Considero que los resultados provisionales de nuestra investigación aquí presentados sugieren que debemos poner más énfasis en dilucidar estas reciprocidades tradicionales tal como fueron empleadas por el Estado. Si bien la comunicación y abastecimiento son importantes, ellos son, después de todo, solamente operaciones de logística que nos brindan una visión muy indirecta de los principios utilizados por los incas para gobernar.

Comunicación, administración y abastecimiento de las operaciones estatales

Un Estado no puede perdurar a menos que tenga medios efectivos para recolectar información, transmitirla a aquellos que toman las decisiones y comunicar estas últimas a los encargados de implementarlas. Ante la carencia de una tecnología de comunicación rápida, el desplazamiento de la información dependerá del sistema de transporte y su capacidad para movilizar mensajeros. Esto puede hacerse con mayor confiabilidad mediante el uso de sistemas de notación, como el *quipu* de los incas.

La comunicación fue un desafío especial para los incas debido al carácter extenso y abrupto del territorio que controlaban. Los sistemas de caminos que establecieron para solucionar los problemas logísticos y de comunicación ya son legendarios, aunque solamente en los últimos tiempos han recibido un estudio realmente científico producto del trabajo desarrollado por John Hyslop. Una evaluación de los resultados de esta investigación sobre la red vial, realizada por el propio Hyslop (comunicación personal en 1982), sugiere que al menos 30 000 kilómetros de caminos estuvieron en uso. El sistema de corredores en postas que llevaban mensajes y probablemente quipus u otros objetos pequeños ha sido muchas veces descrito. Se ha estimado que la velocidad promedio de los corredores era de 240 kilómetros por día (Rowe, 1946, p. 231).

Quiero resaltar la trascendencia de los centros localizados a lo largo de los caminos, tan importantes como ellos mismos. La manutención y protección de las personas y animales que movilizaban los productos e información, así como de los grupos que proporcionaban servicios, era esencial. Si bien la construcción de calzadas, puentes y pasos o gradas en los terrenos inclinados hacía más fácil el viaje, este solo era posible gracias a las provisiones de comida y el alojamiento. Además de proveer de alimentos y albergue, los centros también monitoreaban y supervisaban el flujo de bienes, servicios e información, sirviendo como puntos de recolección y distribución de todos ellos en relación con las áreas interiores adyacentes.

En la sierra central peruana, los centros ubicados a lo largo de la red vial pueden ser adscritos a dos categorías principales: (a) sitios relativamente pequeños utilizados como simples estaciones de paso en la red de transportes y comunicación, y (b) centros administrativos» más grandes que cubrían un rango más amplio de funciones. La distinción entre estos dos tipos de centros, sin embargo, no debería ser tomada muy rígidamente, dado que al menos uno de los sitios prospectados (Tarma) parece haber ocupado un nivel intermedio, tanto en dimensiones como en su rango funcional. Hemos examinado un ejemplo de cada tipo de centro

en mayor detalle: el más grande en Huánuco Pampa (Morris, 1976 y 1980a; Morris & Thompson, 1970) y el *tampu* de Tunsucancha (Morris, 1966), unos 20 kilómetros hacia el sur. La misma variedad de cerámica estilo Inca Tardío fue hallada en ambos sitios. Otros grandes centros incas prospectados, como Pumpu y Jauja, presentaron diferentes interpretaciones e imitaciones de las formas y motivos del Cuzco. Este patrón en la alfarería sugiere que Tunsucancha recibió su cerámica de la misma fuente que Huánuco Pampa y podría ser que, en este caso, el centro más grande hubiera tenido control administrativo sobre el más pequeño.

En función del presente análisis, tres características de Tunsucancha resultan de primordial importancia. En su periferia oriental se localizaban 24 depósitos de almacenamiento con un volumen estimado de poco menos de 400 m^3; lo cual correspondía, para los estándares incas, a una instalación de almacenamiento modesta. Alrededor de su plaza fueron agrupados tres largos edificios del tipo frecuentemente denominado *callanca*. Se piensa que estas estructuras proporcionaban albergue temporal a los transeúntes (Gasparini & Margolies, 1977, pp. 208-209; Morris, 1966, p. 103). Las construcciones referidas ofrecen cerca de 1770 m^2 de espacio techado.

Otros rasgos del sitio incluyen un componente que los arqueólogos podrían caracterizar como una «instalación residencial de élite», una pequeña estructura religiosa y un grupo de pequeñas casas probablemente ocupadas por el personal de servicio. Las excavaciones en algunos sectores de esta instalación residencial revelaron solamente pequeñas cantidades de desechos materiales, en una densidad que no sugeriría su uso intensivo. Quizás las estructuras eran una suerte de residencias oficiales para ser utilizadas solo esporádicamente. Si bien las excavaciones en Tunsucancha fueron limitadas, no se halló nada que sugiriera que el sitio hubiera sido algo más que una estación de paso que proporcionaba provisiones, alojamiento y un pequeño lugar de ofrendas para los viajeros.

Huánuco Pampa cubría un rango bastante más amplio de actividades, su rol era más trascendente que el de una estación de suministros. Algunas interpretaciones generales sobre el sitio han sido ofrecidas previamente (Morris, 1976 y 1980a; Morris & Thompson, 1970; Murra & Morris, 1976). El análisis de los datos aún no ha sido completado y esperamos llevar a cabo más trabajos para identificar otras actividades adicionales. No obstante, los avances realizados hasta la fecha evidencian que el centro habría tenido una enorme complejidad. Allí se reunían las personas que brindaban numerosos servicios al Estado y los que acondicionaban las instalaciones para su funcionamiento. En términos de complejidad, Huánuco Pampa era similar a una ciudad, pero su arquitectura y cerámica estandarizadas

demuestran que fue construida y equipada por el Estado. Fue, pues, parte de la infraestructura gubernamental cuidadosamente planificada.

La evidencia que confirma la comunicación y transporte realizados en Huánuco Pampa es de naturaleza similar a la de Tunsucancha: grandes edificios fueron ubicados alrededor de la plaza principal del sitio para alojar a los transeúntes y depósitos de almacenamiento fueron construidos para alimentarlos (ver figura 1). Las dimensiones del espacio implicado fueron sin embargo muy diferentes. Si asumimos que todas las estructuras localizadas alrededor de la plaza sirvieron para albergar a los transeúntes, alrededor de 5500 m^2 habrían estado disponibles para ello. Los graneros de Huánuco Pampa tenían una capacidad máxima de 39 700 m^3. Una vez llenos de alimentos, este volumen podría haber contenido por encima de un millón de fanegas. Debido a los métodos y contenedores de almacenamiento, el volumen real de comida debió haber sido menor, aun así la cantidad era igualmente enorme.

Resulta interesante comparar los cálculos estimados para el alojamiento de transeúntes y almacenamiento de alimentos en ambos centros. Huánuco Pampa ofrece poco más de cuatro veces la cantidad de espacio para el alojamiento de viajeros. La proporción de la capacidad de almacenamiento de alimentos, sin embargo, es de casi 100:1. Es de esperarse que un centro más grande e importante tuviera una mayor necesidad de albergues para transeúntes. Fuera de los usuales viajeros de grandes distancias que iban por los caminos, las personas de las regiones circundantes podrían haber tenido numerosas razones para visitar Huánuco Pampa. La gran desproporción en la capacidad de almacenamiento existente entre ambos centros, de hecho, refleja algo más que el abastecimiento de un volumen mayor de transeúntes. Una importante cantidad de personal de servicio estaba presente y al parecer se abastecía de las reservas estatales. En otro lugar (Morris, 1981) he sugerido que las diferencias en las capacidades de almacenamiento de las dos instalaciones excedieron lo que se podría esperar sobre la base de sus correspondientes capacidades totales de alojamiento. Considero que estas diferencias y otras evidencias sugieren que Huánuco Pampa estuvo involucrada en el almacenamiento a largo plazo de alimentos de uso estatal, buscando atenuar así el impacto de sus variaciones de disponibilidad anual y estacional, mientras que los depósitos de Tunsucancha estuvieron dedicados a un suministro más inmediato, relacionado al sostenimiento del transporte (Morris, 1981).

El empleo de la fuerza militar o la amenaza de su uso son inevitables en las expansiones políticas de escala comparable a la de los incas y existen pocas dudas de que el ejército jugó un papel fundamental. Tampoco hay dudas

de que los centros administrativos y logísticos ubicados a lo largo de los caminos cumplieron importantes funciones militares. Aunque las evidencias sobre las fronteras de la expansión inca no son muy buenas, al menos en el norte, el sistema vial y los centros administrativos regionales (v. g. Quito) fueron establecidos muy rápidamente cerca de las líneas de frente. Tanto el suministro como la supervisión desde los más altos niveles eran fácilmente disponibles.

Desafortunadamente, la búsqueda de evidencias directas de operaciones y actividades militares en Huánuco Pampa ha sido poco exitosa. Hay numerosos indicios de una vida al estilo de los cuarteles en el sitio, pero los artefactos que podríamos asociar con actividades militares han sido escasos y dispersos. Las armas no son artefactos comunes, en una sociedad tan altamente organizada como la inca es poco probable que hubieran sido empleadas y desechadas de forma casual. Si se rompían quedando inutilizables, podían quedar abandonadas en el campo de batalla. Debemos recordar asimismo que Huánuco fue una región de fuerte resistencia a la invasión española y que la breve ocupación hispana de Huánuco Pampa, quizás, pudo haber contribuido a desaparecer las evidencias de este tipo. Cualquier arma dejada por los indígenas que abandonaron Huánuco Pampa podría haber sido confiscada por los españoles y guardada bajo su estricto control. Los patrones de dispersión y disposición artefactual, de los cuales dependen los estudios arqueológicos como el nuestro, podrían, por consiguiente, no estar reflejando fidedignamente el uso que los incas dieron a este centro.

Además del impacto de los sucesos ocurridos en el período colonial temprano, debemos también considerar las posibles alteraciones del rol militar de los centros logísticos y administrativos experimentadas como consecuencia del desplazamiento de las fronteras hacia el exterior, lo que otorgaba a dichos centros la función de conducir, más concretamente, las operaciones de mantenimiento y abastecimiento intermedio. Esto significaría un énfasis mayor en el respaldo logístico y de suministros de las tropas que en el propio combate. La evidencia sugiere esta interpretación, pero sería esperable, no obstante, algún tipo de preparación para una rápida respuesta a rebeliones en la región circundante y para la protección de la ciudad en sí misma.

Un aspecto del registro arqueológico que no estuvo sujeto a reorganizaciones en los turbulentos años posteriores a 1532 fue la arquitectura. En Huánuco Pampa y sus centros asociados de la sierra central peruana destaca la ausencia de arquitectura defensiva. Un conjunto arquitectónico localizado en el extremo norte de Huánuco Pampa, caracterizado por presentar un muro alto, podría haber sido una pequeña fortaleza. Se ubica al borde de la pampa en la que fue construido el sitio y domina

el valle del río Urcumayu, actualmente llamado Vizcarra. Excepto por esta posible fortificación, el sitio parecería casi alardear de su disposición expuesta, informando que su fuerza y seguridad no dependían de una configuración defensiva.

A partir de los informes escritos por testigos presenciales de los eventos de Cajamarca, sabemos que durante su desplazamiento el ejército inca hacía uso extensivo de toldos y que en aquella ocasión se había alojado en las afueras del pueblo (Jerez, 1917, pp. 47 y 53). No he leído ninguna mención sobre la presencia de grupos numerosos de soldados armados en el pueblo mismo. Estas circunstancias pudieron haberse visto condicionadas en parte por la situación especial de Cajamarca, donde el Inca se encontraba temporalmente instalado tomando baños. Pero también podrían sugerir que, usualmente, los pueblos incas no eran ocupados por soldados. Además de los problemas resultantes de la actual ausencia de evidencias significativas de armamentos, otro de los factores que posiblemente ha condicionado nuestras dificultades para estudiar arqueológicamente las operaciones militares ha sido un prejuicio europeo, que nos ha llevado a buscar algo similar a cuarteles para guarniciones de tropas integradas a un ejército permanente. No existe evidencia que este fuera el modelo inca. Rowe ha señalado que todos los tributarios sanos estuvieron disponibles para el servicio militar, que no hubo un ejército permanente (excluyendo la guardia personal del gobernante) y que gran parte de la fuerza de combate estaba constituida por hombres reclutados mediante el impuesto laboral regular (Rowe, 1946, p. 278).

Si bien esta situación pudo haberse encontrado en proceso de cambio durante los años finales del imperio debido al empleo de grupos étnicos para funciones militares, como los Cañari, en 1532 no existían razones para esperar una rígida distinción entre el personal militar y no militar. Una gran variedad de instalaciones de alojamiento fueron proveídas probablemente a varios grupos de gente; cuando surgía la necesidad, los grupos disponibles más apropiados eran puestos en servicio. Si no se disponía de hombres apropiados entre los residentes, estos debían ser reclutados. Aunque actualmente no nos encontramos en condiciones de poder identificar los depósitos de armamento que habrían sido suministrados a estos grupos, al menos no en Huánuco, estudios posteriores quizás logren reconocer las residencias de algunos de los grupos que estuvieron disponibles y las de aquellos que no lo estaban.

En resumen, la evidencia de operaciones militares en Huánuco Pampa es mínima. Podría ser, dadas las razones que acabamos de señalar, que la evidencia arqueológica de actividades militares se haya visto ensombrecida. Considero, sin embargo, que la mejor interpretación de nuestros datos es que el ejército jugó

solamente un rol secundario en el funcionamiento de los centros mayores a lo largo del sistema vial. Los centros menores, como el de Tunsucancha, no ofrecían facilidades para ninguna actividad, cumplían simplemente un rol abastecedor menor para las tropas en movimiento. Quizás la percepción española del rol militar de estos centros fue un tanto exagerada debido a sus propias inquietudes militares y al hecho de que la limitada visión que ellos tenían del sistema provenía de las inmediatas secuelas de una guerra civil. Un sofisticado sistema de logística militar probablemente tuvo lugar en las provincias, pero, por lo menos una vez que la situación de frontera había sido traspasada, el énfasis parece haber estado en la fácil disponibilidad de provisiones alimenticias e instalaciones de alojamiento más que en el mantenimiento de fuerzas de combate en constante alerta.

Las actividades administrativas son extremadamente difíciles de identificar arqueológicamente debido a que la mayor parte de ellas no se ven acompañadas por concentraciones de artefactos perdurables similares a los presentes en las actividades domésticas, de producción y almacenamiento. Si bien la arquitectura puede sugerir cómo fue utilizado el espacio, requiere de evidencia corroborativa procedente de fuentes escritas o artefactos asociados. A partir de la documentación colonial, resulta claro que actividades burocráticas como la acumulación de información y el registro en *quipus* debieron haber sido desarrolladas en centros como Huánuco Pampa. Desafortunadamente, el *quipu* es un artefacto perecible y solo podemos limitarnos a sostener que determinadas estructuras o sectores del centro estuvieron dedicados a la administración sobre la base de sus características arquitectónicas combinadas con la ausencia de evidencias fehacientes para otros usos alternativos.

Al identificar la administración, debemos enfrentarnos una vez más con el problema de que las obligaciones administrativas acaso no se encontraban rígidamente separadas de otras actividades. De hecho, ellas estuvieron quizá asociadas con actividades y espacios de carácter básicamente «residencial» o «ceremonial». De modo que cualquier afirmación categórica acerca de la administración tendrá que esperar hasta que dichas actividades puedan ser estudiadas. Lo que podemos decir hoy es que la mayoría de bloques arquitectónicos del sitio no estuvieron destinados exclusivamente a operaciones burocráticas o administrativas. Existen pequeñas agrupaciones de estructuras que, en nuestra opinión, pudieron haber sido empleadas para la supervisión de actividades específicas y la conservación de sus registros asociados. El mejor ejemplo de ellas lo encontramos en el grupo de construcciones localizadas debajo de los depósitos de almacenamiento, en la parte sur del sitio (ver figura 1). Este conjunto posee grandes edificios alargados,

los que, casi con seguridad, estuvieron destinados al procesamiento de bienes para ser almacenados y a la conservación de registros, y una serie de residencias que quizás alojaron a los grupos responsables de dichas operaciones. Hay también estructuras ubicadas cerca a las entradas de otros componentes (empleados para una variedad de funciones) en las que posiblemente se llevaron a cabo procedimientos de revisión y registro. Tal es el caso del componente en el que se realizaban las labores de hilado y tejido (Morris, 1974b).

Nuestra visión europea de una capital provincial contemplaría la idea de un centro capaz de tener considerable independencia en ciertos aspectos locales. La información era reunida para el gobierno central y las decisiones de este último eran llevadas a cabo; no obstante, además, se tomaban decisiones en una amplia gama de asuntos locales, con lo cual disminuía la carga administrativa en la capital principal. En un Estado hasta cierto punto flexiblemente estructurado como el Tahuantinsuyu, que tenía que afrontar problemas a grandes distancias, la necesidad de un considerable grado de autonomía regional podría parecer importante.

Aunque debemos tener en mente las implicancias arqueológicas mencionadas, el hecho de que no hayamos sido capaces de localizar un núcleo burocrático y administrativo focalizado en Huánuco Pampa (en gran parte debido a que la mayoría de grupos arquitectónicos parecen haber cumplido otras funciones) plantea algunas importantes preguntas concernientes a su rol en la administración provincial. En primer lugar, exceptuando el tema de la conservación de registros, la administración en sí misma quizá no era marcadamente diferenciada como una actividad separada; formó más bien parte de las actividades ceremoniales y de hospitalidad a las que me referiré en un momento. En segundo lugar, una estructura elaborada de toma de decisiones podría simplemente no haber existido en Huánuco Pampa. La evidencia material sugiere que estos centros fueron extensiones del Cuzco; ellos facilitaban las comunicaciones, sostenían múltiples aspectos de la política estatal y, en cierta forma, representaban a la capital. El énfasis estuvo puesto en ayudar a centralizar la administración estatal más que en establecer capitales regionales con significativa autonomía.

El estudio de patrones residenciales basado en artefactos domésticos que venimos realizando aclarará algunos de estos problemas al proporcionar información adicional sobre el posible personal administrativo. Sobre la base exclusivamente de la arquitectura, solo un conjunto residencial se destaca del resto. Se trata del grupo de construcciones ubicadas justo al oeste de un gran recinto trapezoidal en el sector oriental del sitio (ver figura 6). Su mampostería con aparejo de piedra labrada y baño asociado, junto a su destacada posición en el plano del sitio,

evidencian su naturaleza especial. Desafortunadamente, antes de iniciar nuestro proyecto, las estructuras de este conjunto ya habían sido despejadas por excavadores aficionados hasta un nivel muy por debajo de los pisos, por lo que nunca podremos saber qué tipo de artefactos estuvieron asociados a ellos. Cieza de León (1962, p. 220) y otros cronistas relatan que el Inca poseía un palacio en Huánuco y otras capitales provinciales. Si existía un «palacio» en el sitio, este conjunto podría ser el candidato más probable. Ningún otro edificio de dimensiones residenciales se aproxima siquiera a su alto grado de elaboración arquitectónica. Aunque existen escalas en la calidad de la arquitectura residencial y la cerámica en otros sectores del sitio, no hay ninguna otra estructura, o grupo de ellas, que destaque del resto como un conjunto residencial de élite.

¿Significa esto que la persona encargada permanentemente del centro cumplía un rol de poca importancia? Nuestros datos aún no nos permiten responder a esta interrogante, pero mi interpretación de la evidencia arquitectónica sugiere que solo un enclave residencial estuvo muy por encima del resto. Si este se encontraba reservado para el uso del Inca, usualmente debió haber permanecido vacío. Si posteriores análisis confirman la ausencia de residencias con un nivel muy alto de suntuosidad, tendremos nuevos indicios de la limitada importancia que pudieron haber poseído las más destacadas figuras de autoridad permanente residentes en el centro. El énfasis pudo haber estado focalizado en las instalaciones para el propio Inca, lo que habría dejado simbolizada su presencia en la arquitectura a pesar de que rara vez residiera en ella. Si alguna otra figura de autoridad de alto nivel era mantenida en el centro, su visibilidad parecería haber sido menor. Al igual que en el caso de las guarniciones residentes, la concentración de autoridad administrativa en los centros podría haberse constituido en una fuerza descentralizadora para el Estado. Todo este tema de los gobernantes provinciales y sus relaciones con los centros como Huánuco Pampa requiere mayor investigación, tanto a nivel arqueológico como de las fuentes históricas.

Obviamente muchos asuntos locales fueron tratados de forma local. Resultaría imposible el centralizar las operaciones cotidianas de todo el Estado en el Cuzco. ¿Qué parte de la operación administrativa local estuvo directamente en manos del Estado —y, por tanto, presumiblemente localizada en Huánuco Pampa— y cuánto de ella estaba a cargo de los líderes étnicos locales residentes en asentamientos anteriores a la expansión inca? En el caso de Huánuco, tengo la impresión de que se habría ejercido una gran presión mediante un gobierno indirecto. Es un hecho que el Estado frecuentemente alteraba los patrones de liderazgo preexistentes mediante la sustitución de los líderes que no cooperaban y separando o entremezclando

a ciertos grupos, pero dudo que las funciones más importantes implicadas en el gobierno directo de los grupos locales hubieran sido trasladadas a los centros construidos por el Estado.

Como lo he señalado anteriormente (Morris, 1972a), estos centros a lo largo de los caminos parecen intuir en el patrón de asentamiento local; dan la impresión de que el Estado aún se comportaba como un sistema separado que había extendido su cadena de centros al interior de un territorio extranjero. Grupos como los chupaychu y los yachas continuaban siendo entidades vivas; sus líderes ejercían el control local actuando, en ciertos contextos, bajo las órdenes del Estado. Si bien, desde el punto de vista jerárquico, el papel desempeñado por los centros regionales estatales requiere de mayores explicaciones, no me parece que estos hubieran ocupado simplemente un nivel administrativo intermedio, con una considerable burocracia encargada del gobierno regional y de informar al Cuzco.

El vínculo entre el Estado y la región

Si Huánuco Pampa no fue ni una guarnición militar omnipresente ni un centro específicamente administrativo a cargo de proporcionar aparatos burocráticos y de toma de decisiones importantes y permanentes, ¿cuál fue su papel en la búsqueda de facilitar el control estatal de los grupos étnicos locales? ¿Cómo mediaba en las relaciones que el Cuzco (sede de la máxima autoridad) mantenía con sus pueblos gobernados en zonas rurales? ¿En qué se diferenciaba de los centros mucho más pequeños, *tampu*, que parecen haber sido poco más que estaciones de paso destinadas para ciertas categorías de viajeros?

Aunque el registro material no puede brindarnos respuestas cabales para estas interrogantes, un conjunto de datos provenientes de Huánuco Pampa sugiere la dirección general en la que podrían ubicarse. En el sector oriental, contiguo al conjunto residencial que podría haber alojado al propio gobernante, se ubican 12 estructuras rectangulares alargadas agrupadas alrededor de dos amplias plazas (ver figura 6). Prácticamente todos los que han estudiado o visitado el sitio han hecho alusión a este grupo de estructuras debido a su centralidad en el plano general del sitio (v. g. Harth-Terré, 1964). Antes de las excavaciones, me inclinaba por identificar a estas plazas como majestuosos salones en los que se realizaban actividades administrativo-burocráticas. Las excavaciones supervisadas por Pat H. Stein en las estructuras de esta área, no obstante, pusieron rápidamente fin a esta idea de los solemnes salones burocráticos. Ella encontró un conjunto completo de cerámica para cocinar, restos de alimentos, áreas de cocina y, literalmente,

toneladas de grandes cántaros que, se presume, habrían estado asociados sobre todo a la producción de chicha (Stein, 1975).

El papel de la chicha en la religión y ceremonia inca ha sido resaltado por muchos investigadores (Murra, 1960; Rowe, 1946, p. 292), y, recientemente, he planteado algunas observaciones sobre su producción a gran escala en Huánuco Pampa y su fundamental importancia en el crecimiento político y económico inca (Morris, 1978). Una de las imágenes más completas de la importancia política de la chicha ha sido presentada por María Rostworowski de Diez-Canseco (1977, pp. 240-244) para la costa norte peruana. Los líderes de esta región operaban lo que los españoles identificaron como «tabernas», en las que se realizaban grandes borracheras. Cuando un señor local viajaba, cada vez que detenía su litera para descansar, la gente se acercaba y bebía a sus expensas. Además de los chicheros, había numerosos porteadores que llevaban generosas cantidades de bebida, esto originaba un enorme séquito que acompañaba a los líderes. Los españoles montaron toda una campaña para acabar con lo que ellos consideraban un consumo excesivo de bebida, llevado a cabo frecuentemente en el contexto de «rituales paganos» (Rostworowski, 1977, p. 241; Rowe, 1946, p. 292).

El análisis de Rostworowski demuestra que el poder político y sus derechos económicos asociados se encontraban relacionados a estas ceremonias de libación. Aunque estas últimas quizá fueron religiosas, al menos nominalmente eran también una manera de establecer y mantener la relación entre los dirigentes y los dirigidos. Era sobre todo la generosidad de los señores la que podía reunir la lealtad política y la mano de obra para los campos de cultivo y la construcción de ciudades. Si nuestras interpretaciones preliminares son correctas, la instalación de espacios construidos junto con los miles de cántaros para producir chicha representaría una de las principales inversiones efectuadas por el Estado inca en Huánuco Pampa. En términos de relaciones Estado-grupos locales, esa podría haber sido la función clave del sitio, la que se habría visto apoyada por muchos de los otros espacios y actividades presentes en el centro. Un elaborado escenario habría sido construido para las ceremonias que forjaban la relación entre el Inca y aquellos cuyos servicios eran importantes para él.

El rol de la hospitalidad pública como fuente de autoridad se encuentra bien documentado en otras sociedades. El análisis de Barth sobre los Swat Pathanes, resulta ilustrativo:

> Podría parecer […] que los regalos y la hospitalidad serían menos importantes que los sobornos y los pagos para respaldar los derechos de autoridad. En los hechos,

> sin embargo, ocurre lo contrario. Los sobornos y pagos crean relaciones que resultan onerosas y peligrosas. Los regalos y hospitalidad, por el contrario, son de primordial importancia en el fortalecimiento de una adhesión política (Barth, 1959, p. 77).

Según Barth, en el caso de los Swat Pathan, esta «primordial importancia» se debería en gran medida a la magnitud de los bienes redistribuidos; de modo que, en realidad, los receptores se vuelven dependientes de ellos. «Un continuo flujo de regalos crea necesidades y fomenta la dependencia, y la amenaza de su interrupción se convierte en un poderoso dispositivo disciplinario» (Barth, 1959, p. 79). Pero la cantidad no es el único factor: «El escenario de la mayoría de las entregas de regalos y la hospitalidad es la "casa de los hombres". Aquí la eficacia de los regalos se ve reforzada por su transferencia; el carácter pródigo del señor local se hace conocido entre los foráneos, quienes se ven así atraídos a visitar su "casa de los hombres"» (Barth, 1959, p. 80).

Ante la falta de datos etnográficos similares a aquellos con los que contaba Barth, aún no estamos en condiciones de medir el grado de «generosidad» del Estado redistributivo inca que Murra por primera vez esbozara hace más de dos décadas (Murra, 1980, cap. 6). Los centros de almacenamiento estatales evidentemente guardaban enormes riquezas y el personal de servicio estatal apostado de forma relativamente permanente en sitios como Huánuco Pampa, para el año 1532, se había hecho quizá dependiente de ellas. La pregunta clave, sin embargo, es: ¿cuán dependientes de los bienes del Estado se habían convertido las unidades políticas y económicas más pequeñas (las personas que vivían en los pueblos y aldeas)? El poder del Estado podría haberse incrementado enormemente si era capaz de ejercer un control directo sobre las economías locales. Aunque carecemos de información cuantitativa suficiente para responder esta importante pregunta, los datos disponibles sugieren que, si bien la economía recíproca pudo haber estado dirigida hacia el incremento del control estatal, en 1532, este último se encontraba limitado posiblemente a ciertos bienes suntuarios (Morris, 1974b y 1978; Murra, 1962a). Dichos bienes, como los textiles, eran fundamentales en las relaciones del Estado con los líderes locales.

La participación estatal en la redistribución de alimentos estuvo probablemente limitada a ocasiones festivas y al mantenimiento del servicio laboral. Aunque las cantidades de alimentos eran relativamente grandes, en la mayoría de los casos se trató de un aprovisionamiento temporal e involucró a un segmento pequeño de la población. Los principales beneficiados, una vez más, fueron los líderes locales. No se puede descartar el papel que pudieron haber cumplido los depósitos de almacenamiento estatales en tiempos de hambruna; no obstante, las unidades

económicas locales parecen haber permanecido básicamente autosuficientes en lo referente a los bienes de subsistencia, al menos en la sierra central peruana. El papel económico del Estado estaba focalizado en el mantenimiento de los servicios estatales y la redistribución de bienes identificados con la redistribución de prestigio y poder. En la región de Huánuco, para la cual tenemos datos, esta redistribución aparentemente era canalizada a través de las estructuras políticas locales preexistentes. En cierto sentido, se trataba de un clásico caso de control indirecto.

El rol que los centros como Huánuco Pampa cumplían en este esquema de control político y económico indirecto, basado en la reciprocidad, era el de proporcionar un contexto ceremonial, e inclusive una estructura de organización (Morris, 1980b), ideados para articular tanto la interrelación entre diversas unidades locales como la relación de cada una de ellas con el Inca. Aunque la mayoría de estas unidades eran preincaicas, las formas más grandes de organización eran nuevas. El aspecto central y dinámico de los centros «administrativos» fue, por con siguiente, que empleaban la reciprocidad y otras tradiciones económicas y políticas andinas asociadas para legitimar (y muchas veces crear) las unidades de organización a gran escala, esenciales para un Estado tan grande. De este modo, eran verdaderos centros administrativos, aunque la forma de administración y el vínculo entre las unidades diferían esencialmente de los modelos burocráticos que por lo general asociamos a las «capitales regionales».

Comentarios finales

Como muestra de las dificultades implicadas en la elaboración de un marco conceptual adecuado para el caso inca, resulta sintomático el hecho de que los datos e interpretaciones presentados en las dos secciones de este trabajo parecen de alguna manera contradictorios. La evidencia de la planificación a gran escala que produjo los caminos, sistemas de comunicación y miles de bienes almacenados no encaja completamente con las prácticas administrativas que, dependiendo de los festines y ceremonias político-religiosas, articulaban al Estado con los grupos que gobernaba. Tendemos a asociar la sofisticación en la planificación e ingeniería con Estados seculares provistos de grandes y permanentes burocracias. En el Tahuantinsuyu, la sofisticación, planificación, e incluso las actividades burocráticas, estuvieron integradas al Estado mediante una serie de instituciones que normalmente estarían asociadas a escalas menores de organización.

Parte de las contradicciones derivan del hecho de que el Estado inca estaba cambiando rápidamente. La rapidez de este cambio podría haber repercutido no solo en nuestras dificultades de interpretación, sino también en la notoria disparidad existente entre el registro arqueológico y parte de la información que encontramos en las fuentes históricas. Como ha sido demostrado por Julien (1982), existe abundante evidencia escrita sobre la existencia de una jerarquía relativamente fija y decimal de administradores, relacionada en particular a la tributación. Pese a que una intensa vida ceremonial es documentada por los cronistas tempranos, no se le otorga un lugar central en los contextos del poder y la administración, algo que me inclino a asignarle desde la arqueología.

De hecho, la diferencia entre estos dos énfasis corresponde, en parte, a la diferencia entre dos tipos de materiales radicalmente distintos. Las posiciones burocráticas no pueden ser reconocidas fácilmente en el registro material y las fuentes escritas tampoco reflejan a plenitud un sistema ya en descomposición y solo vagamente comprendido por los cronistas. Además, uno podría esperar que los administradores decimales estuvieran más dispersos a lo largo de las unidades que les habían sido encargadas y que solo unos pocos ocuparan los niveles superiores que implicaban residir en un centro regional. Sospecho, sin embargo, que la disparidad es en parte consecuencia de los tiempos rápidamente cambiantes y de las discrepancias entre los planes e ideales de los gobernantes incas —el sistema administrativo decimal fue supuestamente inventado por Pachacuti— y las realidades de las tradiciones andinas más antiguas sobre las cuales el crecimiento y control del imperio seguían estando basados.

Las direcciones del desarrollo nativo se vieron alteradas para siempre por los eventos de 1532 y solamente podemos especular sobre los procesos que pudieron haber estado cambiando el arte andino de gobernar en aquel tiempo. La tradición andina, de la que los incas eran herederos, desarrolló complejas instituciones sociales, políticas y económicas que manejaban y coordinaban efectivamente los recursos de variadas ecologías, originando grandes excedentes que eran almacenados para salvaguardar la infraestructura gubernativa que mantenía unido el sistema. Gran parte de la energía del sistema estuvo dedicada a las «inversiones», tales como los proyectos de aterrazamiento y habilitación de otras tierras, o el almacenamiento; esto permitía sostener el crecimiento económico necesario para financiar ambiciones políticas y mantener una élite cada vez más grande. Sin embargo, la información aquí presentada sugiere que, al menos en parte del imperio, enormes recursos eran puestos en el aparato infraestructural y ceremonial, lo que estaba principalmente dirigido a la perpetuación y crecimiento

del poder en sí mismo. El énfasis se encontraba focalizado en la distribución y el consumo, no en la producción.

En este sistema, la necesidad de crear y mantener funciones directivas de alto nivel resulta evidente. La cuestión tiene que ver con los costos implicados en el mantenimiento de este aparato administrativo. Los límites pueden ser establecidos dado que los costos son mayores que las ventajas obtenidas de la coordinación de una gama de recursos cada vez más amplia. Por un lado, existe una tendencia muy recurrente en las sociedades estratificadas de dedicar una parte muy desproporcionada de su producción total para el mantenimiento de su élite gobernante. Por otro lado, existe lo que podríamos llamar los «costos redistributivos» del poder ganado constantemente, en un sistema donde los roles y estatus no se encuentran bien definidos. En el caso inca, considero que estos últimos costos fueron particularmente onerosos y que —si pudiéramos tener una clara visión de la dinámica de los últimos años del gobierno inca— veríamos un intento por parte del Estado de girar hacia un sistema basado en múltiples conjuntos de relaciones recíprocas entre los numerosos y distintos niveles de liderazgo por debajo del nivel estatal, dentro de una jerarquía mejor definida, más permanente y perfectamente ordenada, con el poder fluyendo desde lo alto.

Hasta el momento, las variables del desarrollo político y económico andino nos resultan poco comprensibles como para seguirlas más allá. Sin embargo, a partir de la reciente información arqueológica, considero que podemos concluir que las funciones más importantes de los centros administrativos, como Huánuco Pampa, y tal vez del sistema de infraestructura en su conjunto, fueron las de ofrecer instalaciones y bienes a través de los cuales podía ganarse autoridad.

Reconocimientos

La investigación arqueológica en Huánuco Pampa fue financiada por las subvenciones GS28815 y BNS-7825109 de la National Science Foundation, siendo autorizada por el Gobierno Peruano (Resoluciones Supremas 015 y 1030, 1972 y 31-74-ED).

Arquitectura y estructura del espacio en Huánuco Pampa[1]

Huánuco Pampa, localizado en la parte más alta de la cuenca del Marañón a una altitud por encima de los 3700 metros, fue uno de los principales centros administrativos incas en el camino principal que va de Cuzco a Quito. Su particular importancia para el estudio de la arquitectura y planificación urbana incaica radica en el hecho de que es el único gran centro verdaderamente inca que ha sobrevivido con los detalles de su planeamiento casi intactos. Aunque sus techos ya no existen y los muros de todos los edificios, con excepción de los más importantes, se encuentran derrumbados a un nivel por debajo de la mitad de su altura original, es posible todavía elaborar un plano exacto de la mayoría de sus construcciones.

Por varios años mis colegas y yo hemos llevado a cabo un estudio arqueológico general de Huánuco Pampa con el objetivo de reconstruir las más importantes actividades que tuvieron lugar en dicho centro y el rol que desempeñó en el gobierno de las provincias. Aún no se ha llevado a cabo un estudio arquitectónico en sí; sin embargo, se ha completado un plano de la mayor parte del sitio y se han estudiado algunos rasgos arquitectónicos, como el tamaño de los edificios en relación con el planeamiento de las excavaciones (Morris, 1974b). Las conclusiones finales del proyecto estarán basadas en los patrones de asociación entre los rasgos arquitectónicos y los diversos tipos de artefactos vinculados a ellos.

Desde mi punto de vista, el estudio arqueológico de la arquitectura es muy parecido al realizado con otros restos culturales; estamos interesados en por qué

[1] Artículo publicado originalmente en *Cuadernos* del Instituto Nacional de Antropología de Buenos Aires (Morris, 1987).

la gente hace ciertos tipos de objetos materiales (en este caso edificios) en lugar de otros tipos posibles y en por qué los distribuyeron en el espacio en la forma como lo hicieron. Este último campo, el de la organización espacial, confiere particular importancia a la arquitectura. Ningún otro tipo de evidencia arqueológica puede brindarnos una información directa similar sobre la manera en que las actividades fueron ordenadas e integradas a un todo funcional o, al menos, sobre la forma cómo debían ser ordenadas de acuerdo al pensamiento de ciertos miembros de la sociedad.

Los factores que determinan la forma arquitectónica, tanto del edificio individual como del asentamiento planificado, son básicamente los materiales disponibles y la configuración del terreno, además de las actividades o funciones para las cuales los conjuntos arquitectónicos han sido destinados y los principios generales simbólicos que guían a los constructores, derivados del fondo cultural e ideológico de las sociedades.

Desafortunadamente el rico potencial de la arquitectura antigua se encuentra contrabalanceado por numerosos riesgos: los aspectos funcionales no pueden ser reconstruidos sin una información adicional acerca de las actividades (la cual puede provenir de artefactos asociados en circunstancias correctas) y, por otro lado, la reconstrucción del significado simbólico nos lleva a un terreno esencialmente inaccesible a través de la arqueología por sí misma. En el caso de los Andes, sin embargo, somos afortunados pues podemos disponer de registros escritos y de lo que consideramos una buena continuidad cultural hasta el presente. No obstante, no tenemos acceso a la gente que hizo los monumentos, por lo que los esfuerzos tentativos por describir y, en alguna medida, interpretar la arquitectura de Huánuco Pampa que aquí presentamos deben ser tomados como incompletos y sujetos a una posterior revisión sustancial.

He dividido la discusión en tres partes que reflejan diferentes niveles de organización de las actividades así como del planeamiento arquitectónico. Comenzaremos presentando los edificios individuales, una tarea que en Huánuco Pampa se vio facilitada debido a que la mayoría de las estructuras se encuentran separadas y poseen un solo cuarto. Posteriormente, serán examinados algunos ejemplos de conjuntos múltiples de edificios bien definidos y, finalmente, se dedicará la mayor parte de la discusión al plano global de la ciudad. En todo caso, es importante tener en cuenta el importante significado del centro tal como lo entendemos en el presente, visto tanto desde las fuentes arqueológicas como desde las escritas. Huánuco Pampa fue el instrumento de poder y autoridad del Cuzco en una lejana área provincial, su principal función fue la de mediar las relaciones económicas y social

es en un nivel nuevo, todavía inconcluso. Ambos rasgos de su arquitectura y planeamiento, el utilitario y el simbólico, deberían reflejar ese propósito fundamental y ayudarnos a entender cómo fue realizado.

Edificios individuales

Tal como lo ha señalado Rowe (1944, p. 24), la unidad básica de la arquitectura inca es un edificio rectangular, relativamente pequeño, hecho de piedra y con techo de paja. Estas construcciones son similares en muchos aspectos a la forma básica de las casas que aún hoy en día se encuentran en los Andes. Si bien se las elabora de muchas maneras, y con frecuencia se las construye en fina mampostería, estas unidades arquitectónicas básicas mantienen su unidad inclusive cuando se encuentran combinadas en grupos para formar complejos arquitectónicos especiales.

El plano de Huánuco Pampa muestra que el edificio rectangular pequeño aparece en una sorprendente variedad de tamaños y orientaciones. La mayoría de estas estructuras tienen solo una puerta y no parecen haber contado con ventanas, aunque son comunes las puertas múltiples cuando el largo excede aproximadamente los 10 metros; debemos recordar sin embargo que los muros, que rara vez han conservado su altura, nos permiten determinar si existieron o no ventanas. Aún no se ha completado el estudio estadístico del tamaño de los edificios. Un examen preliminar de la información concerniente a sus dimensiones, proveniente de varias secciones del sitio, muestra que las diferentes dimensiones, en especial la media proporcional, varía considerablemente de un sector a otro. Una muestra de alrededor de 800 estructuras procedentes de cuatro sectores de la ciudad evidencia que las longitudes de los edificios tienden a agruparse alrededor de tres puntos: 7,5; 11,5 y 16,5 metros de largo. El número de los edificios de este último grupo es bastante menor que el de los otros dos y ninguno de los grupos se encuentra muy concentrado espacialmente. El ancho de los edificios es mucho menos variable que el largo, la gran mayoría fluctúa entre 4 a 7,5 metros de ancho. Existen obvias restricciones estructurales en lo referente al tamaño de los edificios, en especial en cuanto a su ancho. El uso de columnas para soportar el techo parece haber sido evitado en Huánuco Pampa, excepto en el caso de los grandes edificios públicos, como se menciona más abajo; las divisiones interiores también fueron utilizadas en rara ocasiones.

Se ha llevado a cabo un estudio preliminar de los intervalos existentes en las medidas lineales del largo y ancho de los edificios. Los resultados de dicho estudio

deberían proporcionar evidencias de los sistemas de medición que pudieron haber sido empleados en la construcción de la ciudad. La conclusión más importante que se puede obtener a partir de la información disponible en la actualidad es que la ciudad es altamente variable en dos sentidos: en cuanto a la extensión, en la cual parece haberse seguido un intervalo regular, y en cuanto a la naturaleza del intervalo, cuando puede detectarse alguno. Las estructuras de la parte central del sector oriental, por ejemplo, tienden a seguir el intervalo de aproximadamente 64 centímetros; el cual, según lo señala Gasparini (en comunicación personal), ha sido observado en otros sitios con arquitectura inca. En otros sectores de la ciudad se encuentra alguna forma de estandarización focalizada en áreas pequeñas, tanto en la medida como en el tamaño de los edificios, pero no se hace manifiesto ningún patrón general. Resulta evidente que la construcción de la ciudad no estuvo basada en un sistema de medidas uniforme y rígidamente impuesto. Más bien parecería un trabajo realizado con diversas medidas, llevado a cabo con imprecisión, como si la construcción hubiera sido ejecutada por grupos de constructores locales con variados sistemas de medición y distintos grados de control y supervisión por parte de los especialistas. Las construcciones del Estado se realizaban por la labor de la *mita*, y la arquitectura residencial común, que constituye la gran mayoría de los edificios en Huánuco Pampa, quizá no fue lo suficientemente importante como para recibir la estricta supervisión de especialistas del Estado.

Además del edificio rectangular pequeño básico, pueden distinguirse en Huánuco Pampa otros cinco tipos de estructuras. Las más importantes, numéricamente hablando, son unas estructuras circulares con una sola puerta y un umbral a nivel del piso. Estos edificios parecen haber tenido fundamentalmente funciones residenciales. Dichas estructuras son relativamente raras en la arquitectura inca, por lo que la presencia de más de 1000 en Huánuco Pampa hace manifiesta la influencia de tradiciones regionales de arquitectura preincaica. En el contiguo valle alto del Marañón son comunes los edificios circulares. De cualquier modo, el estilo de mampostería y otros detalles de construcción difieren en las estructuras circulares de la ciudad inca.

Dos formas de edificios se encuentran relacionadas estrechamente a las estructuras domésticas rectangulares y circulares antes mencionadas: las *colcas*, o edificios de almacenamiento, rectangulares y circulares. Se distinguen de la arquitectura residencial, principalmente, por sus pequeñas puertas y por presentar un umbral alto. Son también en promedio más grandes que las estructuras residenciales y se encuentran ubicadas a mayor altura, en las laderas de un cerro. Otra forma básica de edificio es la estructura alargada rectangular identificada en la literatura como *callanca*.

Se localizan especialmente alrededor de las plazas principales y estuvieron destinadas para servir como edificios públicos, siendo en ocasiones empleadas para hospedar gente de paso. Su gran tamaño requirió algunas veces del uso de columnas interiores para soportar el techo. Una forma similar de arquitectura, también relacionada con el uso público, se encuentra constituida por la plataforma con aparejo de piedra. Existen dos de ellas en Huánuco Pampa, similares en su idea básica pero bastante diferentes en los detalles. Una se encuentra en el medio de la plaza central y ha sido designada como *ushnu*, la segunda tiene una vista hacia el estanque artificial y hacia el cercado trapezoidal próximo a la periferia este de la ciudad (ver figura 1). Ambas parecen haber tenido pequeños edificios construidos sobre ellas; sin embargo, estos se encuentran casi completamente destruidos.

No tenemos aquí suficiente espacio para explayarnos más en estas cinco categorías de edificios. Algunas descripciones de ellos pueden ser encontradas en las siguientes fuentes: residencias circulares (Morris, 1971, pp. 140-141); *colca* circular y rectangular (Morris, 1967, pp. 184-193); *callanca* (Morris, 1967, pp. 202-203; Gasparini & Margolies, 1977, pp. 204-216); la plataforma *ushnu* (Shea, 1966; Harth-Terré, 1964).

Conjuntos arquitectónicos

Examinando el plano de Huánuco Pampa resulta evidente que muchas de sus estructuras no se encuentran asociadas a ninguna otra de manera obvia. Muchos de estos edificios quizás funcionaron como unidades individuales, encontrándose desconectados del resto de estructuras cercanas a ellos; en otros casos, las relaciones arquitectónicas no reflejan vínculos importantes en cuanto a sus funciones y actividades. De otro lado, existen varios ejemplos de complejos arquitectónicos bien definidos en los cuales las estructuras que los componen se encontraban claramente interrelacionadas. Los edificios individuales y las actividades desarrolladas en su interior constituyen una dupla integrada a un complejo mayor de edificios y actividades, los cuales pudieron ser concebidos como una unidad.

Algunas de estas unidades, como la *cancha* residencial, han sido mencionadas en la literatura (Rowe, 1944, pp. 24-25; Gasparini & Margolies, 1977, pp. 186-196). En el examen de estos conjuntos de edificios es particularmente importante tener algún conocimiento de sus funciones a fin de poder interpretar sus relaciones arquitectónicas. Me limitaré aquí a la discusión de dos conjuntos para los cuales contamos con información preliminar referente a sus asociaciones artefactuales, lo que nos permitirá una interpretación funcional.

El primero es una unidad residencial *cancha* conformada por diecinueve estructuras circundadas por un muro, la cual se encuentra localizada en la parte sur de la ciudad (ver figura 11). El carácter residencial del conjunto en general se comprueba por la existencia de fogones de cocina y por la cerámica encontrada al interior y cerca de las estructuras. Esta cerámica consiste en una mezcla bastante típica de jarras, ollas y platos domésticos. Actualmente se encuentra en elaboración un estudio de la diferenciación interna de actividades desarrolladas dentro del conjunto a partir de la información brindada por los artefactos. No obstante, existen indicios preliminares que sugieren que, en líneas generales, la mayoría de estas estructuras sirvieron de escenario para actividades domésticas, con sutiles diferencias entre los edificios.

Figura 11. Plano de *cancha* residencial localizada en el sector sur de Huánuco Pampa (Zona IIIC)



La arquitectura del conjunto es excepcionalmente homogénea; la mayor parte de las estructuras son grandes, en particular comparadas con otras que se encuentran en los alrededores. Todas, salvo tres, de un total de dieciocho estructuras rectangulares, presentan 14,5 metros de largo o más y forman parte del más grande de los tres grupos de estructuras rectangulares mencionado arriba. El largo promedio para el conjunto es de aproximadamente 17 metros; la media proporcional de 15,6 metros se encuentra influenciada por las tres estructuras pequeñas. El ancho es aún más homogéneo que el largo. Quince de las estructuras estrechamente agrupadas presentan cerca de 7 metros de ancho. La media proporcional, el ancho promedio y la modalidad de los anchos del grupo son todos de 6,9 metros. La estandarización de tamaño es tan obvia aquí que se puede inferir casi con certeza que se utilizó alguna forma de medición.

El acceso y el flujo de tránsito interno no pueden ser reconstruidos con exactitud. La entrada principal se encontraba aparentemente en el extremo este del muro que cerca el conjunto, pero pudo haber existido también otro acceso en el extremo oeste donde, en efecto, no existe un muro que cerque el conjunto.

Las seis estructuras de la parte noreste son, al mismo tiempo, las más regularmente ordenadas y las más aisladas del punto de acceso. Casi forman una *cancha* dentro de otra *cancha*.

Uno de los rasgos más destacables en la arquitectura doméstica de Huánuco Pampa es la relativa escasez de la forma *cancha*. Tomando en consideración la planificada construcción de la ciudad por parte del Estado, podríamos esperar que la clásica *cancha* hubiera sido el elemento predominante en la construcción. Sin embargo, como ha sido señalado antes, la vasta mayoría de la arquitectura residencial común no parece haber sido construida bajo ninguna especificación estricta y el gran número de casas circulares podría reflejar, de hecho, la incorporación de un estilo local. La *cancha* descrita con anterioridad junto a los otros tipos es por consiguiente excepcional y parecería haber colocado a sus residentes en un lugar aparte, de una manera aún desconocida. A medida que nuestro estudio sobre los tipos de residencia y arquitectura residencial continúe, será importante ver si el tipo *cancha* estuvo reservado para alguna forma especial de unidad residencial.

El segundo agrupamiento de edificios se encuentra localizado en el sector norte de la ciudad, incluye cincuenta edificios cercados por un muro y puede ser considerado parte de la arquitectura más rigurosamente planificada en Huánuco Pampa (ver figura 2). Hemos formulado interpretaciones preliminares pero relativamente firmes acerca de las funciones de la unidad (Morris, 1974b y 1979a).

Estas interpretaciones hacen ver al conjunto como un sitio de producción de chicha y tejidos en cantidades importantes. Dado que las fuentes escritas atribuyen la manufactura de estos productos para el Estado a las *acllas*, es una hipótesis razonable que tal grupo fuera el responsable de su producción en este lugar. Varias características del registro arqueológico y arquitectónico corroboran esta hipótesis. En primer lugar, el acceso al conjunto se encuentra estrechamente controlado, presenta una sola entrada en el sector sur del muro perimetral del conjunto que conduce a un patio pequeño, frente a una estructura poco usual con una puerta en el extremo y a un edificio cuadrado muy pequeño. Este énfasis en el control y la seguridad concuerda con nuestra idea de la reclusión de las «mujeres escogidas». Las hileras regulares de estructuras similares en la parte norte del conjunto están compuestas por una especie de casernas que constituyen la arquitectura y tienden a sugerir una unidad ocupacional no familiar. La densidad de material arqueológico recuperado sugiere una residencia y uso permanente, lo cual disiente con la ocupación temporal que se pensó caracterizaba a la mayor parte de Huánuco Pampa. En otro lugar (Morris, 1974a) he subrayado la aparente variación de las actividades de las *acllas* y he postulado que diferentes grupos de ellas pudieron haber residido en otros sectores de Huánuco Pampa.

Si eliminamos las estructuras asociadas inmediatamente con el área de entrada, los grandes edificios abiertos que miran directo a la plaza interior y los edificios cuadrados pequeños localizados en algunas «calles» del conjunto, los edificios se encuentran muy estandarizados en forma y tamaño. Un grupo de 31 estructuras fluctúan entre los 17,8 y 19,1 metros de largo, con un promedio de 18,2 metros. Un segundo grupo de siete edificios en la parte oeste del conjunto es en alguna medida más pequeño, fluctuando entre los 13,2 y 14,3 metros de largo, con un promedio de 13,7 metros. Con una excepción posible, todos estos edificios tienen dos puertas y contaron originalmente con un solo cuarto (una división fue agregada más tarde a uno de estos). Aunque parecen haber existido variaciones menores en las actividades asociadas con estos grupos más importantes de estructuras, todos parecen haber servido para dos funciones: como residencias y como talleres. Las diferencias en el tamaño de los edificios pertenecientes a los dos grupos reflejan aparentemente la necesidad de ajustar las construcciones al inusual espacio trapezoidal del conjunto y no a una diferencia funcional.

Recientes interpretaciones sobre el flujo del tránsito y la estructura de actividad dentro del conjunto indican que los edificios cercanos a la entrada se encontraban asociados con el control del acceso al conjunto y, probablemente, con «el manejo» de las actividades desarrolladas dentro del conjunto. La plaza abierta y los grandes

edificios que la rodean sugieren un espacio más público que el de las hileras de talleres-residencias estandarizados que constituyen gran parte del conjunto. Las diferencias entre las actividades realizadas en las subdivisiones arquitectónicas que hemos sugerido deben ser verificadas y desarrolladas mediante el estudio de la distribución de artefactos que estamos llevando a cabo, pero podemos empezar a vislumbrar un panorama emergente de cómo las unidades arquitectónicas comunes pudieron ser combinadas en formas complejas para cumplir funciones bastante especializadas.

Divisiones más importantes del plano de la ciudad

No hay duda alguna de que Huánuco Pampa fue construida de acuerdo a un elaborado plano preconcebido. Como se indicó con anterioridad, la propia naturaleza y localización de los diversos edificios individuales es irregular y no parece haber sido estrictamente controlada. Pero la ciudad como un conjunto siguió claramente una disposición general que la dividió en varias áreas distintas y le dio, desde un punto de vista occidental, una forma excepcional.

El rasgo más sorprendente del plano es el inmenso espacio abierto cercano a su centro (ver figura 1). La «plaza» mide aproximadamente 520 por 360 metros; una plataforma de piedra labrada, localizada casi al medio de ella, mide alrededor de 48 por 32 metros y fue construida sobre una base de 74 por 69 metros. Los otros edificios que actualmente crean confusión datan de una breve ocupación española (Morris, 1979b; Gasparini & Margolies, 1979, pp. 113-117). Es este espacio el que domina la configuración total del sitio, por ello Shea (1966) ha sugerido que más que contar simplemente con un espacio abierto dentro de ella, la ciudad parecería casi asirse de los extremos de su plaza.

Irradiando hacia afuera de la plaza central, hacia los extremos de la ciudad, hay una serie de líneas, algunas mejor definidas que otras, que subdividen el sitio en varias zonas distintas. Usualmente estas líneas corresponden a estrechos espacios abiertos, más que a algún tipo de calles, pero en la parte oriental de la ciudad dos de ellas toman la forma de muros que cercan un enorme complejo en la parte central de dicha área. Las dos líneas más obvias son en realidad el *Capacñan*, el cual en efecto corta el sitio por la mitad. El camino sur lleva hacia afuera de la ciudad a través de la esquina sureste y cruza un puente sobre un arroyo que emana de un ojo de agua. El camino norte pasa por fuera de la esquina noroeste. Las posiciones de las líneas o calles en las esquinas noreste y suroeste son menos claras. En el noroeste, justo al sur de la esquina, una calle parece salir de la plaza;

sin embargo, esta se torna algo confusa cerca de la periferia del sitio. Existen algunos indicadores de que una construcción más tardía no mantuvo exactamente lo que fue el trazo original. En la esquina suroeste surge alguna confusión por el hecho de que aquella área parece haber estado aún en construcción cuando el funcionamiento de la ciudad fue interrumpido. Varias estructuras en esa sección parecen no haber sido utilizadas nunca. Esto, junto a otras evidencias arqueológicas adicionales, demasiado complejas para ser aquí detalladas, me lleva a creer que el espacio abierto que sale de la plaza en dirección suroeste podría no haber sido tan significativo en la planificación de la ciudad como parecería sugerirlo un rápido examen del mapa. En lugar de ello, intuyo que el lindero entre las zonas oeste y este corresponde al espacio abierto un tanto más estrecho que sale de la plaza principal en dirección exactamente más al sur.

La base para la división del sitio en cuatro partes principales consiste de esta manera en una serie de líneas reconocibles, al menos parcialmente, como calles o caminos. Además del mantenimiento de espacios abiertos para indicar estas líneas, los ejes de los edificios (particularmente el eje grande) situados sobre o cerca de las líneas estuvieron con frecuencia orientados en una dirección concordante con ellas. En mi opinión esta tendencia en la orientación de los edificios, relacionada con una serie de líneas irradiando de la plaza central, es un principio muy básico del diseño de la ciudad. Este se encuentra implícito, al menos de una manera general, incluso en la mayoría de las zonas que presentan una construcción irregular y cuando es quebrantado, como en el caso de la zona sur, se encuentran con frecuencia muros para indicar las líneas.

Una inspección del mapa permite identificar otras líneas irradiando desde la plaza. Dichas líneas se encuentran otra vez marcadas por estrechos espacios abiertos, muros y por la orientación de los edificios. Las líneas más obvias son dos calles aparentes que cortan la zona norte de la ciudad en tres secciones. La calle que comienza al norte del sector central del *ushnu* es particularmente notable ya que atraviesa el extremo oeste de dos de las áreas más formalmente planificadas del sitio, así como un área de construcción irregular cercana a una profunda quebrada.

La zona este también parece haber estado subdividida en tres secciones. Aquí las divisiones son creadas por muros circundantes y el resultado es la definición de un conjunto muy elaborado y formal rodeado en ambos lados por dos sectores con una arquitectura menos elaborada. Es interesante que la sub-zona o sector central esté ligeramente separado de los otros dos. Se encuentra dividido asimismo por una línea que, como Harth-Terré (1964) apuntó hace varios años, pasa casi exactamente al este de un punto que se encuentra sobre el *ushnu*, a través

de ocho entradas que llevan a una plataforma elevada alta desde la cual se domina un estanque artificial próximo al extremo este del conjunto. La línea o pasaje a través de la entrada es bastante estrecha y no lleva a la parte exterior del sitio. Por esta razón parece estar relacionada más específicamente al complejo cercado y no haber servido para marcar límites de la misma manera que las otras líneas. Esta línea quizás se encuentra relacionada con el equinoccio solar y su significado especial es señalado más abajo.

Las zonas oeste y sur del sitio se encuentran subdivididas de forma menos nítida que las zonas este y norte. Una subdivisión en la parte oeste es claramente una «calle». Las orientaciones de las construcciones sugieren una segunda división cercana a la periferia sur de la zona, pero esta división no sigue completamente a través de la plaza y se encuentra en el área en construcción mencionada previamente. Pareciera como si se hubiera planeado una división en tres partes de la zona oeste, encontrándose el linde en la línea de edificios que acabamos de mencionar, o tal vez todavía más al sur por entre las estructuras más irregulares y los conjuntos más claramente organizados de edificios alrededor de cuatro plazas pequeñas (ver figura 12). La relación de esa unidad, un tanto alejada y regular, permanece todavía oculta; dada su orientación, estoy convencido de que perteneció a la zona oeste y no a la zona sur a la cual se encuentra ligeramente cercana.

«Calles» abiertas separan la zona sur principal de la ciudad en tres partes desiguales. La inspección de la orientación de los edificios sugiere que los sectores este y oeste de esta zona pudieron haber estado todavía más subdivididos, haciendo un total posible de por lo menos 6 divisiones. En todo caso, estas últimas subdivisiones son extremadamente subjetivas.

Hacia el extremo sur del sitio, entre el área plana referida como propiamente la ciudad y los almacenes sobre la falda de la colina que se encuentra más al sur, se presenta la zona de arquitectura más irregular. Con excepción de algunos conjuntos de sus periferias oeste y noreste que parecieran corresponder a grupos de *canchas*, esta zona se compone de pequeñas estructuras rectangulares y circulares. Al principio de nuestro trabajo planteamos la hipótesis de que esta zona representa, ya sea: a) un área de estructuras más tempranas ocupada por trabajadores de la construcción que se encontraban construyendo la parte central de la ciudad, o b) un área en alguna medida separada de la ciudad planificada, quizás análoga a las zonas marginales que algunas veces aparecen cerca de las ciudades modernas y de las instalaciones del Estado. Si la primera proposición fuese correcta, podríamos esperar que las cerámicas difirieran de aquellas del período más tardío de total control estatal evidenciado en otras partes del sitio. Si la segunda hipótesis fuese

Figura 12. Primera interpretación de la organización espacial



la correcta, esperaríamos que la gente que se encontraba ocupando las estructuras hubiera de alguna manera sacado ventaja de la presencia de la ciudad sin encontrarse directamente involucrada en sus actividades principales. Esto implicaría una cierta separación del control directo por parte del Estado, evidente en la mayor parte del resto de Huánuco Pampa, y también un menor acceso a la típica cerámica «estatal».

Las excavaciones sugieren que ninguna de estas hipótesis es correcta. Los mismos tipos de cerámica identificados como estatales que predominan en otras zonas de la ciudad también predominan aquí. Además, el plano de la ciudad muestra que aunque las disposiciones internas de los extremos norte y sur son bastante diferentes, son por el contrario muy similares en términos de su relación con la plaza central, y sus orientaciones crean una clara simetría norte-sur en la forma del asentamiento. Hemos establecido de esta manera que la zona fue en alguna medida residencial y creo que también formó parte del plan general de la ciudad. Mayores detalles sobre su relación con el resto de la ciudad y con las calles o líneas que irradian hacia afuera desde la plaza podrán quizás ser trabajados mediante el estudio de los artefactos asociados con las diversas zonas.

Se puede ver a través del mapa que las *colcas* en la ladera de la colina al sur son en cierto sentido una extensión más prolongada de su zona sur. No obstante, el plano resulta más simétrico sin los edificios de almacenamiento y podría argüirse que estos últimos no se encontraban incorporados en la planificación de la misma forma que la arquitectura que sirvió para albergar a la gente más que a los bienes. Existen sin embargo muchos ejemplos de sitios de almacenamiento incas que no guardan una relación obvia con centros habitacionales, tales como Cotapachi en Bolivia (Gasparini & Margolies, 1977, pp. 309-311) y algunos edificios de este tipo cercanos a Jauja (Morris, 1967, pp. 147-152). En este caso, una vez más debido principalmente a su orientación, creo que los edificios de almacenamiento fueron una parte integral del plano de la ciudad. Resulta difícil ir más allá sin información específica escrita en el siglo XVI; no obstante, como he señalado en otra parte (Morris, 1981), existen razones funcionales para la ubicación de los depósitos en las laderas de la colina. Asimismo, la posición vertical empleada en el almacenamiento del maíz y tubérculos reflejaría la ubicación de estos cultivos en el paisaje ecológico. La zona de almacenamiento presenta la complicación de encontrarse localizada en la superficie vertical de una empinada ladera integrada al plano de la ciudad, que en otros sectores es más bien llano. Pero las *colcas* guardan una relación general con las líneas que irradian hacia afuera de la plaza.

Si bien las posiciones exactas de algunas de las líneas descritas anteriormente se encuentran sujetas a diversas interpretaciones, estoy convencido que el principio de líneas irradiando hacia afuera desde una plaza central es un elemento fundamental del plano de la ciudad. Existe un segundo aspecto del plano que es menos obvio y manifiesto, pero que igualmente considero fundamental en términos de significado y funcionamiento del sitio en tanto «capital» de los territorios del interior.

Este segundo aspecto del diseño es el uso de otra serie de líneas más o menos perpendiculares a las primeras. Estas líneas actúan para crear un conjunto irregular de espacios concéntricos o encajados unos dentro de otros en relación con el centro del sitio. El corte transversal de las líneas que irradian hacia afuera desde el centro, mediante perpendiculares, tiende a formar las unidades vagamente trapezoidales que caracterizan al planeamiento inca. Dichas líneas y las unidades espaciales resultantes pueden ser vistas en los muros y/o en la orientación de los edificios en los límites norte, este y oeste del sitio. También figuran significativamente en las divisiones internas de la parte central de la zona este y quizás también en la parte central de la zona norte. Existen indicios de ellas en otras partes, pero se encuentran tan poco definidas que no vale la pena discutirlas aquí. Estas divisiones rara vez se extienden a través de los límites que dividen las zonas creadas por las líneas que irradian hacia afuera, por lo menos en una forma claramente definida. Sus principales funciones son dividir el espacio dentro de las zonas en una serie de unidades diferenciadas que se extienden hacia afuera desde el centro, como se vio originalmente en la zona este, y definir los límites de la ciudad.

El orden y la jerarquía de las unidades

El principio consistente en líneas irradiando desde el centro de un sitio dividido por otras líneas transversales, formando diversos tipos de unidades o bloques, es muy simple y puede ser adaptado a una variedad de fines, presentando asimismo una diversidad de significados. Con el objetivo de comprender el plano, será necesario observar las diferentes unidades creadas y considerar cuidadosamente sus interrelaciones. La evidencia arquitectónica concerniente a la manera en que fue dividido el espacio no es en sí misma adecuada para este fin. Necesitamos evidencias acerca de las actividades para las que se usaron los espacios e, idealmente, sobre lo que «significaron» para la gente que los planificó. En el caso inca, la información referente a estas actividades debe provenir de las asociaciones arqueológicas, mientras que las interpretaciones acerca de cómo el espacio arquitectónico encaja dentro de amplios sistemas conceptuales deben basarse fundamentalmente en la evidencia escrita complementada con los conocimientos

extraídos de los estudios etnográficos. Como lo he señalado con anterioridad, la evidencia arqueológica aún viene siendo estudiada y el alcance de este artículo no permite una total exploración de las diversas, y frecuentemente contradictorias, interpretaciones posibles del material arquitectónico que pudieran complementar a la evidencia etnohistórica y etnográfica. Mis observaciones tienen de esta manera una intención preliminar y son ofrecidas con el fin de estimular la discusión y la investigación más que como algún tipo de interpretación final de Huánuco Pampa.

Los estudiosos de los Andes no dejarán de advertir la sorprendente similitud existente entre las líneas y divisiones descritas anteriormente y diversos aspectos de los principios y agrupamientos identificados por Zuidema (1964) como resultado de sus estudios del sistema de los *ceques* del Cuzco[2]. Existen, no obstante, numerosos problemas al tratar de establecer una correlación precisa entre los datos arquitectónicos de Huánuco y aquellos del sistema de los *ceques*. Tanto los análisis de Zuidema como los materiales en los que se basan son extremadamente complejos, cuando agregamos a ello las complejidades mayores y lo incierto del registro arqueológico se hace evidente, desde el principio, que no pueden llevarse a cabo simples comparaciones[3]. Las comparaciones se tornan aún más complicadas debido a que no sabemos cómo se relacionaban los *ceques* con la ubicación de la gente y unidades arquitectónicas del Cuzco. Aunque existen indicios sugerentes (Zuidema, 1964, cap. IX), las localizaciones tuvieron una importancia secundaria dentro de los objetivos del estudio original de Zuidema, y la información del Cuzco no nos ayuda mucho a ubicar ni las huacas de *ceques* específicos ni los edificios asociados a los grupos sociales relacionados con los *ceques*. Las descripciones conocidas del siglo XVI no son suficientemente detalladas y el Cuzco se encuentra en la actualidad bastante destruido. En Huánuco Pampa nos enfrentamos al problema opuesto. El plano se encuentra notablemente intacto, pero no contamos con evidencia escrita directa con la cual interpretarlo. Nos vemos obligados a trabajar con restos materiales y a tratar de reconstruir los principios que guiaron su producción. Esto implica varios pasos separados en una reconstrucción moderna de las propias teorías incas de organización. Pero en eso radica la expectativa, al igual

---

[2] El patrón principal mediante el cual los *ceques* fueron agrupados de a tres dentro de los cuatro cuartos del Cuzco fue también señalado por Rowe (1946, p. 300).

[3] Zuidema (1953) señaló las similitudes superficiales existentes entre el sistema de los *ceques* del Cuzco y la organización de las aldeas de los Bororo y otros pueblos del este del Brasil. Estas similitudes superficiales han sido proyectadas del plano de la aldea Bororo (Lévi-Strauss, 1952, p. 38; 1963, p. 141) al plano de la ciudad de Huánuco Pampa. Las diferencias en complejidad, sin embargo, son enormes.

que el problema, de comparar la información arqueológica con los estudios de la organización del Cuzco basados en los registros escritos. Juntando pacientemente ambos tipos de información podría lograrse una mejor comprensión de cómo se expresaron los principios incas en el funcionamiento efectivo de la sociedad.

A pesar de las dificultades, creo que muchos de los principios generales esbozados por Zuidema son esenciales para un mejor entendimiento del plano de Huánuco Pampa. Yo sugeriría también que dicho plano es un documento muy importante para el conocimiento de los principios organizacionales incas. Ha sobrevivido la destrucción que derribó o transformó virtualmente todos los otros centros importantes y puede ser observado sin la visión europea que, en diverso grado, está presente en todas las fuentes escritas.

En ese trabajo solamente será posible desarrollar las formas más generales de correspondencias entre el plano de Huánuco Pampa y los modelos de los *ceques*. El hecho de que las formas en que se expresan los principios estructurales específicos varíen según las cambiantes relaciones y perspectivas, constituye un impedimento para inferir correspondencias más precisas. Pareciera ser que el plano arquitectónico fue diseñado en sí mismo para funcionar dentro de varias perspectivas. A medida que los estudios arqueológicos continúen, el avance en la reconstrucción del total de actividades deberá proporcionar la información contextual que hará posible una interpretación más específica del plano.

La correspondencia más importante entre el plano y los modelos desarrollados por Zuidema en su trabajo sobre los *ceques* es la evidencia de una bipartición, tripartición y tetrapartición. Varias divisiones fueron construidas alrededor de la plaza central y sus relaciones internas y orden jerárquico sugieren muchas similitudes con los modelos de los *ceques*. En realidad, considero que pueden postularse dos interpretaciones un tanto diferentes del plano. Estas variaciones pueden encontrarse relacionadas a dos perspectivas incas algo diferentes acerca de la organización de la ciudad. Ambas interpretaciones parecerían ser comparables en ciertos aspectos a lo que Zuidema (1964, caps. IV y V) denominó la «primera y segunda representación de la organización del Cuzco». Las dos hacen uso de la mayoría de las líneas que irradian hacia afuera de la plaza para, como se describió con anterioridad, crear divisiones. Difieren sin embargo en el número de divisiones creadas y, lo más importante, en la posición del eje que divide el sitio en dos partes.

En la primera interpretación (ver figura 12), las divisiones más importantes resultan de la división en dos partes del sitio por medio del *Capacñan* que cruza la plaza en una dirección sureste-noroeste. Estas divisiones se subdividen a su vez

mediante las aberturas menos claras e importantes cercanas a las esquinas noreste y suroeste de la ciudad. Las cuatro divisiones creadas de esta manera son nuevamente subdivididas, cada una en tres unidades, por los espacios, muros y la orientación de los edificios descritos anteriormente.

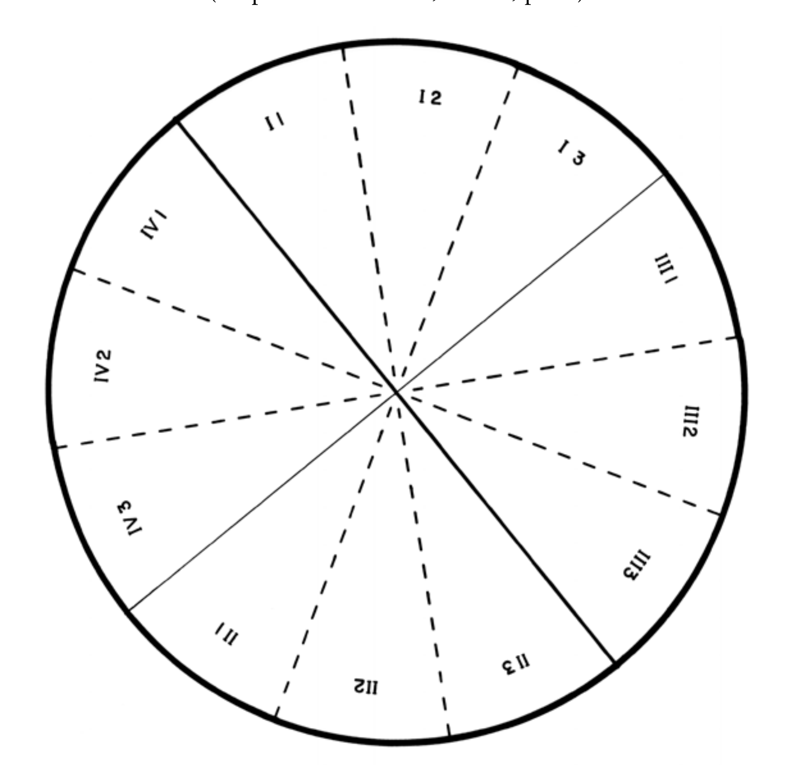
Este conjunto de doce divisiones, al igual que los principios generales de su organización, parecen guardar gran correspondencia con los rasgos generales de la «segunda representación» de la organización del Cuzco propuesta por Zuidema (1964, cap. V). Este esquema organizativo también es tratado por Wachtel (1973a, pp. 36-44), como la estructura primera o «fundamental». No estoy sugiriendo que estas divisiones sean propiamente resultado de las líneas-*ceque*. No tenemos evidencias que aquí hubiera existido un sistema de huacas similar al sistema de los *ceques* del Cuzco. Además, las correspondencias que veo conciernen a las formas en que los *ceques* fueron agrupados y ordenados en los niveles más abstractos; no observamos ningún indicio de las cuarenta líneas adicionales junto con las cuales, según Zuidema, los propios *ceques* fueron trazados.

Voy a utilizar parte del sistema de notación empleado por Zuidema. Los números romanos se refieren a las cuatro divisiones mayores. Zuidema también utiliza en algunas ocasiones los números romanos para aludir a las posiciones de los cuatro *suyus* del Imperio en la organización del Cuzco: I. Chinchaysuyu, II. Collasuyu, III. Antisuyu y IV. Cuntisuyu. Las tres subdivisiones dentro de las divisiones más importantes se designan como 1, 2 y 3. Este sistema de notación es familiar a muchos investigadores andinistas y considero que representa un enfoque que puede usarse para la comprensión de las unidades espaciales más importantes y su ordenamiento. Reitero, sin embargo, que uso las correspondencias y notación para ayudar al entendimiento de la organización arquitectónica y espacial. Sugiero que algunos de los principios que Zuidema identificó se encuentran implicados aquí, no que las divisiones representen necesariamente a los grupos de *ceques* o los grupos particulares de parentesco y clases de matrimonio discutidos por Zuidema.

Para nuestros fines, quizás aún más importante que los principios de bipartición, tripartición y tetrapartición sea el ordenamiento jerárquico de esas divisiones. Tanto la arquitectura como los restos excavados en varias zonas y sub-zonas de Huánuco Pampa muestran modelos que los arqueólogos usualmente interpretan como jerárquicos y la comparación entre la manera en que se encuentran ordenadas estas unidades espaciales y el ordenamiento de los grupos de *ceques* en el Cuzco nos intriga. No contamos con suficiente espacio aquí para entrar en detalles, pero pueden observarse en el plano algunas diferencias en cuanto a la regularidad de la construcción y el tamaño. El mapa presentado en la figura 12

y el diagrama de la figura 13 resumen las comparaciones entre el plano arquitectónico y los agrupamientos de *ceques*. Las bases para las representaciones en el plano son: a) la división de la ciudad en dos partes por medio del *Capacñan* y b) la clara diferenciación arquitectónica de las dos mitades. De esta manera, las zonas norte y este se convierten en *hanan* o altas (I y III) y las zonas sur y oeste se convierten en *urin* o bajas (II y IV). Las tres sub-zonas dentro de las cuatro zonas mayores son adjudicadas siguiendo la secuencia sugerida por el modelo de los *ceques* (ver figura 13). Una confirmación más de la aplicación del modelo es la relación de la simetría del sitio con la simetría del sistema de los *ceques*. Tal como las inversiones en la anotación lo indican, las dos mitades son básicamente una réplica de la otra. I es similar a II y III lo es a IV. Cada elemento de cada par tiene su contraparte en el otro. El hecho de que las unidades arquitectónicas pertenezcan a diferentes mitades jerárquicamente ordenadas, de todos modos, resulta en diferentes tipos de planeamiento y ejecución.

Figura 13. Diagrama que muestra el orden de los grupos de *ceques* (adaptado de Wachtel, 1973b, p. 37)



No es posible aquí hacer interpretaciones acerca de los significados de las divisiones. Esenciales para el presente análisis son las ampliamente aceptadas (sino completamente entendidas) relaciones jerárquicas entre *hanan* y *urin*. Las subdivisiones de cada uno de estos en dos partes fueron también dispuestas jerárquicamente y, por lo menos para algunos fines, fueron denominadas «alta» y «baja».

Fundamentales en nuestro análisis fueron asimismo las distinciones tripartitas *collana*, *payan* y *cayao*. Tal como fueron utilizados por Zuidema (1964, pp. 40-46 y 101-103), quien se refiere a la división tripartita como el «primer principio de organización», estos términos conciernen principalmente a relaciones de parentesco y matrimonio, pero en un sentido amplio se refieren tanto a grupos políticos como a principios. Los tres forman una jerarquía descendente, que se hace más compleja en la medida que se ve cortada por divisiones duales y cuatripartitas transversales, y varían de acuerdo a los diversos contextos en que son utilizados en la organización social del Cuzco. Para nuestros fines, quizás el principal significado de los términos se encuentre relacionado a la adscripción de *collana* para los incas, los conquistadores, y *cayao* para los no incas, aquellos que son conquistados. La posición de *payan* varía de acuerdo a la perspectiva, pero es básicamente intermedia, habiendo estado usualmente vinculada a *collana* en tanto «asistentes y sirvientes», considerándose ambos incas y no incas opuestos a *cayao*. Sin embargo, cuando *collana* y *payan* son considerados como opuestos el uno con el otro, *payan* es el que se encuentra por debajo (Wachtel, 1973a, pp. 32-33). Cuando se refieren a las cuatro divisiones del Cuzco en la «segunda representación», I es *collana* y III es *payan*, mientras que II y IV juntos pueden ser considerados como *cayao* (Zuidema, 1964, p. 49).

La arquitectura en Huánuco Pampa es en líneas generales compatible con lo que, siguiendo a Zuidema, denominaríamos «la segunda representación». La arquitectura más formalizada se asocia con I y III (es decir, la parte «alta» del sitio), y dado que 2 es *payan* y III es también en un sentido *payan*, el sector más elaboradamente planificado y ceremonialmente importante de la ciudad debió estar identificado categóricamente con este principio que hizo posible la vinculación de lo inca con lo no inca. Ciertamente dicha identificación no debería resultar sorprendente en un centro que funcionó como un mediador entre el Cuzco y el resto del universo que pretendió gobernar. Es asimismo interesante el que I2 (también *payan*) sea otra zona con arquitectura planificada ya que sabemos que fue un sector con importantes funciones estatales (Morris, 1974a).

El motivo principal para la elaboración de la zona ceremonial designada aquí como III2 parece haber derivado de una interpretación más acorde con la «primera representación» de Zuidema que con su «segunda», según fue explicado anteriormente.

La primera interpretación del plano arqueológico, que presenta unas cuantas diferencias menores, fue originalmente esbozada a partir de la caracterización estratigráfica del sitio con el objetivo de tomar muestras durante la excavación (Morris, 1974b). Su similitud con el diagrama de la «segunda representación» de Zuidema se puso de manifiesto después de que fuera elaborada. El trazo real de las líneas no es pues el resultado de un intento premeditado de equiparar la arquitectura al modelo de los *ceques*. La segunda interpretación (ver figura 14) es menos independiente. Examinando la adaptación de las líneas y divisiones arquitectónicas a los modelos de los *ceques*, se llevó a cabo una deliberada verificación para ver si una división del sitio en dos grandes partes a lo largo de un eje este-oeste correspondía a cualquiera de las representaciones del sistema de los *ceques*. Dicha línea se encontraría basada en las entradas localizadas al interior de la denominada sub-zona III2 y en la «calle» que separa IV1 de IV2. Esta división no parece encajar en la «segunda representación» ya que dividiría III en una forma inconsistente con la tripartición más lógica de la zona.

Se puede notar, sin embargo, que una línea este-oeste crearía dos divisiones simétricas, las cuales también incluirían a las zonas de arquitectura irregular y a los edificios de almacenamiento ubicados al sur, zonas difíciles de incluir en la primera interpretación. Esta división en dos mitades simétricas sugiere la «primera representación» del sistema de los *ceques* (Zuidema, 1964, cap. IV). En esa representación la organización del Cuzco se ve reducida a dos partes: I = Chinchaysuyu - *hanan* y II = Collasuyu - *urin*. En esta representación, III = Antisuyu y IV = Cuntisuyu son considerados propiamente fuera del Cuzco. En términos del principio de tripartición, I = Chinchaysuyu es *collana* y II = Collasuyu es *payan*; III y IV, excluidos propiamente de la ciudad, son considerados *cayao*.

Figura 14. Segunda interpretación de la organización espacial



En esta representación existen cuatro divisiones internas en cada mitad. En el Cuzco, estas divisiones corresponden en la mitad alta a los *ceques* I1b, I1c, I2c y I2b; en la mitad baja, las divisiones corresponden a los *ceques* II1b, II1c, II2c y II2b. Si bien, una vez más, no existe ningún indicio de que las divisiones deberían tener estas precisas indicaciones de *ceques*, es posible dividir cada una de las dos mitades simétricas originadas por la línea este-oeste en cuatro partes mayores por medio de la eliminación de todas las divisiones que fueron menores o ligeramente problemáticas en la primera interpretación. Las divisiones mostradas en el mapa correspondiente a la figura 14 se encuentran basadas en las calles o caminos más anchos y en la línea recta que atraviesa las puertas en el sector oriental. Las dos calles principales del lado norte y la calle principal del lado sur (que sale directamente de las gradas de la plataforma *ushnu* del centro de la plaza) no han sido eliminadas. Las zonas identificadoras son asignadas de acuerdo con la simetría del sitio y del modelo. Comienzan en el este de ambas mitades con las divisiones asociadas a *Collana*.

Este grupo de divisiones parece razonable en términos de criterios arqueológicos excepto por dos hechos: la línea que atraviesa las entradas separa lo que parece ser arquitectura unificada y unidades de actividad, y las mitades transversales alta y baja resultantes dividen, hasta un punto significativo, las áreas con elaborada arquitectura (al este) de aquellas con arquitectura extremadamente rústica (al oeste). De esta manera, en términos puramente espaciales, las divisiones parecen razonables; sin embargo, las características arquitectónicas y de actividad indican que si esta segunda interpretación es en efecto legítima, ella muestra una perspectiva bastante diferente de la primera.

Comentarios finales

Recalco una vez más que las interpretaciones aquí señaladas han sido propuestas como hipótesis que necesitan una confirmación adicional basada en materiales independientes; su verdadero valor podrá ser juzgado solo al final de nuestro estudio arqueológico, cuando veamos cómo se relacionan con las actividades en la ciudad y en la medida en que nos ayuden a entender dichas actividades. En este momento, se puede hacer un par de comentarios preliminares que sugieren las formas en las cuales dos interpretaciones arquitectónicas en proceso de variación pueden encajar dentro de una eventual síntesis global de la naturaleza de una ciudad administrativa incaica.

Primera consideración. Como lo ha enfatizado Wachtel (1973a, p. 36), la «segunda representación» en la reconstrucción de la organización social del Cuzco de Zuidema es la más completa[4]. Si existe una analogía entre ella y la primera interpretación de la organización de la arquitectura y el espacio de Huánuco Pampa que se ofrece aquí, las divisiones y su ordenamiento podrían representar a la ciudad en tanto conglomerado de varios grupos, algunos de los cuales eran percibidos como extranjeros, como forasteros. Mi evaluación preliminar de la evidencia arquitectónica y la cerámica concuerda con dicho panorama.

La «primera representación» del Cuzco, por el contrario, elimina esencialmente, en lo que concierne a la capital misma, las divisiones correspondientes a *cayao*. Estas divisiones asociadas con los conquistados o no incas, son vistas como externas a la ciudad. Solo se incluyen las dos divisiones más importantes: I = Chinchaysuyu (*collana*) y II = Collasuyu (*payan* en esta representación). Las otras divisiones, en tanto son consideradas externas a la ciudad, III = Antisuyu y IV = Cuntisuyu (ambas consideradas como *cayao*), son eliminadas en términos de espacio arquitectónico siendo divididas en dos partes por medio del eje principal que divide la ciudad.

Una segunda consideración se basa en la evidencia de la excavación y se relaciona principalmente con la segunda interpretación de la arquitectura (ver figura 14). Hemos excavado cinco estructuras que fueron claramente utilizadas para fines religiosos. Sus usos religiosos fueron demostrados por medio de sus características arquitectónicas y de sus artefactos asociados. Estas cinco estructuras se encuentran localizadas en la mitad sur (parte baja) del sitio, distribuidas ampliamente a través de lo que correspondería a II en la figura 14. En la mitad norte (parte alta), no se ha confirmado la existencia de edificios que hubieran cumplido funciones similares, aunque una pequeña estructura incompleta localizada justo al norte de la línea divisoria, en la zona este, podría haber estado destinada a constituirse en algún tipo de edificio religioso, quizás un templo del Sol. Es interesante que los sacerdotes se encontraran usualmente asociados a la parte baja del Cuzco, mientras que los gobernantes lo estuvieran con la parte alta (Zuidema, 1964, pp. 162-166 y 245-246).

Estos indicios arqueológicos y etnohistóricos parecen implicar dos grupos básicos de distinciones. Uno de ellos se encuentra relacionado a diferencias sociales y étnicas esenciales entre los grupos que componían el Estado.

[4] Si bien existen algunos indicios, hasta ahora no he visto un paralelo claro entre el plano de Huánuco Pampa y la «tercera representación» planteada por Zuidema (1964, cap. IV) o con el principio decimal de organización.

Aunque aún no conocemos las particularidades de las relaciones entre las zonas y los grupos que las utilizaron, es posible que implicaran mecanismos para el establecimiento de patrones de interacción jerárquica entre los diversos grupos componentes y sus gobernantes incas. Estos mecanismos probablemente incluyeron varios tipos de reciprocidad económica y política como las presentadas por Murra (1958 y 1980) y batallas rituales como las descritas en las fuentes etnográficas y escritas (v. g. Hartmann, 1971-1972; Hopkins, 1979).

El otro tipo de indicios parecen tener más que ver con la religión y con el acondicionamiento de la ciudad siguiendo un eje solar. Zuidema (1964, p. 60) ha sugerido que su «primera representación» fue empleada principalmente en relación con el mito de origen inca. Rowe ha señalado el rol central de Huiracocha en la religión inca, en particular ha resaltado la importancia de Huiracocha en el esfuerzo «de proveer nuevas y coherentes instituciones centrales que pudieran integrar los diversos pueblos sobre los cuales Pachacuti había extendido recientemente el gobierno Inca» (Rowe, 1960, p. 423). Considero que gran parte de la arquitectura de la zona este de Huánuco Pampa refleja el mito de origen y que la adoración de Huiracocha fue el foco de la actividad religiosa de la ciudad; la cual, por lo menos en alguna medida, fue organizada por el Estado[5].

Estas distinciones sugieren, pues, que las dos interpretaciones arquitectónicas disonantes que han sido presentadas tendrían diferentes significados. De ser correctas, podría ser que los diferentes ejes creados por las divisiones básicas del sitio simbolizaran los amplios significados de estas dos maneras en que podía ser percibido el plano. En la primera interpretación, el *Capacñan* representa el enlace entre el Cuzco y los diversos grupos foráneos que procuró incorporar. En la segunda, una línea aproximadamente relacionada al equinoccio solar hace énfasis en la simetría, en una división igualitaria en dos mitades, sugiriendo quizás la mediación, armonía y orden interno.

Aunque ambas interpretaciones presentan matices distintos en sus significados, sería una simplificación extrema denominar a una sociopolítica y a la otra religiosa. Ellas se encuentran parcialmente superpuestas, pero también exhiben cierto grado de contradicción. No existe razón alguna para que las dos, o las «representaciones» con las cuales parecerían corresponder, sean vistas como

[5] Este artículo originalmente contemplaba incluir un análisis detallado de los edificios y espacios relacionados con la zona este y la línea central del sitio, mostrados en la figura 14. Esto hubiera posibilitado una discusión más sustancial sobre la arquitectura ceremonial y el principio de división espacial concéntrica. No obstante, el tiempo y otros impedimentos han hecho poco práctico el incluir dicho material aquí.

antagónicas. Zuidema (1964, p. 209) ha señalado que «una persona particular podía personificar grupos distintos en las diferentes representaciones, esto llevaba a que en ocasiones la misma persona cumpliera diferentes roles dentro de la llamada historia de los incas». La arquitectura y el espacio también podían desempeñar diferentes roles. Cambiar perspectivas sería particularmente fácil en un lugar donde gran parte de la población no era realmente permanente. Como lo hemos indicado en otro lugar (Morris & Thompson, 1985; Morris, 1972), Huánuco Pampa no era una ciudad en el sentido europeo del término, aun cuando se considera que desempeñó muchas de las mismas funciones. Se le puede comparar en muchos sentidos con un enorme escenario que era utilizado por el Estado para la integración de un área provincial fragmentada. Además de proveer habitación y espacio para la gente y actividades económicas, la arquitectura proporcionaba un medio a través del cual las divisiones y combinaciones podían ser manipuladas por el Inca. En parte el «telón de fondo» arquitectónico era simbólico, pero su objetivo final en términos arquitectónicos era el de permitir y configurar las actividades y relaciones humanas. El plano de la ciudad, de esta manera, fue diseñado considerando muchos dominios de la organización social y la cosmología; pero también puede ser visto como un intento de manipular sobre el terreno elementos de la religión andina, relaciones económicas y sociopolíticas, así como de construir un nuevo orden en el mundo que «administró».

Reconocimientos

La investigación arqueológica en Huánuco Pampa fue financiada por las subvenciones GS28815 y BNS-7825109 de la National Science Foundation, siendo autorizada por el gobierno peruano (Resoluciones Supremas 015 y 1030, 1972 y 31-74-ED). Los mapas en los que se basan estas interpretaciones fueron elaborados por Delfín Zúñiga. Versiones preliminares de parte de este material fueron presentadas en el Seminario Universitario sobre Arte Primitivo y Precolombino (Columbia University) y en el Seminario sobre Simbolismo Andino (Cornell University). Agradezco a los profesores Douglas Frazer y Billie Jean Isbell, respectivamente, por la oportunidad de participar en estos seminarios. Agradezco también a Bruce Mannheim por sus comentarios y sugerencias. La responsabilidad por los errores y falsas interpretaciones, por supuesto, es completamente mía.

La riqueza de un Estado americano autóctono: el valor, la inversión y la movilización en la economía inca[1]

> La entrega obligatoria de bienes culturalmente muy prestigiados, en una sociedad sin monedas y con mercados relativamente pequeños, puede ser vista como el paso inicial en la activación de una interrelación de dependencia, ya que la "generosidad" del conquistador obligaba a retribuirle periódicamente con la prestación de las habilidades laborales de uno (Murra, 1962a, p. 721).

Los mecanismos de «activación» mencionados por Murra en su estudio sobre el papel de los tejidos en el Estado inca presentan dos componentes: uno político y otro económico; los regalos e intercambios parecen haber sido el común denominador del crecimiento experimentado en ambos campos. Pese al temprano reconocimiento de la importancia que los regalos han tenido en la economía y sociedad (Mauss, 1954), el trabajo de Murra se constituye en uno de los pocos intentos por analizar los datos concretos de una sociedad en la que dichos mecanismos fueron fundamentales (cf. Murra, 1980). La mayoría de los estudios y clasificaciones de las economías precapitalistas y los sistemas de intercambio han asumido que si estos sistemas eran dinámicos fue porque estaban evolucionando hacia algún tipo de economía de mercado (especialmente en los casos arqueológicos). Usualmente se ha puesto mayor interés en esta transición que en el crecimiento y mejoramiento experimentado por los sistemas ajenos al mercado *per se*.

[1] Publicado originalmente con el título «The Wealth of a Native American State: Value, Investment and Mobilization in the Inka Economy» (Morris, 1993).

En este artículo me propongo examinar algunas de las posibilidades de expansión presentes en los sistemas de producción e intercambio basados en la reciprocidad. ¿Cómo es creada la riqueza en una sociedad arcaica en la que los mecanismos de mercado juegan, a lo sumo, un papel marginal? Considero que dos procesos socioeconómicos estrechamente relacionados son esenciales en este problema: la transformación de un creciente porcentaje del tiempo y energía de los miembros de la sociedad en trabajo y la concentración o centralización de parte de este trabajo y sus productos, que permite una mejora en la gestión laboral y en las tecnologías de producción.

Estos procesos interrelacionados parecen estar íntimamente asociados a la aparición de nuevo tipos de bienes empleados principalmente para comunicar información sobre las posiciones y relaciones sociales de sus propietarios. El valor de estos se encuentra basado en los símbolos y signos sociales que transmiten y, en todo caso solo incidentalmente, en su utilidad como herramientas, recipientes, alojamientos o prendas de vestir. Por lo tanto, el control y la manipulación de dichos bienes forman parte del proceso dentro del cual el cambio sociopolítico tiene lugar y la creación de riqueza es indesligable de la creación de poder.

Desde un punto de vista comparativo, lo que resulta tan interesante e importante en el caso inca es la notable escala que alcanzó manteniendo instituciones económicas y políticas que generalmente serían asociadas a sociedades pequeñas, en las que el contacto cara a cara entre sus miembros es todavía posible. El Tahuantinsuyu fue, de lejos, la mayor unidad política integrada en el Nuevo Mundo: acumuló millones de toneladas de alimentos en sus depósitos de almacenamiento (D'Altroy, 1981; Morris, 1967); asimismo, construyó terrazas y sistemas de irrigación permanentes que alteraron la forma y productividad de las áreas con condiciones climáticas apropiadas.

No cabe duda que el Estado inca se encontraba cambiando rápidamente al momento de la invasión española, algunos incluso afirman que los mecanismos de mercado e intercambio de mercancías eran componentes importantes de la economía estatal (Hartmann, 1968). Sin embargo, la mayoría de interpretaciones formuladas a partir de las crecientes evidencias arqueológicas y escritas nos hablan de una economía y sistema de gobierno amplios en su escala; pero, en gran medida, basados aún en principios andinos tradicionales que se remontaban a tiempos preincaicos. Los ingresos estatales dependían principalmente de las obligaciones laborales de sus súbditos (Murra, 1980; Rowe, 1946). Estas obligaciones laborales fueron manipuladas por el Estado para abastecerse de los alimentos

que le permitían mantener la propia fuerza laboral y la producción de los importantes bienes de prestigio que regalaba a sus súbditos. Se construyeron ciudades administrativas para respaldar un plan de gobierno basado en la entrega de regalos y la generosidad del gobernante.

Estos puntos han sido tratados previamente (Morris, 1987; Morris & Thompson, 1985; Murra, 1980). Utilizo aquí el material inca para explorar dos temas que se encuentran relacionados: las implicancias que los bienes de prestigio y sus ceremonias asociadas habrían tenido en el incremento del tiempo que se dedicaba al trabajo, y los nuevos tipos de inversiones de la mano de obra originados como consecuencia del crecimiento de la escala sociopolítica y la centralización de autoridad.

Bienes de prestigio, ingresos estatales e incremento del tiempo laboral

Los arqueólogos desde hace mucho tiempo han reconocido el importante papel de los bienes que marcan diferencias de estatus sociopolítico y la trascendencia de la especialización artesanal que muchas veces los acompaña (Childe, 1951). La idea de que estos objetos son un resultado automático de la producción agrícola excedentaria ha sido superada, aunque es probable que para el surgimiento de la producción a gran escala de bienes ajenos a la subsistencia hubieran sido esenciales el aseguramiento de un abundante suministro de alimentos y un alto grado de sedentarismo. Las preguntas más difíciles de responder tienen que ver con las motivaciones, tanto socioculturales como individuales, que llevaban a producir y adquirir dichos bienes. ¿Qué funciones sociales, políticas y económicas cumplieron? ¿Por qué la gente quería tenerlos? ¿Cómo pudo la sociedad organizar la mano de obra para producirlos? Estos temas básicos sobre el valor y la demanda son muy difíciles de estudiar en las economías modernas aun con las herramientas de investigación de mercados a nuestra disposición. En situaciones que son esencialmente pre o protohistóricas, como es el caso de los incas y otras sociedades complejas tempranas, la carencia de información confiable hace que el análisis sea extraordinariamente difícil.

John Murra demostró hace mucho tiempo que los principios que sustentaban los ingresos estatales incaicos se encontraban basados en prácticas comunitarias que otorgaban a los líderes derechos sobre el trabajo (Murra, 1980). Los líderes organizaban el cultivo de los campos para los viejos, enfermos, viudas y huérfanos, así como aquellos dedicados a las deidades y santuarios. Los campos pertenecientes a los líderes eran cultivados, al menos parcialmente, por mano de obra

de la comunidad. Si bien es cierto que las prácticas no siempre fueron uniformes, es casi seguro que en las serranías andinas estos limitados derechos a la mano de obra se remontaban varios siglos atrás. Las prácticas incaicas de ingresos estatales parecen haber incrementado drásticamente la cantidad de mano de obra disponible para sostener los proyectos estatales y a la élite.

Pese a los recientes avances en nuestra comprensión de las categorías laborales andinas, los datos cuantitativos son aún escasos. No obstante, el proceso implicó cambios en las proporciones del tiempo dedicado al trabajo en los campos de cultivo y faenas locales con respecto al trabajo para el Estado. El Estado tuvo acceso a mano de obra rotativa mediante la *mita*. Esta fue probablemente su fuente más tradicional de ingresos y la más importante en términos de cantidad. Las evidencias han comenzado a sugerir que otras tres categorías laborales se estaban haciendo cada vez más importantes, ya que ofrecían mayor flexibilidad, confianza y trabajo casi a tiempo completo en labores de especial trascendencia: (1) los *yanas*, una categoría de hombres cuyas energías se encontraban a disposición del Inca (y ocasionalmente también de los señores locales), en una modalidad a tiempo completo, y era un grupo importante para el pastoreo (Murra, 1966); (2) las *acllas*, una categoría de mujeres que, además de sus aparentes deberes religiosos, eran chicheras y productoras de tejidos (Morris, 1974; Murra, 1980; Rowe, 1946); y (3) los *mitmas*, una categoría basada en grupos de unidades domésticas en vez de individuos, que tenía sus orígenes en el principio andino de explotación de múltiples zonas ecológicas descritos por Murra (1972). Los miembros de los grupos de *mitmas* fueron especialmente importantes, ya que podían ser movilizados a grandes distancias, usualmente como colonias permanentes, para que ejecutaran valiosas tareas. Según Wachtel (1982), las primeras «colonias» de *mitmas* fueron reubicadas por razones estratégicas, pero durante el gobierno del Inca Huayna Capac, poco antes de la invasión europea, los responsables del cultivo de los campos de Cochabamba ya cumplían funciones de carácter fundamentalmente económico.

El cambio en las principales funciones de algunos *mitmas*, de estratégicas a económicas, constituye solamente una parte del aparente cambio experimentado. Los campos de maíz de Cochabamba fueron cultivados por trabajadores temporales y permanentes. Al parecer, fueron empleadas las instituciones de los *mitayos* y los *mitmas* (Wachtel, 1982, p. 213). Lo que resulta particularmente interesante en el caso de Cochabamba, más allá de la enorme escala de las operaciones agrícolas estatales que registra, son los datos sobre el mantenimiento de las personas que trabajaban en los campos. Ellos tenían acceso, al menos parcialmente, a lo que se producía

en los campos estatales incaicos (a través de la «generosidad» del Inca) y a los graneros estatales. Además, se les otorgó tierras para que las usufructuaran cultivándolas bajo la administración de sus propios líderes. De este modo, los líderes de nivel inferior eran los responsables de la «generosidad» y de la redistribución (Wachtel, 1982, pp. 215-217). El hecho de que se asignara a estos niveles más bajos de la jerarquía de las unidades políticas la responsabilidad de administrar el sustento de la mano de obra estatal, parecería indicar cierto compromiso con el principio de mantenimiento y generosidad por parte del Estado, representado en la persona del Inca. En tiempos de Huayna Capac, la escala en que el Estado venía explotando sus recursos laborales pudo haber comenzado a difuminar algunas de las distinciones entre categorías tales como las de los *mitayos* y *mitmas*. El manejo fue dirigido hacia un uso más efectivo de los potenciales recursos laborales, lo que no siempre habría coincidido con las reglas tradicionales de generosidad o con la distribución de tierras según las diferentes categorías laborales.

En este contexto, resulta imposible ofrecer una revisión exhaustiva de los ingresos laborales incaicos. Como todo lo demás, los principios se encontraban cambiando y quizás no eran tan rígidos, dada la rápida expansión que se venía desarrollando sobre tan vasta y variada geografía; los efectos de la incorporación de las poblaciones costeñas y aquellas próximas a la frontera norteña requieren de una cuidadosa evaluación. No obstante, a pesar de estas complejidades, no existen dudas de la esmerada planificación (coordinación) llevada a cabo en el uso del principal recurso del Estado: la energía humana. Un número creciente de personas dedicaba cada vez mayor parte de su tiempo en las actividades estatales. Aún no es claro cuan seriamente afectó esto a las prerrogativas económicas locales; pero, en lo que respecta a los bienes de subsistencia, contamos con pocos indicios de una dependencia a gran escala en el Estado. La responsabilidad de la subsistencia local continuaba estando abrumadoramente en manos locales.

Los cambios en el contexto sociopolítico de producción y en el tipo de trabajo realizado fueron tan importantes como el aumento en el suministro de mano de obra. Aunque no disponemos de información cuantitativa, la mano de obra estatal probablemente aún se encontraba dedicada sobre todo a las actividades agrícolas, tanto para el Inca como en cumplimiento de sus obligaciones con los demás. Pero cada vez eran más los trabajadores destinados a la producción de tejidos, a la guerra, a la construcción y a otras actividades de especial valor político. Si bien gran parte de la manipulación de este trabajo consistió en desviarlo simplemente de los usos locales hacia los fines estatales, sospecho que,

si pudiéramos medirlo, veríamos que le permitió al Estado conseguir un incremento per cápita de su producción total, una mayor productividad y un cambio en los objetivos de la producción.

Resulta imposible medir y documentar el tiempo laboral per cápita a partir de las evidencias disponibles en la actualidad; al igual que la población, este solo puede ser calculado arqueológicamente cuando contamos con datos extraordinarios. Sin embargo, el importante número de carreteras, ciudades, terrazas, depósitos de almacenamiento, así como la fina indumentaria observada en la corte y el ejército incaico en Cajamarca, habrían implicado un aumento significativo de la riqueza global en la sierra central andina con respecto al inmediato período preincaico. Al parecer, la acumulación de esta nueva riqueza podría ser mejor explicada considerando la realización de extracciones en la costa y otros lugares o un incremento resultante de mejoras tecnológicas. Cuando futuras investigaciones aborden el problema de la productividad, un tema que merecerá especial atención será el de la programación; en particular, debemos examinar más detenidamente las dimensiones culturales y ecológicas del ciclo anual. El aspecto temporal del uso de múltiples pisos ecológicos necesita ser estudiado con más detalle, al igual que la forma en que los bienes de prestigio, ajenos a la subsistencia, fueron incluidos en el ciclo. El calendario y sus ceremonias asociadas (Zuidema, 1964 y 1982) fue fundamental en la manipulación del ciclo, de modo que la energía humana fue desplegada con eficacia a través del ciclo de estaciones y las diversas zonas geográficas. Esta precisión en la coordinación del tiempo y espacio ecológico se está revelando como uno de los principales logros andinos.

Si bien el calendario fue un mecanismo de coordinación y administración esencial, por sí mismo no nos permite explicar por qué la gente dedicó el tiempo de sus actividades personales y locales en beneficio del Inca. Si rechazamos la noción de esclavitud, debemos intentar identificar los factores económicos y sociales que ayudaron a transformar el uso del tiempo y energía humana, tanto la transferencia del tiempo laboral desde lo local hacia los proyectos estatales, como el cambio de lo que podría llamarse, a falta de un mejor término, el tiempo libre en tiempo de trabajo económicamente productivo.

El valor simbólico y la movilización de mano de obra

Para llegar a un consenso en lo que respecta a los llamados bienes de prestigio y el crecimiento económico y político que acompañó su producción, es necesario, en parte, ampliar y modernizar las teorías del valor. Si bien el elemento trabajo

(Marx, 1977) es básico para la comprensión analítica, no es suficiente para entender las conductas sociales y económicas relacionadas con dichos objetos. Existen ciertos bienes que, sin necesidad de una coerción abierta, la gente prefiere adquirir invirtiendo para ello más trabajo que el necesitado en su producción y distribución. Parte de la diferencia entre el costo laboral de un objeto o servicio y el trabajo implicado en su adquisición tiene su origen en varios significados simbólicos asociados a estos bienes. Están impregnados de un conjunto de valores definidos culturalmente que los convierte en signos de prestigio, aceptación, seguridad y todo un repertorio de beneficios que la sociedad puede otorgarles. Llegan a tener significado en términos de un código cultural no muy diferente al de un lenguaje. La principal función cumplida por estos objetos, de hecho, es transmitir información sobre los roles, estatus e identidades de grupo.

De manera superficial, es fácil ver la importancia de estos valores simbólicos en los artículos modernos: ciertas marcas valen más que otras, la atracción por el sexo y el romance permite explicar en gran medida la enorme diferencia existente entre el costo de producción de los perfumes y su precio, un regalo con el sello de un emperador vale más que otro sin él. El análisis de los aspectos simbólicos de los bienes, no obstante, es algo distinto, involucra temas pertenecientes al campo de la semiótica y la psicología de la motivación, al igual que complejos asuntos institucionales; también implica tomar elementos de los dominios cognitivos o emocionales y definirlos en términos económicos. Pese a lo insatisfactoria que podría resultar una redefinición, es necesario intentarla si queremos comprender cómo se lograron las transformaciones en las cantidades y lugares de inversión del tiempo laboral. Tal vez pueda llevarse a cabo alguna aproximación que examine la diferencia, previamente indicada, entre el trabajo que uno invierte para adquirir un objeto, privilegio o servicio, y el que es necesario para producirlo. Gran parte de esta diferencia radica en las relaciones sociales, posiciones y cualidades que estos bienes simbolizan. Parte de ella también puede ser atribuida a elementos estrictamente coyunturales, como posibles variaciones entre aquellos que los poseen y en los lugares donde ocurren las situaciones de producción o intercambio.

La dificultad más evidente es poder medir qué parte de su valor concierne a los símbolos, señales, sentimientos o contextos de circulación. Incluso contando con datos etnográficos, estos asuntos desafían la cuantificación, excepto cuando los remanentes de los valores más tradicionales han sido tomados en cuenta. La información arqueológica y escrita temprana es aún más complicada. Quizás uno de los mayores aportes que estos conceptos podrían brindarnos sería el de aclarar

nuestro conocimiento de lo que a veces se denomina el «intercambio movilizador» (Smelser, 1959), esa forma económica centrípeta en la que grandes cantidades de bienes fluyen hacia el centro político y económico de la sociedad para ser consumidos en respaldo de fines políticos. El término ha sido utilizado principalmente en el contexto de las modernas economías de guerra en las que se reduce el consumo personal en favor del apoyo económico a los intereses estatales. El trabajo también se ve usualmente aumentado, con el consiguiente crecimiento de la producción. Este incremento laboral y la reducción del consumo personal en la mayor parte de la población es el resultado de la capacidad del Estado para persuadir de las ventajas de sus acciones y de las desventajas y peligros de las opciones alternativas. Normalmente, esta persuasión conlleva acciones de comunicación y ceremonias que apelan a un espíritu de solidaridad patriótica y a la amenaza de coacción contra aquellos que no colaboren. Dado que el éxito de la movilización probablemente dependa del tipo de proporción existente entre los partidarios entusiastas y los participantes renuentes, es sumamente importante el esfuerzo que el Estado realice para informar, promocionar y dramatizar sus directivas. Es probable que diferentes versiones de estos mismos factores de movilización hubieran estado presentes en las sociedades complejas tempranas y que les permitieran atraer riqueza y poder a sus centros, sirviendo de base para su expansión jerárquica y geográfica. No obstante, como la mayoría de los otros conceptos inventados para encapsular los fenómenos modernos, las movilizaciones (como aquellas realizadas en una guerra externa) tienden a oscurecer las instituciones arcaicas que las sociedades complejas tempranas utilizaban para abastecer, revestir y justificar sus estructuras de poder.

La cuidadosa revisión del valor simbólico de los bienes ofrece una verdadera ventaja: abre la posibilidad de observar las dinámicas de crecimiento de la riqueza y el poder en este particular tipo de movilizaciones antiguas. Los bienes cuyo valor depende en gran medida de las relaciones humanas que ellos simbolizan, se ubican en el límite entre los dominios de lo material y lo cognitivo. Son el punto central donde confluyen los principios culturales que dirigen la estructuración de una sociedad y las relaciones más concretas de la producción. En las sociedades arcaicas, que por un lado eran parte del sistema mediante el cual se establecía el código cultural que legitimaba una mayor escala sociopolítica y, por el otro, que estaban involucradas en la expansión de las tecnologías y relaciones económicas que venían desarrollando para proveerse de producción, la tensión y las disyuntivas entre el subsistema cultural y las relaciones sociales y ecológicas eran especialmente propicias para el cambio (Geertz, 1973). En las sociedades complejas tempranas, la interacción entre los significados, las producciones

y el intercambio de bienes suntuarios fueron un eje central de cambio. Cada crecimiento en la escala sociopolítica implicaba nuevos principios de coordinación y nuevas relaciones sociales. Esto también conllevaba nuevos niveles de riqueza para sostener no solamente a la propia élite, sino también al elaborado aparato ceremonial y simbólico que comunicaba los principios y difundía las relaciones que permitían el funcionamiento de escalas sociopolíticas más grandes.

En el área andina, la importancia y maestría alcanzada por los tejidos no fue producto de la casualidad: eran los principales portadores de los signos y símbolos que dirigían las relaciones sociales (Murra, 1962a). La gran elaboración de las tecnologías metalúrgicas radicaba en una serie de técnicas orientadas a conseguir el color de la superficie de las piezas. Las herramientas, particularmente las armas, fueron de importancia secundaria (Lechtman, 1980). El énfasis estuvo nuevamente en los símbolos de estatus y en la parafernalia ceremonial. Incluso entre los bienes de subsistencia, el maíz ocupaba un lugar de prestigio (Murra, 1960). La chicha producida a partir de esta gramínea fue la esencia de la hospitalidad, el común denominador de las relaciones rituales y ceremoniales (Morris, 1979a). Era la bebida que los generosos líderes estaban obligados a ofrecer como parte de sus obligaciones de autoridad. Las terrazas y el riego que hicieron posible contar con nuevas tierras de cultivo cálidas en el valle «sagrado» de Urubamba y en otros lugares del Tahuantinsuyu no estuvieron destinadas para la comida ordinaria, sino para los alimentos y bebidas de prestigio que formaban parte de la esencia de las relaciones sociopolíticas. El valor del maíz era tal, que fue transportado a grandes distancias. Sin duda, los esfuerzos por organizar el cultivo de los campos de maíz cerca de Cochabamba, en la vertiente oriental de los Andes bolivianos, y la energía humana y animal empleada para trasladar el maíz al Cuzco (Wachtel, 1982) no pueden ser justificados solamente en términos de subsistencia. Si la mera subsistencia hubiera sido el objetivo, la misma cantidad de tiempo laboral invertido en las papas habría alimentado probablemente a más personas. Pero la mera subsistencia no es lo que las sociedades complejas buscan.

Inversión de los ingresos del Estado

Tradicionalmente tendemos a permanecer en silencio en lo que respecta a las inversiones en las economías precapitalistas. Sin embargo, ya sean calculadas conscientemente o no, tanto el incremento global de la producción como la transferencia de recursos laborales para el Estado se basan en gran medida en la acumulación de bienes, la mejora de las tierras y la construcción de instalaciones.

La expansión económica y política no habría sido posible sin las inversiones claves en las instalaciones e infraestructura que permitieron la producción de bienes de gran importancia simbólica, así como las situaciones en que ellos eran adquiridos y comunicaban sus significados. Son tres las formas de inversión estatal incaicas que resultan más evidentes en los registros arqueológicos y etnohistóricos: el almacenamiento, la adquisición y mejora de tierras, y la construcción de ciudades ceremoniales conectadas por caminos.

a) Las inversiones en el almacenamiento

El enorme sistema de almacenamiento inca, tan admirado por los españoles, ha sido ampliamente confirmado arqueológicamente (D'Altroy, 1981; Morris, 1967). Los estudios que realicé en la década de 1960 sugirieron que los bienes almacenados, principalmente alimentos, sirvieron sobre todo para las operaciones estatales. Estas últimas incluían el mantenimiento de los militares, la burocracia y la élite, los proyectos de construcción y, hasta cierto punto, la producción no agrícola para el Estado. Estos recursos también eran suministrados para las actividades ceremoniales y rituales llevadas a cabo en los centros estatales. Cualesquiera que hubieran sido sus usos específicos, es obvio que los depósitos estatales representaron una inversión importante y un triunfo de la planificación y organización, con los depósitos de almacenamiento integrados a un sistema infraestructural más amplio.

Los depósitos de almacenamiento incas pueden ser considerados un elemento clave para el incremento de los ingresos laborales. En la tradición andina, quien recibía el servicio laboral era responsable del mantenimiento del personal. Además, muchos de los proyectos y campañas estatales tuvieron lugar en regiones donde no estaba asegurado el suministro de alimentos y tampoco era abundante. Si el Estado quería movilizar grandes cantidades de mano de obra, primero tenía que invertir en los medios que le permitirían abastecer a sus trabajadores. Parte de este abastecimiento era conseguido aumentando la calidad y fiabilidad de la producción alimenticia. Pero fueron los depósitos de almacenamiento, notoriamente visibles en los cerros que dominaban las instalaciones incaicas, los que aseguraban que los trabajadores serían alimentados donde fuera necesario.

b) La alienación y transformación tecnológica de las tierras

La tierra, al igual que la mano de obra, era necesaria para producir los bienes que llenaban los depósitos. Debido a los escasos datos que poseemos, la variación regional y los numerosos niveles de la organización social y política, la tenencia de tierras

dentro del Tahuantinsuyu es otro de los temas mal comprendido. La versión oficial inca de que existían tres tipos de tierras —las de la comunidad, la religión y el Inca— es frecuentemente repetida; aunque constituyen una excesiva simplificación, dichas distinciones son más que suficientes para el presente análisis. Una de las preguntas que surge a partir de ellas es cómo fueron adquiridas las tierras estatales. No contamos con datos cuantitativos sobre la proporción de las tierras estatales en comparación con las de las otras categorías, pero las cifras podrían haber sido altas y cada vez mayores. Debemos asimismo preguntarnos cómo diferían las tierras estatales y religiosas en lo concerniente al destino de su producción; al fin y al cabo, el Sol, a quien gran parte de las tierras estaban supuestamente dedicadas, se constituía en un elemento central de la religión estatal.

Gran parte de las tierras debieron haber sido transferidas al Estado afectando los derechos de las comunidades locales, aunque existen muy pocos casos lo suficientemente documentados para dejarnos comprender los mecanismos implicados. En algunos casos, es probable que se recurriera a la enajenación directa, sobre todo en aquellas áreas donde la dominación incaica fue conseguida por la fuerza. Asimismo, es posible que al dividirse localmente los terrenos transferidos, parte de ellos hubieran sido asignados para el mantenimiento de los líderes locales y de los santuarios pertenecientes a los incas y el Sol.

El envío de colonias de *mitmas* para que ocuparan y usufructuaran las tierras localizadas en regiones alejadas del Cuzco fue quizás una forma especial de alienación basada, una vez más, en una tradición andina mucho más antigua. Los incas habrían utilizado las costumbres de complementariedad ecológica empleadas por otras entidades políticas para acceder directamente a diversas zonas ecológicas, permitiéndoles establecer sus colonias en áreas provistas de tierras que serían posteriormente trabajadas. En ocasiones, los movimientos poblacionales y los cambios en los derechos a las tierras eran realizados a una gran escala, tal como ocurrió durante la etapa tardía del desarrollo inca, cuando dicho mecanismo facilitó al Estado el acceso a algunos campos de maíz (Morris, 1985; Murra, 1960; Wachtel, 1982).

Las políticas incaicas de manejo de tierras son más evidentes arqueológicamente en los grandes sistemas de terrazas que alteraron el aspecto de los valles serranos más profundos. Las terrazas, frecuentemente dotadas de sistemas de irrigación, incrementaron las áreas fértiles y la productividad, asegurando el abastecimiento en regiones donde las condiciones climáticas eran propicias para el cultivo del maíz (Murra, 1980).

Aún no se han efectuado investigaciones concluyentes sobre el mejoramiento de las tierras llevado a cabo por los incas, pero no habría un mejor tema que pudiera indicarnos el alcance y detalle que tuvieron la coordinación y planificación inca. El diseño de la terraza tomaba en consideración el drenaje, la disponibilidad de agua, el grado de planicidad de la superficie y, probablemente, las ligeras variaciones en la temperatura de los diversos niveles que integraban el sistema de terrazas (Earls & Silverblatt, 1981). La efectividad en el uso de las tierras renovadas se incrementó aún más con la participación de las instituciones laborales incaicas, que ajustaban las habilidades humanas al tipo de cultivo que mejor se adaptaba a un determinado sistema. Esta combinación de profundos conocimientos ecológicos, capacidades tecnológicas y gran cobertura organizativa es lo que resulta impresionante. Se había vuelto fundamental para aumentar la producción de alimentos, particularmente el maíz, y el Inca sabía cómo integrar la tierra, la ingeniería y la energía humana para lograrlo.

c) Infraestructura, instalaciones de producción y otras inversiones

Podemos examinar muchos otros aspectos del Tahuantinsuyu en términos de la contribución a la inversión y el crecimiento. Los rebaños de llamas y alpacas que constituían el principal componente de la riqueza altiplánica (Murra, 1972) fueron administrados siguiendo los objetivos estatales. El sistema de caminos y estaciones de paso que conformaban la estructura sin la cual tan vasto territorio no podría haber sido controlado también fueron utilizados como una inversión, aunque, sin lugar a dudas, esta no es la única interpretación que podrían recibir (Hyslop, 1984; Morris, 1982). Si bien la producción de manufacturas fue organizada de diferentes maneras dentro del Imperio inca, las investigaciones arqueológicas realizadas en Huánuco Pampa han dado a la luz un importante complejo de producción dedicado a la elaboración de tejidos y chicha, posiblemente a cargo de un grupo de mujeres *acllas* (Morris, 1974). El contexto arqueológico presenta características que evidencian la construcción y control de las instalaciones por parte del Estado. En 1984 y 1985 fue excavado un complejo de producción de tejidos más pequeño en la zona central del conjunto arquitectónico inca de La Centinela, la capital del reino de Chincha que había sido incorporada al Tahuantinsuyu.

En resumen, los datos no dejan duda de que los incas administraron gran parte de sus ingresos y recursos de tal forma que originaran crecimiento. Aún desconocemos muchos aspectos de los procesos de toma de decisiones llevados a cabo por el gobierno inca, a pesar de nuestro creciente conocimiento sobre las instituciones

laborales a través de las cuales este operaba. No obstante, los datos son bastante claros en un punto. Las inversiones fueron orientadas tomando en consideración la economía tradicional de reciprocidad y redistribución y los factores que las hacían crecer. La mayoría de ellas se encontraban dirigidas al cultivo del maíz, la producción de tejidos y la construcción de infraestructura para las actividades ceremoniales.

Ceremonias y valor simbólico: el contexto económico de la ciudad ceremonial

Durante las décadas de 1970 y 1980 hemos adquirido dos nuevas fuentes informativas de gran importancia sobre el ámbito estatal incaico. Una de ellas es la descripción de las tierras y trabajadores estatales de Cochabamba previamente mencionada (Wachtel, 1982); la otra, es la evidencia arqueológica acumulada sobre los grandes sistemas de asentamientos y caminos construidos por el Estado (Hyslop, 1984; Morris, 1982; Morris & Thompson, 1985). Entre los asentamientos incas de mayores dimensiones, Huánuco Pampa es el mejor conservado en la actualidad. La rapidez con que fue abandonado poco después de la invasión europea hace posible que encontremos materiales arqueológicos directamente asociados a la arquitectura, situación poco usual en este tipo de investigaciones. Cerca de cuatro mil estructuras rodean una plaza central de medio kilómetro de largo. Los estudios realizados durante varios años sugieren que Huánuco Pampa fue una ciudad construida y acondicionada por el Estado. Sus 497 depósitos de almacenamiento junto a las ya mencionadas instalaciones destinadas a la producción de tejidos y chicha constituyen la evidencia más obvia de su vida económica.

Si bien deben tomarse en cuenta las limitaciones inherentes al material arqueológico y el hecho de que nuestra muestra de 200 estructuras excavadas resulta pequeña (considerando las dimensiones del sitio), no hemos encontrado evidencias fehacientes de algún sector que hubiera sido utilizado como mercado; asimismo, tenemos pocos indicios de un intercambio sistemático con áreas ubicadas al exterior del propio centro y, con excepción de la producción de chicha y tejidos, no existen evidencias de producción artesanal, salvo algún caso aislado en escala doméstica. Es probable que muchos de los habitantes del sitio fueran residentes temporales. Si nuestras actuales interpretaciones son correctas, gran parte de las estructuras del centro y el área de la plaza debieron haber estado destinadas para la realización de rituales y festines públicos. Quizás algunos de los participantes se alojaron en casas pequeñas, pero muchos de ellos, posiblemente la mayoría, se hospedaron en las grandes estructuras de tipo comunal. Las evidencias sugieren

que la preparación y consumo de los alimentos eran realizados usualmente en grandes grupos. Asimismo, algunas de las viviendas parecen haber estado divididas por género.

En resumen, la organización poblacional de Huánuco Pampa no se encontraba basada en grupos de familias con residencias permanentes. Si bien aún restan por hacerse algunos análisis, la población de la ciudad parece reflejar las categorías laborales incaicas mencionadas anteriormente. El plano general de la ciudad —con doce zonas compuestas por cuatro partes, cada una con tres subdivisiones— imita el patrón inca repetido en el calendario y en la organización de los *ceques* de los santuarios del Cuzco (Zuidema, 1964). La planificación del conjunto evidencia un espacio ritual público altamente estructurado y una preocupación por la jerarquía e interacción social de sus diversos sectores (Morris, 1984). El plano de la ciudad proporcionaba un escenario arquitectónico para las funciones públicas que, característicamente, enmarcaban la administración de reciprocidad a gran escala.

Un segundo aspecto es más directamente económico: nos referimos a las relaciones entre las ciudades y sus ceremonias con el valor de los bienes de prestigio que eran exhibidos, utilizados, intercambiados y, en algunos casos, producidos en el sitio. El valor de estos bienes dependía de su papel en el establecimiento y comunicación de mensajes sociales y culturales. Ese valor es inseparable de —o, si se quiere, adquirido como resultado de— los contextos ceremoniales de centros como Huánuco Pampa. Al igual que las ciudades, en un contexto cultural completamente diferente, se trataba de un centro de creación social y cultural, e innovación. Su función principal era la de crear o reafirmar una situación sociopolítica en la que la gente pudiera participar y asignar funciones en una estructura política cada vez más grande. Uno de sus resultados fue el incremento en el valor de ciertos bienes, al igual que en la importancia y poder del Estado y sus líderes. Se estableció una retroalimentación en espiral, en la que la riqueza podía convertirse en un prestigio en constante crecimiento y este último, a su vez, en una riqueza cada vez mayor.

Uno de los principales problemas que plantea el crecimiento de la economía es el modo en que aprovecha su propia energía. Obviamente, el trabajo humano no es una constante simple que pueda ser medida por el tamaño, edad o salud de la población. La gente trabaja para satisfacer sus necesidades, algunas de las cuales tienen una base biológica, otras son aprendidas como parte del aparato cognitivo cultural y otras son idiosincráticas. Bajo circunstancias que aún no entendemos claramente, los tipos de satisfacción, o al menos los modos en que estos se ven simbolizados, pueden ampliarse notablemente.

Las motivaciones para el trabajo y para el consumo se encuentran estrechamente relacionadas, a pesar de que a los paradigmas analíticos de la economía les resulte útil separarlas. Si alguna vez llegamos a un punto en el que podamos ver con mayor detalle el real funcionamiento de los ingresos incaicos, pienso que podríamos encontrar que gran parte del trabajo se llevó a cabo en el marco de ceremonias y festines. El consumo y el trabajo se encontraban directamente vinculados; las recompensas por el trabajo eran directas y estaban al alcance de la mano.

Sospecho, aunque aún no he podido demostrarlo de manera concluyente, que la mayor parte de la población de Huánuco Pampa estuvo constituida por grupos de *mitas*, los trabajadores temporales considerados la principal fuente de ingresos del Estado. Sin embargo, hay poca evidencia del trabajo que realizaban, exceptuando la continua construcción del propio centro. Las evidencias de festines y ceremonias son bastante más numerosas que las de producción; si «obreros» de *mita* estuvieron presentes en el sitio, han dejado más huellas como consumidores que como trabajadores. Si bien era grande la diferencia entre las tareas que se hacían en los campos y aquellas efectuadas en el contexto urbano de Huánuco Pampa, la concepción de la categoría *mita*, con sus obligaciones y beneficios, probablemente era la misma.

Las ciudades ceremoniales, por lo menos aquellas comparables a Huánuco Pampa, fueron utilizadas para expandir la política y la economía de reciprocidad a una gran escala, mediante la movilización del apoyo político y económico para las poblaciones incorporadas. Este uso ceremonial fue, en cierto modo, la dimensión urbana de las relaciones recíprocas. Las relaciones de alto nivel parecen haber sido bastante ficticias (al menos en comparación con aquellas establecidas con sociedades más pequeñas), pero de todos modos intentaban crear el sentimiento y la atmósfera de una relación directa. Esto era realizado a través de una representación simbólica de la estructura del Estado y de sus gobernantes incas, una actuación que tenía como escenario a la ciudad ceremonial y en la que se exhibían todos los refinados bienes de prestigio, a modo de accesorios, para destacar los mensajes.

Además de establecer y aprender las relaciones sociopolíticas que formaron los niveles superiores de la escala sociopolítica, los participantes se acostumbran a las gratificaciones en estima y en los bienes que acompañan estos nuevos niveles más altos. Algunos de los bienes fueron manufacturas, como las prendas textiles, que fijaban nuevas identidades en relación con la estructura general de una manera más permanente: eran símbolos de las relaciones que podían ser proyectadas desde el contexto ceremonial en que fueron recibidos.

Lo que he descrito es al menos parte de un complejo sistema de relaciones sociales y económicas ordenadas por un grupo de categorías laborales tradicionales, el cual fue puesto en funcionamiento mediante un sistema infraestructural integrado por las ciudades ceremoniales. Si bien aún desconocemos la mayoría de los detalles de este impresionante Estado andino autóctono y nuestros conocimientos son, a lo mucho, provisionales, su enorme riqueza se encuentra ampliamente demostrada. Y, como en el caso de cualquier sociedad rica, la producción de riqueza más allá de la subsistencia no depende solamente de los recursos naturales esenciales y de las tecnologías apropiadas, sino también de que los diferentes sectores de la sociedad sean capaces de planificar la inversión de los recursos y de movilizar las energías de sus miembros para que trabajen y consuman.

Recintos del poder: los múltiples espacios de los palacios administrativos incas[1]

Nuestra común percepción de un palacio, confirmada por los diccionarios, es la de un lugar donde reside un gobernante. Sin embargo, desde un punto de vista social y político, las funciones residenciales de los palacios son claramente menos importantes que aquellas de carácter simbólico y ritual como foco de poder y autoridad. Cuando un individuo ingresa a un palacio o incluso cuando lo mira desde cierta distancia, hay, o al menos debería haber, el sentido de respeto en que se basa la obediencia civil. Es verdad que este sentido de respeto aumenta ante la presencia del gobernante y los bienes suntuarios que lo rodean, pero también es cierto que esta actitud no es completamente dependiente de dicha presencia —no al menos si el palacio es suficientemente monumental.

El complejo palaciego puede ser visto como una encarnación física permanente de la autoridad; su permanencia arquitectónica está diseñada para durar bastante más que la vida del gobernante que lo construyó. La institución del palacio trasciende al gobernante y eventualmente se desarrolla en las estructuras burocráticas que permiten el funcionamiento del Estado. En este proceso, un complejo palaciego es frecuentemente transformado en una sede del gobierno, convirtiéndose literal y simbólicamente en la sede del Estado, con el Estado mismo representado y perpetuado en la monumentalidad de sus edificios. A pesar de que pueden existir palacios múltiples, construidos por iniciativa de varios gobernantes, individual y colectivamente ellos se convierten en el símbolo permanente del poder estatal y en el centro de su estructura de gobierno.

[1] Publicado originalmente con el título «Enclosures of Power: The Multiple Spaces of Inca Administrative Palaces» (Morris, 2004).

Los incas poseyeron una sociedad estatal con gobernantes poderosos que obviamente tuvieron residencias reales. Los conquistadores españoles que destruyeron el Estado y asesinaron en 1532 a su último gobernante, Atahualpa, dejaron poca duda de que hubo palacios que se comparaban favorablemente en riqueza a aquellos europeos. Desafortunadamente, ningún español vio alguna vez la corte del Inca viviendo y gobernando en un palacio. La mayoría de las referencias sobre los palacios son vagas, dándonos una descripción insuficiente para relacionar dichas referencias con los restos arquitectónicos, identificar las actividades que en ellos se efectuaban, o determinar su significado para el funcionamiento del Estado. Tenemos, pues, evidencia escrita fragmentada tenuemente relacionada a un registro arqueológico que no ha sido estudiado de forma sistemática. Esto no nos permite identificar fácilmente un palacio así como analizar su lugar en el Estado donde, por definición, debió haber sido un elemento clave. La identificación de un palacio inca, la reconstrucción de la vida dentro y alrededor del edificio, y la determinación de sus funciones sociopolíticas, es todavía un ejercicio especulativo; por ello, lo que presento en este trabajo deber ser tomado en cuenta de manera tentativa.

La descripción de Martín de Murúa

Sin duda alguna, la descripción más completa de un palacio inca es aquella ofrecida por Martín de Murúa (1946, pp. 165-166) refiriéndose a un palacio del Cuzco, probablemente perteneciente a Huayna Capac. La descripción de Murúa, escrita entre fines del siglo XVI y comienzos del siglo XVII, fue una documentación tardía cuyas fuentes de información desconocemos. Su narración, sin embargo, es lo suficientemente completa para proporcionar claves que facilitan la identificación de los restos arquitectónicos de edificios palaciegos. Su descripción de los guardias del palacio y del acceso de las personas a varios sectores del complejo también nos da evidencia de la jerarquía espacial dentro del palacio. Esto nos permite interpretar algunos aspectos de la estructura de la corte inca así como del rol político de los palacios en la formación y mantenimiento del Estado.

Lo que sabemos a partir de Murúa es que el palacio, al menos como fue visto por un extranjero, era un complejo dividido en dos partes que eran accesibles a través de puertas o portadas elaboradas, y cada una conteniendo un patio espacioso:

> Tenia este gran palacio dos grandes puertas principales, una a la entrada del zaguán y la otra más adentro, de donde se veía lo más digno de obra tan famosa de cantería; a la entrada desta [primera] puerta había dos mil indios soldados,

> de guarda, con su capitán, y guardaba un día, y después entraba otro con dos mil; y así de la multitud de los cañares y chachapoyas, que era cierta gente de guerra … se hacía la guarda a la persona del Inga; … En medio desta puerta y de la otra más interior había una grande y extendida plaza, hasta la que entraban todos los que acompañaban al Inga, y pasaba el Inga y los señores principales orejones, los cuatro de su consejo, que eran muy privados, hasta la segunda puerta; en la segunda puerta había también guarda, y era de indios naturales desta dicha ciudad del Cuzco y parientes del Inga, y de quien él se fiaba más, y eran los que tenían a cargo de criar y enseñar a los hijos de los principales de todo este Reino, que iban a servir al Inga y a estar con él en su Corte cuando muchachos … Junto a esta segunda puerta estaba la armería y flechas del palacio real del Inga, y a la puerta della estaban cien capitanes aprobados en guerra; poco más adelante estaba otra gran plaza o patio para los oficiales del palacio y servicio ordinario, y después entraban más adentro, donde estaban las salas y piezas a donde el Inga vivía. Y esto era todo lleno de deleites, porque tenían diversas arboleadas y jardines, y los aposentos eran muy grandes y labrados con maravilloso artificio (Murúa, 1946, pp. 165-166).

Hay algunos detalles adicionales de la naturaleza suntuosa de la residencia, sin embargo, la información más útil del texto de Murúa es su descripción del patrón básico de ordenamiento espacial. Se trata de un esquema espacial que podemos comparar con los restos físicos y tal vez, de esa manera, identificar arqueológicamente los palacios incas, proporcionar las bases para obtener información adicional, y entender mejor la naturaleza de los palacios y su rol en el funcionamiento del Tahuantinsuyu (literalmente, “la tierra de las cuatro regiones” o reino inca).

La descripción de Murúa sugiere el siguiente paradigma esquemático de tres partes principales para un complejo palaciego. (1) La primera parte consistente de una puerta o portada protegida por soldados de confianza que no eran incas, a través de la cual se llegaba a una plaza espaciosa. El Inca y todos quienes lo acompañaban tenían acceso a esta área, pero solo algunos podían proseguir hacia la segunda puerta. (2) La segunda parte del complejo palaciego era accesible a través de esta segunda puerta, la cual se hallaba resguardada por cien capitanes de confianza. Quienes podían pasar por esta puerta eran el Inca y los principales «*orejones*, los cuatro de su consejo». Los guardias, nativos del Cuzco y parientes confiables del Inca, se encargaban también de enseñar a los hijos de los líderes del reino. Había una plaza detrás de esta segunda puerta, la cual, de acuerdo con Murúa, era usada por los oficiales del palacio y personal de servicio. (3) La tercera y última parte de este conjunto palaciego consistía de los edificios residenciales usados por el Inca. Es interesante que Murúa no mencione aquí una puerta

o entrada que sirviera como límite estricto, tal como hemos visto en los otros casos. En un sentido, esta última sección de la residencia puede ser considerada una subunidad del sector previo con su gran plaza.

Ante la imposibilidad de observar y describir los edificios del Cuzco descritos por Murúa, dado que no se han preservado, debemos dirigir nuestra atención hacia otros centros urbanos mejor conservados, de modo que podamos evaluar si es posible identificar complejos arquitectónicos que se ajusten a la descripción de Murúa. Si tenemos éxito en este procedimiento, podremos usar los nuevos datos arquitectónicos y arqueológicos para ampliar la evidencia escrita y así obtener una mejor perspectiva de la naturaleza, uso y contexto político de los palacios en el Tahuantinsuyu.

Este ensayo es, pues, esencialmente una discusión arqueológica basada en tres ejemplos de complejos arquitectónicos que he estudiado con distintos grados de meticulosidad. Si bien estos tres ejemplos no son idénticos, la similitud general de su organización arquitectónica y sus paralelos con mi interpretación de la descripción de Murúa es tal que podríamos haber identificado los restos materiales de al menos una clase de complejo arquitectónico asociado con los gobernantes incas —esto es, unidades arquitectónicas que Murúa consideró, en algún sentido, equivalentes a la noción europea de un «palacio».

Huánuco Pampa: una capital administrativa en una región de muchas entidades políticas pequeñas

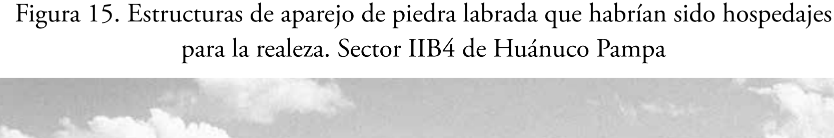
El primero de los tres ejemplos proviene de Huánuco Pampa, un centro inca donde trabajé extensamente durante gran parte de los años setentas y principios de los ochentas. El sitio ha sido discutido en diferentes contextos analíticos en publicaciones previas (Morris, 1982 y 1987; Morris & Thompson, 1985). El segundo caso es La Centinela, en el valle de Chincha, donde he estado trabajando intermitentemente con una serie de colegas desde 1983. El tercer ejemplo es Tambo Colorado, un sitio que prospecté primero en 1983 y en el que actualmente estoy conduciendo un estudio arquitectónico detallado.

Huánuco Pampa es tal vez la ciudad inca mejor preservada. Fue construida por los incas en un lugar con poca evidencia preincaica aproximadamente a 3700 metros sobre el nivel del mar y a 700 kilómetros al norte de Cuzco, sobre el principal camino inca de la sierra que comunica el Cuzco con Quito. Este camino pasa por la plaza principal de la ciudad. El mapa (ver figura 1) muestra cerca de 3300 estructuras de diversos tamaños, tanto circulares como rectangulares. Algunos

edificios han sido destruidos por construcciones modernas, pero en general el sitio está notablemente completo, con un número original de estructuras que pudo llegar a los 4000.

La parte de la ciudad en que estoy interesado aquí es la denominada Zona II, Sector B (ver figura 6), pues pienso que coincide con los lineamientos de Murúa presentados arriba. Como he enfatizado en otras ocasiones (Morris, 1982 y 1987), me parece que esta parte de la ciudad se hallaba estrechamente ligada a muchas de las funciones ritual-administrativas por las que se construyó Huánuco Pampa. Aunque no hay registros escritos para probarlo, pienso que podemos asumir que este complejo estaba asociado con el mismo *Sapa* Inca (supremo gobernante). Parte de este complejo sirvió para alojar al Inca en las muy raras ocasiones cuando el gobernante se hallaba en Huánuco y, en su ausencia, para hospedar también a los oficiales y substitutos que lo representaban y simbolizaban en su función.

En términos puramente arquitectónicos, la parte más oriental de la zona II, llamada IIB4, era el conjunto residencial más elitista de la ciudad. Su fino aparejo de piedra labrada, raro en Huánuco, implica que este fue un edificio oficial o de élite. Por cierto, en su temprana publicación sobre el sitio, el arquitecto Emilio Harth-Terré (1964) llamó a la unidad de seis estructuras de este conjunto (ver figura 15) el «palacio real». Desde los trabajos pioneros de Rowe (1944), los investigadores han entendido que la unidad básica de la arquitectura inca era un área construida cercada (denominada *cancha* en quechua), en la que se levantaban una serie de edificios rectangulares relativamente pequeños que por lo general se abrían hacia un pequeño patio interior. Esta forma arquitectónica fue usada en la construcción de las casas comunes, de muchos edificios oficiales, de los palacios, e incluso del famoso templo del Sol. La mayor parte de las construcciones en Huánuco corresponde a estructuras circulares y rectangulares irregulares sin agrupamientos claros, pero la mayoría de los edificios formalmente planificados se ciñe al patrón de estructuras rectangulares alrededor de un patio abierto dentro de un área cercada. El cerco pudo consistir en un muro real o en un ordenamiento de los edificios mismos.


Figura 15. Estructuras de aparejo de piedra labrada que habrían sido hospedajes para la realeza. Sector IIB4 de Huánuco Pampa



En lugar de enfocarnos en este grupo de seis edificios bellamente construidos, atribuidos por Harth-Terré a un «palacio», trataré de seguir el paradigma de las divisiones de Murúa en esta zona de la ciudad. El complejo IIB está intercomunicado por una serie de portadas de piedra labrada que se distribuyen en un eje este-oeste desde la gran plaza principal hasta el conjunto del extremo oriental mencionado en el párrafo anterior. La primera portada, en el perímetro este de la plaza principal de Huánuco, no es realmente una portada como lo son los otros accesos del complejo, sino más bien el espacio entre dos edificios alargados —llamados edificios *callancas*— que se abren hacia la plaza principal (ver figuras 1 y 16). Los edificios son de un tipo de mampostería hecha de piedras grandes toscamente labradas por un solo lado y las extremidades de los edificios no son modificadas por la piedra labrada. En todos sus detalles, los edificios alargados *callancas* y el pasaje de ingreso entre ellos que conduce hacia las portadas, se identifican arquitectónicamente con la plaza principal. Estos elementos no forman parte del complejo palaciego. El punto lógico de ingreso a este complejo son las dos portadas de aparejo de piedra labrada del lado este (ver figura 17), detrás del pasaje entre las dos callancas. Estas portadas son muy elaboradas y están decoradas con figuras de animales en relieve, aparentemente pumas. El aparejo de piedra labrada y las figuras en relieve indican que esta unidad no es de la misma clase que el corredor ordinario que se extiende entre los edificios de la plaza principal.

Figura 16. Entrada al área del palacio administrativo de Huánuco Pampa.
La entrada corre entre dos grandes *callancas* que dan a la plaza principal



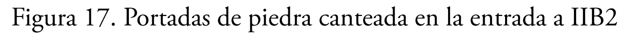


Figura 17. Portadas de piedra canteada en la entrada a IIB2



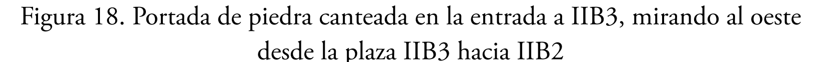
Sigamos ahora la descripción de Murúa en la arquitectura de Huánuco: «a la entrada desta puerta había dos mil indios soldados, de guarda, con su capitán, y guardaba un día, y después entraba otro con otros dos mil; y así de la multitud de los cañares y chachapoyas, que era cierta gente de guerra … se hacía la guarda a la persona del Inga». Desde luego, no quiero dar a entender que los cañaris o chachapoyas estuvieran necesariamente apostados en Huánuco. Lo importante es que las personas asignadas a esta posición justo a la entrada del palacio fueron grupos especiales no incas que de alguna manera tuvieron relaciones privilegiadas con el Estado.

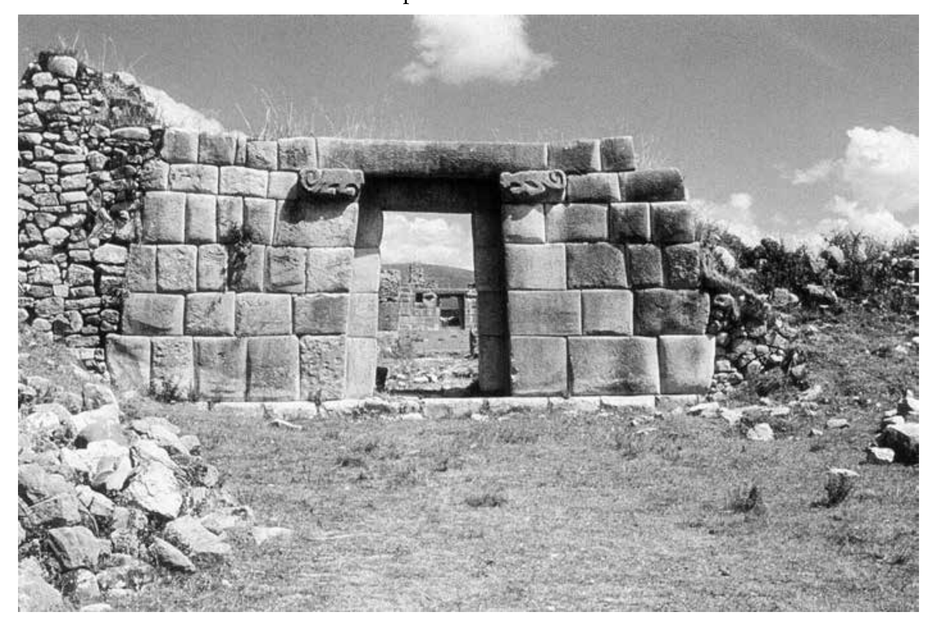
Pasando la entrada principal «en medio desta puerta y de la otra más interior había una plaza grande y extendida, hasta la que entraban todos los que acompañaban al Inga». Esta primera plaza (IIB2), ubicada al este de las primeras portadas de aparejo de piedra labrada, es espaciosa y está rodeada por seis estructuras grandes tipo *callanca* y dos edificios más pequeños. Como veremos posteriormente, las excavaciones en estos edificios proporcionaron enormes cantidades de cerámica, la mayoría de grandes cántaros y platos. Se trata de una de las varias áreas de servicio de comida y bebida comunal a gran escala. Hemos interpretado este ambiente como un espacio usado para banquetes y libaciones de un gran número de personas. No necesitamos seguir literalmente la versión de Murúa sobre los personajes que habrían participado de estos agasajos en el Cuzco para concluir que se trataba de personas importantes para el Estado. Además de los guardias y funcionarios descritos, los oficiales de más alta jerarquía que estaban autorizados a atravesar la segunda «puerta» también participaron, con toda probabilidad, en ciertos eventos rituales dentro de esta área. Mi interpretación de la principal asociación social de esta plaza y sus edificios circundantes es que estaba relacionada a los personajes no incas emparentados con el Inca por matrimonio o alguna otra alianza especial. Estos individuos ocupaban un estatus intermedio entre los extranjeros excluidos del palacio administrativo y los familiares cuzqueños del Inca. Probablemente se trató de un grupo esencial para la administración del Tahuantinsuyu, a menudo referido como los incas de privilegio por etnohistoriadores como Tom Zuidema (1983).

En la parte posterior de la primera plaza del complejo palaciego se encontraba una segunda serie de portadas de aparejo de piedra labrada con figuras en relieve (ver figura 18), las cuales conducían hacia otra plaza, más pequeña que la primera. Murúa dice:

> […] y pasaba el Inga y los señores principales orejones, los cuatro de su consejo […] hasta la segunda puerta; en la segunda puerta había también guarda, y era de indios naturales desta dicha ciudad del Cuzço y parientes del Inga, y de quien él se fiaba más, y eran los que tenían a cargo de criar y enseñar a los hijos de los principales de todo este Reino, que iban a servir al Inga y a estar con él en su Corte cuando muchachos […] Junto a esta segunda puerta estaba la armería y flechas del palacio real del Inga, y a la puerta della estaban cien capitanes aprobados en guerra; poco más adelante estaba otra gran plaza o patio para los oficiales del palacio y servicio ordinario (Murúa, 1946, pp. 165-166).

La identificación de las personas que usaban esta segunda plaza es aún menos específica que en el caso de la plaza anterior. Pero teniendo en cuenta la naturaleza de los guardias y la referencia a los oficiales del palacio, parece probable que principalmente se asociaba con el mismo Inca. Una vez más, la evidencia excavada indica eventos de banquetes comunales.


Figura 18. Portada de piedra canteada en la entrada a IIB3, mirando al oeste desde la plaza IIB3 hacia IIB2



En la parte posterior de esta segunda plaza había una tercera serie de portadas de aparejo de piedra labrada, las cuales conducían hacia el conjunto de estructuras de similar mampostería mencionado al inicio de nuestra descripción del complejo palaciego de Huánuco (IIB4) (ver figura 15). Murúa anota que: «y después

entraban más adentro, donde estaban las salas y piezas a donde el Inga vivía. Y esto era todo lleno de deleites, porque tenían diversas arboleadas y jardines, y los aposentos eran muy grandes y labrados con maravilloso artificio». Además de los seis edificios labrados que habrían sido propiamente los hospedajes, este conjunto contenía otros cinco edificios rústicos. Un manantial ubicado aproximadamente a 1,5 kilómetros de distancia abastecía de agua al conjunto y llenaba una gran alberca y una poza más pequeña, por lo general identificada como un baño, toda revestida con aparejo de piedra labrada. En el extremo oriental se hallaba una plataforma alta que tenía vista a un estanque artificial pequeño y poco profundo.

Es importante señalar que, si bien la segunda plaza (IIB3) y los edificios muy elaborados que se supone constituyeron los hospedajes reales (IIB4) estuvieron separados por la tercera serie de portadas, de forma similar a las entradas de las dos plazas previas, es probable que conceptualmente tanto la plaza como los hospedajes hayan sido parte de un mismo sector dentro del palacio. Si examinamos cuidadosamente el plano de la figura 6, podremos observar que la segunda plaza se halla contenida dentro del conjunto semitrapezoidal más grande que también incluye los hospedajes y las bañeras y el lavabo ya mencionados. Hacia el norte, el conjunto también incluye un edificio pequeño, muy fino pero inconcluso, que fue probablemente planeado como una estructura religiosa, así como un conjunto de estructuras más pequeñas en pobre estado de conservación. Nuestra percepción del área de los hospedajes como parte de la misma unidad junto con la segunda plaza también concuerda con la localización de la «armería y flechas» del Inca en la puerta anterior a la segunda plaza, y con la asociación de esta área con los «oficiales del palacio», tal como lo ha descrito Murúa. En otras palabras, los sectores que hemos llamado IIB3 y IIB4 fueron en un sentido áreas públicas y privadas de la misma unidad arquitectónica.

Sobre la base de esta evidencia e interpretación, uno podría sugerir que este último conjunto semitrapezoidal (IIB3 y IIB4), con sus múltiples componentes, pudo haber sido el palacio propiamente. El conjunto contuvo los hospedajes reales, las áreas para los oficiales, y estuvo probablemente asociado con la misma realeza inca. La inclusión de Murúa de la primera plaza y la primera portada o puerta» (IIB2) pudo resultar de su interpretación de todo el complejo, incluyendo la plaza principal, como el «palacio real». De haber observado un plano con los conjuntos trapezoidales cercados, como en nuestro caso, Murúa podría haber usado sus términos de modo distinto. Sin embargo, en términos de funcionamiento político de los espacios, la concepción de Murúa de los dos espacios es importante: Murúa asocia *per se* a los incas y a los incas de privilegio, esencia de la estructura

gubernamental, en relación a los no incas y su espacio ritual en la plaza principal (Zona I), como discuto abajo.

La cerámica de las áreas públicas del palacio administrativo

Vale la pena hacer un breve preámbulo para evaluar la evidencia cerámica proveniente de las dos plazas. Esta evidencia, aunque todavía preliminar, es la base para concluir que el área como un todo fue el escenario de festines elaborados. Una enorme cantidad de cántaros y platos demuestra la preparación y consumo de alimentos y bebidas a gran escala. Los datos también apoyan el argumento esbozado aquí de que el palacio administrativo tuvo dos partes, bastante diferentes entre sí.

Pat H. Stein, del equipo del Proyecto Huánuco Pampa, realizó excavaciones de muestreo en los interiores y alrededor de los exteriores de seis edificios en la plaza externa (IIB2) y de cinco edificios de la plaza interior (IIB3). Si bien las excavaciones representan menos del 5% del área total de estos sectores del palacio administrativo, se pudo obtener más de 3 toneladas métricas de cerámica. El material fue catalogado por Stein e introducido en la base de datos del proyecto por Delfín Zúñiga. Actualmente está siendo analizado con la asistencia de Alan Covey.

Si bien el uso general de las dos plazas para consumo público de comida y bebida es relativamente claro, se sugiere que existen distinciones funcionales entre sus edificios asociados; en concordancia con esto venimos hallando importantes diferencias entre las áreas de ambas plazas. Los detalles de la función de los edificios están fuera del alcance de este ensayo y deben esperar una discusión completa de la evidencia cerámica; sin embargo, las distinciones entre las áreas de las dos plazas son pertinentes en el presente trabajo.

Cerca de 75 000 tiestos de cerámica fueron recuperados en las excavaciones de similar volumen de remoción efectuadas en cada una de las plazas. Esta densidad de restos de cerámica inusualmente alta, junto con cantidades considerables de restos botánicos y de fauna, sugieren un uso intensivo de ambas áreas. No hay duda que una gran cantidad de gente usaba las dos plazas; sin embargo, es imposible determinar si el uso intensivo tuvo una base continua o periódica en el tiempo.

Los datos muestran que la cerámica decorada es más común en el área del palacio que en cualquier otra parte del sitio. También indican una presencia considerablemente más alta de los motivos decorativos del estilo Cuzco imperial, las variedades locales Cuzco rojo y blanco, Cuzco polícromo A y Cuzco polícromo B (Rowe 1944).

Se ha analizado más de 35 500 tiestos provenientes de cada plaza. La comparación de estas muestras indica que la distribución de motivos decorativos específicos en cada caso es bastante distintiva. La gran plaza (IIB2) incluye más diseños incisos locales y otros diseños que no son del Cuzco, mientras que la plaza pequeña hacia el este (IIB3) presenta más tiestos decorados, incluyendo un 36% más de diseños Inca imperial. Sin embargo, probablemente el aspecto más intrigante de las distribuciones de cerámica resulta de las comparaciones entre las variantes Polícromo A y Polícromo B. Solamente 13% de los tiestos decorados de IIB2 son Polícromo A, mientras que en IIB3 la proporción de esta variante representa el 27% de los tiestos decorados. Por otro lado, en IIB2 la variante Polícromo B representa el 57% de los tiestos decorados, mientras que en IIB3 constituye el 35%. En términos de las distribuciones de los tipos decorativos, el 73% de los tiestos de la variante Polícromo A provino de la pequeña plaza IIB3, mientras que solamente el 27% fue hallado en IIB2. En contraste, la variante Polícromo B provino en su mayoría, 55%, de IIB2. La versión local de los tipos Cuzco rojo y blanco presenta una distribución similar a la del Polícromo A. Poco más del 70% de esos tiestos provino de IIB3.

Los datos presentados sugieren una fuerte tendencia de asociación entre las variantes Polícromo A y rojo y blanco con el área interior de la plaza IIB3. Si bien el Polícromo B es común en ambas plazas, muestra una frecuencia ligeramente más alta en IIB2. Si nuestra interpretación basada en la narración de Murúa es correcta, estas distribuciones podrían implicar que las variantes Polícromo A y rojo y blanco fueron, de alguna manera, más restringidas en su uso, al menos dentro el complejo palaciego, que la variante Polícromo B. Hay una serie de puntos a tener en cuenta. Primero, aunque los tamaños de las muestras son grandes, debemos recordar que muchos de estos tiestos provienen de grandes vasijas, así que una muestra numerosa de tiestos no implica necesariamente una gran muestra de vasijas. Además, debido a su fina arquitectura y grandes edificios, el complejo palaciego fue usado durante la ocupación española. Este uso está demostrado por una considerable cantidad de animales domesticados del Viejo Mundo entre los restos de fauna. Sería de esperar que un usuario no inca prestara poca atención a los distintos diseños representados en vasijas con funciones similares; por consiguiente, si la distribución de las vasijas fue modificada por ocupaciones posteriores a la inca, podríamos esperar que las muestras procedentes de las dos áreas de la plaza se hicieran más homogéneas, no lo contrario.

Si bien es casi seguro que las distribuciones descritas reflejan patrones de uso de la ocupación inca del sitio, todavía necesitamos reflexionar sobre hasta qué punto

reflejan el principio que asume el uso de distintos grupos de cerámica decorada (con motivos particulares) en diferentes sectores de las plazas. Si este fuera el caso, las diferencias entre las distribuciones de las dos áreas podrían ser atribuidas ya sea a una aplicación imperfecta y no rígida del principio, o a una tendencia a mover indiscriminadamente las vasijas de su lugar durante los años siguientes a la conquista española.

Alternativamente, los motivos decorativos podrían estar relacionados a grupos sociales en vez que a espacios específicos *per se*. Por ejemplo, la variante Polícromo A podría haber estado exclusivamente asociada con el grupo gobernante inca, cualquiera que haya sido la ubicación espacial de sus miembros en la plaza en cualquier punto del tiempo. Asimismo, la variante Polícromo B podría haber estado asociada con los llamados incas de privilegio. Si este fuera el caso, las distribuciones podrían reflejar los patrones de uso y descarte relacionados tanto con las principales asociaciones espaciales del grupo como con su movimiento dentro y entre espacios. Sospecho que este último escenario es el más probable. Los eventos rituales efectuados en ambos espacios pudieron incluir la participación de ambos grupos. En este caso, los participantes pudieron haber traído consigo las vasijas de cerámica con los motivos apropiados, o bien pudieron haberlas guardado en ambas plazas para su posterior uso. Obviamente, necesitamos investigaciones adicionales en otros contextos para confirmar y aclarar estos puntos, así como considerar estas preguntas al momento de hacer una lectura más exhaustiva de las descripciones españolas.

El palacio administrativo y la plaza central en el contexto de la administración recíproca

Regresando a la información arquitectónica y textual relativa al palacio administrativo de Huánuco Pampa, cabe avanzar un poco en la discusión sobre la base de la descripción de Murúa del palacio con sus dos plazas y suntuosos edificios residenciales, a la vez que examinar la relación del palacio con la plaza principal. Obviamente, las plazas eran los principales espacios rituales de la ciudad. La evidencia excavada en Huánuco Pampa demuestra esto con mucha claridad. Basado en la arquitectura, la cerámica y el texto de Murúa, he propuesto que la plaza oriental y sus hospedajes colindantes se asociarían con la realeza, mientras que la plaza más grande se relacionaría con los incas de privilegio. El tercer mayor espacio ceremonial o ritual es, por supuesto, la plaza principal, el elemento arquitectónico más evidente e importante de toda la ciudad. Esta plaza, a la que se abrían desde varios lados los grandes edificios *callancas*, fue probablemente el espacio público

de los extranjeros no incas y estuvo asociado a los varios grupos no incas que se establecían (mayormente a tiempo parcial) en varias zonas de la ciudad. Sospecho que esta división tripartita de las tres plazas ceremoniales estuvo relacionada con los términos *collana*, *payan* y *cayao*, las tres mayores divisiones sociales dentro del Tahuantinsuyu delineadas en sus respectivos análisis por Zuidema (1964), Wachtel (1973b) y otros. Esta idea requiere más estudio, incluyendo un cuidadoso análisis de la cerámica y otros restos excavados en esta plaza (Zona I). Si esta idea es correcta, podremos comenzar a observar cómo los hospedajes reales y sus espacios rituales asociados fueron parte de una organización concéntrica del espacio y la sociedad, una organización que conectaba al Inca en la parte más oriental del palacio administrativo (IIB3) con los extranjeros a los que gobernaba emplazados en la plaza principal. El área intermedia de la plaza era el espacio de grupos mediadores que ayudaban a crear lazos entre los gobernantes y los no incas. Las áreas rituales y las portadas que las comunicaban, proporcionaban tanto el soporte simbólico como los espacios arquitectónicos y edificios reales, los mismos que modelaron las interacciones humanas necesarias para forjar vínculos entre los gobernantes y los gobernados.

La Centinela: capital del reino chincha bajo el gobierno inca

El reino chincha fue una de las principales unidades políticas incorporadas al Tahuantinsuyu. El señor de Chincha fue el principal aliado de los incas. Durante el fatídico encuentro con los españoles en Cajamarca, este señor se hallaba en una litera acompañando de cerca a Atahualpa. La Centinela, el nombre moderno de la capital chincha, es un sitio inusual, ya que es una de las muy pocas capitales no incas donde los incas construyeron una instalación estatal principal.

Los conjuntos incas de La Centinela se distinguen claramente de la construcción local chincha gracias a su estilo y técnicas de construcción particulares. La edificación de estos conjuntos imperiales estuvo complementada por la modificación de varias áreas chincha más tempranas como parte de una estrategia de alianza y gobierno indirecto (Morris & Santillana, 1997).

La instalación inca de La Centinela fue construida con adobes. Sin embargo, en términos de sus patrones espaciales, incluyendo su relación con una gran plaza principal de factura inca, es muy similar a la descripción de Murúa del palacio del Cuzco y al complejo de Huánuco Pampa que hemos discutido arriba. Sin embargo, es mucho más pequeño que el palacio de Huánuco Pampa, probablemente, en parte, porque se requirió una presencia inca mucho más pequeña en Chincha

que en Huánuco, quizás porque en este caso los incas pudieron contar con una nobleza local leal para llevar a cabo sus objetivos. Sin embargo hay otras diferencias sustanciales. Estas diferencias reflejan la variedad de las estrategias políticas de los incas en las dos áreas.

Dejando por el momento las diferencias de lado, sostengo que el palacio inca tuvo una división básica en dos partes principales correspondientes a grupos sociales diferentes. También podemos observar la subdivisión de la segunda parte del palacio en un espacio público y en estructuras reservadas para hospedajes reales. El área palaciega es el elemento más resaltante en la Zona II de La Centinela (ver figura 19), el sector del sitio construido casi exclusivamente en tiempos incaicos. Su importancia resulta evidente por la calidad de su construcción, en comparación con el resto del sector inca, y por su altura en relación a las estructuras circundantes de la zona (ver figura 20). La representación de la jerarquía sociopolítica en la arquitectura tuvo tanto una expresión horizontal como vertical en este sitio; la jerarquía pudo ser expresada en las elevaciones así como en el espacio horizontal.

Figura 19. Plano del conjunto palaciego inca de La Centinela

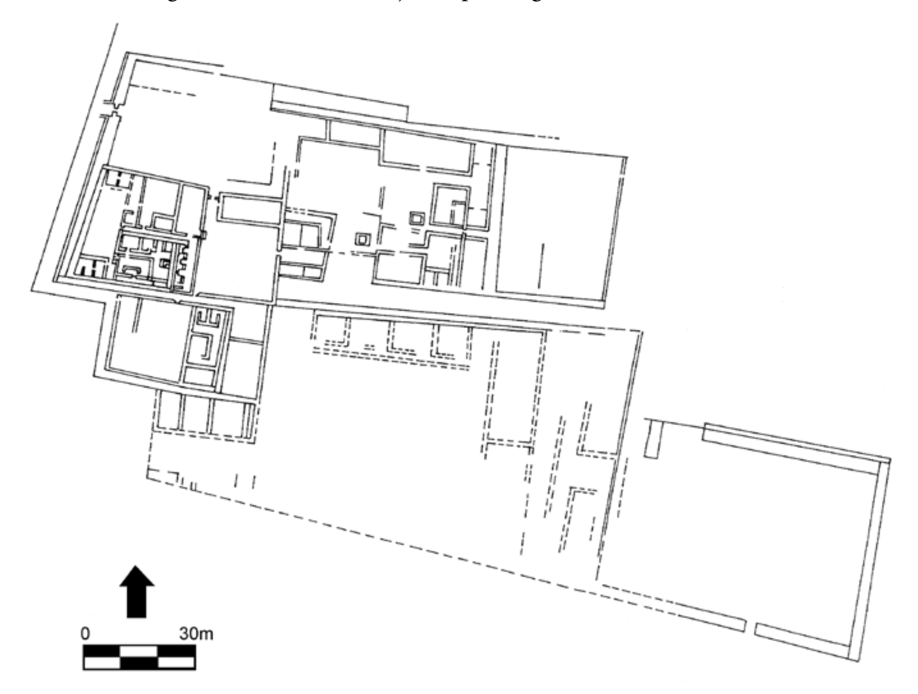


Figura 20. Palacio administrativo inca de La Centinela, capital del reino de Chincha



Resulta productivo enfocarnos en cómo las diferencias en la arquitectura palaciega de Huánuco Pampa y La Centinela se relacionan con diferentes estrategias políticas en ambas regiones. He sostenido en otra parte (Morris, 1987) que, en la región de Huánuco, los incas trataron de construir una nueva jerarquía política basada en los numerosos grupos locales fragmentados, pero con los incas mismos ocupando el escalafón más elevado. Huánuco Pampa fue tanto la expresión física de esta nueva organización como una manera de canalizar las actividades humanas que, a través del ritual, servían para reproducir el nuevo ordenamiento político. En Chincha, los incas encontraron una estructura social y política compleja ya establecida en el lugar. Por ello, implantaron los mecanismos de su administración imperial en una entidad política vigente, incorporando su propio palacio y otros edificios administrativos en La Centinela, la capital chincha.

Si mi lectura de la arquitectura es correcta, lo que vemos en La Centinela no es una burda dominación inca, sino una forma más sutil de control basada en la alianza y el aparente respeto mutuo. La fusión inusual de elementos de diseños inca y chincha en la cerámica de estilo Inca-Chincha (Menzel, 1959) también se puede observar en la arquitectura. El objetivo fue obtener la colaboración de los chincha creando, en parte, un diseño arquitectónico que los posicionó como si realmente gozaran del mismo estatus.

Al hacer esto, los incas configuraron la estructura del palacio de La Centinela de manera distinta a la de Huánuco Pampa en dos aspectos importantes. La primera gran diferencia corresponde a la localización del palacio. Los incas construyeron lo que parece haber sido una plaza principal cerca de la periferia de La Centinela. Esta plaza es mucho más pequeña que su contraparte de Huánuco. En el caso de Chincha, no se accede al palacio directamente desde la plaza principal. En lugar de esto, una pirámide truncada pequeña —una unidad arquitectónica que muestra conceptos formales chincha pero que fue construida con adobes incas— se sitúa en el extremo norte de la plaza (ver figura 19). Esta estructura, que no está alineada con el eje central de la plaza, está separada del complejo palaciego por un pasaje largo y angosto que se dirige hacia el norte en el nivel de la periferia oriental de la plaza principal.

Es notable la asociación entre el complejo palaciego con dos sectores principales y una estructura que parece tener afinidades chincha, así como la localización del palacio fuera del eje central de la plaza principal. Estas dos características atenúan sutilmente la superioridad jerárquica de los incas. Como he descrito, se accede al palacio desde el corredor divisorio, no desde la plaza misma. Así, la ubicación del palacio es mucho menos notoria con respecto a la plaza principal que la del palacio de Huánuco Pampa. La plaza misma también es más pequeña, menos central en términos espaciales, y, presumiblemente, tuvo menos importancia pública que la plaza de Huánuco y las de otros centros incas. Quizás lo que está implícito en esta configuración arquitectónica son dos sectores relativamente iguales, uno a cada lado de un pasaje, con el palacio inca discretamente localizado a un lado, dejando una posición más prominente y visible para la estructura que los incas habían construido incorporando las tradiciones arquitectónicas locales. Este sutil juego de representaciones y perspectivas en La Centinela no es sorprendente a la luz de la importancia del señor de Chincha que aparentemente estaba conforme con el gobierno inca.

La segunda diferencia notable entre el palacio de Chincha y los de Huánuco y, como veremos abajo, de Tambo Colorado, corresponde al tamaño del área que se extiende entre lo que Murúa refirió como la primera y segunda puerta del complejo (el equivalente a IIB2 de Huánuco Pampa). Tanto en Huánuco Pampa como en Tambo Colorado dicho espacio es mucho más grande que el espacio que se localiza después de la segunda puerta, en lo que es equivalente a IIB3 y IIB4 de Huánuco Pampa. En La Centinela la relación se invierte: el conjunto exterior es apenas la mitad del tamaño de los conjuntos interiores interpretados

como los hospedajes reales y sus espacios abiertos asociados. Además, hay una sola estructura en la plaza exterior; la cual, de acuerdo a nuestras excavaciones, apenas habría sido usada —según lo sugiere la gran cantidad de cerámica y restos orgánicos encontrados en su contraparte IIB2 de Huánuco Pampa—. Sospecho que en el caso de La Centinela el grupo denominado «los incas de privilegio» fue mucho más pequeño, toda vez que los incas estuvieron negociando con una entidad política subordinada que ya estaba jerárquicamente estructurada. Además, el montículo a base de plataformas que atraviesa el pasaje fue probablemente la principal asociación arquitectónica con el grupo intermedio local, lo que en términos de autoridad reflejaría una relación mucho más sutil con los incas.

Tambo Colorado: un centro inca en el camino del Cuzco hacia el mar

Tambo Colorado, en el valle medio de Pisco, es uno de los sitios más grandes y mejor conservados de la costa peruana. Sus conocidos colores rojo, amarillo y blanco son todavía visibles en muchas áreas, aunque ahora son mucho más tenues que cuando visité el sitio por primera vez a mediados de los sesenta.

A pesar de haber sido construido con adobes, su planificación y muchos de sus detalles arquitectónicos son evocativos de los sitios incas en la sierra. Esta es una de las varias instalaciones incas que se sitúa al lado de un camino lateral principal que conecta el *Capacñan* de la sierra con el camino principal de la costa. El número y la importancia arquitectónica de estos sitios quizás se relacionan con la importancia simbólica del camino, el mismo que corre casi directamente, aunque no de manera recta, hacia el oeste, esto es desde el Cuzco hacia el Pacífico (la ruta de la puesta del sol).

Tambo Colorado fue planificado alrededor de una plaza semitrapezoidal con numerosas estructuras en sus lados norte, sur y este (ver figura 21). El lado oeste, desde donde se domina el río Pisco, presenta una plataforma *ushnu* situada frente a un muro largo con nichos. Detrás del muro y la plataforma se levantan unas pocas estructuras pequeñas. Es probable que el muro y el *ushnu* estuvieran relacionados con las ceremonias públicas celebradas en la plaza. Una serie de plataformas bajas rectangulares, algunas de ellas con restos de aparentes columnas, son visibles a lo largo de los límites de la plaza, particularmente en el lado norte. Sospecho que estas áreas estuvieron techadas y que pudieron haber sido versiones mucho más abiertas de las grandes *callancas* de Huánuco Pampa y otros sitios incas de la sierra. Como en Huánuco, es probable que estas estructuras hayan servido como

Figura 21. Plano general del centro inca de Tambo Colorado, dibujo de Max Uhle, 1901 (Ibero-Amerikanisches Institut - Preussischer Kulturbesitz, Berlín)

refugios temporales y hospedajes para los visitantes y participantes de los rituales efectuados en el sitio, aunque en Tambo Colorado no tenemos excavaciones que hayan proporcionado la evidencia correspondiente. También podríamos suponer que aquí la plaza principal era usada sobre todo por una gran multitud no inca. Este es el espacio más público, análogo a la plaza principal de Huánuco Pampa, y bien pudo haber sido usado por el grupo más numeroso —aquellos considerados extranjeros y no vinculados por ningún privilegio especial a los incas.

El tipo de palacio basado en dos grandes sectores, como el descrito por Murúa, es el atributo más notable de Tambo Colorado (ver figuras 22 y 23). Podemos identificar con facilidad la plaza exterior (A) con dos grandes estructuras rectangulares y tres pequeñas abriéndose hacia ella (ver figura 24). El segundo sector, presumiblemente más asociado con la realeza (similar al IIB3 de Huánuco Pampa), tiene una pequeña plaza abierta (B) con tres pequeños edificios rectangulares a un lado. Detrás de esta área y a una mayor elevación, se encuentra un conjunto muy restringido (C) que probablemente contenía los hospedajes reales. El área de hospedaje tenía cuatro estructuras en su lado este. Las tres estructuras del extremo este presentan las llamadas plataformas-cama construidas sobre el piso. Cada estructura también muestra un tratamiento distintivo en sus ventanas. En una sus ventanas, son escalonadas en ambos lados; en la otra, son escalonadas en un solo lado; y, finalmente, en la tercera, no se presentan escalonadas. Solo podemos especular que estas tres estructuras en realidad pudieron haber sido dormitorios usados por diferentes personajes, cada una exhibiendo un modelo arquitectónico particular.)

La característica individual más intrigante del complejo palaciego de Tambo Colorado se encuentra en la esquina suroeste de su área sur, al norte de la plaza principal. Allí, una espaciosa habitación doble con una plataforma-cama contiene un bloque de lo que habría sido un friso muy grande de barro (ver figuras 25 y 26). El friso tiene dos caras, cada una de ellas con un diseño similar al de un friso descubierto por Luis Lumbreras en el sitio de Litardo Bajo (ver figuras 27 y 28), varios kilómetros al sur de La Centinela, en el marco de las prospecciones de nuestro proyecto conjunto en el valle de Chincha. Ese friso se desprendió de una pared hace muchos años atrás, quizás debido a un terremoto.

En las fuentes escritas es poco clara la relación exacta entre los valles de Chincha y Pisco en los tiempos incaicos e inmediatamente anteriores. Exactamente al este del complejo palaciego se observan los restos de una construcción de tapia, la cual pudo haber estado ya en ruinas cuando Tambo Colorado fue construido. La arquitectura

de esa estructura es muy similar a la de los edificios del valle de Chincha, pero no conozco de algún estudio de cerámica que proporcione un mejor entendimiento de las relaciones entre Tambo Colorado y el valle contiguo hacia el norte.

Figura 22. Plano del palacio administrativo de Tambo Colorado

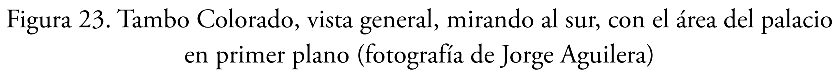
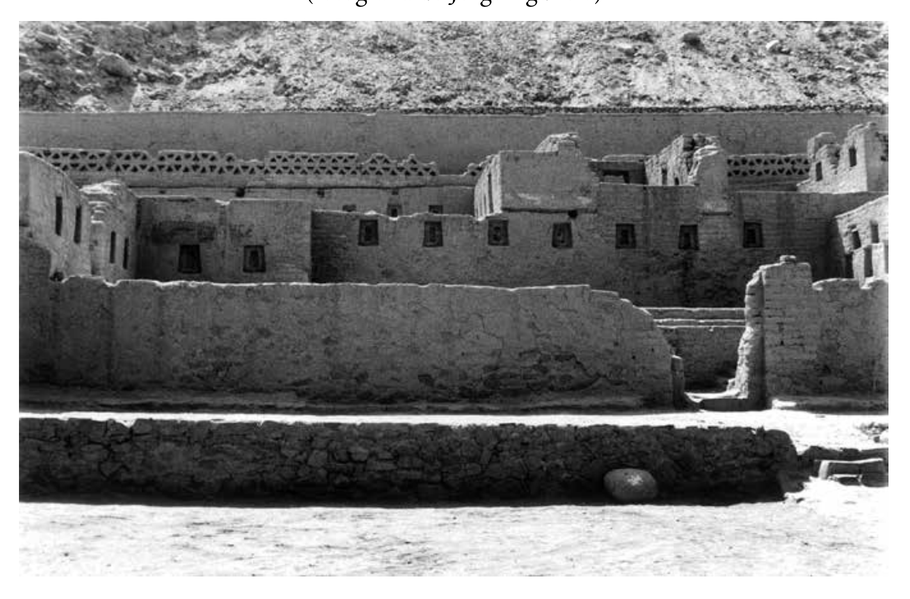

Figura 23. Tambo Colorado, vista general, mirando al sur, con el área del palacio en primer plano (fotografía de Jorge Aguilera)



Figura 24. Tambo Colorado, mirando al norte desde la primera plaza. La entrada a la derecha conduce a la segunda plaza y a los hospedajes reales (fotografía de Jorge Aguilera)



Sin embargo, el hallazgo del fragmento de un friso construido bajo control de los arquitectos incas, con elementos muy similares a los de otro friso del valle de Chincha, es un hecho revelador en el contexto de un complejo palaciego inca. Su localización en el exterior o en la primera parte del complejo arquitectónico es consistente con el argumento de que esa unidad habría estado asociada con personas privilegiadas que no fueron miembros de la nobleza cuzqueña. Es cierto que debemos ser cautelosos al atribuir una relevancia especial a este símbolo arquitectónico, que por lo demás aparece en otros sitios a lo largo de la costa. Pero estos son los símbolos que precisamente se esperaría documentar en un escenario de negociación y alianza entre los incas y los grupos locales. De manera algo curiosa, solo se podía llegar hasta la estructura con el friso atravesando la plaza interior del complejo (semejante al conjunto IIB3 de Huánuco Pampa). Esto implicaría que el usuario de la estructura podía entrar hasta el patio interior, presumiblemente un área para uso de la realeza, y que al mismo tiempo no tenía libre acceso al edificio a través del patio exterior. Quizás la lectura más probable de estos elementos sea que algún tipo de hospedaje prestigioso le fue ofrecido a un personaje local importante, aunque esta prerrogativa fue estrictamente regulada por los incas.

Figura 25. Friso de barro en relieve en Tambo Colorado
(foto cortesía del Phoebe Hearst Museum of Anthropology,
Universidad de California, Berkeley)



Figura 26. Dibujo del relieve de Tambo Colorado

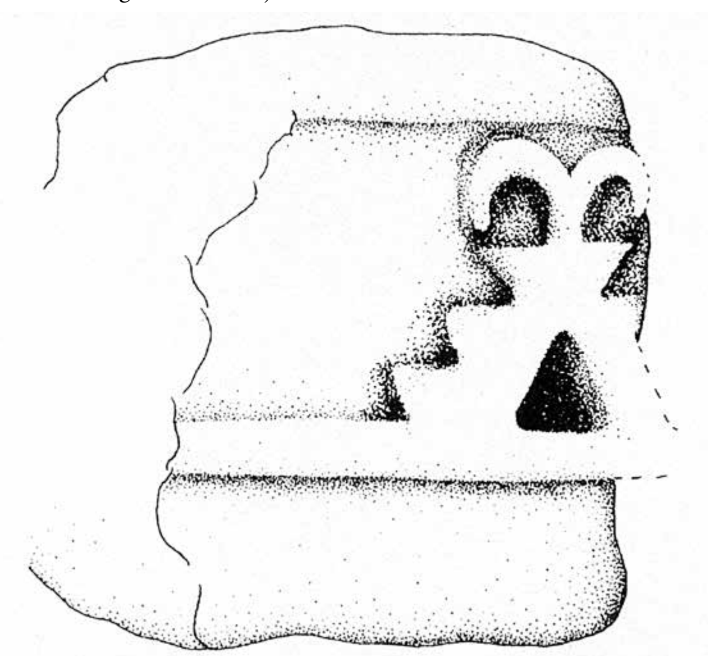


Figura 27. Fragmento caído de un friso de barro en relieve en Litardo Bajo, valle de Chincha

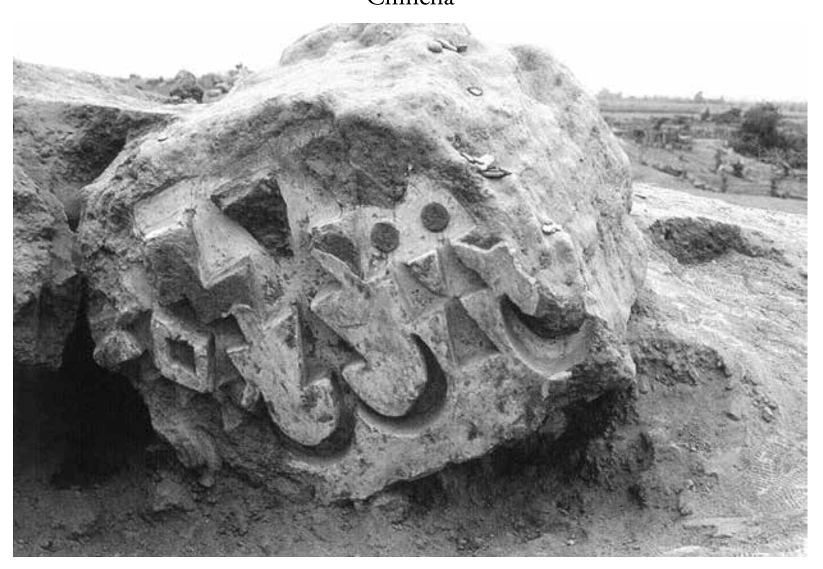
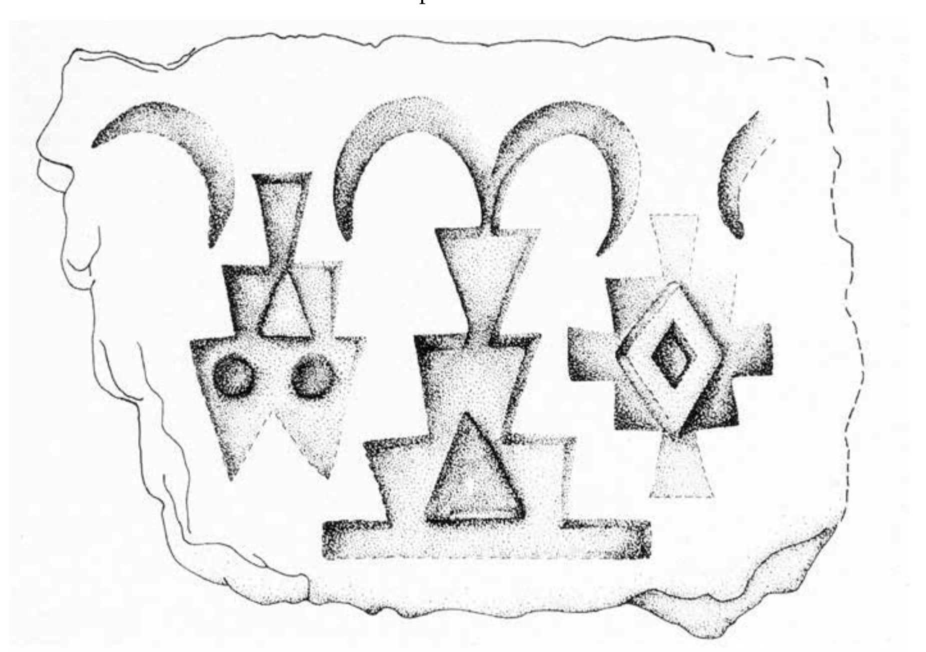


Figura 28. Dibujo del relieve de Litardo Bajo, valle de Chincha, visto en posición vertical



Problemas para futuras exploraciones

A partir del análisis arqueológico precedente y de la información de Murúa, hemos podido identificar y describir parcialmente un tipo de complejo administrativo residencial que legítimamente podríamos denominar un palacio. Además de los continuos intentos por verificar y ampliar nuestro entendimiento de estas unidades arquitectónicas, las siguientes investigaciones necesitan enfocarse en una serie de problemas importantes, entre ellos la distribución y la cronología o secuencia de la construcción.

Hay indicios fascinantes de lo que habrían sido los antecedentes de los palacios administrativos incas, pero un análisis completo de los orígenes y la cronología de estas unidades arquitectónicas nos conduciría a otro estudio. En cuanto a la distribución de los palacios administrativos basados en las prácticas de reciprocidad, existen otros sitios con conjuntos arquitectónicos que aparentemente podrían ser asignados al patrón tripartito descrito arriba. Tunsucancha (Morris, 1966), a un día de viaje al sur de Huánuco Pampa, en el camino de la sierra, casi ciertamente correspondió a este patrón. Quizás Pumpu, un sitio descrito por Ramiro Matos (1994) y localizado en las riberas del lago Junín, también pudiera ser incluido

en este grupo. Incahuasi (Hyslop, 1984, pp. 105-106), en la *puna* del valle de Pisco, podría haber sido un centro desarticulado y solo usado ocasionalmente. Incaracay en el valle de Cochabamba, Bolivia, quizás fue otro sitio poco usado e incompleto. Simplemente sucede que los centros incas más grandes no están lo suficientemente bien conservados como para hacer determinaciones relevantes. Cajamarca y Hatun Jauja, dos centros urbanos de gran tamaño, podrían ser particularmente interesantes; pero si alguna vez existieron las estructuras que nos interesan en estos dos sitios importantes, es probable que hoy en día se encuentren tan destruidos que cualquier recuperación es simplemente imposible.

Hay algunos centros incas principales donde quizá nunca se construyeron palacios administrativos, quizá porque estos fueron precisamente inconsistentes con el uso de los centros. Incahuasi (Hyslop, 1985), en el valle de Cañete, podría ser un ejemplo. Cieza de León (1959, pp. 338-339) sugiere que el sitio fue una instalación militar ocupada solo temporalmente. Si esto es verdad, no habría sido la clase de centro donde esperaríamos un palacio administrativo. En Incahuasi, sin embargo, debemos tener presente qué clase de estructuras pudieron haber estado localizadas en la parte destruida del sitio que domina al río Cañete. Es probable que algunos centros con funciones religiosas, militares, o de otra índole, hayan poseído hospedajes reales de alguna clase, a la par que pudieron haber carecido de un palacio administrativo multicomponente. Por ejemplo, este habría sido el caso de las propiedades reales cerca de Cuzco (Niles, 1999; Salazar & Burger, 2004). A medida que progresa nuestro registro arqueológico de los incas, se definen mejor las diversas categorías de residencias incas.

Los palacios, la sociedad y la expansión del Estado

Las residencias de los gobernantes *per se* no pueden ser estudiadas independientemente de los grandes asentamientos de los cuales formaban parte. Hemos visto, sobre la base del texto de Murúa y de la arquitectura, que el sector asociado con el *Sapa* Inca estaba cuidadosamente articulado con una serie de espacios que simbolizaban otros grupos étnicos. En conjunto, estos espacios constituían ambientes ceremoniales en donde se reproducía un microcosmos de la sociedad inca y no inca. Fueron así verdaderos instrumentos de poder. En la medida que aquí se establecían vínculos entre la autoridad y varios niveles de la población, estos espacios fueron bastante más que simplemente la residencia de los líderes. El estudio de los complejos palaciegos y de las actividades efectuadas en su interior puede mostrarnos cómo las interrelaciones mencionadas fueron creadas y mantenidas. El delineamiento de los vínculos jerárquicos mediante los cuales diversos grupos sociales fueron

integrados en organizaciones políticas más grandes bajo la autoridad de líderes poderosos es, desde luego, un tema central en nuestro entendimiento de cómo los estados arcaicos surgieron, se desarrollaron y funcionaron. Además, como lo sugieren los casos aquí presentados, la arquitectura palaciega puede ser una herramienta comparativa útil para examinar distintas estrategias de gobierno en los diversos territorios donde el Estado estuvo presente.

Dicho de una manera un poco diferente, podemos ver los complejos palaciegos de múltiples sectores como un proceso y una narrativa más bien que como mera arquitectura estática. Estos palacios fueron el escenario donde se desarrolló el proceso crítico de incorporación de las poblaciones no incas al Tahuantinsuyu, donde se negoció y obtuvo su lealtad y apoyo económico. En un Estado que todavía dependía en gran medida de la reciprocidad y los lazos familiares, ficticios o de otra naturaleza, los palacios permitieron que el gobernante estuviese representado en los rituales a lo largo del imperio, aun cuando no pudiera estar personalmente presente. El palacio se convirtió en la personificación misma de la autoridad del Estado en la medida que era aquí donde el gobernante se hospedaba y donde se ofrecían banquetes y rituales en su nombre. El rol de los palacios administrativos era el de dar un orden, un escenario y una reglamentación a la vida ceremonial del Estado. Pero también lo era impresionar, inspirar y hasta cierto punto atemorizar. A través de los rituales, la arquitectura junto con la vestimenta y diversos artículos decorativos, todos ellos exhibiendo símbolos de rango y cargo apropiados, fueron ofrecidos como obsequios del Estado (Morris, 1993; Murra, 1962). En conjunto, estos elementos reforzaron los cantos y otros mensajes verbales convirtiéndose en ingredientes esenciales para la manifestación y categorización de las identidades personales y grupales en las jerarquías que formaban la estructura y organización del Estado.

En resumen, los palacios administrativos incas fueron residencias reales solo en un sentido menor, pues también fueron vehículos esenciales para la creación del Estado; al igual que los rituales políticos y religiosos o la reciprocidad económica, fueron parte de los procesos generativos del creciente imperio. Vistos desde una interpretación arquitectónica más amplia, los complejos palaciegos no solo cobijaron al *Sapa* Inca y a su séquito personal, sino a todo un cuerpo político. Los palacios fueron símbolo y sustancia del propio Estado.

Tambo Colorado: un centro administrativo inca codificado en colores brillantes[1]

Jean-Pierre Protzen y Craig Morris

Prólogo por Jean-Pierre Protzen

La primera vez que pensé en investigar las ruinas de Tambo Colorado, una amiga en común, Adriana von Hagen, me informó que Craig Morris también tenía la intención de trabajar en el sitio. Este interés compartido por Tambo Colorado nos llevó a unir esfuerzos en el año 2001. Después de sus intensas investigaciones en otros dos centros administrativos incaicos, Huánuco Pampa en la sierra y La Centinela cerca de Chincha, Craig vio una nueva oportunidad de estudiar aquello que él había identificado como «palacios administrativos Inca» (Morris, 2004). Mi curiosidad por Tambo Colorado se encontraba dirigida a averiguar de qué modo los incas habían logrado adaptar su distintiva arquitectura construida con mampostería de piedra finamente cortada a un medio caracterizado por las construcciones de adobes. Nuestros orígenes eran muy distintos —Craig era un arqueólogo y yo un arquitecto—, pero fue esta diferencia la que hizo que nuestra colaboración fuera tan fructífera. Pasamos algún tiempo juntos en el campo —aunque no tanto como a cualquiera de los dos nos hubiera gustado—, mantuvimos intensos debates y escribimos artículos en coautoría. De hecho, nos encontrábamos trabajando en dos artículos cuando Craig falleció, el 14 de junio de 2006. Teníamos la intención de publicar uno de ellos[2] en *Proceedings of the National Academy of Science* (PNAS); el borrador de este trabajo preparado por Craig ha servido de base para el presente artículo. Otro manuscrito suyo[3],

---

[1] Este título está basado en un manuscrito de Morris (2005b).

[2] Citado en este texto como Morris, 2005a.

[3] Citado en este texto como Morris, 2005b.

destinado a constituirse en el capítulo 8 de su libro *The Incas: Lords of the Four Quarters*, escrito junto a Adriana von Hagen y recientemente publicado (Morris & Von Hagen, 2011), ha sido igualmente empleado como fuente. Este último contiene algunos materiales que, estando ausentes en el libro, son utilizados en este artículo y en su título. Otros textos esenciales son nuestro artículo «Los colores de Tambo Colorado: una reevaluación» (Protzen & Morris, 2004) y mi ensayo «Max Uhle y Tambo Colorado un siglo después» (Protzen, 2006). Al momento de la partida de Craig, aún no habíamos completado la recopilación de todos los datos que recogimos en Tambo Colorado; desde entonces he tenido la oportunidad de llevar a cabo más trabajos en el sitio y de analizar los conjuntos de datos con mayor detalle. Asumo la responsabilidad de todo lo que he añadido pues no sé si Craig habría compartido todos mis puntos de vista.

No éramos, sin embargo, los primeros investigando en Tambo Colorado. El estudio que efectuamos se vio beneficiado por el trabajo de nuestros predecesores, especialmente del antropólogo suizo-americano Adolph Bandelier y del arqueólogo alemán Max Uhle. Bandelier había explorado la parte baja del valle de Pisco, incluyendo Tambo Colorado y sus alrededores, en enero de 1893; en aquella ocasión, elaboró el primer mapa del sitio y el plano de sus secciones mejor preservadas, hizo varios bocetos de los elementos arquitectónicos más destacados y algunas observaciones pertinentes. Uhle, por su parte, centró su atención en el valle de Pisco y Tambo Colorado tras haber investigado los restos arqueológicos de los vecinos valles de Chincha e Ica. Trabajó en Tambo Colorado intermitentemente entre el 23 de agosto y el 6 de octubre de 1901, el resto del tiempo lo dedicó a explorar el valle de Pisco desde su desembocadura hasta su cuenca. Documentó sus investigaciones e ideas en largas cartas intercaladas con bocetos que envió a su patrocinadora Phoebe Apperson Hearst, produjo muchos mapas y planos, dibujó numerosos detalles y tomó más de un centenar de fotografías de las ruinas y lugares que visitó. Los planos de Tambo Colorado elaborados por Uhle tienen una precisión asombrosa, sus observaciones y reflexiones sobre el sitio son asimismo profundas y perspicaces. Dado que el sitio sufrió notables deterioros y daños durante el siglo transcurrido desde sus estudios, sus planos, fotografías y notas fueron de particular importancia para nosotros.

Introducción

Emplazamiento y arquitectura de Tambo Colorado

El asentamiento inca de Tambo Colorado (13° 42’ 05” de latitud sur y 75° 44’ 40” de longitud oeste) se encuentra ubicado en la región costera del centro-sur del Perú, unos 250 kilómetros al sur de Lima y 45 kilómetros hacia el interior de la ciudad portuaria de Pisco, en el valle del mismo nombre. Emplazado a una altura de 440 metros sobre el nivel del mar, el sitio ocupa una posición doblemente estratégica: fue construido en el área donde el estrecho valle de Pisco comienza a abrirse y se conecta con las llanuras costeñas, y a lo largo de un importante camino inca que conectaba la capital en el Cuzco con Chincha, en la costa del Pacífico (ver figura 29).

Figura 29. Tambo Colorado se encuentra estratégicamente ubicado
en el sector donde el valle de Pisco se abre a las llanuras costeras



Organizado alrededor de una gran plaza trapezoidal, el asentamiento inca se ve completamente cercado por un muro perimétrico. Dos entradas asociadas al camino inca proporcionaban acceso al sitio: la primera de ellas se ubica al suroeste, a lo largo del camino que viene de Chincha; la segunda, al noreste, en dirección hacia el Cuzco (ver figura 21).

Una pared decorada con nichos de doble marco cierra totalmente el lado noroeste de la plaza, presentando además una portada de doble jamba en su sector central; esta última se constituye en la única entrada al complejo mejor conservado del sitio, identificado por Uhle como el «Palacio Noroeste». Este complejo fue construido en diferentes niveles contra el pie de los cerros y se eleva por encima de la plaza, dominando el sitio (ver figura 30).

Otra pared decorada de forma similar cerca el lado suroeste de la plaza. Dos puertas de doble jamba existentes en ella dan acceso a lo que Uhle identificó, respectivamente, como los palacios Suroeste y Sureste. Estos dos complejos no se encuentran tan bien preservados como el anterior; de hecho, en el segundo de ellos no queda más que los cimientos de los muros.

La pared que cierra el lado oeste de la plaza, que descansa sobre el muro masivo de una terraza de dos niveles, se encuentra en su mayor parte destruida; solamente se conservan algunos segmentos a partir de los cuales se puede inferir que poseía ventanas y nichos del tamaño de portales. No obstante, la característica más sobresaliente de este cercado occidental es una plataforma ceremonial denominada *ushnu* (ver figura 31).

Un pequeño complejo de cuartos cierra la plaza en su lado este.

Figura 30. Vista del Palacio Noroeste de Tambo Colorado
tomada desde el suroeste



Figura 31. Vista del extremo occidental de la plaza con el *ushnu* de Tambo Colorado (centro derecha)

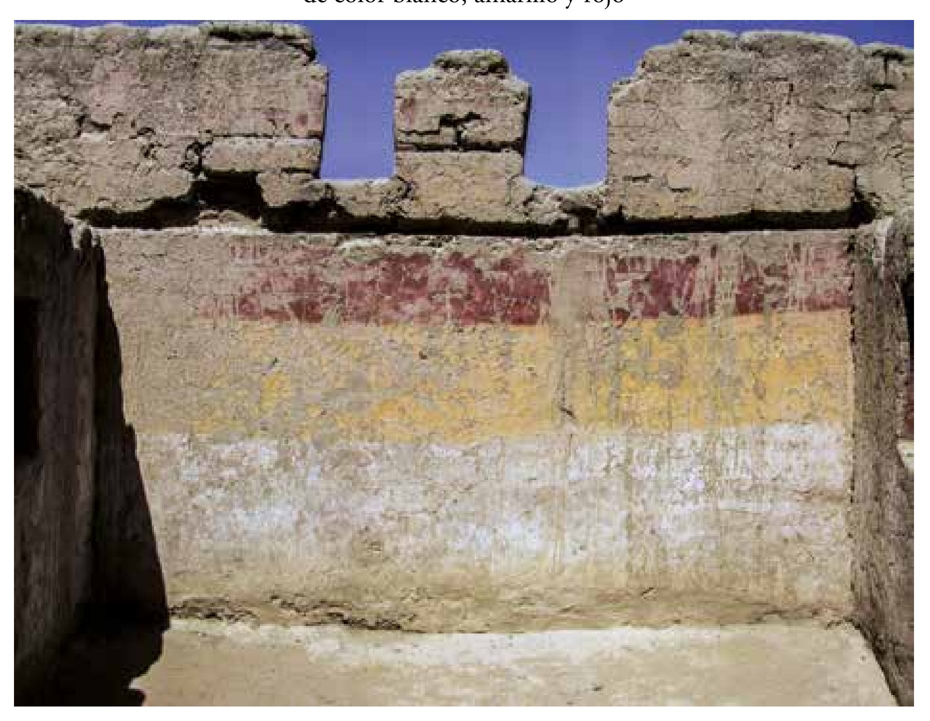


Al escribir sobre el diseño del sitio, Uhle percibió la existencia de una jerarquía específica en sus múltiples componentes. Categorizó al complejo del lado oriental de la plaza como el de más baja jerarquía, tomando en consideración su arquitectura más simple y su rústica construcción. Si bien halló cierta simetría en la disposición general de los complejos restantes —sus palacios Noroeste, Suroeste y Sureste—, colocó al Palacio Noroeste en la jerarquía más alta debido a su destacada ubicación (Uhle, 2005, p. 13). Craig y yo vimos una jerarquía diferente en el sitio, basada en la conocida dualidad inca de *hanan* y *urin*, las mitades «superior» e «inferior» de sus asentamientos. Craig propuso que era «el camino inca [el que] establecía los límites entre los lados norte [*hanan*] y sur [*urin*] de la gran plaza» (Morris, 2005b, p. 4; traducción nuestra).

Las construcciones de Tambo Colorado tienen todas las características de la arquitectura inca: cuartos rectangulares de una sola habitación construidos en su mayoría alrededor de un patio o *cancha*, y portadas, ventanas y nichos trapezoidales. Sin embargo, estos elementos aparecen mezclados con otros que no forman parte del clásico lenguaje arquitectónico inca: almenas, «enrejados» (*latticework*), ventanas escalonadas, ventanas muy anchas y un friso figurativo (Protzen & Morris, 2004).

Otros aspectos que distinguen a Tambo Colorado son su buen estado de conservación[4]; el hecho de que, a diferencia de los casos más conocidos de arquitectura inca elaborada con mampostería de piedra finamente cortada, el sitio se encuentra construido casi en su totalidad con adobe; y, por último, los brillantes colores —blanco, rojo y amarillo— que adornan sus paredes, ventanas, nichos y portadas (ver figura 32).

Figura 32. Las paredes se encuentran pintadas con bandas horizontales de color blanco, amarillo y rojo



[4] No obstante, el devastador terremoto que en el año 2007 destruyó la cercana ciudad de Pisco también causó estragos en Tambo Colorado.

Usos de los colores en el mundo inca

Varios cronistas españoles de los siglos XVI y XVII destacan la importancia que tenían los colores entre los incas. Bernabé Cobo registra que ciertas prendas de vestir de diferentes colores eran empleadas para identificar a las poblaciones de las diversas regiones del imperio: «Tenían los de cada nación y provincia, hombres y mujeres, sus señales y divisas por donde eran conocidos y no podían andar sin ellas ni trocarlas con las de otra nación, so graves penas. Esta señal traían en el vestido con diferentes listas y colores […]» (Cobo, 1964, vol. 2, p. 113).

José de Acosta, refiriéndose al *quipu*, un instrumento de contabilidad ampliamente utilizado por los incas, integrado por un conjunto de cordeles con nudos que representaban los números en el sistema decimal, señaló:

> Y en cada manojo de éstos [*quipus*], tantos ñudos y ñudicos, y hilillos atados; unos colorados, otros verde, otros azules, otros blancos, finalmente tantas diferencias, que así como nosotros de veinte y cuatro letras guisándolas en diferente maneras sacamos tanta infinidad de vocablos, así éstos de sus ñudos y colores, sacaban innumerables significaciones de cosas (Acosta, 1986, p. 402).

Otro dispositivo de comunicación consistía en un palo o vara pintado con rayas o envuelto con bandas de hilos de colores. Acerca de esta práctica, Juan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui Salcamayhua informa: «En este tiempo el inca despacha a Caçir cápac por visitador general de las tierras y pastos, dándole su comisión en rayas de palo pintado» (Pachacuti Yamqui, 1995, p. 85).

Aún más sorprendente es la información consignada por Miguel Cabello Valboa, quien nos dice que:

> […] sintiéndose cercano de la muerte [Guayna Capac] hizo su testamento según era costumbre, y en una vara larga (a manera de báculo) fueron poniendo rayas con distintas colores en que se conocía y entendía su última y postrimera voluntad, la qual le fue dada en guarda a el Quipocamayoc […] (Cabello Valboa, 1951, pp. 393-394).

En lo que respecta a los colores de las construcciones, Craig citó a Francisco de Xerez, quien en su informe de la primera reunión mantenida por los españoles con el supremo Inca Atahualpa en Cajamarca describe parte de los aposentos reales (Morris, 2005a, p. 2):

> El aposento donde Atabaliba estava entre dias es un corredor sobre un huerto: y junto esta una camara donde dormia con una ventana sobre el patio y estanque: y el corredor assi mesmo sale sobre el patio: las paredes estan

> enxalvegadas de un betumen bermejo mejor que almagre que luze mucho: y la madera sobre que cae la cobija de la casa esta teñida de la mesma color. Otro quarto frontero es de quatro bovedas redondas como campanas toda(s) quatro encorporadas en una: este es encalado blanco como nieve (Xerez, 1534, p. 10v).

Los rastros de colores hallados en las construcciones incas de la sierra, incluso en aquellas que poseen muros de piedra finamente cortada, sugieren que el pintado de los edificios fue una práctica incaica mucho más extendida de lo que comúnmente se piensa. Las citas presentadas dejan pocas dudas sobre el poder comunicativo de los colores en las ropas, quipus y varas; pero, ¿podría extenderse esto a los colores de las estructuras arquitectónicas?

Uhle ya había sospechado que los colores no eran simples adornos, que habrían tenido algún significado; ellos podían indicar, por ejemplo, quiénes vivían en determinado espacio o denotar las funciones de los edificios (Uhle, 2005, p. 36). Craig Morris fue más allá y propuso que los colores representaban en realidad un código:

> […] que ayudaba a sintetizar, comunicar y destacar cierta información y principios a los grupos congregados. Estos principios y la información pintada […] constituían un marco para las creencias y actividades claves en la interacción de las personas y los grupos. Al evocar la estructura y práctica de interacciones, los signos ayudaban a crear y reforzar los niveles superiores de organización política del Estado imperial Inca… Ellos [los colores] eran signos utilizados para estimular un proceso de adoctrinamiento, mediante la difusión de patrones sociales tradicionales que permitían guiar las posiciones y relaciones que vinculaban a los grupos locales con los centros del poder imperial (Morris, 2005a, p. 9).

Significado de los colores

Si, efectivamente, los colores y sus diversas combinaciones eran algo más que decoraciones sencillas y tenían un significado, ¿cuál podría ser este? Dicha pregunta plantea un verdadero desafío, pues como ha sido indicado por Constance Classen, «aunque los colores que los incas utilizaban en diversos ritos fueron frecuentemente reportados en las crónicas, por desgracia, no ocurrió lo mismo con sus significados» (Classen, 1993, p. 72). No obstante, como se mencionó anteriormente y lo hemos señalado en otra parte (Protzen & Morris, 2004, p. 274), Max Uhle propuso la siguiente interpretación:

Blanco	Para el culto solar.
Azul?	Quizás por el origen infinito del mundo.
Rojo	Para el Inca.
Rojo y azul	También para el Inca (el color de su *llautu*, por ejemplo).
Rojo y amarillo	Para el «príncipe heredero» a la corona, denominación empleada por Garcilaso para referirse a la persona con derecho a la sucesión que portaba el *llautu* «real» de colores rojo y amarillo; también para otros familiares directos del inca.
Marrón	Para los caciques, señores provinciales, etc. (Uhle, 2005, p. 37).

Desafortunadamente, desconocemos las fuentes en las que Uhle basó su interpretación. Craig propuso que, como alternativa, se examinara un mito de creación recogido en Pachacamac, en la costa central, y relatado por Antonio de la Calancha en 1638. En él se ofrece una singular visión del posible uso de los metales y sus colores como símbolos de diferentes grupos sociales. Según el mito, al ver el mundo despoblado, los dioses enviaron tres huevos: uno de oro, uno de plata y otro de cobre, de los cuales surgieron, respectivamente, los líderes y nobles, las mujeres de estos hombres y la gente común. El mito hace referencia a los metales y no a los colores en sí mismos; no obstante, como Craig lo señalara, «los principios jerárquicos eran comunes en los Andes y las asociaciones cromáticas de los metales ampliamente aceptadas» (Morris, 2005b, p. 3; traducción nuestra). Aunque este mito no es de origen inca, Craig sugirió «que los incas adaptaron el esquema de Pachacamac para su propio uso, por supuesto colocándose ellos mismos en la cima de la jerarquía política y de color o metal» (Morris, ídem). La historiadora peruana María Rostworowski de Diez Canseco combinó el mito de Calancha con los conocidos rangos de la sociedad inca, *collana*, *payan* y *cayao* (Rostworowski, 1983, p. 147):

COLOR*	RANGO	REFERENCIA
Oro (amarillo)	*collana*	Hombres nobles
Plata (blanco)	*payan*	Mujeres nobles
Bronce (rojo)	*cayao*	Gente común

* La asociación de los metales con los colores es una interpretación nuestra a partir del esquema Calancha/Rostworowski.

Las interpretaciones de los significados de los colores propuestas por Uhle y Calancha/Rostworowski son claramente incompatibles: en la primera, el «rojo» representa al propio Inca, en la segunda denota ¡a la gente común! Elegir uno de estos modelos resulta, por lo tanto, problemático; además, con la excepción de la combinación del rojo y amarillo mencionada por Uhle, ninguno de ellos contempla la combinación de múltiples colores. Esto llevó a que Craig se preguntara ¿qué partes de las combinaciones de colores visibles en las paredes representaban un código?, si en realidad se trataba de un código. Sugirió que podría descartarse la banda blanca localizada en la parte inferior de las paredes; la que, en la mayoría de casos, alcanza la mitad o incluso un poco más de su altura sirviendo solamente de fondo, y que debíamos concentrar nuestra atención en la posición de las bandas, «mientras más alta era la banda pintada en una pared, más dominante era la jerarquía del grupo asociado a ella ocupando dicho espacio» (Morris, 2005b, p. 4; traducción nuestra).

Frente a la escasa información que las fuentes españolas brindan sobre el simbolismo de los diferentes colores y sus combinaciones, y sobre cómo interpretarlos, Craig sugirió que debíamos observar los patrones de color dentro de sus contextos arquitectónico y arqueológico de aparición y la relación global de estos con la planificación urbana inca presente en otros asentamientos provinciales (Morris, 2005a, p. 4).

Los colores de Tambo Colorado

Colores

Es oportuno señalar que no todas las paredes, nichos y ventanas de Tambo Colorado estuvieron pintadas, algunas quedaron expuestas con tan solo un enlucido de barro; sin embargo, como ya lo hemos indicado, un gran número de aquellas que exhiben color fueron pintadas de blanco, rojo y amarillo en diversas combinaciones. Los colores son de origen mineral. Varias fuentes del rojo y amarillo pueden ser halladas en los afloramientos volcánicos localizados a poca distancia de Tambo Colorado. Una mina de yeso ubicada a dos kilómetros del sitio, siguiendo el camino, es explotada aún hoy en día y podría haber sido la fuente del color blanco.

Una detenida inspección de las paredes, nichos y ventanas pintadas permite observar que la mayoría de ellas fueron repintadas en varias ocasiones —algunas hasta cinco veces— usualmente con una capa nueva de enlucido intermedia. Si bien en algunos casos el repintado implicaba el mantenimiento del patrón

original de color, en otros llevaba al reemplazo por un patrón cromático diferente (ver figura 33).

Figura 33. Algunas paredes y nichos presentan varias capas de pintura de diferentes colores



Las diversas capas de pintura encontradas en Tambo Colorado revelan el uso de, al menos, dos técnicas diferentes de pintado. En un caso la pintura penetró profundamente dentro del enlucido; en el segundo, la pintura fue colocada en forma de una fina película que actualmente tiende a desprenderse. El primer caso sugiere una técnica similar al denominado *buon fresco*, lo que implicaba que los pigmentos fueran mezclados con agua y se aplicaran sobre un enlucido fresco, todavía mojado o húmedo. La segunda técnica sugiere el llamado pintado en *secco*, es decir, que para que la pintura se pudiera adherir a una superficie seca se le agregó un aglutinante, por ejemplo, clara de huevo o aceite mezclados con los pigmentos. Vale la pena precisar que las pinturas con aglutinante solo han sido encontradas constituyendo la segunda o tercera capa aplicada directamente sobre un pintado *buon fresco* más antiguo, es decir, sobre una superficie seca. Cada vez que una vieja capa de pintura era recubierta con un nuevo enlucido, este último era pintado nuevamente bajo la técnica del *buon fresco*.

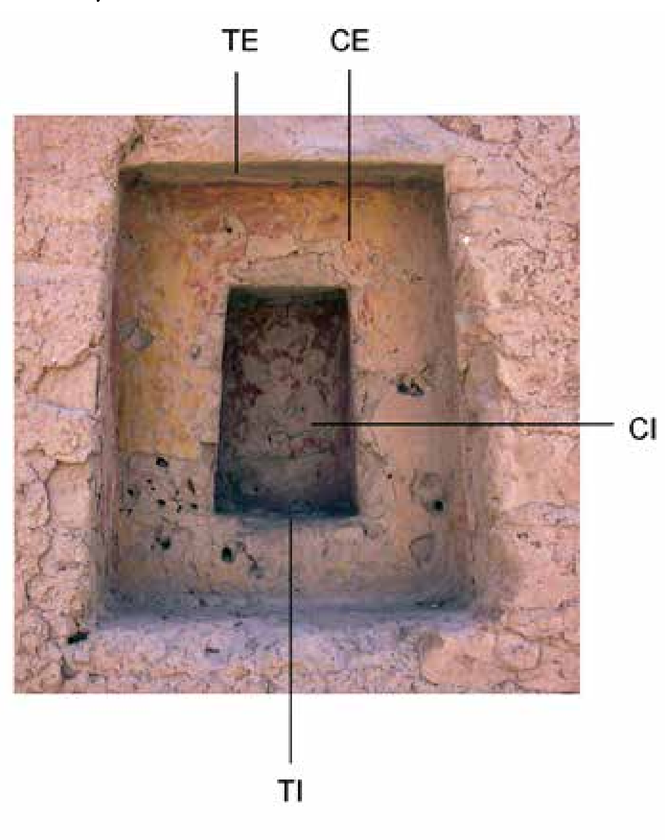
Existen algunos indicios de que para delimitar diversos colores sobre una pared, antes de aplicar la pintura, los incas incidían líneas sobre el enlucido aún fresco. Cuán extendida estuvo esta práctica es algo que aún no ha podido establecerse. De hecho, esta técnica solo podía ser ejecutada cuando una nueva capa de enlucido era colocada sobre pintura antigua, no así en los casos en que pintura en *secco* era aplicada directamente sobre pintura vieja.

Combinaciones de color

Una pared podía ser pintada de un solo color o en 2 o 3 colores aplicados en 2, 3 o 4 bandas o listas horizontales. De un total de 46 combinaciones teóricamente posibles (incluyendo la ausencia de pintura), los incas utilizaron 19 (Protzen, 2006). A estas deben agregarse cinco casos especiales: uno de 5 bandas con 2 colores, dos patrones de 5 bandas y uno de 6 bandas con 3 colores, además del singular caso de un motivo ornamental de triángulos (ver cuadro 1).

En Tambo Colorado existen dos tipos de nichos: simples y de doble marco. Los nichos de doble marco poseen cuatro superficies distintas: una cara interna (CI), un telar interno (TI), una cara externa (CE) y un telar externo (TE) (ver figura 34). Cada una de estas cuatro superficies podía ser pintada con uno de los tres colores, lo que produce 81 combinaciones posibles de las cuales 25 están presentes en el sitio. A estas se deben añadir algunos casos poco comunes de nichos de doble marco de color negro azulado en combinación con rojo y amarillo. Los nichos simples solamente tienen una cara externa y un telar externo, dando lugar a 9 combinaciones posibles de las cuales 7 fueron utilizadas en la realidad (ver cuadro 2).

Figura 34. Cara interna (CI), telar interno (TI), cara externa (CE) y telar externo (TE) de nichos de doble marco



Las ventanas poseen solo un telar externo, el cual, si era pintado completamente, originaba tres opciones, una por cada color. Todas estas opciones han sido observadas en el sitio (ver cuadro 2).

Al igual que los nichos, las portadas pueden ser de dos tipos: de una o doble jamba. Por consiguiente, las portadas de doble jamba poseen un telar interno, una cara externa y un telar externo; mientras que las de una jamba, al igual que las ventanas, solo tienen un telar externo. En teoría, existen 27 variantes de patrones de color posibles para las portadas de doble jamba y 3 variantes para las portadas de una sola jamba, estas últimas idénticas a las de las ventanas. Sin embargo, encontramos algunas excepciones: en algunos casos las jambas no son de un solo color ya que las bandas de las paredes circundantes se prolongan en sus telares (ver cuadro 2).

Cuadro 1. Todas las combinaciones cromáticas posibles de las paredes

Combinaciones cromáticas posibles de las paredes con 1, 2, 3 y 4 bandas y 1, 2 o 3 colores: blanco (B), amarillo (A) y rojo (R)

1 banda	Patrón N.°
· · · · ·	0
B	1
A	2
R	3

2 banda	Patrón N.°
A, B	4
B, A	5
R, B	6
B, R	7
R, A	8
A, R	9

3 bandas 2 colores	Patrón N.°
B, A, B	10
B, R, B	11
A, B, A	12
A, R, A	13
R, B, R	14
R, A, R	15

3 bandas 3 colores	Patrón N.°
R, A, B	16
A, R, B	17
R, B, A	18
R, B, A	19
B, R, A	20
B, A, R	21

4 bandas 2 colores	Patrón N.°
A, B, A, B	22
B, A, B, A	23
R, B, R, B	24
B, R, B, R	25
A, R, A, R	26
A, R, A, R	27

4 bandas 3 colores 2 B	Patrón N.°
R, B, A, B	28
A, B, R, B	29
B, R, A, B	30
B, A, R, B	31
B, R, B, A	32
B, A, B, R	33

4 bandas 3 colores 2 A	Patrón N.°
A, R, A, B	34
A, R, B, A	35
R, A, B, A	36
A, B, R, A	37
A, B, A, R	38
B, A, R, A	39

4 bandas 3 colores 2 R	Patrón N.°
R, A, R, B	40
R, A, B, R	41
A, R, B, R	42
R, B, A, R	43
R, B, R, A	44
B, R, A, R	45

Casos excepcionales con 5 y 6 bandas

5 bandas 2 colores	Patrón N.°
R, A, R, A, R	46

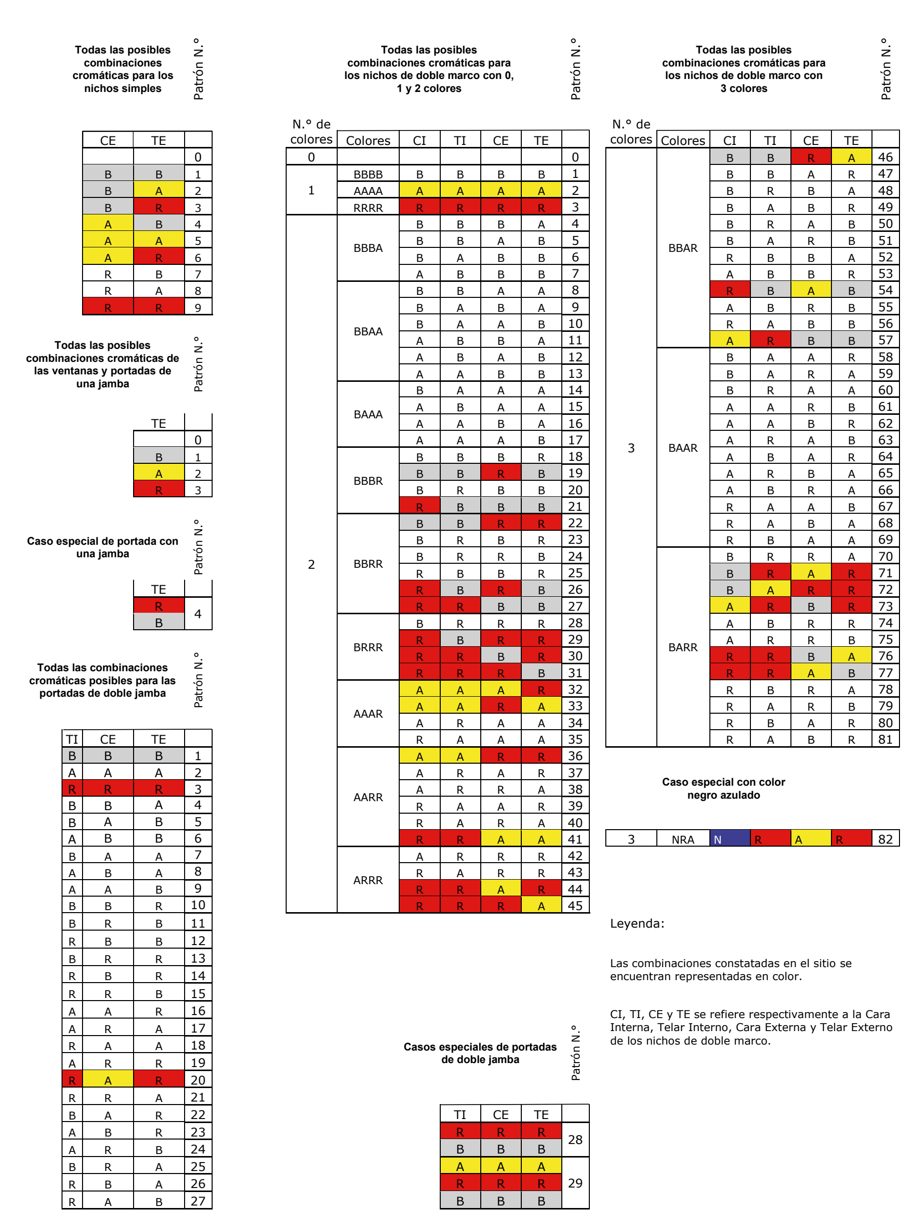
5 bandas 3 colores	Patrón N.°
R, A, R, A, B	47
B, R, A, R, B	48

6 bandas 3 colores	Patrón N.°
R, A, R, A, R, B	49

Leyenda:

Los colores han sido enumerados de abajo hacia arriba (por ejemplo, patrón 4: B en la parte inferior de las paredes, A en la parte superior).
Las combinaciones constatadas en el sitio están representadas en color.

Cuadro 2. Todas las combinaciones cromáticas posibles de los nichos, ventanas y portadas



Todas las posibles combinaciones cromáticas para los nichos simples

CE	TE	Patrón N.°
		0
B	B	1
B	A	2
B	R	3
A	B	4
A	A	5
A	R	6
R	B	7
R	A	8
R	R	9

Todas las posibles combinaciones cromáticas de las ventanas y portadas de una jamba

TE	Patrón N.°
	0
B	1
A	2
R	3

Caso especial de portada con una jamba

TE	Patrón N.°
R B	4

Todas las combinaciones cromáticas posibles para las portadas de doble jamba

TI	CE	TE	Patrón N.°
B	B	B	1
A	A	A	2
R	R	R	3
B	B	A	4
B	A	B	5
A	B	B	6
B	A	A	7
A	B	A	8
A	A	B	9
B	B	R	10
B	R	B	11
R	B	B	12
B	R	R	13
R	B	R	14
R	R	B	15
A	A	R	16
A	R	A	17
R	A	A	18
A	R	R	19
R	A	R	20
R	R	A	21
B	A	R	22
A	B	R	23
A	R	B	24
B	R	A	25
R	B	A	26
R	A	B	27

Todas las posibles combinaciones cromáticas para los nichos de doble marco con 0, 1 y 2 colores

N.° de colores	Colores	CI	TI	CE	TE	Patrón N.°
0						0
1	BBBB	B	B	B	B	1
	AAAA	A	A	A	A	2
	RRRR	R	R	R	R	3
2	BBBA	B	B	B	A	4
		B	B	A	B	5
		B	A	B	B	6
		A	B	B	B	7
	BBAA	B	B	A	A	8
		B	A	B	A	9
		B	A	A	B	10
		A	B	B	A	11
		A	B	A	B	12
		A	A	B	B	13
	BAAA	B	A	A	A	14
		A	B	A	A	15
		A	A	B	A	16
		A	A	A	B	17
	BBBR	B	B	B	R	18
		B	B	R	B	19
		B	R	B	B	20
		R	B	B	B	21
	BBRR	B	B	R	R	22
		B	R	B	R	23
		B	R	R	B	24
		R	B	B	R	25
		R	B	R	B	26
		R	R	B	B	27
	BRRR	B	R	R	R	28
		R	B	R	R	29
		R	R	B	R	30
		R	R	R	B	31
	AAAR	A	A	A	R	32
		A	A	R	A	33
		A	R	A	A	34
		R	A	A	A	35
	AARR	A	A	R	R	36
		A	R	A	R	37
		A	R	R	A	38
		R	A	A	R	39
		R	A	R	A	40
		R	R	A	A	41
	ARRR	A	R	R	R	42
		R	A	R	R	43
		R	R	A	R	44
		R	R	R	A	45

Casos especiales de portadas de doble jamba

TI	CE	TE	Patrón N.°
R B	R B	R B	28
A R B	A R B	A R B	29

Todas las posibles combinaciones cromáticas para los nichos de doble marco con 3 colores

N.° de colores	Colores	CI	TI	CE	TE	Patrón N.°
3	BBAR	B	B	R	A	46
		B	B	A	R	47
		B	R	B	A	48
		B	A	B	R	49
		B	R	A	B	50
		B	A	R	B	51
		R	B	B	A	52
		A	B	B	R	53
		R	B	A	B	54
		A	B	R	B	55
		R	A	B	B	56
		A	R	B	B	57
	BAAR	B	A	A	R	58
		B	A	R	A	59
		B	R	A	A	60
		A	A	R	B	61
		A	A	B	R	62
		A	R	A	B	63
		A	B	A	R	64
		A	R	B	A	65
		A	B	R	A	66
		R	A	A	B	67
		R	A	B	A	68
		R	B	A	A	69
	BARR	B	R	R	A	70
		B	R	A	R	71
		B	A	R	R	72
		A	R	B	R	73
		A	B	R	R	74
		A	R	R	B	75
		R	R	B	A	76
		R	R	A	B	77
		R	B	R	A	78
		R	A	R	B	79
		R	B	A	R	80
		R	A	B	R	81

Caso especial con color negro azulado

N.° de colores	Colores	CI	TI	CE	TE	Patrón N.°
3	NRA	N	R	A	R	82

Leyenda:

Las combinaciones constatadas en el sitio se encuentran representadas en color.

CI, TI, CE y TE se refiere respectivamente a la Cara Interna, Telar Interno, Cara Externa y Telar Externo de los nichos de doble marco.

El Palacio Noroeste

Jerarquía de los espacios

El Palacio Noroeste, al constituirse en el complejo mejor preservado del sitio, ofrece la oportunidad más propicia para investigar los usos de los colores dentro del contexto arquitectónico. El diseño del palacio es bastante intrincado, con un patrón de circulación casi laberíntico (ver figura 35). El análisis de dicho patrón revela, sin embargo, que los espacios localizados al interior del complejo tuvieron una estructura altamente jerarquizada. Al trazar el sendero que uno debe seguir desde la entrada hasta llegar a un punto determinado, se observa que los espacios fueron organizados en una secuencia jerárquica de agrupaciones dentro de agrupaciones (ver figura 36). Esta disposición se ve mejor representada por medio de un Gráfico de Acceso (ver figura 37).

Figura 35. Plano del Palacio Noroeste por Max Uhle (Ibero-Amerikanisches Institut - Preussischer Kulturbesitz, Berlín)

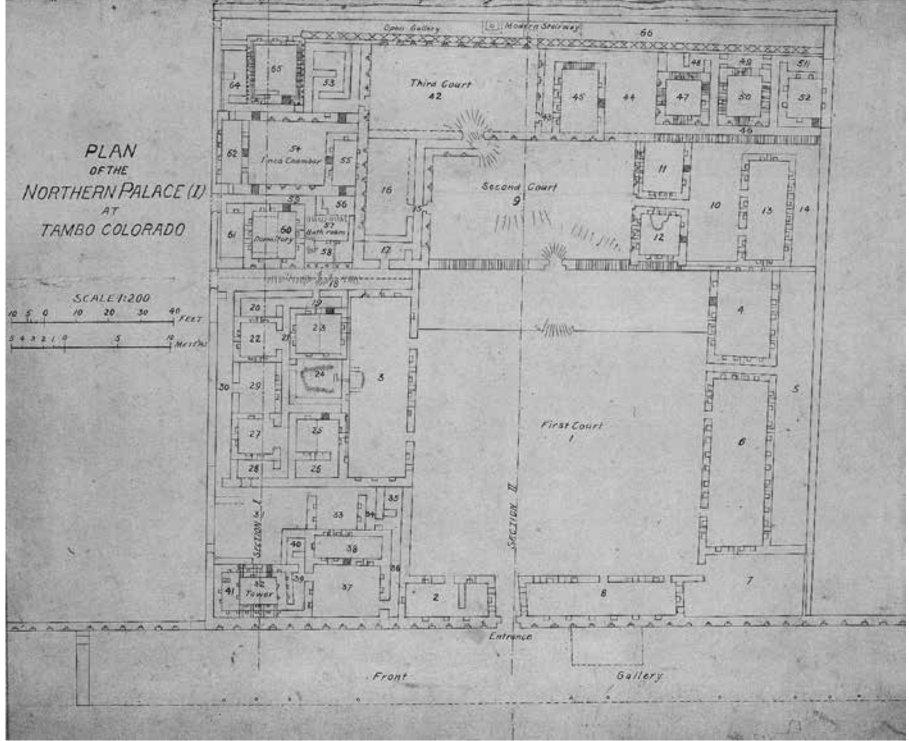
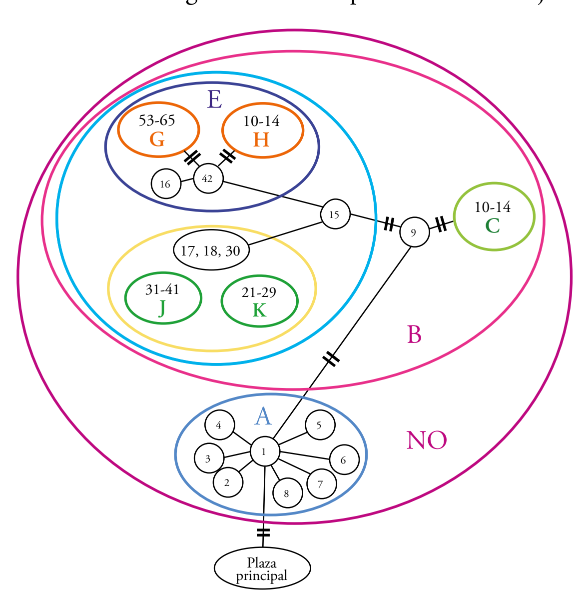


Figura 36. Agrupaciones dentro de las agrupaciones de espacios



Figura 37. Jerarquía de las agrupaciones representada en un gráfico de accesos (las barras dobles negras simbolizan portadas de doble jamba)



Junto a Craig pudimos reconocer que esta jerarquía de los espacios guarda gran correspondencia con la descripción de un palacio inca —presumiblemente ubicado en el Cuzco—, registrada por Martín de Murúa (Protzen & Morris, 2004). Murúa nos informa que para ingresar desde la plaza a los terrenos del palacio se debía atravesar una puerta que conducía al primer patio (Espacio 1 del Conjunto A)[5], a este podían acceder el Inca y todas las personas que le acompañaban. Desde este primer patio, luego de cruzar una segunda puerta, se ingresaba al segundo patio (Espacio 9 de la Agrupación B) que estaba reservado para el Inca y su consejo. Partiendo del segundo patio, una puerta localizada al este llevaba al Conjunto C mientras que otra ubicada al oeste permitía acceder a las habitaciones privadas del Inca (Agrupación D). Todas estas puertas contaban con portadas de doble jamba. En la arquitectura inca, las portadas de doble jamba indican el alto estatus de los complejos a los que permiten acceder (Niles, 1987, p. 215); por regla general, este tipo de portadas no conducen a edificaciones sino a espacios abiertos desde los cuales se ingresa a ellas.

Dentro del ámbito privado del Inca, existe otro patio (Espacio 42) en la Agrupación E con dos portadas de doble jamba más, una al este que conduce al Conjunto H y otra al oeste que conecta con el Conjunto G. La naturaleza de las funciones cumplidas por el tercer patio y estos dos conjuntos es un tema que será tratado más adelante.

Si bien el relato de Murúa resulta algo ambiguo en lo que respecta a la composición de los grupos de personas que podían ingresar a los diferentes espacios, no deja ninguna duda de que la jerarquía de los espacios correspondía igualmente a una jerarquía social. La pregunta es: ¿existía también una jerarquía de colores y patrones de color que guardaba correspondencia con la jerarquía de los espacios?

Incidencia de patrones de color

El siguiente cuadro proporciona una vista general de la distribución de los diferentes patrones de color en todo el Palacio Noroeste, indicando cuáles de ellos aparecen en determinado espacio y en qué capa de pintura (ver cuadro 3). Lo que el cuadro no llega a mostrar es en qué ocasiones más de un patrón está presente en un espacio particular. Dado que la yuxtaposición de diversos patrones podría ser de importancia, es necesario echar un vistazo más cuidadoso al contexto real en el que ocurren dichas yuxtaposiciones.

---

[5] La numeración de los espacios corresponde a los números registrados en el plano de Uhle (figura 35).

Patrones en el contexto real

Primer patio y Conjunto A

Cuando se ingresa al Palacio Noroeste desde la plaza principal, atravesando una portada de doble jamba cuyos colores resultan hoy imposibles de identificarse, uno queda frente al primer patio y al Conjunto A. Una plataforma baja fue construida en la parte trasera o lado norte del patio, desde esta uno puede acceder al segundo patio (Espacio 9), luego de cruzar otra portada de doble jamba, y a un recinto localizado en el lado este (Espacio 4). Otros cuatro recintos (Espacios 2, 3, 6 y 8) tienen igualmente vista al patio.

La pared que separa el primer y segundo patio, en la cara que da al primer patio, fue pintada originalmente con tres bandas: Blanca (B), Roja (R) y Amarilla (A)[6]. La banda amarilla corresponde a las almenas que coronan la pared; el color amarillo también está presente en la cara externa de la portada de doble jamba. El segmento de la pared que flanquea la plataforma en su lado oeste hace juego con la pared de separación, mientras que el segmento de pared del lado este fue pintado con cuatro bandas (B-A-R-A). En una segunda capa de pintura, la pared que separa los dos patios y el segmento que flanquea el lado oeste fueron enlucidos con cuatro bandas (B-A-R-A), mientras que el segmento que flanquea el lado este fue pintado de rojo con una banda blanca muy delgada en el sector inferior de la pared.

Si, realmente, la banda superior era la más importante, la banda amarilla localizada en el sector superior de la pared de separación podría significar, de acuerdo con el modelo Calancha/Rostworowski, que a partir de aquí se ingresaba en los ámbitos del Inca y su consejo, tal como es registrado por Murúa. El hecho de que la banda amarilla cubra las almenas que coronan la pared, un elemento atípico en la arquitectura inca, posiblemente estaría remarcando su importancia. Tomando en cuenta las dos bandas más altas —roja y amarilla— de la primera capa de pintura y las tres bandas superiores —amarilla-roja-amarilla— de la segunda capa, una interpretación similar podría verse derivada a partir de Uhle, quien asociaba el rojo y amarillo con el sucesor del Inca gobernante y sus familiares. Los colores alrededor de la plataforma respaldan fuertemente la observación de Craig de que «el área de la plataforma proporcionaba una zona altamente visible donde el grupo gobernante [el Inca] podía ser bienvenido al espacio de los líderes locales» (Morris, 2005a, pp. 7-8; traducción nuestra).

---

[6] Los colores de las paredes son enumerados de abajo hacia arriba.

En la esquina sureste del patio, el amarillo es igualmente visible en el nivel superior de la pared del Recinto 2 que mira hacia el patio, así como en el segmento meridional de la pared oeste del patio. El resto de esta última (pared externa del Recinto 3) hasta la plataforma se encuentra pintado de B-R-A-R. El lado este del patio (pared externa del Recinto 6) fue pintado, en su primera capa, de blanco y rojo; en su segunda capa fue cambiado a B-A-R. En el suroeste del patio, la pared externa del Recinto 8 resulta especial; su segmento oriental, cercano a la entrada principal desde la plaza, se encuentra pintado de rojo desde la cima hasta la base, mientras que el resto de ella muestra el patrón blanco-amarillo-rojo en la parte superior.

Si la banda más alta constituye un indicador, entonces el rojo en el nivel superior de la mayoría de las paredes fuera de la plataforma, siguiendo el modelo Calancha/Rostworowski, sugiere que esta área del patio se encontraba abierta para la gente común, es decir los líderes locales y su séquito, confirmando de este modo la jerarquía de los espacios de Murúa; incluso, la combinación de rojo y amarillo podría apoyar la idea de que en este patio las personas comunes interactuaban con la élite inca. Pero, ¿qué ocurre con la esquina suroeste que presenta amarillo en la parte superior? y ¿qué se podría decir sobre el segmento totalmente rojo del Recinto 8?

Es probable que los colores exteriores no indiquen ni el uso ni la función de las construcciones en las que aparecen. El Recinto 2, que exhibe color amarillo en la parte superior de sus exteriores, presenta nichos y paredes sin pintar en su interior, lo mismo ocurre en el Recinto 8, por lo que Craig ha sugerido que estas dos construcciones más cercanas a la plaza «pudieron estar relacionadas a miembros selectos de los grupos locales, quiénes incluso podrían no haber ocupado posiciones de liderazgo» (Morris, 2005a, p. 8; traducción nuestra). Sobre el Recinto 4, accesible desde la plataforma y pintado totalmente en su interior de blanco (incluyendo sus nichos y ventanas), sugirió que «pudo haber estado reservado para mujeres, quizás mujeres *collana* o *acllas*, mujeres escogidas, quienes podían ser potenciales novias de los hombres pertenecientes a la élite local» (Morris, ídem). En el caso del Recinto 6, sus cuatro paredes interiores son blancas, todos sus nichos blancos se encuentran localizados en los extremos norte y sur, y todos sus nichos rojos se ubican en el centro, sugiriendo que podría haber sido utilizado por mujeres y gente común. El Recinto 3 también cuenta con paredes interiores blancas, con ventanas de este mismo color y nichos que casi en su totalidad son rojos, a excepción de tres que, curiosamente, no muestran huellas de haber estado alguna vez pintados. Craig pensaba que este recinto había sido empleado como un espacio religioso debido a la existencia de una estructura similar a un estrado en su pared occidental, elemento arquitectónico que él

identificó como un altar (Morris, 2005a, p. 7). Sin embargo, una inspección más detenida ha revelado la presencia de una profunda depresión en el centro de la estructura, sugiriendo que podría haberse tratado de un pozo, o, como Uhle lo propusiera (Uhle, 2005, p. 45), de un reservorio utilizado para alimentar la fuente localizada al otro lado de la pared (Espacio 24). Un canal ubicado justo encima de la estructura se conecta directamente con el conducto de salida de la fuente en el otro lado. Los nichos de color rojo y sin pintar podrían implicar que la gente común, quizás encargada de transportar el agua para la fuente, tenía acceso a este recinto. Las otras funciones que este amplio cuarto pudo haber cumplido se encuentran aún abiertas a debate.

Segundo patio

Al ingresar al segundo patio, un espacio al que siguiendo a Murúa solo tenían acceso el Inca y su consejo, los visitantes encuentran paredes predominantemente pintadas con cinco bandas (R-A-R-A-R) y decoradas con nichos de doble marco. Los nichos de este tipo cumplen un papel similar al de las portadas de doble jamba: resaltan la importancia del espacio en donde aparecen, pudiendo ser observados fundamentalmente en los espacios abiertos y, en raras ocasiones, al interior de los recintos. Una vez más, si la banda superior es la más importante o, incluso, si la combinación del rojo y amarillo juega un papel especial, solamente el modelo de Uhle proporciona una interpretación que guarda correspondencia con la jerarquía social de los espacios referida por Murúa. El predominio de los nichos de doble marco pintados de amarillo-rojo refuerza aún más esta interpretación. Desde la perspectiva del modelo Calancha/Rostworowski, uno tendría que concluir que tanto los pobladores comunes como la élite inca podían ser admitidos en el segundo patio, contradiciendo así la versión de Murúa. Como ya lo hemos señalado, Murúa no es muy específico acerca de los grupos sociales que tenían acceso al primer patio, pero su relato claramente desvincula a la gente común del segundo patio, el cual habría estado reservado «para los oficiales del Palacio, y los que tenían oficios ordinarios dentro dél, que estaban allí aguardando lo que se les mandaba, en razón de su oficio» (Murúa, 1986, p. 348). Si asumimos que este relato es correcto, la información proporcionada por el modelo de interpretación cromática Calancha/Rostworowski resulta incoherente.

El patio está dividido en dos sectores: un área delantera y una plataforma posterior, levantada dos escalones por encima de la primera. Los restos de postes existentes adelante de la plataforma sugieren que se encontraba cubierta a modo de una galería. Al igual que la plataforma del primer patio, esta plataforma podría haber

facilitado la interacción de la élite gobernante, aunque, en este caso, no con la gente común sino con los funcionarios del palacio.

En su descripción del segundo patio, Murúa menciona que «[j]unto a esta segunda puerta estaba la armería del Ynga» (Murúa, 1986, p. 347). De haber existido dicha armería en conexión con el segundo patio de Tambo Colorado, esta podría corresponder al Conjunto C, localizado al este del patio. No obstante, dicho conjunto con su portada de doble jamba parecería ser demasiado formal para tal propósito. Otra posibilidad es que el conjunto hubiera servido de sede para recepciones especiales de dignatarios o, como es más probable, que se tratara de un *camachicuna huasi*, es decir, una cámara del consejo del Inca. El ingreso con doble jamba de este conjunto parece brindar el realce apropiado para estas interpretaciones, al igual que la banda amarilla que adorna las almenas en la cima de la pared septentrional del patio (Espacio 10). Aunque la evidencia es cuestionable, algunas pequeñas manchas amarillas sugieren que una banda de este color pudo haber rematado la pared exterior del Recinto 13 orientada hacia el patio (Espacio 10).

Las paredes de los dos recintos (11 y 12) que flanquean la entrada al Conjunto C y miran hacia el Recinto 13 se encuentran pintadas por dentro y por fuera de blanco con una banda roja en la parte superior. Casi todos los nichos de estas dos construcciones están pintados de rojo, la única excepción la constituye un nicho totalmente blanco que se localiza a la derecha de la entrada al Recinto 11. En el Recinto 12, las dos ventanas que dan al segundo patio (Espacio 9) están enlucidas de amarillo, al igual que otra ubicada en su pared septentrional mirando hacia el pasaje de entrada; estas ventanas amarillas fueron posteriormente convertidas en blancas con una segunda capa de pintura. El Recinto 13, en su interior, presenta todas sus paredes y ventanas pintadas de blanco y todos sus nichos de color rojo.

Agrupación D

Inmediatamente después de ingresar en lo que se supone eran los dominios privados del Inca, la Agrupación D, tras atravesar una portada de doble jamba totalmente roja ubicada en el lado oeste del segundo patio, uno se encuentra frente a una disyuntiva: ¿seguir cuesta arriba o cuesta abajo? El estrecho corredor que allí se alcanza (Espacio 15) no ofrece ninguna pista sobre a dónde conduce; no existen colores u otros signos que pudieran haber guiado a los residentes del palacio[7].

[7] Cabe señalar que el espacio inmediatamente adyacente al corredor (Espacio 16) no es accesible desde este, pues se encuentra aproximadamente a 1,6 metros por encima.

Siguiendo cuesta abajo, uno finalmente accede a la Agrupación F, cuesta arriba se llega a la Agrupación E.

Agrupación E

La Agrupación E destaca por su posición dominante en la parte superior del Palacio Noroeste, con vista a todo el sitio. Una serie de detalles atípicos resalta aún más este dominio: solo en esta agrupación se pueden hallar ventanas muy anchas, ventanas escalonadas, «enrejados» (*latticework*), recintos coronados por almenas y nichos con doble marco dispuestos al exterior de los recintos.

Esta agrupación, como ya lo hemos señalado, se organiza alrededor de un tercer patio (Espacio 42) desde el cual uno ingresa al Conjunto G, en el oeste, y al Conjunto H, en el este, atravesando portadas de doble jamba. Las paredes oriental, septentrional y occidental del patio, en su capa original, estuvieron pintadas con tres bandas (B-R-A). Siguiendo el modelo Calancha/Rostworowski y asumiendo como Craig que la banda más alta era la más importante, el amarillo en la parte superior podría indicar claramente que se trataba de un espacio reservado para el Inca. El hecho de que este patrón de color fuera más o menos mantenido a lo largo de tres capas sucesivas de pintura también sugiere estabilidad en el uso o función de este espacio a través del tiempo.

La mitad posterior del patio fue levantada sobre una plataforma poco profunda; la cual, según lo indican los restos de postes en el piso y los encajes de vigas en las paredes, alguna vez estuvo techada. ¿Qué actividades, rituales o ceremonias se llevaron a cabo aquí?, no lo sabemos. Craig sugirió que los nichos pintados de distintos colores podrían brindar pistas sobre las diversas actividades o interacciones entre personas. Cinco diferentes patrones de color se encuentran distribuidos a lo largo de los 16 nichos de doble marco dispuestos en la plataforma; estos se vieron reducidos a cuatro tras un posterior repintado. ¿Qué diferencias de significado, por ejemplo, podrían existir entre los nichos pintados R-R-B-B, B-B-R-R, R-R-A-A o A-R-B-B?[8]. Uhle sugirió que en los nichos de doble marco era la cara externa (CE) la «más determinante para indicar el rango de un ocupante» (Uhle, 2005, p. 37; traducción nuestra). ¿Podría esto significar que, en este caso específico, tenían lugar en el tercer patio tres rangos distintos?

[8] Los colores de los nichos son enumerados de adentro hacia afuera: cara interna, telar interno, cara externa y telar externo.

Tampoco es clara la configuración del Espacio 16 y su conexión con el tercer patio (Espacio 42). La pared occidental del Espacio 16, que se extiende hasta la pared occidental del Espacio 42, está pintada con tres bandas: blanca, roja y blanca en el sector superior, coincidiendo con la pared occidental del Espacio 42 en su segunda capa de pintura. Un detalle interesante y digno de ser mencionado: la banda roja localizada en el extremo sur de la pared occidental hasta el primer nicho ha sido repintada en tres bandas: R-A-R, transformando así el patrón de color a cinco bandas con blanco en la base y la cima. Si, efectivamente, los colores no eran solamente decorativos, ¿qué indicaría esta modificación?

Los nichos de doble marco del Espacio 16, pintados en R-R-A-B, le conferían cierto estatus. Es difícil establecer exactamente cómo fue cercado este espacio en sus lados sur, este y norte ya que solo subsisten pequeños restos de los muros originales. La mayor parte de la pared (alrededor de 1,2 metros de altura) que separa el Espacio 16 del tercer patio fue reconstruida probablemente en la década de 1940. El plano de Bandelier muestra una abertura que conecta directamente el Espacio 16 con el tercer patio; desconocemos si se trata de la misma abertura visible hoy en día. Tanto el plano de Bandelier como el de Uhle registran un vacío en la pared que va hacia el corredor (Espacio 15), justo frente a la entrada desde el segundo patio. Como ya ha sido mencionado, el piso del Espacio 16 se encuentra al menos 1,6 metros por encima del corredor, lo que imposibilita que este vacío hubiera sido una entrada. Por consiguiente, las respuestas a cómo fue la configuración original del Espacio 16, en qué forma se relacionaba con el tercer patio y cuál era su rol y función podrían habérsenos escapado para siempre.

Conjunto G

Uhle estaba convencido de que el Conjunto G fue «ocupado por los habitantes más importantes del palacio» y que el patio (Espacio 54) en torno al cual se organizaba el conjunto era «el recinto privado del residente del palacio, probablemente el propio Inca» (Uhle, 2005, p. 39; traducción nuestra). Señaló, asimismo, que desde el patio el Inca podía acceder a todas las habitaciones del conjunto, en particular al Espacio 65, un recinto que en su segundo piso cuenta con un «mirador» provisto de «enrejados» (*latticework*) a modo de balaustradas[9]. Este punto de observación proporcionaba el único acceso al corredor que se extiende a lo largo de la parte posterior del palacio. Uhle también prestó particular atención al Espacio 60, que consideraba:

---

[9] No es claro de qué forma se llegaba al «mirador» desde el Espacio 65.

> […] habría sido la recámara del Inca, tomando en cuenta las elevaciones similares a gradas existentes en la habitación. Estas bien podrían haberle servido de cama y almohadas. Desde allí habría pasado con facilidad, cómodamente, al contiguo Baño 57 (Uhle, 2005, p. 74).

En lo que respecta a los colores, ¿qué pueden decirnos sobre el Conjunto G y sus funciones? En primer lugar, el ingreso al conjunto es realizado por una portada de doble jamba pintada originalmente por completo de rojo, esta conduce a una especie de antecámara (Espacio 53) cuyas paredes se encuentran pintadas con tres bandas (B-R-B), en los lados norte y este, y dos bandas (B-R), en el lado sur. Una portada simple con telares blancos, flanqueada por un nicho simple totalmente rojo, permite ingresar al patio (Espacio 54).

Las paredes septentrional y meridional del patio se encuentran pintadas con cuatro bandas (B-R-A-R) y adornadas con nichos de doble marco. En el lado sur, los nichos están pintados alternadamente de A-R-B-R y R-A-B-R, mientras que en el lado norte todos exhiben pintado R-A-B-R. El patrón de color en los lados este y oeste es de tres bandas (B-A-R). Las portadas, tanto en la pared oriental como en la occidental, tienen sus telares pintados de blanco en el sector inferior y rojo en la parte superior. La banda blanca corresponde con la banda blanca de la pared; la banda roja, por su parte, remplaza a la banda amarilla de la pared. La portada localizada al este brinda acceso al Recinto 55; este cuenta con tres de sus paredes pintadas con tres bandas (B-A-R); la cuarta, correspondiente a la pared oriental, está pintada con solo dos bandas (B-R). La portada ubicada al oeste sirve de acceso al Recinto 62, cuyas paredes oriental y occidental presentan tres bandas (B-R-A); en sus paredes septentrional y meridional, las bandas roja y amarilla se invierten llevando el rojo en la parte superior.

El predominio de las bandas rojas y amarillas, que según Uhle simbolizaban al Inca y sus parientes, podría de algún modo confirmar la intuición de Uhle de que el Conjunto G era el aposento privado del Inca o su representante a cargo de Tambo Colorado. No obstante, la interpretación del patrón de color plantea algunas preguntas desafiantes: ¿cuál es el significado de la adyacencia de paredes con diferente número de bandas o de la inversión del color de las bandas en paredes adyacentes?

Las otras dos habitaciones del Conjunto G, los espacios 60 y 65, algo alejadas del patio 54, presentan interiores totalmente blancos. Estas dos construcciones son las únicas de Tambo Colorado que poseen atípicas ventanas anchas, de aproximadamente 1,6 metros, que sirven de marco al Cerro Serpiente, localizado

al otro lado del valle; ambas ventanas se encuentran flanqueadas externamente por dos nichos de doble marco. En el Recinto 60 estos nichos fueron repintados en tres oportunidades siguiendo diferentes combinaciones, primero B-A-B-B, luego A-A-R-R, y finalmente R-R-A-A; aquellos ubicados en el Recinto 65 fueron pintados en dos ocasiones con el mismo patrón (A-A-R-R). Los nichos al interior del Espacio 60, que habían sido completamente blancos en un inicio, fueron repintados tiempo después totalmente de rojo. En el Espacio 65 todos los nichos eran completamente blancos, excepto uno de color rojo que, tras ser recubierto por una segunda capa de pintura, fue convertido también en blanco. Sin embargo, el cambio más drástico en los patrones de color puede ser observado en la pared oriental del Espacio 60, exactamente en su cara externa que mira a una fuente (Espacio 57). Aquí, el patrón original correspondiente al de una pared completamente blanca fue cambiado luego a B-A-R; tras haber sido renovado con una tercera capa de pintura, este patrón fue remplazado por dos bandas, blanca y amarilla, en la parte superior de la pared. Finalmente, dichas bandas se convirtieron en cuatro (B-R-A-R), visibles en la última capa. Una vez más, uno se pregunta qué podrían haber significado estos cambios tan drásticos en los patrones de color.

Al reflexionar junto a Craig sobre los posibles usos del Conjunto G, no encontramos ninguna razón justificada para cuestionar la idea de Uhle de que este fue «ocupado por los habitantes más importantes del palacio».

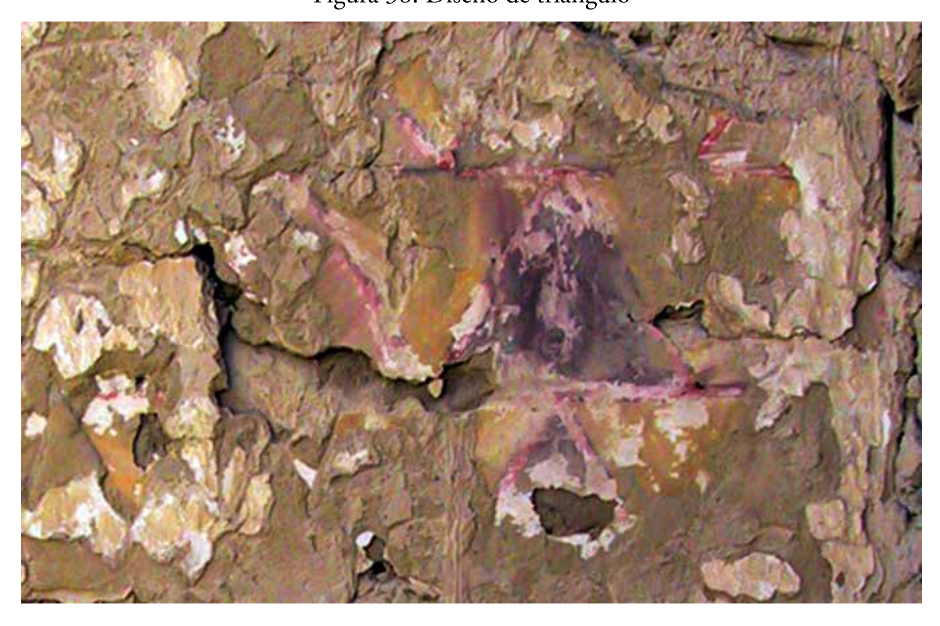
Conjunto H

El ingreso al Conjunto H, ubicado al este del tercer patio, es realizado a través de una portada de dobla jamba cuya cara y telares se encuentran pintados con bandas de colores blanco, rojo y amarillo, guardando correspondencia con la pintura de la pared en que se halla. Este conjunto es algo más pequeño que el Conjunto G, no obstante, ocupa una posición igualmente dominante en el sector superior del Palacio; una pared rematada con almenas lo distingue del Conjunto C, localizado hacia el sur, en un nivel más bajo. Son igualmente distintivas las almenas que coronan los recintos 47 y 50 y las atípicas ventanas escalonadas de los recintos 45, 47 y 50. Nichos de doble marco completamente pintados de amarillo flanquean las ventanas escalonadas en la cara externa de las paredes meridionales de los recintos 47 y 50, así como en la cara externa de la pared occidental del Recinto 47. El patrón de color blanco, rojo, amarillo y rojo visible en el nivel superior de las paredes externas septentrional y oriental del Recinto 45 parece conferir cierta importancia a esta construcción; los patrones de color B-A-R y B-R-A visibles,

respectivamente, en sus paredes internas occidental y septentrional[10] podrían asimismo resaltar su estatus.

El interior del Recinto 47 estuvo en un inicio pintado completamente de blanco (paredes y nichos), con ventanas escalonadas rojas. En una segunda capa de pintura, un intrigante diseño triangular, único en el sitio y similar a un «enrejado» (*latticework*), fue pintado sobre un fondo blanco (ver figura 38). En cierto modo, el diseño también recuerda algunos de la cerámica inca; restos de él pueden ser observados en las paredes septentrional y occidental de este cuarto. Dado que las paredes recibieron un último repintado totalmente de blanco, tras ser enlucidas, no se puede determinar si este diseño adornaba también las otras paredes y qué tan difundido estuvo. Las paredes y nichos del Recinto 50 son totalmente blancos en su interior, con su ventana escalonada pintada de rojo. Tanto el Recinto 47 como el 50 se encuentran dotados de plataformas similares a aquellas presentes en los recintos 60 y 65; por lo tanto, también podrían haber sido empleados como dormitorios o *puñuna huasi*.

Figura 38. Diseño de triángulo



[10] Actualmente resulta imposible determinar los patrones de color de las paredes internas oriental y meridional del Recinto 45.

Uhle no estaba seguro sobre quiénes eran los residentes o cuáles eran las funciones del Conjunto H, pero sugirió que «podrían haber tenido algo que ver con asuntos religiosos» debido a «la forma peculiar de las decoraciones» (Uhle, 2005, p. 39); asimismo, interpretó que la ventana escalonada correspondía a la mitad de una cruz andina, considerada por él un símbolo religioso (Uhle, 2005, p. 27). En nuestros debates, Craig especulaba que este conjunto podría haber albergado mujeres de la élite inca (Morris, 2005b, p. 5).

Agrupación F

Tras doblar una cuesta en el corredor (Espacio 15) y atravesar los espacios 17 y 18, se accede a la Agrupación F; esta es menos formalizada que la Agrupación E y posee una organización un poco más reservada. Caminando por un largo corredor (Espacio 30) uno podría fácilmente pasar por alto la entrada al Conjunto K, oculta en un rincón de un pequeño patio (Espacio 29), y acceder directamente a otro patio (Espacio 31) que servía como área de recepción al Conjunto J. Ambos conjuntos, K y J, cuentan con rasgos distintivos.

Conjunto K

El Conjunto K, al igual que el Conjunto G, son los únicos del Palacio Noroeste que poseen una fuente; en este caso, correspondiente al Espacio 24. Sin embargo, lo que realmente le distingue es que se trata del conjunto con mayor trabajo de pintado en Tambo Colorado. Cada pared se encuentra pintada, externa e internamente, con los tres colores predominantes en el sitio, distribuidos en tres o cuatro bandas y siempre con el rojo en la parte superior; algunas de las paredes que originalmente tenían tres bandas, fueron repintadas posteriormente con cuatro (B-R-A-R). Un segmento de pared localizado en el Espacio 21 es el único componente del palacio que exhibe seis bandas (B-R-A-R-A-R).

Este conjunto, que tiene a la fuente como punto central, se distribuye a lo largo de un estrecho corredor (Espacio 21), al que solo se puede acceder desde el exterior luego de atravesar el patio (Espacio 29) y el Recinto 27[11]. Este último, al igual que su contraparte del norte (Recinto 22), presenta una amplia abertura en su pared oriental que mira al corredor. En la arquitectura inca, este tipo de recintos[12] son a menudo encontrados (aunque no exclusivamente) al interior

---

[11] El plano de Uhle muestra una entrada al conjunto desde el Espacio 18; sin embargo, una detallada inspección ha permitido constatar su inexistencia.

[12] Este tipo de recintos han sido denominados por nosotros Tipo 2b (Protzen & Nair, s/f).

de contextos ceremoniales. Los recintos 22 y 27 son casi idénticos: ambos tienen una plataforma opuesta a la amplia abertura, todas sus paredes están pintadas con cuatro bandas con el color rojo en la parte superior y presentan el mismo número de nichos simples; sin embargo, en el Recinto 27 los nichos son completamente rojos, mientras que en el Recinto 22 se encuentran pintados de A-R. Los otros dos recintos, 23 y 25, son igualmente casi idénticos: también poseen una plataforma en el lado oeste, paredes pintadas con cuatro bandas con el color rojo en el sector superior y nichos totalmente rojos, a excepción de uno, adyacente a la entrada del Recinto 25, que es completamente blanco.

Conjunto J

El Conjunto J es el más pequeño y apartado de todos los conjuntos del Palacio Noroeste, asimismo es el más intrincado. Una vez que se llega al patio (Espacio 31) uno puede ingresar al Espacio 32, el piso inferior de un recinto de dos pisos, o pasar delante de un recinto de tres paredes (Espacio 33) y ascender a través de un intrincado corredor hasta ingresar a otro patio (Espacio 37) con vista a la plaza. Una vez aquí, se debe tomar una elección: o bien entrar al Recinto 38, o subir a través de otro camino corto e intrincado hasta la segunda planta del recinto de dos pisos (Espacio 41). Es en este segundo piso, en su pared septentrional, que se encuentran los restos de un friso figurativo que recuerda a otro descubierto por el arqueólogo peruano Luis Lumbreras en Litardo Bajo, en el vecino valle de Chincha (Morris, 2004, pp. 317 y 319, figura 15). Hasta donde tenemos conocimiento, los recintos conformados por tres paredes son encontrados únicamente en contextos ceremoniales; por lo tanto, uno podría preguntarse ¿qué es lo que estaría haciendo este tipo de estructura aquí, frente a un estrecho pasillo?[13].

En lo que respecta al color, el patrón de tres bandas B-A-R domina el conjunto; este aparece integrando la primera, segunda o tercera capa de pintura en las paredes de los espacios 31, 33, 34, 35, 36, 38 y 40. En el Espacio 33 dicho patrón remplaza al de dos bandas B-A y, en los espacios 38 y 40, al de dos bandas B-R. Un patrón de cuatro bandas (B-R-A-R) caracteriza el patio 37. Las paredes del Recinto 32, el piso inferior de una construcción de dos pisos, estuvieron pintadas totalmente de blanco con nichos completamente rojos. Los nichos del Espacio 33 cambiaron de A-R a B-R y los del Espacio 38 se mantuvieron totalmente rojos, al igual que los del Espacio 41.

[13] Este tipo de recintos han sido denominados por nosotros Tipo 2a (Protzen & Nair, s/f, 2012).

Uhle comentó: « […] no me parece fácil poder explicar los usos específicos de los recintos de los bloques 19-30 [Conjunto K] y 31-41 [Conjunto J]» (Uhle, 2005, p. 40; traducción nuestra). Sin embargo, después de algunas reflexiones, propuso que el Conjunto K podría haber sido el barrio de las mujeres. Uhle basó su razonamiento en el relativo aislamiento del conjunto, la fuente, a la que él identificó como un baño, y los dos recintos (22 y 27) con «amplias aberturas, más grandes que portadas», un tipo de construcción que ya había observado «en el convento de las Vírgenes del Sol en la Isla de Coati» y en el sector Mamacona de Pachacamac, reconociendo al mismo tiempo «no sé para qué propósito pudieron haber servido» (Uhle, 2005, p. 40; traducción nuestra). Respecto al Conjunto J, no tuvo ninguna sugerencia concreta.

Si bien compartimos la idea del relativo aislamiento del Conjunto K, Craig y yo nos mantuvimos escépticos frente a la propuesta de Uhle. Tratar de leer el código de color para determinar el uso o función de este conjunto, una vez más, conduce a ambigüedades. Si, en efecto, el Conjunto K fue el barrio de las mujeres, uno podría esperar, siguiendo el modelo Calancha/Rostworowski, que estuviera pintado en patrones de color que tuvieran al blanco como dominante, en vez de las ubicuas combinaciones de bandas rojas y amarillas con el rojo en la parte superior. Tomando en consideración los patrones de color realmente presentes en el Conjunto K y asumiendo junto a Craig que "«mientras más alta era la banda pintada en una pared, más dominante era la jerarquía del grupo asociado a ella ocupando dicho espacio», se infiere que, de acuerdo al modelo Calancha/Rostworowski, este conjunto podría haber estado destinado para la gente común (Morris, 2005b, p. 4). Esta interpretación se encuentra sin embargo reñida con la jerarquía de los espacios de Murúa según la cual el Conjunto K estaría adentrado en los dominios privados del Inca. Es oportuno señalar que la fuente de este conjunto es el único componente de todo Tambo Colorado que posee mampostería de piedra finamente cortada, otorgando mayor prestigio al sector.

En cuanto al Conjunto J, no hemos planteado ninguna interpretación específica. Lo que advertimos es que desde el patio (Espacio 37) se tiene una buena vista panorámica de la plaza principal y que el recinto de dos pisos localizado en la esquina suroeste del conjunto (y el palacio) guarda correspondencia con el recinto de dos pisos ubicado en la esquina noroeste del Conjunto G.

Breves observaciones sobre la distribución de color

Hasta el momento, nuestro intento de establecer un conjunto de reglas que permitan predecir los patrones de color que deberían ser hallados en determinados espacios del palacio han fallado con una sola excepción, que ya había sido observada por Uhle: el color amarillo se encuentra casi exclusivamente en «los cuartos localizados al oeste de los patios 1, 9 y 42 (con la excepción de los cuartos 3 y 2, que tenían entradas diferentes desde el patio 1)» (Uhle, 2005, p. 38; traducción nuestra). En nuestra jerarquía de los espacios, este sector corresponde a los cuartos de la Agrupación D, es decir, a las habitaciones privadas del Inca siguiendo a Murúa, menos el Conjunto H. Esta división, sin embargo, es solamente aplicable si nos restringimos a los colores presentes al interior de los recintos (ver cuadro 4).

Cuadro 4. División este-oeste con respecto al color amarillo
en el Palacio Noroeste

SOLO EN INTERIORES	PATR. COLOR B/O AMARILLO								PATRONES DE COLOR CON AMARILLO												
	0	1	3	6	7	11	14	24	4	15	16	17	21	27	31	34	40	43	48	49	
		B	R	R / B	B / R	B / R / B	R / B / R	R / B / R / B	A / B	R / A / R	R / A / B	A / R / B	A / B	A / R / A / R	B / A / R / B	A / R / A / B	R / A / R / B	R / B / A / R	R / A / R / A / B	R / A / R / A / R / B	
PALACIO NOROESTE – CONJ. A	X	X																			ESTE
PALACIO NOROESTE – AGRUPACIÓN B – CONJ. C		X		X																	ESTE
PALACIO NOROESTE – AGRUPACIÓN B – AGRUPACIÓN D – AGR. E – CONJ. H		X		X	X						1	1									ESTE
PALACIO NOROESTE – AGRUPACIÓN B – AGRUPACIÓN D – AGR. E – CONJ. G		X		X		X		X			X	X					X	X			OESTE
PALACIO NOROESTE – AGRUPACIÓN B – AGRUPACIÓN D – AGR. F – CONJ. J		X							X		X						X		1		OESTE
PALACIO NOROESTE – AGRUPACIÓN B – AGRUPACIÓN D – AGR. F – CONJ. K				X							X						X			1	OESTE

·-·-·-·-· DIVISIÓN "AMARILLA"

- - - - - DIVISIÓN E-O de UHLE

1 UN SOLO CASO

X MÚLTIPLES CASOS

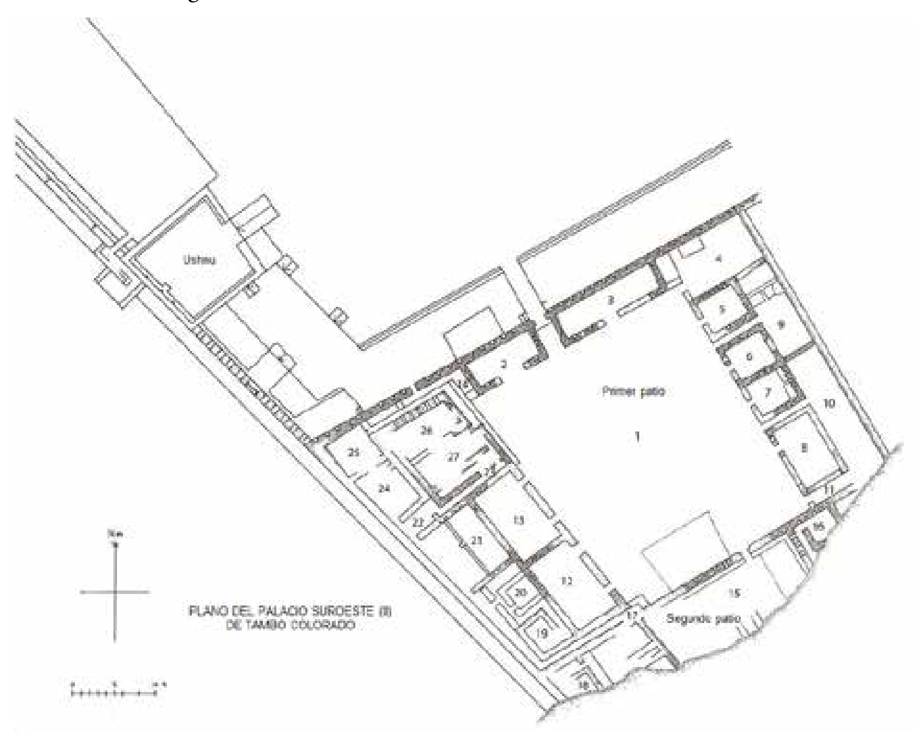
El Palacio Suroeste

Arquitectura

Al igual que en el Palacio Noroeste, el ingreso al Palacio Suroeste es realizado desde la plaza, atravesando una portada de doble jamba que conduce a un primer patio rodeado por ocho recintos (ver figura 39). En la parte posterior de este patio, otra portada de doble jamba se abre hacia un segundo patio. El área localizada más allá

del segundo patio ya había sido parcialmente arrastrada por el río Pisco antes de que Bandelier y Uhle hicieran sus estudios y se vio nuevamente afectada en el año 1996 con la construcción de la carretera que actualmente sortea el sitio; en el año 2007, el terremoto que asoló Pisco destruyó casi por completo lo que quedaba del segundo patio. La pared que separaba el primer patio del segundo, que contaba con ventanas de doble marco, es decir con doble marco en ambos lados de la pared —característica única en Tambo Colorado— también sufrió daños graves. El lado occidental del Palacio Suroeste recuerda, en cierto modo, al del Palacio Noroeste. Un camino igualmente intrincado conduce del segundo patio a un conjunto que posee una fuente (SW20) y una construcción de dos pisos (SW26) con vista a la plaza.

Figura 39. Plano del Palacio Suroeste de Tambo Colorado



Patrones en el contexto real

El pobre estado de conservación de este palacio dificulta la identificación de los patrones de color que alguna vez decoraron sus paredes. Las inusuales condiciones de los colores conservados sugieren que las paredes que dan al primer patio

estuvieron originalmente pintadas totalmente de blanco siendo posteriormente cambiadas al patrón B-R-B. El rojo de este palacio, sin embargo, difiere de aquel observado en el Palacio Noroeste; es de un tono mucho más claro, casi rosáceo[14]. Las construcciones que rodean el primer patio no muestran ningún indicio de colores en su interior. Las ventanas dobles de doble marco ubicadas en las paredes que separan el primer patio (SW1) del segundo (SW15), en un inicio pintadas completamente de blanco, fueron cambiadas a totalmente rojas. El color amarillo es observable más claramente en el Espacio SW21, un recinto de tres paredes. Si bien la altura original de estas paredes se ha visto reducida a menos de 1,3 metros, en la parte inferior de ellas encontramos el único ejemplo de una banda amarilla coronada por otra blanca; posteriormente, este patrón fue repintado totalmente de blanco. Los nichos, que originalmente exhibían un patrón A-B, fueron luego repintados completamente de rojo.

Considerando que el tono más claro del color rojo fue aplicado sistemáticamente en este palacio, incluyendo su fachada, uno se pregunta si habría tenido un significado diferente al del rojo más oscuro y, por tanto, debería ser considerado un color diferente. En otro artículo, Protzen ha planteado la hipótesis de que si el Palacio Noroeste fue sede de la élite política y guerrera inca, el Palacio Suroeste pudo haber albergado a la élite religiosa incaica (Protzen, 2006, p. 39). Su argumento estuvo basado en la conexión existente entre el Palacio Suroeste y la zona del *ushnu*, así como en el predominio de los colores blanco y rojo dentro del palacio. El tono rojo más claro podría respaldar aún más esta hipótesis.

La Plaza Principal

Arquitectura

Como ya lo hemos mencionado, el ingreso a la plaza se realizaba por medio de dos portadas localizadas a lo largo del camino inca que la atraviesa. Ambas portadas se encuentran actualmente destruidas; no obstante, el plano de Uhle deja en claro que la portada ubicada en el lado oriental consistía en una entrada doble de doble marco, es decir, una portada de doble jamba a ambos lados de la pared, exterior e interior. La portada del lado occidental ya se encontraba destruida en tiempos de Uhle.

[14] En la «Carta de color de suelos Munsell», este rojo corresponde al 10R6/4 y 10R6/6, mientras que el del Palacio Noroeste cae en los valores 10R4/6 y 10R5/6.

El gran tamaño de la plaza no deja de sorprender a los visitantes modernos. En la época inca los visitantes debieron haber quedado igualmente impresionados por sus dimensiones; como fuera sugerido por Craig, es probable que la plaza hubiera sido considerada un signo del poder inca. Incluso, pudo haber sido aún más impactante en tiempos incaicos ya que las paredes que la cercaban y sus nichos se encontraban pintados en colores brillantes: rojo, blanco y amarillo.

El lado occidental de la plaza, donde se encuentra la plataforma ceremonial o *ushnu*, también estuvo alguna vez cercado por una pared con ventanas del tamaño de portales, posteriormente convertidas en nichos, de las cuales hoy solo quedan algunos tenues rastros. Algunas manchas dispersas, presentes incluso en el *ushnu*, confirman que en este lado el cerco de la plaza también estuvo pintado con colores resplandecientes.

Plataformas bajas, de seis a siete metros de ancho, se extienden a lo largo de las fachadas de los palacios en los lados norte y sur de la plaza. Los restos de postes distribuidos a intervalos más o menos regulares en estas plataformas indican que alguna vez estuvieron techadas a modo de galerías. Craig sugirió que estas galerías podrían haber sido una «versión más abierta de las grandes *callancas*» que daban a las plazas de Huánuco Pampa y otros sitios inca (Morris, 2004, p. 325). Garcilaso de la Vega, describiendo dichas *callancas* en el Cuzco —él las llamó «galpones», i. e. grandes salas—, relata que en días lluviosos los participantes de las ceremonias y rituales se refugiaban en ellas para poder continuar sus festividades (Garcilaso de la Vega, 1960, vol. 2, p. 154). En Tambo Colorado casi nunca llueve, sin embargo, este tipo de galerías podrían haber ofrecido protección frente al sol abrasador. Cabe señalar que la pared localizada en el lado sur, a diferencia de la del lado norte, estuvo coronada con almenas.

Patrones en el contexto real

Las fachadas de los palacios Noroeste, Suroeste y Sureste que miran hacia la plaza principal se encuentran provistas de nichos de doble marco a lo largo de toda su extensión, 88 en el lado norte y 68 en lado sur. Ambos frentes estuvieron pintados originalmente de blanco y rojo en la parte superior, correspondiendo el color rojo del frente sur al tono más claro, o rosáceo, que se observa en el Palacio Suroeste. Hay una curiosa excepción en el frente norte: una estrecha sección cerca al nicho 69[15] se encuentra pintada de blanco, amarillo y rojo ¡en la parte superior! En este frente, los nichos ubicados al oeste de la entrada al palacio son predominantemente

[15] Los nichos han sido enumerados comenzando desde el extremo occidental de la pared.

de colores R-R-A-A y, en el lado este, R-R-A-R. En una segunda capa de pintura, la pared al oeste de la entrada fue enlucida totalmente de rojo incluyendo muchos de sus nichos. En el frente sur, los nichos en su primera capa de pintura fueron predominantemente rojos y blancos en una variedad de combinaciones.

La segunda capa de pintura trajo consigo algunos cambios drásticos. El más sorprendente de ellos es la aparición de un nuevo color: un negro azulado similar al observado en la cara interna (CI) de algunos nichos ubicados al este del ingreso al Palacio Suroeste; el otro cambio es la transformación de un gran número de nichos al patrón R-R-A-R. Cabe señalar que los nichos correspondientes al Palacio Sureste fueron enlucidos totalmente de rojo y permanecieron así a lo largo del tiempo.

La plaza principal de los asentamientos incas jugaba un importante papel durante la ejecución de rituales y ceremonias de distintos tipos. Un elemento central en estas ejecuciones fue el *ushnu*. El *ushnu* cumplía diversos propósitos, incluyendo el servir como emplazamiento donde se ofrendaban libaciones y sacrificios, se efectuaban distintos rituales, se hacían observaciones astronómicas y como asiento para el Inca. Juan de Betanzos, en su descripción de los *ushnu* localizados en los asentamientos provinciales, nos habla de los rituales y ceremonias que se celebraban a la llegada del Inca; el cual, vestido con atuendos locales aparentando ser un nativo del lugar, ascendía al *ushnu* y se sentaba en su asiento para ser visto por todos los concurrentes. La población local sacrificaba muchas llamas y grandes cantidades de chicha eran bebidas y vertidas como ofrenda en una fuente o pileta (en la cima del *ushnu*) y en una piedra colocada al interior de la pileta. Finalizados estos actos, el Inca descendía del *ushnu* y se mezclaba con los pobladores locales, sujetándolos de la mano, bailando y cantando con ellos. Posteriormente, distribuía los obsequios que había traído y preguntaba acerca de las necesidades de los pobres, las viudas y los huérfanos; para estar seguro de que estas personas no carecieran de necesidades básicas, el Inca les entregaba bienes provenientes de los depósitos estatales, instalados por él para este fin en cada ciudad (Betanzos, 1987, pp. 185-186). En este escenario, el *ushnu* y la plaza se hacían uno: la plaza era el lugar donde la población local convergía para obedecer y hacer ofrendas al Inca sentado en el *ushnu* y este se convertía en el punto de partida desde donde el Inca comprometía y juntaba a las personas en la plaza.

A la luz del argumento de Craig de que «el código de color y otros símbolos ayudaron a guiar su participación [de la gente no inca] en los eventos del Estado, indicándoles cuáles eran las expectativas que el Inca tenía sobre sus roles en las relaciones imperiales y proporcionando un escenario para los ritos y ceremonias

que ayudaban a crear dichas relaciones» (Morris, 2005b, p. 2; traducción nuestra), ¿qué pueden decirnos los colores en la plaza? En el modelo Calancha/ Rostworowski el predominio del rojo tanto en el lado norte como en el sur podría claramente indicar que este espacio se encontraba abierto a la población no inca. El predominio de nichos pintados de rojo y amarillo en el frente norte, por su parte, sugiere que aquí la población común podía interactuar con la élite. Con respecto a los cambios de color visibles en torno a la plaza y en algunas áreas «públicas» del Palacio Noroeste como consecuencia del repintado, Craig señaló que el «[r]ojo es el color que aumenta en importancia a expensas del amarillo y blanco. Estos patrones de cambio, sin embargo, no fueron llevados a cabo en los cuartos y patios más privados [...] la única área pública donde el amarillo llegó a ser más recurrente con las nuevas capas de pintura se encuentra en los nichos de la pared sur de la plaza, el lado "inferior" de los espacios más públicos, presumiblemente utilizados por prácticamente todos los habitantes y visitantes de la ciudad. Esto, combinado con el incremento del rojo en el lado norte, "superior", de la plaza, sugiere que a medida que pasaba el tiempo los incas y la élite estuvieron más entrelazados» (Morris, 2005b, p. 7; traducción nuestra). La gran variedad y cambios de los patrones de color de los nichos del lado sur, de otro lado, requieren una respuesta. ¿Significa esto que aquí se reunían diferentes grupos de personas, o que diversos rituales eran ejecutados en distintos sectores de este frente? Y ¿qué implicaba el color negro azulado?

Conclusión

Las numerosas preguntas sin respuesta señaladas previamente evidencian que aún no hemos logrado descifrar el código de color; sin embargo, esta situación no significa que la noción de un código de color deba ser simplemente desechada. En el mundo inca la vida estuvo impregnada de rituales: ritos de las diversas etapas de la vida, de la pubertad al matrimonio y de allí hasta la muerte, ritos que fomentaban la reciprocidad, ritos para proteger la tierra de los desastres, para asegurar buenas cosechas o las victorias en las guerras, ritos de sacrificio a los antepasados o las deidades, y muchos más. Varias fuentes dan testimonio del uso de los colores en este tipo de rituales. Pablo José de Arriaga, por ejemplo, menciona cómo los polvos rojo (*paria*), azul (*binzos*) y amarillo (*carvamuqui*) eran empleados para espolvorear a las huacas, los adoratorios sagrados (Arriaga, 1999, p. 54), y Martín de Murúa refiere cómo las llamas de diferentes colores eran escarificadas y ofrecidas a diversas deidades (Murúa, 1946, p. 114). Como Constance Classen escribió: «[l]os incas tenían un elaborado vocabulario de colores [...] y sin lugar a dudas los colores

utilizados en la ornamentación y rituales tenían un valor simbólico» (Classen, 1993, p. 72).

Muchas de las dificultades que hemos encontrado en la interpretación de varios patrones de color podrían deberse —al menos en parte— al hecho de que los modelos interpretativos de los colores propuestos por Uhle y Calancha/Rostworowski son demasiado elementales. Ninguno de ellos logra explicar muchas de las combinaciones y yuxtaposiciones de los patrones de color presentes en las paredes, nichos, ventanas y portadas.

Para complicar aún más las cosas, Craig argumentó:

> [N]o solo los colores denotaban jerarquía, también lo hacían las posiciones y ubicaciones de las construcciones en las que aparecen… De modo que múltiples códigos y principios se reforzaban entre sí. De estos, el código de color es el más visible. Sin embargo, son los modos en que los colores interactuaban unos con otros, con las posiciones en las paredes y nichos, y con los diversos espacios públicos y privados, los que dieron al sistema gran capacidad para los matices y una flexibilidad (Morris, 2005b, pp. 3-4).

Para entender plenamente el significado de los colores, también debemos tomar en cuenta que los colores en las construcciones:

> […] fueron parte de un complejo sistema de señalización multimedia que incluía trajes, adornos personales, música, danza, canciones y cantos. Estos elementos se combinaban para crear rituales de articulación que eran extensiones del lenguaje y un cohesionador esencial que estructuraba a los grupos humanos, especialmente en los niveles de organización donde la conversación regular de persona a persona no resultaba práctica (Morris, 2005a, p. 9).

Aunque posteriores análisis de los colores de Tambo Colorado podrían revelar nuevas pistas sobre sus significados, aún no se logrado descubrir algún tipo de «Piedra de Rosetta» (Morris, 2005a, p. 1) que facilite esta tarea.

Bibliografía

Acosta, José de

1986[1590] *Historia natural y moral de las Indias*. José Alcina Franch (ed.). Madrid: Historia 16.

Adams, Robert McC.

1956 «Some Hypotheses on the Development of Early Civilizations». *American Antiquity 21(3)*, 227-232.

1960 «The Origin of Cities». *Scientific American 203(3)*, 153-172.

1965 *Land behind Baghdad: A History of Settlement on the Diyala Plains*. Chicago, Illinois: University of Chicago Press.

1966 *The Evolution of Urban Society*. Chicago, Illinois: Aldine.

1972 «Patterns of Urbanization in Early Southern Mesopotamia». En Peter J. Ucko, Geoffrey W. Dimbleby & Ruth Tringham (eds.), *Man, Settlement, and Urbanism*. London: Duckworh, 735-749.

1974 «The Mesopotamian Social Landscape: A View from the Frontier». En Charlotte B. Moore (ed.), *Reconstructing Complex Societies: An Archaeological Colloquium*. Cambridge, Massachusetts: American Schools of Oriental Research, 1-12 (Bulletin of the American Schools of Oriental Research 20).

Almquist, Eric L.

1973 «Taste and Politics: An Examination of Salt as a Scarce Resource». Tesis M. A. Department of Anthropology, Boston University.

American Association of Cereal Chemists

1954 *Storage of Cereal Grains and their Products*. Minnesota: American Association of Field Chemists.

Anders, Martha B.
1975 «Formal Storage Facilities in Pampa Grande, Peru: A Preliminary Report of Excavations» (manuscrito).

Arriaga, Pablo José de
1999[1621] *La extirpación de la idolatría en el Pirú*. Henrique Urbano (ed.). Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas.

Barth, Fredrik
1959 *Political Leadership among Swat Pathans* (monografía en Social Anthropology 19). London: University of London, Athlone Press.

Betanzos, Juan de
1987[1551] *Suma y narración de los incas*. María del Carmen Martín Rubio (ed.). Madrid: Atlas.

Bird, Junius
1954 *Paracas Fabrics and Nazca Needlework*. Washington, D.C.: Textile Museum.

Browman, David L.
1969 «Early Peruvian Peasants: The Culture History of a Central Highlands Valley». Disertación de Ph. D. Department of Anthropology, Harvard University.

Burton, William G.
1966 *The Potato: A Survey of Factors Influencing its Yield, Nutritive Value, Quality and Storage*. Wageningen, Holanda: H. Veenman and Zonen N. V.

Cabello Valboa, Miguel
1951[1568] *Miscelánea antártica. Una historia del Perú antiguo*. Lima: Instituto de Etnología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Calancha, Antonio de la
1974-1982[1638] *Crónica moralizada del Orden de San Agustín en el Perú con sucesos ejemplares en esta monarquía*. Ignacio Prado Pastor (ed.). 6 vols. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Calnek, Edward E.
1972 «Settlement Pattern and *Chinampa* Agriculture at Tenochtitlan». *American Antiquity 37(1)*, 104-115.

CIEZA DE LEÓN, Pedro de
1959[1550] *The Incas of Pedro de Cieza de León*. Victor W. von Hagen (ed.). Harriet de Onis (trad.). Norman, Oklahoma: University of Oklahoma Press (segunda parte de *La Crónica del Perú*).
1962[1553] *La Crónica del Perú*. Tercera edición. Madrid: Espasa-Calpe (colección Austral 507) (primera parte de la *Crónica del Perú*).

CLASSEN, Constance
1993 *Inca Cosmology and the Human Body*. Salt Lake City: University of Utah Press.

COBO, Bernabé
1964[1653] *Historia del Nuevo Mundo*. En Francisco Mateos (ed.), *Obras del padre Bernabé Cobo*. 2 vols. Madrid: Atlas (Biblioteca de Autores Españoles 91-92).

COLLINGWOOD, Robin George
2004 *Idea de la Historia*. Tercera edición, revisada y aumentada. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica (Colección Historia).

CUTER, Hugh C. & Martín CÁRDENAS
1947 «Chicha, a Native South American Beer». *Botanical Museum Leaflets, Harvard University 13(3)*, 33-60.

CHARLTON, Thomas H.
1969 «Etnohistory and Archaeology: Post-Conquest Aztec Sites». *American Antiquity 34(3)*, 286-294.

CHILDE, V. Gordon
1950 «The Urban Revolution». *Town Planning Review 21(1)*, 3-17.
1951 *Man Makes Himself*. New York: Mentor.

CHRISTENSEN, Clyde M. & Henry H. KAUFMANN
1969 *Grain Storage: The Role of Funghi in Quality Loss*. Minneapolis: Minnesota Archive.

CHRISTIANSEN G., Jorge
1967 *El cultivo de la papa en el Perú*. Lima: Jurídica.

D'ALTROY, Terence Norman
1981 «Empire Growth and Consolidation: The Xauxa Region of Peru under the Incas». Disertación de Ph. D. Department of Anthropology, University of California.

Day, Kent C.
1973 «Architecture of Ciudadela Rivero, Chan Chan, Peru». Disertación de Ph. D. Department of Anthropology, Harvard University.

Diez de San Miguel, Garci
1964[1567] *Visita hecha a la provincia de Chucuito por Garci Diez de San Miguel en el año 1567*. Waldemar Espinoza S. & John V. Murra (ed.). Lima: Casa de la Cultura del Perú (Documentos Regionales para la Etnología y Etnohistoria Andinas 1).

Earls, John & Irene Silverblatt
1981 «Sobre la instrumentación de la cosmología inca en el sitio arqueológico de Moray». En Heather Lechtman & Ana María Soldi (eds.). *La Tecnología en el mundo andino: Runakuna kawsayninkupaq rurasqankunaga*. México D.F.: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 443-473 (Serie Antropológica 36).

Finley, Moses I.
1971 «Archaeology and History». *Daedalus 100(1)*, 169-174.

Gadamer, Hans-Georg
1991 *Verdad y método: fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Salamanca: Sígueme (Colección Hermeneia 7).

Gamio, Manuel
1922 *La población del valle de San Juan Teotihuacán*. 3 vols. México: Dirección de Talleres Gráficos, Secretaría de Educación Pública.

Garcilaso de la Vega, Inca
1960[1609] *Comentarios reales de los Incas*. José Durand (ed.). 3 vols. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Gasparini, Graziano & Luise Margolies
1977 *Arquitectura inka*. Caracas: Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central de Venezuela, Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas.

Gayton, Anna H.
1967 «Textiles from Hacha, Peru». *Ñawpa Pacha 5*, 1-13.

Geertz, Clifford
1973 «Ritual and Social Change». En *The Interpretation of Cultures*. New York: Basic Books, 170-192.

Guaman Poma de Ayala, Felipe
1936[1615] *Nueva Coronica y Buen Gobierno (Codex péruvien illustré)*. Paris: Institut d'Ethnologie, Université de Paris (Travaux et Mémoires de l'Institut d'Ethnologie 23).

Harth-Terré, Emilio
1964 «El pueblo de Huánuco Viejo». *Arquitecto Peruano 320(21)*, 1-20.

Hartmann, Roswith
1968 «Maerkte im Alten Peru». Tesis de Ph.D. Fakultät d. Rhein, Friedrich-Wilhelms, Universitat zu Bonn.

Hartmann, Roswith
1971-1972 «Otros datos sobre las llamadas "batallas rituales"». *Folklore Americano 19-20(17)*, 125-135.

Hopkins, Diane
1979 «Play of Enemies: The Interpretation of a 1772 Ritual Battle in Southern Peru from a Historical and Symbolic Perspective». Trabajo presentado en el 43.º Congreso Internacional de Americanistas, en Vancouver, British Columbia, y publicado en español bajo el título «Juegos de enemigos», en *Allpanchis 20*, 167-187 (Cuzco, 1982).

Horkheimer, Hans
2004 *Alimentación y obtención de alimentos en el Perú prehispánico*. Lima: Instituto Nacional de Cultura.

Hunt, Eva
1972 «Irrigation and the Socio-Political Organization of Cuicatec Cacicazgos». En Frederick Johnson (ed.), *Chronology and Irrigation*. Vol. 4 de *The Prehistory of the Tehuacan Valley* (Richard MacNeish, ed.). Austin, Texas: University of Texas Press, 162-259.

Hyslop, John
1984 *The Inca Road System*. Orlando, Florida: Academic Press.
1985 *Inkawasi, the New Cuzco: Cañete, Lunahuaná, Peru*. Oxfor: British Archaeological Reports (BAR).

Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH)
1562 *Informe sobre el pleito que Doña Catarina Salomé Cacica de Tepeuzila sus pueblos y tierras y vecina del pueblo de Papaloticpac tiene contra Domingo Hernández*. México: Departamento de Investigaciones Históricas, INAH (Relaciones de Oaxaca, Colección de Microfilm, rollo 146, N.º 66, legajo 55).

Jacobs, Jane
1969 *The Economy of Cities*. New York: Random House.

Jerez, Francisco de
1917[1534] *Verdadera relación de la conquista del Perú*. Horacio H. Urteaga (ed.). Lima: Imprenta y Librería Sanmartí (Colección de Libros y Documentos Referentes a la Historia del Perú 5).

Julien, Catherine J.
1982 «Inca Decimal Administration in the Lake Titicaca Region». En George A. Collier, Renato I. Rosaldo & John D. Wirth (eds.), *The Inca and Aztec States 1400-1800: Anthropology and History*. New York: Academic Press, 119-151.

Lechtman, Heather
1980 «The Central Andes: Metallurgy without Iron». En Theodore A. Wertime & James D. Muhly (eds.). *The Coming of the Age of Iron*. New Haven, Connecticut: Yale University Press, 267-334.

Lévi-Strauss, Claude
1952 «Les structures sociales dans le Brésil Central et Oriental». En Sol Tax (ed.), *Indian Tribes of Aboriginal America: Selected Papers of the 29th International Congress of Americanists*. Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 302-310.
1963 *Structural Anthropology*. New York: Basic Books.

Lumbreras, Luis Guillermo
1969 *De los pueblos, las culturas y las artes del antiguo Perú*. Lima: Moncloa-Campodónico.

Marx, Karl
1977 *Capital: A Critique of Political Economy*. Vol. I. Ben Fowkes (trad.). New York: Random House.

Matos Mendieta, Ramiro
1994 *Pumpu: Centro administrativo Inka de la puna de Junín*. Lima: Horizonte (Arqueología e Historia 10).

Mauss, Marcel
1954 *The Gift: Forms and Functions of Exchange in Archaic Societies*. New York: William Morrow.

Menzel, Dorothy
1959 «The Inca Occupation of the South Coast of Peru». *Southwestern Journal of Anthropology 15(2)*, 125-142.

1968 «New Data on the Huari Empire in Middle Horizon Epoch 2A». *Ñawpa Pacha 6*, 47-114.

Millon, René
1970 «Teotihuacan: Completion of Map of Giant Ancient City in the Valley of Mexico». *Science 170(3962)*, 1077-1082.

Moore, Sally F.
1958 *Power and Property in Inca Peru*. New York: Columbia University Press.

Morris, Craig
s/f «Inca Urbanism: New Evidence from a Provincial Capital» (manuscrito).
1966 «El Tampu Real de Tunsucancha». *Cuadernos de investigación, Antropología 1*, 95-107.
1967 «Storage in Tawantinsuyu». Disertación de Ph. D. Faculty of the Division of the Social Sciences, Department of Anthropology, The University of Chicago.
1971 «The Identification of Function in Inca Architecture and Ceramics». En *Actas y Memorias del 39.º Congreso Internacional de Americanistas (Lima, 2-9 de agosto, 1970)*. Vol. 3. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 135-144 (publicado también, con el título en español «La identificación de la función de la arquitectura y cerámica inca», en *Revista del Museo Nacional 37*, 135-144, Lima, 1971).
1972a «State Settlements in Tawantinsuyu: A Strategy of Compulsory Urbanism». En Mark P. Leone (ed.), *Contemporary Archaeology: A Guide to Theory and Contributions*. Carbondale, Illinois: Southern Illinois University Press, 393-401.
1972b «El almacenaje en dos aldeas de los chupaychu». En Iñigo Ortiz de Zúñiga (1967-1972[1562]), *Visita de la Provincia de León de Huánuco en 1562*. Vol. 2. John V. Murra (ed.). Huánuco: Universidad Nacional Hermilio Valdizán, 383-404.
1973 «Establecimientos estatales en el Tawantinsuyu: una estrategia de urbanismo obligado». *Revista del Museo Nacional 39*, 127-141.
1974a «El muestreo en la excavación de sitios urbanos: el caso de Huánuco-Pampa». *Revista del Museo Nacional 40*, 111-133.
1974b «Reconstructing Patterns of Non-Agricultural Production in the Inca Economy: Archaeology and Documents in Institutional Analysis». En Charlotte B. Moore (ed.), *Reconstructing Complex Societies: An Archaeological Colloquium*. Cambridge, Massachusetts: American Schools of Oriental Research, 49-68 (Bulletin of the American Schools of Oriental Research 20).
1976 «Master Design of the Inca». *Natural History 85(10)*, 58-67.

1978 «The Archaeological Study of Andean Exchange Systems». En Charles L. Redman, Mary J. Berman, Edward V. Curtin, William T. Langhorne Jr., Nina M. Versaggi & Jeffery C. Wanser (eds.), *Social Archaeology: Beyond Subsistence and Dating*. New York: Academic Press, 315-327.

1979a «Maize Beer in the Economics, Politics and Religion of the Inca Empire». En Clifford F. Gastineau, William J. Darby & Thomas B. Turner (eds.), *Fermented Food Beverages in Nutrition*. New York: Academic Press, 21-34.

1979b «The Spanish Occupation of an Inca Administrative City». *Proceedings of the 42th International Congress of Americanists (1976)9-b*, 209-219.

1980a «Huánuco Pampa: nuevas evidencias sobre urbanismo Inca». *Revista del Museo Nacional 44*, 139-152.

1980b «Architecture and the Structure of Space at Huánuco Pampa» (manuscrito; incluido en el presente volumen con el título «Arquitectura y estructura del espacio en Huánuco Pampa»).

1981 «Tecnología y organización Inca del almacenamiento de víveres en la sierra». En Heather Lechtman & Ana María Soldi (eds.), *La tecnología en el mundo andino: Runakuna kawsayninkupaq rurasqankunaga*. México D.F.: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 327-375 (Serie Antropológica 36).

1982 «The Infrastructure of Inka Control in the Peruvian Central Highlands». En George A. Collier, Renato I. Rosaldo & John D. Wirth (eds.), *The Inca and the Aztec States, 1400-1800: Anthropology and History*. New York: Academic Press, 153-171.

1985 «From Principles of Ecological Complementarity to the Organization and Administration of Tawantinsuyu». En Shozo Masuda, Izumi Shimada & Craig Morris (eds.), *Andean Ecology and Civilization: An Interdisciplinary Perspective on Andean Ecological Complementarity*. Tokyo: University of Tokyo Press, 477-490.

1987 «Arquitectura y estructura del espacio en Huánuco Pampa». *Cuadernos* 12, 27-45.

1993 «The Wealth of a Native American State: Value, Investment, and Mobilization in the Inka Economy». En John S. Henderson & Patricia J. Netherly (eds.), *Configurations of Power: Holistic Anthropology in Theory and Practice*. Ithaca, New York: Cornell University Press, 36-50.

2004 «Enclosures of Power: The Multiple Spaces of Inca Administrative Palaces». En Susan Toby Evans & Joanne Pillsbury (eds.), *Palaces of the Ancient New World*. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 299-323.

2005a «An Architectural Color Code and the Socio-Political Hierarchy of an Inca Imperial City» (manuscrito).

2005b «An Administrative City Coded in Brilliant Colors» (manuscrito).

Morris, Craig & Adriana von Hagen
2011 *The Incas: Lords of the Four Quarters*. New York: Thames & Hudson.

Morris, Craig & Julián I. Santillana
1997 «Chincha and Huánuco: Contrasts in the Exercise of Inka Power». Trabajo presentado en el simposio «Variations in the Expression of Inka Power», en Dumbarton Oaks, Washington, D.C.
2007 «The Inka Transformation of the Chincha Capital». En Richard L. Burger, Craig Morris & Ramiro Matos Mendieta (eds.), *Variations in the Expression of Inka Power*. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 135-163.

Morris, Craig & Donald E. Thompson
1970 «Huánuco Viejo: An Inca Administrative Center». *American Antiquity 35(3)*, 344-362.
1985 *Huánuco Pampa: An Inca City and its Hinterlands*. London: Thames and Hudson.

Murra, John V.
1956 «The Economic Organization of the Inca State». Disertación de Ph. D. Faculty of the Division of the Social Sciences, Department of Anthropology, The University of Chicago.
1958 «On Inca Political Structure». En Verne F. Ray (ed.), *Systems of Political Control and Bureaucracy in Human Societies. Proceedings of the 1958 Annual Spring Meeting of the American Ethnological Society*. Seattle, Washington: University of Washington Press, American Ethnological Society, 30-41.
1960 «Rite and Crop in the Inca State». En Stanley Diamond (ed.), *Culture in History: Essays in Honor of Paul Radin*. New York: Columbia University Press, 390-407.
1962a «Cloth and its Functions in the Inca State». *American Anthropologist 64(4)*, 710-728.
1962b «An Archaeological "Restudy" of an Andean Ethnohistorical Account». *American Antiquity 28(1)*, 1-4.
1964 «Una apreciación etnológica de la visita». En Garci Diez de San Miguel (1567), *Visita hecha a la Provincia de Chucuito*. Waldemar Espinoza S. & John V. Murra (eds.). Lima: Casa de la Cultura del Perú, 421-444 (Documentos Regionales para la Etnología y Etnohistoria Andinas 1).
1966 «New Data on Retainer and Servile Populations in Tawantinsuyu». En *Actas y Memorias del 36.º Congreso Internacional de Americanistas (España, 1964)*. Vol. 2. Sevilla: Editorial Católica Española (ECESA), 25-45.

1967 «La visita de los Chupachu como fuente etnológica». En Iñigo Ortiz de Zúñiga (1967-1972[1562]), *Visita de la provincia de León de Huánuco en 1562*. Vol. 1. John V. Murra (ed.). Huánuco: Universidad Nacional Hermilio Valdizán, 381-406.

1968 «An Aymara Kingdom in 1567». *Ethnohistory 15(2)*. 115-151.

1972 «El "control vertical" de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas». En Iñigo Ortiz de Zúñiga (1967-1972[1562]), *Visita de la provincia de León de Huánuco en 1562*. Vol. 2. John V. Murra (ed.). Huánuco: Universidad Nacional Hermilio Valdizán, 427-476.

1978 *La organización económica del Estado inca*. México, D.F.: Siglo XXI.

1980[1956] «The Economic Organization of the Inca state». *Research in Economic Anthropology 1*, pp. 89-119.

Murra, John V. & Craig Morris

1976 «Dynastic Oral Tradition, Administrative Records and Archaeology in the Andes». *World Archaeology 7(3)*, 259-279.

Murúa, Martín de

1946[1590-1609] *Historia del origen y genealogía real de los reyes incas del Perú*. Constantino Bayle (ed.). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Santo Toribio de Mogrovejo (Missionalia Hispánica 2).

1986[1613] *Historia general del Perú*. Manuel Ballesteros (ed.). Madrid: Historia 16 (Serie Crónicas de América 35).

Nash, Manning

1966 *Primitive and Peasant Economic Systems*. San Francisco, California: Chandler Publishing Company.

Nicholson, G. Edward

1960 «Chicha Maize Types and Chicha Manufacture in Peru». *Economic Botany 14(4)*, 290-299.

Niles, Susan

1987 *Callachaca: Style and Status in an Inca Community*. Iowa City: University of Iowa Press.

1999 *The Shape of Inca History: Narrative and Architecture in an Andean Empire*. Iowa City: University of Iowa Press.

Núñez del Prado, Óscar

1950 «Exploración arqueológica en Raqc'i (Urubamba)». *Tradición 1(1)*, 71-76.

1966-1967[1958] «La vivienda inca actual». *Revista Universitaria 130-131*, 318-323.

O'Neale, Lila M.
1949 «Weaving». En *The Comparative Ethnology of South American Indians*. Vol. 5 de *Handbook of South American Indians*. Julian H. Steward (ed.). Washington, D.C.: Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, 97-138 (Boletín 143).

Oppenheim, A. Leo
1957 «A Bird's-Eye View of Mesopotamian Economic History». En Karl Polanyi, Conrad M. Arensberg & Harry W. Pearson (eds.), *Trade and Marke in the Early Empires*. Glencoe, Illinois: The Free Press, 27-37.

Ortiz de Zúñiga, Iñigo
1967-1972[1562] *Visita de la Provincia de León de Huánuco en 1562*. 2 vols. John V. Murra (ed.). Huánuco: Universidad Nacional Hermilio Valdizán.

Pachacuti Yamqui Salcamayhua, Juan de Santa Cruz
1995[1613] *Relación de antigüedades de este reino del Perú*. Carlos Araníbar (ed.). Lima: Fondo de Cultura Económica.

Papavizas, George C. & Clyde M. Christensen
1958 «Grain Storages Studies 26: Fungus Invasion and Deterioration of Wheats Stored at Lower Temperatures and Moisture Contents of 15-18%». *Cereal Chemistry 35*, 27-34.

Phillips, William R.
1957 *Potato Storage*. Ottawa: Canada Department of Agriculture.

Pino Matos, José Luis
2010 «El Ushnu inca de Huánuco Pampa: organización espacial, arquitectura y uso ceremonial». Tesis para obtener el grado de Magíster en Arqueología con mención en Estudios Andinos. Programa de Estudios Andinos, PUCP.

Pizarro, Pedro
1917[1571] *Descubrimiento y conquista del Perú*. Horacio H. Urteaga & Carlos A. Romero (eds.). Lima: Imprenta y Librería Sanmartí (Colección de Libros y Documentos Referentes a la Historia del Perú 6).

Platt, Tristan
1978 «Symétries en Miroir: Le concept de *Yanantin* chez les Macha de Bolivie». *Annales. Économies, sociétés, civilisations 33(5-6)*, 1081-1107.

Polanyi, Karl

1957 «The Economy as Instituted Process». En Karl Polanyi, Conrad M. Arensberg & Harry W. Pearson (eds.), *Trade and Marke in the Early Empires*. Glencoe, Illinois: The Free Press, 243-270.

Polanyi, Karl, Conrad Arensberg & Harry Pearson

1957 *Trade and Market in the Early Empires*. Glencoe, Illinois: The Free Press.

Polo de Ondegardo

1916[1571] «Relación de los fundamentos acerca del notable daño que resulta de no guardar a los Indios sus fueros…». En Horacio H. Urteaga & Carlos A. Romero (eds.), *Informaciones acerca de la religión y gobierno de los Incas por el Licenciado Polo de Ondegardo*. Lima: Imprenta y Librería Sanmartí, 45-188 (Colección de Libros y Documentos Referentes a la Historia del Perú 3).

Protzen, Jean-Pierre

2006 «Max Uhle and Tambo Colorado a Century Later». *Ñawpa Pacha 28*, 11-40.

Protzen, Jean-Pierre & Craig Morris

2004 «Los colores de Tambo Colorado: una reevaluación». *Boletín de Arqueología PUCP 8*, 267-276.

Protzen, Jean-Pierre & Stella Nair

s/f «Inka Architecture and Landscape: Variation, Technology and Symbolism». En Izumi Shimada, Kenichi Shinoda & Masahiro Ono (eds.), *The Inca Empire: A Multidisciplinary Approach to a Holistic Vision.* Austin: University of Texas Press (en prensa).

Proyecto Arqueológico Tambo Colorado

2004 «Informe de la temporada de campo 2001 al Instituto Nacional de Cultura» (manuscrito).

Qasem, Subhi & Clyde M. Christensen

1960 «Influence of Various Factors son the Deterioration of Stored Corn by Funghi». *Phytopathology 50*, 703-709.

Ramírez Genel, Marcos

1966 *Almacenamiento y conservación de granos y semillas*. México, D.F.: Compañía Editorial Continental.

Renfrew, Colin

1974 «Beyond a Subsistence Economy: The Evolution of Social Organization in Prehistoric Europe». En Charlotte B. Moore (ed.), *Reconstructing Complex Societies: An Archaeological Colloquium*. Cambridge, Massachusetts: American Schools of Oriental Research, 69-95 (Bulletin of the American Schools of Oriental Research 20).

Román y Zamora, Jerónimo

1897[1575] *Repúblicas de Indias en México y Perú antes de la conquista*. 2 vols. Madrid: Victoriano Suárez (Colección de Libros Raros y Curiosos que tratan de América 13-14).

Rostworowski, María

1977 *Etnia y Sociedad*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

1983 *Estructuras andinas del poder: ideología religiosa y política.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Rowe, John H.

1944 *An Introduction to the Archaeology of Cuzco. Expeditions to Southern Peru*. Cambridge, Massachusetts: The Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology (documentos de The Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Harvard University 27, N.º 2).

1945 «Absolute Chronology in the Andean Area». *American Antiquity 10(3)*, 265-284.

1946 «Inca Culture at the Time of the Spanish Conquest». En Julian H. Steward (ed.), *Handbook of South American Indians*, vol. 2: *The Andean Civilizations*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, 183-330 (Boletín 143).

1960 «The Origins of Creator Worship Among the Incas». En Stanley Diamond (ed.), *Culture in History: Essays in honor of Paul Radin*. New York: Columbia University Press, 408-429.

1963 «Urban Settlements in Ancient Peru». *Ñawpa Pacha 1*, 1-27.

1967 «What Kind of Settlement Was Inca Cuzco?». *Ñawpa Pacha 5*, 55-77.

Salaman, Redcliffe

1949 *The History and Social Influence of the Potato*. Cambridge, Massachusetts: Cambridge University Press.

Salomon, Frank

2004 «Collca y sapçi: una perspectiva sobre el almacenamiento inka desde la analogía etnográfica». *Boletín de Arqueología PUCP 8. Identidad y transformación en el Tahuantinsuyu y en los Andes coloniales: perspectivas arqueológicas y etnohistóricas (tercera parte)*. Peter Kaulicke, Gary Urton & Ian Farrington (eds.). Lima: Fondo Editorial PUCP, 43-57.

Sancho de la Hoz, Pedro
1917[1543] *Relación para S.M. de lo sucedido en la conquista y pacificación de estas provincias de la Nueva Castilla y de la calidad de la tierra*. Horacio H. Urteaga (ed.). Lima: Imprenta y Librería Sanmartí (Colección de Libros y Documentos Referentes a la Historia del Perú 5).

Sanders, William T. & Barbara Price
1968 *Mesoamerica: The Evolution of a Civilization*. New York: Random House.

Santillán, Hernando de
1927[1563-1564] «Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los Incas». En *Historia de los Incas y relación de su gobierno (crónicas del Siglo XVI)*. Horacio H. Urteaga (ed.). Lima: Imprenta y Librería Sanmartí (Colección de Libros y Documentos Referentes a la Historia del Perú 9).

Santillana, Julián I.
2008 «In Memoriam: Craig Morris (1939-2006)». *Boletín de Arqueología PUCP 9 (2005). Encuentros: Identidad, poder y manejo de espacios públicos*. Peter Kaulicke & Tom Dillehay (eds.). Lima: Fondo Editorial PUCP, 5-13.

Schaedel, Richard P.
1951 «Major Ceremonial and Population Centers in Northern Peru». En Sol Tax (ed.), *The Civilizations of Ancient America: Selected Papers of the 29th International Congress of Americanists*. Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 232-243.

Service, Elman R.
1968 «War and Our Contemporary Ancestors: Extant Stages and Extinct Stages». En Morton H. Fried, Marvin Harris & Robert F. Murphy (eds.), *War: The Anthropology of Armed Conflict and Aggression*. Garden City, New York: Natural History Press, 160-167.

Shea, Daniel
1966 «El Conjunto Arquitectónico Central en la Plaza de Huánuco Viejo». *Cuadernos de Investigación, Antropología 1*, 108-116.

Simmons, William S.
1970 *Cautantowit's House*. Providence, Rhode Island: Brown University Press.

Smelser, Neal J.
1959 «A Comparative View of Exchange Systems». *Economic Development and Cultural Change 7(2)*, 173-182.

Stein, Pat H.
1975 «The Inca's Hospitality: Food Processing and Distribution at Huánuco Viejo». Trabajo presentado en el 40th Annual Meeting. Dallas, Texas: Society of American Archaeology.
s/f «Evidence for Food Preparation and Distribution in the Eastern Sector of Huánuco Pampa» (inédito).

Thompson, Donald E.
1967 «Investigaciones arqueológicas en las aldeas Chupachu de Ichu y Auquimarca». En Iñigo Ortiz de Zúñiga (1967-1972[1562]),*Visita de la Provincia de León de Huánuco en 1562*. Vol.1. John V. Murra (ed.). Huánuco: Universidad Nacional Hermilio Valdizán, 359-362.
1968a «Huánuco, Peru: A Survey of a Province of the Inca Empire». *Archaeology 21*, 174-181.
1968b «An Archaeological Evaluation of Ethnohistoric Evidence on Inca Culture». En Betty J. Meggers (ed.), *Anthropological Archaeology in the Americas*. Washington, D.C.: The Anthropological Society of Washington, 108-120.
1969 «Incaic Installations at Huánuco and Pumpu». En Jorge E. Hardoy & Richard P. Schaedel (eds.), *El proceso de urbanización en América desde sus orígenes hasta nuestros días*. Buenos Aires: Editorial del Instituto Torcuato Di Tella, 87-94.

Thompson, Donald E. & John V. Murra
1966 «The Inca Bridges in the Huánuco Region». *American Antiquity 31(5)*, 632-639.

Tosi, Joseph A.
1960 *Zonas de vida natural en el Perú: memoria explicativa sobre el mapa ecológico del Perú* Lima: Instituto de Ciencias Agrícolas de la OEA, Zona Andina (Boletín Técnico 5).

Troll, Carl
1958 «Las culturas superiores andinas y el medio geográfico». *Revista del Instituto de Geografía 5*, 3-55.

Tuck, James A.
1971 *Onondaga Iroquois Prehistory: A Study in Settlement Archaeology*. Syracuse, New York: Syracuse University Press.

Uhle, Max

2005 *Explorations in the Pisco Valley. Max Uhle's Reports to Phoebe Apperson Hearst, August 1901 to January 1902*. Jean-Pierre Protzen & David Harris (eds.). Berkeley: Contributions of the University of California Archaeological Research Facility 63.

Varallanos, José

1959 *Historia de Huánuco*. Buenos Aires: Imprenta López.

Wachtel, Nathan

1973a *Sociedad e ideología: Ensayos de historia y antropología andinas*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

1973b «Estructuralismo e historia: A propósito de la organización social del Cuzco». En *Sociedad e ideología: Ensayos de historia y antropología andinas*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 21-58.

1982 «The Mitimas of the Cochabamba Valley: The Colonization Policy of Huayna Capac». En George A. Collier, Renato I. Rosaldo & John D. Wirth (eds.), *The Inca and the Aztec States, 1400-1800: Anthropology and History*. New York: Academic Press, 199-235.

Wurster, Wolfgang W. (ed.)

1999 *Max Uhle (1856-1944): Pläne Archäologischer Stätten im Andengebiet (Planos de sitios arqueológicos en el área andina)*. Alemania: Mainz am Rhein.

Xerez, Francisco de

1534 *Verdadera relacion de la conquista del Peru y provincia del Cuzco llamada la Nueva Castilla*. Sevilla: en casa de Bartholome Perez.

Zuidema, R. Tom

1953 «La organización social y política incaica según las fuentes españolas». Tesis para obtener el grado de Doctor. Universidad de Madrid.

1964 *The Ceque System of Cuzco: The Social Organization of the Capital of the Inca*. Eva M. Hooykaas (trad.). Leiden: E. J. Brill (International Archives of Ethnography, suplemento del vol. 50).

1982 «The Sidereal Lunar Calendar of the Incas». En Anthony F. Aveni (ed.), *Archaeoastronomy in the New World*. New York: Cambridge University Press, 59-109.

1983 «Hierarchy and Space in Incaic Social Organization». *Ethnohistory 30(2)*, 49-75.